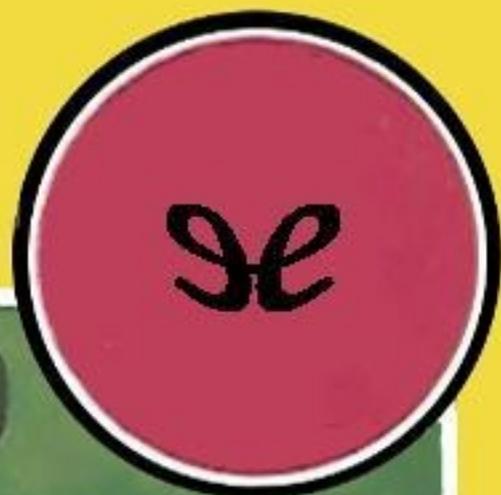


BIBLIOTECA ORO



EL MONO DE BARRO

por R. AUSTIN
FREEMAN



Novela
de Thorndyke

Lectulandia

Un nuevo y apasionante relato de intriga protagonizado por el dr. Thorndyke, que demuestra sus amplios conocimientos, perspicacia y dotes deductivas. El arte de la alfarería es componente muy importante de la narración. Va acompañado este volumen por dos pequeños y amenos relatos (*El veneciano* de Rafael Sabatini y *El luis de oro* de François Coppée), así como algún pasatiempo.

Lectulandia

Richard Austin Freeman

El mono de barro

ePub r1.0

Titivillus 29.05.2018

Título original: *The Stoneware Monkey*
Richard Austin Freeman, 1938
Escaneo, digitalización y OCR: mabalgo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El mono de barro



por

**R. AUSTIN
FREEMAN**

1902

LIBRO PRIMERO Según la narración del Dr. James Oldfield

CAPÍTULO I - Un atentado

La profesión de médico tiene muchos inconvenientes, como, por ejemplo, comidas interrumpidas, llamadas nocturnas y largas y fatigosas horas de trabajo. Pero tiene sus compensaciones. La vida de un médico es muy pocas veces aburrida. Comparada, por ejemplo, con de un empleado público o de una casa de Banca, abunda en variedad de sucesos y ambientes, sin hablar del interés intrínseco del trabajo en su aspecto profesional. Y también puede ocurrir en cualquier momento que los deberes del facultativo lo conduzcan al punto central de un drama o de una tragedia, o lo pongan en íntimo contacto con el crimen.

El incidente que voy a relatar no tenía, ciertamente, ninguna relación directa con mis deberes profesionales. El suceso podría haber recaído en cualquiera, pero mi profesión médica contribuyó a intensificar y complicar mi intervención.

Eran casi las nueve de una noche cálida de septiembre, cuando seguía, en bicicleta y sin darme prisa, un atajo en dirección al pueblo de Newingstead, en el cual estaba domiciliado transitoriamente, en calidad de *locum tenens* ^[1] del doctor Wilson. Había salido para hacer una visita de urgencia en un pueblecito situado a tres millas de distancia y me llevé la bicicleta en vez del automóvil, para hacer un poco de ejercicio; y así como a la ida viajé con toda la prisa que parecía exigir la gravedad del caso, al regreso iba despacio, gozando de la apacibilidad de aquel sendero y sintiendo que la oscuridad resultaba muy agradable y tranquilizaba mis nervios, si bien tenía un buen faro que me mostraba el camino y también una luz de cola, para evitar choques inesperados.

Cuando el camino describía una curva, unas luces que parpadeaban a lo lejos se me aparecieron de modo vago entre los tallos de un seto, indicándome que estaba ya cerca de mi destino. Poco deseoso de abandonar la apacibilidad del campo por la luz y el ruido de la población, eché pie a tierra y, apoyando la bicicleta contra un portillo, saqué la pipa, y, en el momento en que metía la mano en el bolsillo, en busca de la petaca, oí algo que me pareció ser el silbido de llamada de un policía.

Solté la petaca, guardé la pipa y agucé el oído. Aquel silbido procedía de una distancia no muy grande, pero no me fue posible localizarlo bien. El camino carretero que salía del portillo, según me constaba, rodeaba un bosquecillo donde se le unía un sendero y el silbido parecía proceder de aquella dirección. Pero, en la oscuridad, el bosque resultaba invisible, aunque pude juzgar de su situación gracias a un grupo de nias ^[2], la más cercana de las cuales se me aparecía vagamente en la oscuridad.

Yo había apagado los faroles de mi bicicleta, y cuando reflexionaba acerca de la conveniencia de echar a andar por el camino carretero, oí, con toda claridad, el inconfundible silbido de un policía, ya mucho más cerca y también más corto. Fue seguido por el rumor de voces, al parecer encolerizadas, acompañadas de oscuros ruidos, como de algunos cuerpos que atravesaban la maleza desde la dirección de

que, sin duda alguna, procedían aquellos ruidos. Entonces salté el portillo y eché a andar por el camino carretero, con vivo paso, aunque con el mayor silencio posible y vigilando bien.

El camino atravesaba el grupo de niaras, cuyas grandes sombras se me aparecían una tras otra, parecidas a formas gigantescas en la oscuridad. Y, cerca de la última de ellas, pasé por el lado de un carro. Disponíame a examinarlo con mi lámpara de bolsillo, pero se me ocurrió la idea de no encender ninguna luz. Continué, pues, andando, con la apagada lámpara en la mano, escrutando atentamente la oscuridad, y con el oído tenso, en espera otros ruidos.

Pero no percibí ninguno más. El silencio del campo, ya no apacible y tranquilo, sino tenebroso y siniestro, quedaba más bien acentuado que interrumpido por los débiles sonidos propios de él; el chillido apenas audible de murciélago, el débil susurro de las hojas y, más lejos, el grito fantástico de un búho.

En aquel momento ya pude distinguir el bosque, como forma vaga de más intensa oscuridad y así llegué al pequeño sendero que, sinuoso, se dirigía a él. Persuadido de que estaba en la buena dirección, continué andando, no sin dificultad, porque no era más que una estrecha senda entre la hierba, hasta que, al fin, me vi rodeado por las vagas sombras del bosque. Allí me detuve un momento a escuchar, mientras observaba la impenetrable oscuridad, que tenía delante, pero ya no pude oír nada más que el suave murmullo de los árboles. Cualquier cosa que hubiese ocurrido había cesado ya; y cuando reanudé mi marcha hacia el bosque, me pregunté, inquieto, qué podría significar aquel extraño y repentino silencio. Luego, de repente, y casi a mis pies, vi la tendida figura de un hombre.



—Vi la tendida figura de un hombre

En el acto encendí mi lámpara y, en cuanto lo alumbró la luz, en un instante comprendí la trágica historia. Era el agente cuyos silbidos oyerá poco antes y pude observar que el pito aún colgaba, suelto, de su cadena. Aquel hombre llevaba la cabeza descubierta y a la primera mirada me figuré que estaba muerto. Pero cuando me arrodillé a su lado, noté que aún respiraba y también observé un hilillo de sangre, procedente de una herida invisible, por encima de la oreja. Con el mayor cuidado exploré la herida con un leve contacto de mi dedo y en el acto pude notar un área blanda en el cráneo que una palpación más cuidadosa y delicada, me demostró ser

una depresión en él.

Le tomé el pulso; era típico de una compresión del cerebro; le examine los ojos y no pude ya dudar acerca de su estado. La fractura del cráneo le producía una compresión en el cerebro que aumentaba por momentos a causa de la hemorragia interna. ¿Qué podía hacerse en tal caso? Allí me era imposible auxiliarlo, pero tampoco podía alejarme en busca de socorro. Era un dilema horrible, porque si había de hacerse algo por él, era preciso llevarlo a cabo rápidamente, ya que su vida se agotaba por momentos mientras yo permanecía arrodillado a su lado.

De pronto recordé su pito. El silbido me había llevado a aquel lugar y, probablemente, atraería a otras personas. Lo recogí, lo llevé a mis labios y di un silbido fuerte y prolongado, repitiéndolo la cortos intervalos. Aquel sonido estridente, que cortaba el amenazador silencio del bosque y despertaba a los pájaros dormidos, pareció ser un golpe físico para mis nervios excitados. Me resultaba decididamente penoso producir aquel ruido ominoso, pero no tenía más remedio. Y debía continuar de igual modo hasta que oyese a alguien que se acercaba a aquel lugar remoto y solitario.

Ello ocurrió antes de lo que me figuraba, porque cuando llevaba el pito, una vez más, a mis labios, oí ruido dentro del bosque, como alguien avanzara de prisa por entre las matas. Proyecté la luz de mi lámpara en aquella dirección, aunque cautelosamente, y me puse en pie hasta que viera quién podía ser el recién llegado. Casi en el acto divisé una luz que se encendía y apagaba rápidamente, como si fuese un farol que alguien llevase en la mano y lo ocultaran las ramas y los troncos de los árboles. Pero luego ya brilló de un modo continuo y el recién llegado, al avanzar hacia mí, lo dirigió de manera que me iluminase. Por un momento quedé deslumbrado por aquella luz, pero cuando el desconocido estuvo más cerca, lo alumbré con mi lámpara y vi que era un agente de policía. Al parecer, descubrió en aquel instante al hombre a mis pies, porque, de repente, apresuró el paso y llegó jadeando, de tal modo que, por un momento, fue incapaz de hablar y permaneció inmóvil, alumbrando con la lámpara a su compañero desmayado. Aquel hombre respiraba de prisa, y, con asombro y horror, contemplaba a la víctima.

—¡Dios mío! —exclamó, al fin—. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha pedido auxilio?

—Yo —contesté.

Él afirmó inclinando la cabeza y me alumbró otra vez. Después de dirigirme una escrutadora mirada, preguntó:

—¿Y quién es usted y cómo se encuentra aquí?

En breves palabras le di cuenta de ello, añadiendo que era urgentemente necesario trasladar a aquel pobre hombre al hospital.

—¿No está muerto? —preguntó—. ¿Dice usted que es médico? ¿No puede hacer nada por él?

—Aquí no —respondí—. Tiene una profunda depresión en el cráneo, de modo que sólo en el hospital podrán aliviarlo. Y es preciso hacer el traslado con la mayor

suavidad. Necesitaremos una ambulancia. ¿No puede usted ir en busca de una? Mi bicicleta está apoyada en el portillo.

Reflexionó unos instantes, dudoso, y replicó:

—No debería, alejarme de él, puesto que, probablemente, el criminal anda escondido por ahí. Y usted tampoco puede abandonar a este pobre muchacho. Ahora recuerdo que me seguía de cerca otro hombre y, si no se ha extraviado, no puede tardar. Mejor será que lo busque.

Dirigió el rayo de su lámpara a una abertura del bosque y se disponía a retroceder cuando se oyó débilmente desde aquella dirección la voz de alguien que, al parecer, nos llamaba.

—¿Es usted, señor Kempster? —gritó el agente.

Sin duda lo era, aunque no pude comprender su respuesta, porque, cosa de un minuto después, apareció un hombre andando rápidamente. Pero el señor Kempster, como el agente, había hecho un ejercicio superior a sus fuerzas, de modo que durante más de dos minutos estuvo jadeando y con la mano apoyada en un costado, mientras que, con la mayor consternación, observaba al hombre tendido en el suelo.

—¿Sabe usted montar en bicicleta, señor Kempster? —preguntó el agente.

Éste, aún jadeando, contestó afirmativamente, aunque añadiendo que no tenía mucha práctica.

—Bueno —le dijo el agente—. Necesitamos una ambulancia para llevar al hospital a ese muchacho. ¿Podría usted tomar la bicicleta del doctor para ir al puesto de policía y comunicar lo ocurrido?

—¿Dónde está la bicicleta? —preguntó Kempster.

—Apoyada en el portillo del extremo del camino carretero —contesté. Y añadí:

—Llévese usted mi lámpara para alumbrar su camino y yo lo acompañaré hasta el lugar en que la senda desemboca en el camino.

Aceptó de buena gana, según creí, aunque no manifestó grandes simpatías por aquel lugar. Le entregué mi lámpara y yo lo acompañé por el sendero hasta su confluencia con el camino carretero. Luego volví al lado del herido y vi que su compañero estaba arrodillado junto a él y lo examinaba a la luz de su lámpara.

—No lo comprendo —dijo, al verme llegar—. Desde luego no lo ha cogido de sorpresa. Al parecer, ha habido lucha. Ha desaparecido su porra. El criminal debió de arrancársela de la mano, pero no comprendo cómo ha podido ser eso. Es necesario hacer mucha fuerza para obligar a un hombre a hacerle soltar la porra, especialmente si está sobre aviso.

—El criminal parece ser muy vigoroso —dije—, según se deduce del carácter de la herida. Ha debido de dar un golpe formidable, porque el cráneo se ha fracturado como si fuese una cáscara de huevo.

—¡Demonio! —murmuró el agente. Y tras una pausa, preguntó—: ¿Cree usted que va a morir, doctor?

—Temo que no tenga muchas probabilidades de vivir —contesté—. Y cuanto más

tengamos que esperar la ambulancia, peor será su estado.

—Si el señor Kempster se da prisa —replicó él— no habremos de esperar mucho, porque en el puesto de policía no perderán un segundo.

Se puso en pie y, con el rayo de luz de su lámpara, describió un prolongado arco, primero hacia el bosque y luego en dirección de las niaras. De repente profirió un ronquido de indignación y, enojado, exclamó:

—¡Maldita sea! Ahí vuelve el señor Kempster.

Con la luz de su lámpara alumbró al que acababa de llegar y, cuando estuvo cerca, le gritó:

—¿Qué pasa? Nos figurábamos que estaría usted ya a medio camino.

El señor Kempster apresuró el paso, respirando con fatiga y pareció muy resentido ante el tono del agente.

—No he encontrado la bicicleta —dijo, enojado—. Alguien se la habrá llevado. He buscado muy bien por allí, pero, decididamente, no está.

El agente profirió una maldición muy impropia de su cargo.

—¡Es el colmo! —exclamó—. Ese maldito criminal debió de verle llegar a usted, doctor, y en cuanto nadie le observaba, sin duda se alejó montado en la bicicleta y desapareció. Supongo que llevaba usted un faro en la parte delantera.

—Sí, señor. Y una pequeña luz en la parte posterior —contesté—. Pero antes de seguir a pie por el camino carretero, apagué las dos. Aunque, desde luego, si él estaba por ahí cerca, tal vez oculto detrás de una de esas niaras, por ejemplo, debió de ver mis luces cuando me acercaba.

—Sí —contestó el agente, de mala gana—. Ha sido una suerte para él. Y ahora se ha largado definitivamente, a no ser que podamos encontrar alguna huella.

El señor Kempster profirió un gemido.

—Sí, se les ha escapado de entre los dedos —exclamó, indignado—. Han desaparecido con él valiosos objetos de mi propiedad, que me cuestan casi diez mil libras esterlinas. ¿Se dan cuenta de ello?

—Puesto que me lo dice, sí, señor —contestó el agente, que añadió, sin ninguna simpatía—: Es un caso desgraciado para usted. Pero, de todos modos, mejor es su situación que la de mi pobre compañero, que se esforzaba en recuperar esos objetos para devolvérselos. En fin, no perdamos más tiempo hablando. Si ese hombre se ha marchado, de nada sirve mi presencia aquí. Volveré al puesto para dar el parte. Usted quédese aquí con el doctor, hasta que regrese con la ambulancia.

Pero el señor Kempster estaba ya cansado de aquella aventura.

—De nada sirve que espere aquí —dijo, devolviéndome la lámpara de bolsillo—. Atravesaré el bosque con usted y luego volveré a mi casa para averiguar exactamente lo que me ha robado ese ladrón.

El agente no ocultó su desaprobación al oír tal propósito, aunque no lo manifestó con palabras. Después de dirigirme una breve despedida, enfocó la luz de su lámpara a la entrada del bosque y emprendió la marcha a tal paso, que obligó a su compañero

a emprender un trote rápido. Y cuando la luz se desvaneció entre los árboles y murió a lo lejos el ruido de sus pasos, me vi, una vez más, solo con el herido, rodeado de oscuridad y de silencio, que únicamente interrumpía algún leve ronquido de la pobre víctima.

Me pareció que habían transcurrido varias horas después de la marcha del agente, horas de fatigosa ansiedad. Me apoderé de la lámpara de bolsillo de mi paciente y, a su luz, lo examinaba de vez en cuando. Como es natural, no pude observar ninguna mejora, y, en realidad, cada vez que le tomaba el pulso, me sorprendía notar que aún estaba vivo. Sabía muy bien que su estado empeoraría por momentos y cada vez dudaba más de que llegase vivo al hospital.

Luego mis ideas se concentraron en mi bicicleta y en el desconocido ladrón. Habíamos dado por cierto que escapó con la máquina y era muy probable que así lo hiciera, aunque también era posible que la hubiese robado cualquier vagabundo o transeúnte, y que el criminal continuara escondido en las cercanías. Pero tal posibilidad no me alarmó, porque ninguna ventaja le habría reportado atacarme. Más me preocupaba la pérdida de la bicicleta.

Luego pensé en la víctima del robo. ¿Quién y qué sería el señor Kempster? ¿Qué objetos le habría quitado el ladrón? No hay muchas cosas que se puedan llevar en el bolsillo y que valgan diez mil libras esterlinas. Probablemente el botín debía de componerse de joyas. Pero aquello no me interesaba. El valor de lo robado, y unos objetos tan triviales como joyas, no tienen ninguna importancia en comparación a una vida humana. Y mi atención que, por un momento, había estado errabunda, se concentró de nuevo en el hombre inmóvil a mis pies y cuya vida corría tan grave peligro.

Por fin terminó aquella espera, al parecer interminable. Por el camino inferior sonó la campana de una ambulancia y algunas luces parpadearon por encima de las matas, hasta entonces invisibles. Luego dos poderosos focos atravesaron el campo, recortando con la mayor precisión las siluetas de las niaras, para indicarme que la ambulancia atravesaba el portillo. Observé que las luces eran cada vez más brillantes, vi cómo desaparecían por detrás de las niaras y, por fin, se mostraron claras y precisas, en tanto que el vehículo avanzaba por el camino carretero y describía una curva para seguir la senda.

Me puse en pie a pocos pasos del lugar en que estaba tendido el agente y, en el acto, se aparearon algunos hombres, entre ellos el inspector de policía y el agente que se alejara con Kempster. El primero me saludó cortésmente y, al mirar, preocupado, a la víctima, me dirigió algunas preguntas, en tanto que dos hombres uniformados sacaban una camilla, que dejaron al lado del herido. Los ayudé a levantarlo para tenderlo en ella y a trasladarlo luego hasta la ambulancia. Subí, a mi vez, y cuando el vehículo daba media vuelta para emprender el regreso, el inspector fue a dirigir la última mirada al paciente.

—No le acompaño, doctor —me dijo—. Tengo conmigo algunos hombres

provistos de poderosas lámparas y vamos a registrar el bosque.

—Sin duda el criminal ha desaparecido con mi bicicleta —contesté.

—Ya lo sé —dijo—. Pero no lo buscamos a él, sino que deseo encontrar la porra del herido. Si el ladrón consiguió arrebatársela, debe de haber dejado en ella algunas impresiones dactilares. Por lo menos así lo espero, puesto que eso es nuestra única posibilidad de identificarlo.

La ambulancia estaba ya dispuesta para emprender el camino. Él se volvió y, cuando nos alejábamos hacia el camino carretero, lo vi acompañado del agente y de otros tres, en traje de paisano, mientras se dirigían al bosque que, gracias al efecto combinado de sus lámparas, estaba muy bien alumbrado.

Una vez en la carretera, la ambulancia, que corría suavemente, tardó muy poco en llegar al hospital. Pero, aun así, el viaje no había sido corto, porque cuando la camilla fue llevada al quirófano y tendieron al agente sobre la mesa de operaciones, mi primera mirada, llena de ansiedad, me demostró que se había apagado ya la diminuta y vacilante llama de su vida. En vano el cirujano de guardia, que había sido llamado por teléfono, le tomó el pulso y le auscultó. El pobre Murray, porque así se llamaba, según me enteré, había iniciado su última guardia.

—Mal negocio —dijo el cirujano, dejando a un lado su estetoscopio y pasando ligeramente los dedos por la depresión del cráneo del muerto—. Pero dudo que, aun de haber llegado vivo aquí, hubiésemos podido hacer gran cosa por él. El criminal ha sido un idiota al darle un golpe tan fuerte, porque ahora habrá de responder de su asesinato... es decir, siempre y cuando lo cojan, según espero.

—Yo también —contesté—. Pero no creo que lo consigan. Al parecer encontró mi bicicleta y huyó con ella. Y tengo entendido que no lo vio nadie de cerca para poder reconocerlo.

—Es una lástima —murmuró el cirujano—. Y para usted también es un caso desagradable, aunque confío en que recobrará su bicicleta. Mientras tanto, lo invito a llevarlo a su casa en mi automóvil.

Acepté con gusto el ofrecimiento y, después de dirigir la última mirada al muerto, salimos juntos para dirigirnos a nuestras viviendas respectivas.

CAPÍTULO II - La encuesta

Cuatro días después de mi aventura, recibí la orden de presentarme en la encuesta, que no se hizo pública, para permitir que la policía pudiera recoger todos los datos posibles.

A la hora fijada me presenté en el Ayuntamiento, donde se llevaba a cabo aquella formalidad. A mi llegada habían terminado ya los preliminares, pero, sin embargo, aún pude oír el discurso de apertura que el *coroner* dirigió al jurado. Fue muy corto y apenas manifestó algo más que su intención de examinar las declaraciones y las pruebas en su orden cronológico; eso me pareció muy bien, pues así la historia de la tragedia se desarrollaría de un modo natural, gracias a las declaraciones de los testigos. Entre ellos, el primero fue el señor Arthur Kempster, quien, siguiendo las indicaciones del *coroner*, empezó el relato de los sucesos tal como él los conocía.

—Soy comerciante en piedras preciosas y tengo un establecimiento en Hatton Garden y una vivienda particular en Los Hawthorns, Newingstead. El viernes, 16 de septiembre, regresé de un viaje a Holanda, y, desde Harwich, me encaminé a Los Hawthorns. En Ámsterdam compré un paquete de diamantes y los llevaba en un sobre de papel y en el bolsillo interior de mi chaqueta, cuando llegué a mi casa, cosa que ocurrió hacia la hora de la cena. Después de la colación me dirigí a mi estudio para examinar los diamantes y comprobar su peso en las balanzas especiales que poseo para este objeto. Al terminar de pesarlos y de examinarlos, uno por uno, quité las balanzas y busqué una poderosa lupa con la que examino las piedras preciosas para conocer bien su talla. Pero no pude encontrar aquella lupa. Entonces tuve el débil recuerdo de haberla utilizado en el comedor inmediato a mi estudio. Y fui allá para ver si la encontraba. En efecto, la hallé. Después de corta búsqueda, pude dar con ella y volví al estudio. Pero cuando me dirigía a la mesa, sobre la que dejara los diamantes, observé, con el mayor asombro, que habían desaparecido. Como era absolutamente imposible que alguien hubiese entrado en el estudio por la puerta, examiné la ventana. Entonces noté que estaba abierta y recordé muy bien que estaba cerrada cuando me dirigí al comedor. En el acto salí corriendo, atravesé el comedor en dirección a la puerta principal y, al asomarme a ella, vi a un hombre que se alejaba con vivo paso por la avenida. Estaba casi al final de ella, cuando yo eché a correr y él, al oírme, salió disparado. Dio la vuelta a la esquina y desapareció. Yo corría con toda la rapidez posible y al llegar a la carretera lo pude ver a alguna distancia, corriendo con toda su alma hacia el campo. Lo seguí con toda la prisa posible, pero no tardé en observar que cada vez estaba más lejos. Entonces, al llegar a una esquina, la de Bascombe Avenue, vi a un policía que se hallaba a corta distancia. Lo llamé, dándole la alarma; y cuando él se disponía a echar a correr, le di cuenta de lo sucedido en breves palabras. El ladrón aún era visible y el agente emprendió la carrera, persiguiéndolo. Yo continué andando detrás de él, como mejor pude, pero ya estaba

sin aliento y no podía seguirlo. Sin embargo, vi que el ladrón tomaba un camino vecinal y que saltaba luego un portillo que hay casi enfrente del bosque Clay; el policía, que, al parecer, iba ganando ventaja sobre el fugitivo, saltó también aquel portillo y, a partir de entonces, los perdí de vista.

»Me pareció inútil seguirlos, de modo que volví a la población con el propósito de buscar otros auxiliares. En la calle principal encontré al agente de policía Webb, le dije lo que había sucedido y los dos nos dirigimos hacia el lugar por el cual desapareciera el ladrón. Franqueamos el portillo, cruzamos un campo y penetramos en el bosque. Pero allí nos extraviamos, porque, sin darnos cuenta, habíamos abandonado el sendero. Mientras cruzábamos el campo oímos un silbido de la policía que, al parecer, procedía del bosque. Sonó luego otro más corto cuando ya estábamos debajo de los árboles, pero no pudimos localizar su dirección y menos aún encontrar el sendero.

»Después de algún tiempo, oímos tres largos silbidos y, casi al mismo instante, vimos un rayo de luz. Echamos a correr hacia él o, por lo menos, lo hizo el agente, porque yo estaba demasiado cansado para seguir corriendo y al fin encontré el sendero y salí del bosque; vi al doctor Oldfield, que estaba en pie, al lado del difunto, entonces tendido en el suelo. El agente Webb me aconsejó que tomara la bicicleta del doctor Oldfield y me dirigiese al puesto de policía y el doctor me dio su lámpara de bolsillo para alumbrarme a lo largo del camino carretero, en dirección al portillo donde dejara su bicicleta. Pero, al llegar allí, no pude descubrirla en ninguna parte, por más que la busqué bien, y por esta razón volví a donde se hallaba el agente y le di cuenta de lo sucedió; entonces él decidió ir en persona al puesto de policía y los dos atravesamos el bosque. Una vez ya en el campo él siguió adelante y yo regresé a mi casa.

—Cuando se fue usted al comedor —dijo el *coroner*— ¿cuánto tiempo estuvo ausente del estudio?

—Supongo que mi ausencia no fue más larga de un par de minutos. Pero, en fin, supongamos tres.

—Dice usted que la ventana del estudio estaba cerrada cuando salió. ¿Estaba también sujeta?

—No. Estaba entreabierta en su parte superior. Yo mismo la abrí al entrar, después de la cena, porque la noche era calurosa y la atmósfera me pareció viciada.

—¿Estaba corrido el transparente?

—No lo hay. En cambio, existen dos cortinas gruesas. Estaban corridas cuando yo llegué a la habitación, pero tuve que descorderlas para abrir la parte superior de la ventana. Quizá no las volví a correr. Me parece que no lo hice.

—¿Cree usted que alguien, que alguien, al parecer, por el exterior, podía ver bien lo que ocurría en el estudio?

—Sí, señor. Esta habitación se halla en la planta baja, quizá a cincuenta centímetros por encima del nivel del suelo exterior y el antepecho de la ventana está,

quizá, a la altura del hombro de una persona, de modo que si alguien estuviera en pie al otro lado, podría ver perfectamente el interior de la estancia.

—¿Esa ventana da a la avenida?

—No, señor, sino a la callejuela que conduce a las dependencias de la parte posterior.

—Al parecer no oyó usted el ruido que pudiera hacer la ventana al ser levantada.

—Desde el comedor habría sido imposible. El marco de la ventana se desliza fácilmente en sus guías, que yo tengo siempre muy bien engrasadas, para evitar chirridos.

—¿Se hallaban los diamantes en un lugar accesible?

—Sí, señor. Todos estaban reunidos sobre un cuadrado de terciopelo negro y sobre la mesa.

—¿Tenían valor considerable?

—Sí, señor. El lote valdría, aproximadamente, diez mil libras esterlinas. Componíase de quince piedras realmente excepcionales.

—¿Sería usted capaz de reconocerlas, en el caso de que se encontrasen?

—Con gran facilidad podría identificar el conjunto del lote y también una por una. Las pesé separadamente y luego todo el grupo al mismo tiempo. Asimismo tomé determinadas notas acerca de ellas y, si es preciso, puedo dar una copia a la policía.

—¿Le robaron a usted algo más, aparte de los diamantes?

—Nada. Ni siquiera se llevaron el papel. El ladrón debió de limitarse a coger las piedras y a guardarlas sueltas en su bolsillo.

Eso completó la declaración del señor Kempster. Algunos miembros del jurado habrían querido conocer otros detalles acerca de aquellos diamantes, pero el *coroner* les hizo observar, amablemente, que la encuesta tenía por objeto, no el robo, sino la muerte del agente Alfred Murray. Y como ya no se hicieron más preguntas, se leyeron y firmaron las respuestas dadas por el testigo y éste quedó en libertad de retirarse.

Siguiendo el orden cronológico, sucedí al señor Kempster y, como él empecé mi declaración refiriendo lo ocurrido. No hay necesidad de repetirlo aquí, ni tampoco es preciso consignar las preguntas que ampliaron algunos detalles, porque ya he referido la historia de mi intervención en aquel caso. Tampoco es necesario repetir la declaración del agente Webb, que fue más o menos una repetición de la de Kempster. En cuanto el agente se hubo retirado, el ujier llamó al doctor James Tansley, y apareció el cirujano a quien conocí en el hospital.

—Usted ha llevado a cabo un examen del cadáver —dijo el *coroner*, después de recibir respuestas a las preguntas preliminares—. ¿Quiere decirnos qué pudo observar?

—Después de practicar el examen externo —dijo el testigo— encontré una profunda depresión en el cráneo, de unos cincuenta y cinco milímetros de diámetro, que empezaba en un punto situado a unos treinta y siete milímetros por encima de la

oreja izquierda y una herida de unos cuarenta milímetros de longitud. La herida y la fractura del cráneo parecían haber sido producidas por un fuerte golpe dado con un instrumento redondeado. No había señales de ninguna otra contusión. Al separar la parte superior del cráneo, observé que la superficie interior del hueso había sido destrozada y que algunas esquirlas penetraron en el cerebro, causando graves laceraciones. También el golpe produjo daños en una o dos arterias, una de las cuales quedó rota y el resultado fue una abundante hemorragia entre el cráneo y el cerebro y la sangre produjo una presión extraordinaria en las meninges.

—¿Y cuál cree que fue la causa de la muerte?

—La causa inmediata de la muerte fue la laceración y la compresión del cerebro, pero, desde luego, la causa definitiva fue el golpe en la cabeza que produjo esas lesiones.

—Desde luego, hago esta pregunta como mera formalidad. ¿Cree usted que la víctima pudo causarse esa herida?

—Es completamente imposible que el muerto hubiese podido darse tal golpe.

Ésa fue, en sustancia, la declaración del doctor. En cuanto la hubo terminado y recibió permiso para retirarse, el ujier llamó al inspector Charles Roberts, quien se acercó al estrado. Y, como los anteriores testigos, y a invitación del *coroner*, empezó una declaración de tipo general.

—Al recibir el parte del agente Webb, como el jefe estaba ausente, ordené al sargento que hiciera salir la ambulancia y, mientras tanto, organicé un grupo de hombres para practicar un registro. Cuando llegamos al lugar en que estaba tendido el difunto, vi que lo trasladaban a la ambulancia bajo el cuidado del doctor. Cuando el vehículo se hubo marchado, llevé a mis hombres al bosque. Todos íbamos provistos de poderosas lámparas, de modo que teníamos bastante luz para trabajar.

»No descubrimos a nadie escondido en el bosque, pero, cerca del sendero, encontramos el casco del difunto. No estaba estropeado y, probablemente, se cayó al tropezar con una rama. Buscamos con cuidado la porra del agente y al fin la encontramos cerca del lugar donde yació el difunto. La recogí, tomándola por la correa que hay en el extremo del mango y de este modo la llevé hasta el puesto de policía. Allí la examiné con cuidado y pude descubrir algunas huellas dactilares. No intenté desarrollarlas, sino que colgué la porra por su correa, dentro de un armario y lo cerré. A la mañana siguiente entregué la llave al jefe, al darle el parte.

—¿Encontraron ustedes algunas huellas del fugitivo?

—No señor. Fuimos hasta el portillo y encontramos señales en el suelo, donde estuvo la bicicleta; también pudimos seguir con la mirada el camino que había tomado, pero luego se perdían las señales de las ruedas.

—¿Han encontrado ustedes la bicicleta?

—Sí, señor. Dos días después del robo, la descubrieron oculta en un cobertizo para carros, cerca de London Road, a unas cuatro millas del bosque Clay, en dirección a Londres. La examiné cuidadosamente, valiéndome del polvo especial de

desarrollo para descubrir las huellas dactilares que pudiese tener, pero, aunque había muchas, estaban borrosas y habría sido imposible identificarlas.

Tal fue el resumen de la declaración del inspector, y como no le hicieron ninguna otra pregunta, se retiró, para ser sucedido por su jefe, Herbert Parker, que continuó el relato del inspector acerca de la porra del difunto agente.

—El inspector Roberts, según acaba de declarar, me entregó la llave del armario del puesto de policía. Lo abrí, saqué la porra y la examiné a la luz del sol con ayuda de una buena lupa. Pude observar que en el mango había varias huellas dactilares y, por su posición y agrupación, juzgué que serían las del delincuente, cuando arrancó el arma de manos del difunto. Eran muy claras en la superficie pulimentada, pero no lo bastante para poder fotografiarlas sin previo desarrollo. No intenté esa operación, porque, dada su importancia, sería mejor entregar la porra intacta a los expertos de Scotland Yard. De acuerdo con eso, encerré la porra de tal modo, que las superficies señaladas quedaron libres de todo contacto, y la hice llevar al Departamento de Huellas Dactilares, de Scotland Yard, para que la entregasen al inspector jefe, quien las examinó y las hizo desarrollar debidamente.

»Vióse entonces que había cuatro puntos muy claros, evidentemente producidos por los dedos de una mano izquierda; uno era la huella del pulgar y era muy visible, y los otros pertenecían a los tres primeros dedos, aunque eran menos perfectas, pero, sin embargo, claras y precisas. En cuanto hubieron sido reveladas, las fotografiaron y, una vez listas las pruebas, fueron entregadas al archivo, donde se ocuparon en examinar las fichas correspondientes. El resultado de ello fue la certeza de que en el archivo no había tales huellas dactilares; ni en las de la colección general ni tampoco en las que contienen huellas dactilares aisladas.

—¿Y eso qué indica?

—Que no figurando esas huellas en las fichas principales, es decir, las que han sido tomadas por los oficiales del cuerpo de prisiones, es seguro que ese delincuente no ha sido condenado; y como tampoco figuran en las fichas de huellas aisladas, no hay la menor prueba de que jamás haya cometido algún crimen. En una palabra, y por lo que se refiere a las huellas dactilares, ese hombre es desconocido para la policía.

—Es lamentable —dijo el *coroner*—. Eso indica que, prácticamente, no hay manera de saber quién es ni de acusarlo del crimen cometido.

—No me atrevería a decir tanto —replicó el jefe de policía—. Ahora sus huellas dactilares figuran ya en el archivo de Scotland Yard, de modo que si algún día, por la causa que sea, se pone en contacto con las autoridades policíacas y éstas toman la impresión de sus huellas dactilares, será identificado, acusado y juzgado. Y aún hay la débil esperanza de que, independientemente, se pueda seguir la pista de los diamantes robados y de este modo descubrir la identidad del ladrón.

—¡Ojalá sea así! —exclamó el *coroner*—. Mas, para el objeto de esta encuesta, lo importante es que no conocemos la identidad del criminal. ¿Puede usted decirnos algo más?

—Otra cosa —contestó el oficial de policía—. Cuando examinamos la porra, después de haber sido fotografiada, encontramos en su extremo unas manchas de sangre y dos cabellos. Éstos se han guardado con la porra y he mandado a Scotland Yard varios cabellos y una muestra de sangre del difunto.

—Eso puede ser muy útil como prueba —observó el *coroner*— aunque no hay duda acerca de cómo la víctima encontró la muerte. Y, como pregunta final, ¿tiene usted, gracias a su experiencia, alguna idea acerca de cómo se desarrollaron esos hechos y qué clase de persona puede ser el criminal?

—En cuanto a este último, mi impresión, que comparten mis compañeros, es que no es un delincuente profesional. Todo el asunto parece indicarlo como novicio en el crimen. Desde luego, no tiene antecedentes penales, sin duda iba desarmado y en el hecho no tuvo necesidad de mostrar su habilidad o su experiencia. Parece como si un individuo cualquiera, tal vez un vagabundo, hubiese penetrado en el jardín de la casa y diera la vuelta pegado a sus paredes, cuando llegó a una ventana iluminada. Al mirar al interior, vio al señor Kempster ocupado en pesar o en examinar los diamantes. Luego observó que el señor Kempster salía de la estancia y debió de creer que aquélla era una de las ocasiones que sólo se presentan una vez en la vida. Se limitó a levantar el marco de la ventana, se apoderó de los diamantes, dejó caer otra vez la ventana y se alejó. Cualquiera habría sido capaz de hacer lo mismo. Por otra parte, si es un novicio y no conoce los trucos del arte, es probable que empiece a experimentar dificultades cuando trate de vender los diamantes.

El *coroner* convino en eso, aunque no se manifestó muy interesado. Y como ya había recibido todas las declaraciones relacionadas con el caso, despidió al jefe de policía y, breve y concisamente, hizo el resumen.

—Poco puedo decirles a ustedes, señores miembros del jurado —empezó—. Ya han oído las declaraciones que refieren detalladamente esta historia. Creo que no tendrán ninguna duda de que el valeroso agente de policía, cuya trágica y prematura muerte es objeto de esta encuesta, fue asesinado por el fugitivo ladrón, pero he de señalar a su atención el hecho de que, si están de acuerdo con mi opinión, se verán legalmente obligados a pronunciar un veredicto de asesinato contra ese desconocido. La ley es muy clara acerca del particular. Si alguna persona, cuando se dispone a cometer un delito, y, a consecuencia de él, mata o causa directamente la muerte de otra persona, es culpable de asesinato aun en el caso de que no se propusiera matar a dicha persona.

»Ahora bien, no existen pruebas de que el fugitivo tuviera el propósito de matar al agente, pero le dio un golpe capaz de causarle la muerte y que, en realidad, lo mató. El fugitivo, además, estaba cometiendo otro delito; por consiguiente, es culpable de asesinato. Creo que es todo cuanto tengo que decir.

Al parecer, los jurados habían llegado ya a un acuerdo acerca del particular, porque, además, después de una brevísima deliberación, su presidente anunció que se habían puesto de acuerdo acerca del veredicto.

—Hemos convenido —añadió, en tanto que el *coroner* tomaba la pluma— en que el difunto fue asesinado en el bosque Clay por el mismo desconocido que penetró en la casa del señor Kempster para cometer un robo.

—Sí —contestó el *coroner*— estoy completamente de acuerdo con ustedes y, por lo tanto, tomo nota del veredicto que acusa de asesinato a ese desconocido; y estoy seguro de que ustedes se unirán al mí para expresar nuestra mayor simpatía a la familia del valeroso agente, que sacrificó la vida en cumplimiento de un peligroso deber.

—Así terminó, tristemente, la aventura que, por vez primera en la vida, me puso en contacto íntimo con un crimen grave. Por lo menos, me pareció que la aventura había terminado y que ya no volvería a oír cosa alguna de la tragedia y de la siniestra y fantasmal figura que debió de pasar tan cerca de mí, cuando estaba en el bosque. Y era natural que lo creyera así, porque yo había representado un papel secundario en el drama y, por lo tanto, no temía verme de nuevo relacionado con él, tanto más cuanto que mi relación con Newingstead y sus habitantes cesaría así que el doctor Wilson, médico titular del pueblo, regresara de sus vacaciones.

Pero fue una creencia equivocada, según se verá en una fase más adelantada de esta narración.

CAPÍTULO III - Peter Gannet

Un problema que me ha preocupado muchas veces es el de la decadencia de las calles de Londres. ¿Por qué les ocurre siempre así y, en cambio, no mejoran nunca? Este cambio parece ser gobernado por alguna ley misteriosa. Constantemente encontramos calles que en otro tiempo estuvieron de moda, pero que ahora han descendido en categoría; sus casas espaciosas, que antes fueran mansiones habitadas por gente rica o grande, se han convertido en simples viviendas, que dan alojamiento a toda suerte de gente pobre, desde el caballero venido a menos hasta el que ya está sumido por completo en la miseria; calles en donde los desaparecidos carruajes han sido sustituidos por el carretón del vendedor ambulante y el camión del carbonero que anda pregonando su mercancía. Pero nunca, a juzgar por mis observaciones, he encontrado una calle que hubiese cambiado en el sentido contrario, es decir, que desde la oscuridad pasara a ser de moda y que sus casas se modificaran y modernizaran.

Esta reflexión me la sugiere la vecindad en que, recientemente, instalé mi domicilio, al terminar mi compromiso en Newingstead.

Desde luego, la calle Osnaburgh, Marylebone, no podía ser descrita como calle mísera; por el contrario, es altamente respetable. Pero sus altos edificios, de espaciosas habitaciones y lujosas puertas, son, sin duda alguna, supervivientes de un pasado más opulento. Y todo el vecindario da muestras de la curiosa circunstancia a que me he referido.

Fui a parar a Osnaburgh Street, por haber comprado un consultorio médico que quedó libre por muerte de su titular; y no hay duda de que aquel consultorio debió de haber muerto con su propietario, porque yo permanecía día tras día sentado en mi despacho solitario, sin que me molestara nadie, preocupado en volver, incrédulo, las páginas de los antiguos libros registros, preguntándome si los nombres allí inscriptos pertenecían a unos seres míticos o si todos los clientes, de común acuerdo, habrían seguido al doctor en su destino celestial o infernal.

Claro está que, a veces, recibía avisos o mensajes, al principio de transeúntes o de personas instaladas recientemente en el barrio; pero luego, gracias a las presentaciones y a las recomendaciones, se constituyó un núcleo visible que, extendiéndose poquito a poco, parecía prometer una buena clientela en un futuro no muy lejano. Las horas de solitaria meditación en la sala de consultas empezaron a ser cada vez más cortas, gracias a muy gratas interrupciones, y mis paseos rápidos de un lado a otro, por las calles del barrio, tenían ya un significado más interesante que el de la simple exploración geográfica.

Principalmente, según ya he dicho, creció el número de mis clientes gracias a la recomendación. Mis pacientes me demostraron simpatía y mencionaron este detalle a sus amigos; así trabé conocimiento con Peter Gannet. Recuerdo con gran claridad

aquella ocasión, aunque entonces pareciera insignificante. Era una triste mañana de diciembre, cosa de tres meses después de mi salida de Newingstead, cuando empecé mi «ronda» para visitar a un solo enfermo.

Corté hacia Jacob Street, Hampstead Road, siguiendo varias callejuelas, por detrás de Cumberland Market, mientras comparaba aquellas sórdidas calles con los agradables paseos que había en torno de Newingstead. Jacob Street es otro ejemplo de la «ley de decadencia» que ya he mencionado. Hallábase ya en la fase de distinguida decadencia, y en otro tiempo fue el barrio preferido de algunos famosos y celebrados artistas, pero su gloria no había desaparecido del todo, porque varias casas tenían anexos algunos estudios muy cómodos y entre sus habitantes aún había una buena cantidad de artistas, aunque de tipo más humilde y menos presuntuoso. El marido de mi paciente, la señora Jenkins, era un constructor de monumentos, y desde la ventana del dormitorio pude verle en el patinillo que había más abajo, mientras, con martillo y escoplo, daba forma a un pedazo de mármol.

Llegó la presentación cuando hube terminado la larga visita que hice allí y me disponía a marcharme.

—Antes de que se vaya usted, doctor —dijo la señora Jenkins—, debo darle un recado de mi vecina, la señora Gannet. Esta mañana envió a la criada para decirme que su marido no está bien y que le agradecería a usted que fuese a verlo. Sabe que usted me ha cuidado y ellos no tienen ningún médico de cabecera. Es la casa inmediata: número 12.

Le di las gracias por aquella presentación y, después de haberme despedido, salí de la casa para dirigirme al número 12, a la que me acerqué despacio a fin de observar su aspecto. El examen fue satisfactorio, por lo que se refería a un indicio de la condición de mi nuevo enfermo, porque la casa tenía mejor aspecto que sus vecinas y los llamadores de latón, así como el pomo de la puerta y el blanqueado escalón, parecían indicar una casa en la que se vivía algo mejor que en las demás de la calle. A un lado de la vivienda había una ancha puerta de dos hojas, con un portillo, que observé atentamente. Parecía la entrada de un patio o taller, adaptada para el paso de camiones, pero sin duda pertenecía a la casa, porque debajo del cordón de la campanilla que había en la jamba de la puerta vi una plaquita de latón, que llevaba el nombre de «P. Gannet».

Abrióse la puerta en respuesta a mi llamada y apareció una muchacha escuálida, de unos dieciocho años, largas piernas y falda corta, que llevaba la cabeza envuelta en un trapo.

En cuanto le di cuenta de quién era, me llevó por un vestíbulo embaldosado, hasta una puerta que abrió y, tras de anunciarme por mi nombre, se lavó las manos con respecto a mí y se retiró en dirección a la escalera de la cocina.

La ocupante de aquella habitación, mujer de unos treinta y cinco años, se puso en pie al verme entrar y dejó en una mesita, la labor de aguja en que se ocupaba.

—¿Tengo el gusto de hablar con la señora Gannet? —pregunté.

—Sí, soy la señora Gannet. Supongo que la señora Jenkins le habrá dado mi recado.

—Sí, señora. Me ha dicho, cosa que lamento, que su esposo no está muy bien.

—Nada bien —replicó—, aunque creo que la cosa no será importante para él.

—Supongo, por el contrario, que le importará mucho —observé.

—Tal vez sí —convino ella—. De todos modos, parece estar algo apurado. Está en su dormitorio, pero no se ha acostado. ¿Quiere hacerme el favor de acompañarme? Le espera con cierta ansiedad.

Sostuve la puerta abierta para dar paso a la señora y luego la seguí escalera arriba, mientras clasificaba mis primeras impresiones. La señora Gannet era una mujer alta y esbelta, de cabello castaño y de ojos fríos y azules. Era decididamente guapa, aunque no llamaba la atención. Para mí, su rostro, a pesar de ser bonito, no me resultaba agradable. Advertíase en él cierta petulancia y sequedad, y no me gustó el tono con que se refirió a su marido.

Me presentó de un modo tan lacónico como lo hiciera su criada. Abrió la puerta del dormitorio y, sin atravesar el umbral, anunció:

—Aquí está el doctor.

Y cuando hube entrado, cerró y se marchó.

—Me alegro mucho de verle, doctor —dijo el enfermo—. Acerque una silla al fuego y quítese el gabán.

Seguí el primer consejo, pero no el segundo, porque la experiencia me había demostrado ya que el médico que se quita el gabán está perdido. Conviértese entonces en una visita corriente y se multiplican de modo indefinido sus dificultades para salir.



—¡Muy mal!—contestó.

—¿De modo que no se encuentra usted bien? —dije para iniciar la conversación.

—Muy mal —contestó—. No creo que sea cosa grave, pero sí muy desagradable. Me duele el vientre de un modo extraordinario.

—Ya —repliqué—. Sufre usted dolores abdominales. ¿Muy fuertes?

—A veces —contestó—. Pero lo raro es que llegan y desaparecen luego. ¡Caramba!

El cambio de expresión de su rostro indicó el hecho de que, en aquel momento, tenía un nuevo retortijón. Así, pues, interrumpí la conversación, en espera de que

experimentase algún alivio, y mientras tanto examiné a mi paciente con interés y simpatía. No era tan guapo como su mujer y su aspecto no quedaba mejorado por una profunda cicatriz que le cruzaba la ceja derecha, pero luego daba mejor impresión. Era hombre fornido, aunque no corpulento, según pude juzgar, y también esbelto y ágil de movimientos. Llevaba el cabello largo, un bigote bien cuidado y una barba a lo Van Dyck. Reforzaba todavía el aspecto de su barba la chaqueta de pana de color pardo y el cuello muy abierto. Observé también que tenía los ojos enrojecidos e irritables, como los de una persona de vista cansada que necesita gafas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó después de un corto silencio—. Ha sido un retortijón de los buenos, pero ya ha pasado un tanto. Ahora voy a gozar de un intervalo de bienestar.

Luego reanudó la conversación, que no es necesario reproducir en detalle. Yo tenía tiempo disponible y pude permitirme el lujo de dejarle en libertad de explicar detalladamente los síntomas, las causas posibles de su dolencia, sus costumbres y su modo de vivir.

Mientras hablaba, miré a mi alrededor, recordando el consejo de mi maestro, el doctor Thorndyke, de que observara y tomara nota de cuanto rodea a un paciente, para tener mejor idea de su personalidad. En especial observé la repisa de la chimenea, que tenía delante, y pasé revista a los objetos que allí había, buscando su relación con las costumbres de mi paciente y con la historia de su vida.

Eran objetos muy curiosos, muestras de alfarería de tipo inhábil y bárbaro, que supuse habrían sido recogidas en viajes efectuados a distintas tierras pobladas de hombres primitivos. Había varios cuencos y jarros, macizos, rudos y feos, de material basto, como el de barro primitivo, y, presidiendo toda aquella colección, vi una efigie toscamente modelada, del mismo material o parecido, que, según creí entender, sería la imagen de algún hombre de tipo muy primitivo. La infantil crudeza de la ejecución llevó mis ideas hasta el centro de África o a las galerías etnográficas del British Museum, o bien a las falsificadas esculturas primitivas que recientemente habían aparecido en algunos edificios públicos de Londres. Volví a mirar al señor Gannet y me pregunté si su dolencia se debería a los efectos ulteriores de alguna enfermedad tropical contraída en los bosques o en las selvas donde, sin duda alguna, recogió aquellas extrañas y casi desagradables curiosidades.

Por fortuna no manifesté esas ideas, porque, siguiendo también otro consejo del doctor Thorndyke, quise «dejar al paciente que hiciera el gasto principal de la conversación» y escuché atentamente mientras el señor Gannet me refería la historia de sus molestias. Y, después de una pausa, añadió:

—No sólo es una molestia, sino un maldito inconveniente, porque no puedo continuar mi trabajo.

—¿Y a qué se dedica usted? —pregunté.

—Soy alfarero —contestó.

—¿Alfarero? —repetí—. Ignoraba que en Londres hubiese alfarerías, a excepción

de la de Doultons.

—En realidad, no me dedico al trabajo corriente —dijo—. Soy artista alfarero, un trabajador individual. Las piezas que hago pertenecen a la que se llama alfarería de estudio. En la repisa de la chimenea hay algunas de mis obras.

Aquello me sorprendió lo indecible. Me quedé mudo y sin saber qué decir, ante los productos asombrosos del arte del alfarero, en tanto que Gannet me observaba con mucha gravedad y, según creo, con algún desdén.

—Es posible —observó— que le parezcan a usted demasiado simplificadas.

Yo no habría usado tal expresión, pero me apresuré a aprovecharla.

—Ésta es la sensación que me han dado a primera vista —contesté—. Es decir que... que la impresión... que tal vez... quiero decir que la precisión... y la simetría... para una persona inexperimentada...

—Exactamente —me interrumpió—. El ojo inexperto busca, ante todo, la precisión y la simetría. Pero al artista no le ocurre lo mismo. Puede hacer caso omiso de la perfección mecánica, para dejarla al trabajador vulgar, que cuida una máquina.

—Supongo que será así —dije—. Y la... —iba a decir «imagen», pero sustituí esta palabra por «estatuíta»—, ¿es también obra suya?

—Esa figura —corrigió—. Sí, señor. También es mía. Después de terminarla quedé muy complacido de ella. Sin duda estaba en lo cierto, porque ha sido muy bien acogida. Los críticos de arte están entusiasmados y he vendido dos copias por cincuenta guineas cada una.

—Eso es muy agradable —dije—. Siempre conviene tener una recompensa material, además de la gloria. ¿Y le ha puesto usted algún título descriptivo?

—No —contestó—. No soy ninguno de esos pintores de anécdotas que necesitan título para sus obras. Me limité a llamarla «figura de un mono».

—¡Ah, sí!... En efecto... De un mono. Eso es.

Me puse en pie para examinarla mejor y entonces observé en su parte posterior algo parecido a un pedazo de tubo de manga de caucho para riego y que quería representar un rabo. Eso demostraba que debía de ser un mono y no un dios del bosque.

El rabo permitía precisar el diagnóstico. Incluso en las esculturas que he mencionado, la ausencia de un rabo demuestra su carácter humano.

—Supongo —dije— que firmará usted siempre sus obras.

—Claro está —replicó—. Cada pieza lleva mi firma y un número y, desde luego, el número de copias de cualquier pieza es limitadísimo. En la base podrá usted ver la firma.

Con infinito cuidado y precaución levanté la figura, invirtiéndola para examinar la base. Vi que estaba cubierta de una gruesa capa de barniz blanco, opaco, que contrastaba en extremo con el cuerpo basto y gris de la figura, pero que era excelente para hacer visible la firma. Ésta había sido trazada en líneas azules muy delgadas, cual si hubiesen sido hechas por una pluma, y consistía en algo parecido a un pájaro

sostenido por las letras P. G. y debajo «Op. 571. A.».

—Supongo que el ganso será su marca personal. Es un ganso, ¿verdad?

—No, señor —contestó—. Es un bubia ^[3].

—Claro está —me apresuré a exclamar—. He sido un tonto al no descifrar ese jeroglífico, aunque las bubias se parecen bastante a los gansos.

Admitió el parecido y me observó atentamente, mientras yo dejaba otra vez la figura sobre la repisa de la chimenea y encima de un paño cuadrado que la protegía de todo contacto con el mármol. Entonces se me ocurrió que ya había pasado demasiado rato allí y me abroché el gabán. Luego dediqué mi atención al asunto profesional, con algunas observaciones finales.

—Bien, señor Gannet, no debe usted sentir ninguna alarma. Le enviaré un medicamento que lo restablecerá en breve, pero si siente usted muchos dolores, póngase algunos fomentos calientes o una botella de caucho, también de agua caliente.

Después de estrecharle la mano, salí.

Cuando bajaba la escalera, encontré a un hombre corpulento que llevaba monóculo y en su mano derecha sujetaba el asa de un jarro de vidrio. Detúvose ante mí y explicó:

—Voy a llevar al enfermo un poco de agua de cebada. Supongo que le sentara bien. La ha pedido.

—Desde luego —contesté—. Es una bebida adecuada para los enfermos.

—Ya se lo dije —contestó aquel individuo.

Y, sin más, ambos seguimos nuestros caminos respectivos. Al llegar al *hall* encontré abierta la puerta del comedor, y como viera dentro a la señora Gannet, entré para darle cuenta de lo que había observado y comunicarle algunas instrucciones. Ella escucho atenta, aunque poco interesada. Pero prometió que el enfermo tomaría la medicina con regularidad y que le proporcionaría botellas de agua caliente.

—Sin embargo —añadió—, temo que no las utilizara, porque es un enfermo poco tratable.

—Bien, señora Gannet —dije, poniéndome los guantes—. Hemos de ser pacientes. El dolor puede irritar al más pacífico. Espero que mañana encontraré a su esposo más aliviado. Buenos días.

A intervalos, durante aquel día, recordé a mi nuevo enfermo, pero no como debiera, porque mi atención no estaba dirigida a su dolencia, sino a sus extrañas obras de alfarería y especialmente a aquel horrible mono. Mis reflexiones oscilaban entre la franca incredulidad y la admisión de que aquellas obras seudobárbaras pudieran poseer alguna cualidad que no logré descubrir. Sin embargo, yo no carecía de condiciones para formar juicio, porque descendiendo de una familia de artistas. Mis padres eran dibujantes y mi tío materno fue un distinguido pintor de figuras que, además de sus cuadros, labraba esculturas en bronce y terracota, aunque sin pretensiones, y cuando yo estudiaba dediqué un día a la semana para asistir a una

clase de dibujo al natural. Sabía, pues, dibujar y cómo estaba constituida la figura humana; y cuando comparaba las graciosas estatuillas de mi tío, delicadamente acabadas, con aquella efigie basta y horrible de Gannet, no podía llegar a creer que poseyese ninguna cualidad artística.

Sin embargo, no me atreví a opinar acerca de ello. Siempre es posible un error propio. Pero tampoco es preciso ser demasiado humilde o crédulo, porque hay el peligro de caer en las garras del impostor, que tanto abunda en nuestra sociedad de la postguerra, y en la época de la falsedad y de la trampa.

Así, pues, mis reflexiones estaban fijadas en aquel detalle y no pude llegar a ninguna conclusión. Entretanto, el abdomen del pobre Peter Gannet recibió menos atención de la que merecía. Supuse que una o dos dosis de bismuto sódico y, además, el antiguo medicamento, antes tan célebre y ahora tan despreciado, es decir, la tintura de cardamomo, aliviarían los retortijones de mi enfermo y lo pondrían en franca curación. Después de enviarle esos medicamentos, olvidé ya por completo el aspecto médico de aquel caso.

Pero aquel remedio infalible fracasó en absoluto porque, a la visita del día siguiente, pude observar que el estado de mi enfermo no se había modificado. Eso era muy desagradable para él, aunque no alarmante. No pude sentir ninguna sospecha de que se tratara de algo serio; no tenía fiebre, ni tampoco síntoma alguno que pudiera indicar la existencia de una apendicitis o de otra enfermedad grave. No sentía, pues, ningún temor con respecto a él y a mi enfermo le ocurría lo propio. Y después de hablar del medicamento que le había enviado, le prometí sustituirlo por algo más eficaz y le reiteré mi recomendación con respecto al uso de las botellas de agua caliente o de los fomentos.

Aquel nuevo tratamiento, sin embargo, no dio mejor resultado que el anterior. En la tercera visita encontré al enfermo en la cama, quejándose aún de dolores en el vientre y, al parecer, muy deprimido. Pero aunque aquel hombre parecía estar enfermo, ni mi interrogatorio minucioso ni el examen físico me dieron ninguna luz acerca de la causa o de la naturaleza de su estado. Sin duda alguna, sufría de un fuerte catarro gastrointestinal.

Pero el hecho de que le produjera dolores y de que ningún tratamiento lo aliviase eran misterios que me preocuparon mucho cuando regresaba a mi casa y aun me inspiraron cierto desprecio por mí mismo y gran compasión por el individuo que tuviese la desgracia de ser uno de mis pacientes.

CAPÍTULO IV - Interviene el Doctor Thorndyke

El sexto día de mis visitas al señor Gannet se agudizaron mis temores vagos y crecientes. Mientras estaba sentado al lado de la cama y observaba el rostro desencajado y los ojos enrojecidos que me miraban, sentí algo parecido al pánico. Y no sin motivo. Aquel hombre estaba enfermo, muy enfermo, y empeoraba de día en día y tuve que confesarme que estaba a oscuras acerca de lo que le ocurría. Mi diagnóstico de gastroenteritis no valía nada en absoluto. Apenas si era una afirmación de los síntomas, y el fracaso absoluto del tratamiento empírico me convenció de que, en aquel caso, había algún detalle que me pasó por alto.

Aquello era muy desagradable. Un médico joven, que acaba de establecerse, no puede permitirse ningún error en el comienzo de su carrera y así lo comprendí. Mas, para hacerme justicia, debo añadir que ésa no era mi preocupación principal. Lo que me conturbaba era la convicción de que había fracasado en mis deberes para con mi paciente y en mi competencia profesional. Dolíame el sufrimiento de aquel hombre valeroso, que no se quejaba y que me dirigía miradas pidiéndome alivio y auxilio. Pero lo pedía en vano. Y aún existía el hecho, mas alarmante, de que aquel hombre estaba gravemente enfermo y que, si no lograba mejorar su estado acabaría siendo gravísimo.

—Bien, señor Gannet —dije—. Al parecer, no hemos adelantado gran cosa. Temo que se verá usted obligado a permanecer en cama.

—Ya no hay que hablar de eso, doctor —contestó—, porque no puedo tenerme en pie. Parece como si las piernas se hubiesen declarado en huelga y siento algo raro en los pies, algo parecido a pinchazos, y, además, como si estuviesen muertos o me los hubiesen cubierto con una gruesa capa de barniz.

—Hasta ahora no me había hablado usted de eso —respondí, ocultando mi consternación ante aquellas nuevas complicaciones.

—Hasta ayer no lo noté —contestó—, aunque ya hace algunos días que siento calambres en las pantorrillas. Pero lo cierto es que el dolor de vientre es lo que más me preocupa. Tal vez esos otros síntomas se presentaron con anterioridad, pero no los noté. ¿A qué se deberán?

No contesté directamente a tal pregunta.

Ya no me atrevía a suponer y aquellos nuevos síntomas me demostraron mejor que yo no sabía por dónde andaba. Sin embargo, llevé a cabo una exploración cuidadosa, gracias a la cual observé que había una apreciable falta de sensibilidad en los pies y un estado anormal en los nervios de las piernas. No tenía la más remota idea acerca de la causa de ello y tampoco hice grandes esfuerzos por aclarar el misterio; lo que acababa de observar me decidió a poner en práctica una medida en la que ya había estado pensando durante los últimos días.

Pediría el consejo de algún médico de mayor experiencia. Eso, además de

honrado, era humano. Pero no me atreví a insinuar la conveniencia de celebrar una consulta, porque eso comprende la confesión franca de haber fracasado, cosa muy poco política en el caso de un médico joven, aparte de que habría ocasionado nuevos gastos al paciente. Y como, por otra parte, me daba cuenta de que la necesidad de una consulta obedecía a mi propia incompetencia, el gasto me correspondía también.

—¿Le parece conveniente, doctor, que me vaya a una clínica? —pregunto el enfermo, cuando me hube sentado al lado de la cama.

Me agradó la pregunta, porque facilitaba en extremo mi plan.

—No es mala idea —contesté—. Allí tendría cuidados más continuados y muy hábiles.

—Eso pensaba yo —dijo—. Además, no molestaría tanto a mi mujer.

—Sí, no es mala idea —repetí—. Pensaré en ello y haré algunas indagaciones. Volveré hoy mismo y le daré cuenta de lo que haya averiguado.

Dicho esto, me puse en pie, y después de estrecharle la mano, salí cerrando ruidosamente la puerta. Luego bajé la escalera con fuertes pasos, para avisar mi aproximación al vestíbulo. Al llegar no encontré a la señora Gannet, y la puerta del comedor estaba cerrada; busqué la percha donde me esperaba el sombrero y observé que había otro en el colgador inmediato. Eso explicaba, tal vez, la ausencia de la señora. Ya conocía aquel sombrero. Era de terciopelo y pertenecía a un tal señor Boles, el mismo a quien encontré en la escalera en mi primera visita y al que vi luego una o dos veces más; era hombre corpulento, de aspecto fanfarrón, joven, nada feo, de maneras ruidosas y quizá brutales e inclinado a conducirse con excesiva familiaridad. Me fue antipático desde el primer momento. Me molestó su familiaridad y sospeché que su monóculo sólo le servía de adorno; además, me desagradaron sus aparentes relaciones con la señora Gannet, aunque tenía entendido que eran primos lejanos, según me dijo Gannet, quien conocía perfectamente la amistad.

Aquél no era asunto mío, pero la presencia del sombrero me obligó a detenerme. Es muy violento interrumpir un *tête a tête* ^[4], pero mi dificultad la resolvió el mismo Boles; abrió la puerta del comedor, asomó la cabeza y me miró con su monóculo o tal vez con el otro ojo que podía ver sin ningún inconveniente.

—Me figuré haberle oído bajar, doctor —dijo—. ¿Cómo está el enfermo? ¿No entra a comunicárnoslo?

Con gusto le diera un tirón de la nariz, pero un médico ha de saber dominarse y más cuando se trata de un hombre de la corpulencia de Boles.

Mientras él sostenía la puerta abierta, entré e hice una reverencia a la señora Gannet, quien me devolvió mi saludo sin abandonar su labor. Luego di cuenta del estado del enfermo de un modo conciso y vago, y pasé a tratar de su ingreso en una clínica. Boles, inmediatamente, se opuso.

—¿Para qué demonio ha de ir a una clínica? —preguntó—. Aquí está bastante cómodo. Además, hay que pensar en el gasto.

—Ha sido idea suya —contesté—. Y no, me parece mala.

—No —dijo la señora Gannet—. No es mala. Allí tendría más cuidados de los que puedo darle.

Se inició entonces casi una disputa entre los dos, a la que yo asistí impasible, dándome cuenta de sus respectivos puntos de vista. Con toda evidencia, la señora habría querido ver al enfermo fuera de sus manos, en tanto que la oposición de Boles se debía, simplemente, a su espíritu contradictorio y a que se mostrara, tal vez, adverso a lo que propusiera yo.

Ya se comprende que la señora se salió con la suya, y yo estaba resuelto, en todo caso, a salirme con la mía. Así, en cuanto se hubo terminado la discusión, me despedí, con la promesa de volver más tarde para dar cuenta de lo que hubiera hecho.

Al salir de la casa examiné la situación. No me quedaba ninguna visita por hacer, de modo que era dueño de mi tiempo; y como mi objeto inmediato era buscar el consejo de algún colega de mayor experiencia, y mi hospital era el lugar en que mejor podría encontrar aquel consejo, fui en busca del autobús más cercano que pudiera llevarme hacia allá. En cuanto lo hube encontrado, subí a él y en breve me vi en el extremo de la apacible calle en que se encuentra el Hospital de Santa Margarita.

Tuve la impresión de que sólo habían transcurrido unos meses desde que, de mala gana, me alejé de aquella admirable institución y de su escuela médica agradable y cordial; y cuando me aventuré por la conocida calle, miré a mi alrededor con cierta tristeza, al recordar los años de interesantes estudios y de compañerismo que había pasado allí, desde novicio en la ciencia médica, hasta alcanzar el grado de facultativo con título. Cuando me hallaba cerca del hospital, observé que salía por la puerta un hombre alto, que se dirigía a mí. Y al verlo recordé uno de los más interesantes pasajes de mi vida de estudiante, pues aquel hombre era el doctor John Thorndyke, el profesor de Jurisprudencia Médica, tal vez el más inteligente y querido de aquel profesorado.

El doctor Thorndyke me saludó con amable sonrisa y me tendió la mano.

—Me parece —dijo— que ésta es la primera vez que nos encontramos desde que abandonó el nido.

—Solíamos darle el nombre de incubadora —contesté.

—El nombre de nido es más digno —replicó—. En una incubadora hay siempre la idea de algo embriónico. ¿Le gusta la práctica de la medicina general?

—¡Oh, sí, señor! —contesté—. Desde luego, no es tan interesante como la práctica en el hospital, aunque, en este momento, tengo más cosas emocionantes de las que quisiera.

—Tal vez se encuentra usted en algún apuro profesional.

—Sí, señor —contesté—. Lo cierto es que estoy en la luna. Por eso he venido. Voy al hospital para ver si otro doctor de más años que yo puede ayudarme.

—Es éste un paso muy cuerdo, Oldfield —dijo Thorndyke—. ¿ Sería impertinente preguntarle cuál es su dificultad?

—De ningún modo, señor —me apresuré a contestar—. Le agradezco su

pregunta. Mi dificultad es que tengo un caso bastante grave y no acierto con el diagnóstico. Me parece que se trata de un caso agudo de gastroenteritis, pero no llego a comprender cómo lo contrajo el paciente ni por qué ninguno de mis tratamientos ha conseguido mejorarlo.

El bondadoso interés del doctor Thorndyke por un antiguo alumno se convirtió en algo más definidamente profesional.

—El término «gastroenteritis» —dijo— conviene a muchos estados distintos. Quizá una descripción detallada de los síntomas sería una buena base de discusión.

Así alentado, hice una minuciosa descripción de los síntomas del pobre Gannet, el dolor abdominal, su persistente y desagradable náusea, la depresión mental y física, y luego di cuenta de mis inútiles tentativas para aliviarlo; el doctor Thorndyke escuchaba con la mayor atención y, al terminar, reflexionó unos instantes y preguntó:

—¿Y nada más? ¿Solamente dolores abdominales? ¿No hay síntomas neuríticos, por ejemplo?

—¡Caramba, sí, señor! —exclamé—. Lo había olvidado. Siente fuertes calambres en las pantorrillas, cierta insensibilidad en los pies y falta de fuerzas en las piernas. Según dice, apenas puede tenerse en pie.

El doctor Thorndyke inclinó la cabeza para afirmar y siguió preguntando:

—¿Ha observado usted algo especial en los ojos?

—Los tiene bastante congestionados y acuosos, pero él lo atribuye a haber leído con poca luz. Al parecer, tiene también un poco de frío en la cabeza.

—No me ha dicho usted nada acerca de las secreciones —observó el doctor Thorndyke—. Supongo que ha llevado a cabo las observaciones rutinarias.

—Sí, señor —respondí—, con el mayor cuidado. Pero en ellas no hay nada anormal; no hay albúmina, azúcar ni cosa que se aparte de lo corriente.

—Ya comprendo —dijo Thorndyke—. Pero tal vez no se le ha ocurrido hacer la prueba de Marsh.

—¿La prueba de Marsh? —repetí, mirándolo consternado—. ¡Dios mío, no! Jamás se me ocurrió esta idea. ¿Sospecha usted que pueda tratarse de un envenenamiento por arsénico?

—Es una posibilidad —observó—. El conjunto de los síntomas que me ha indicado usted está de acuerdo con el envenenamiento por arsénico y lo cierto es que no puedo relacionarlos con nada más.

Me quedé hecho una estatua. Pero en cuanto el doctor me hizo aquella indicación, comprendí cuánta razón tenía.

—¡Claro está! —exclamé—. Es un caso típico. ¡Y pensar que nunca se me ocurrió, a pesar de haber sido alumno de usted! Soy un tonto. No merezco el diploma.

—No diga tonterías, Oldfield —replicó el doctor—. No es usted un caso único. El médico casi nunca sospecha un caso de envenenamiento. Es natural. Su trabajo diario no conoce otra cosa que enfermedades, y cuando los efectos de un veneno simulan la enfermedad, aquél pasa casi siempre inadvertido. El médico, por costumbre, ha

adquirido una inclinación inconsciente hacia lo que se llama enfermedad normal y por esta razón el espectador, como yo mismo, que se acerca a examinar el caso sin prejuicios o quizá con una inclinación hacia lo anormal, anda siempre buscando síntomas sospechosos. Pero conviene no precipitarse en las conclusiones. Lo primero es demostrar la presencia o la ausencia del arsénico. Sería mucho más fácil si tuviésemos a ese enfermo en un hospital, pero quizá haya algunas dificultades...

—Ninguna en absoluto —contesté—. Él mismo me ha pedido que lo haga ingresar en una clínica.

—¿De veras? —preguntó Thorndyke—. Eso parece significativo. Quiero decir que tal vez él mismo siente alguna sospecha. ¿Ahora, qué le conviene a usted? ¿Quiere hacer la prueba usted mismo o prefiere que yo lo acompañe a visitar al paciente?

—Sería para mí un alivio extraordinario que se molestara en verlo, doctor —contesté—. Y se muestra en extremo bondadoso...

—Nada de eso —contestó Thorndyke—; es preciso resolver este caso, y sin la menor demora. Si se trata de envenenamiento, el factor tiempo puede ser vital. Y para averiguar la verdad, hemos de sacar a ese hombre de su casa. Tenga entendido, Oldfield, que lo acompañaré en calidad de amigo, de modo que mi visita no tiene consecuencias financieras.

Yo estaba dispuesto a protestar, pero se negó a hablar del asunto, e hizo valer el argumento de que el paciente no había pedido la opinión de otro médico.

—Pero quizá necesitemos algunos reactivos —acabó diciendo—. Lo mejor será que vaya al hospital en busca de mi maletín de investigaciones clínicas y ver si contiene lo necesario para este caso.

Emprendió el regreso al hospital y me dejó paseando por el patio anterior. Pocos minutos después reapareció llevando un maletín cubierto de lona, y como en ese momento pasaba por delante de la puerta un taxi desocupado, Thorndyke lo tomó y, después de dar las instrucciones convenientes al conductor, seguí a mi superior y me senté a su lado.

Durante el trayecto, el doctor Thorndyke me hizo algunas preguntas discretas acerca de la familia Gannet, y yo contesté con toda claridad. Poco sabía acerca de aquellas tres o cuatro personas, incluyendo a Boles, y no me pareció correcto manifestar mis suposiciones. Por eso me atuve estrictamente a los hechos conocidos, dejándolo en libertad de que sacara sus propias conclusiones.

—¿Sabe usted quién prepara la comida de Gannet? —preguntó.

—Según creo —contesté— su esposa es la que se ocupa en guisar. La criada es muy joven. Estoy seguro de que la señora Gannet prepara el alimento del enfermo o, por lo menos, así me lo dijo. Desde luego es poca cosa, según comprenderá usted.

—¿Cuál es el negocio o la profesión de Gannet?

—Tengo entendido que es alfarero; artista alfarero. Al parecer se ha especializado en cierta clase de objetos de barro. En el dormitorio tiene algunas muestras.

—¿Y dónde trabaja?

—Tiene un estudio en la parte posterior de la casa. Es un local muy grande, según creo, aunque no lo he visto, pero, sin duda, es mayor de lo que necesita, porque Boles ocupa una parte de él. No sé muy bien lo que hace éste, pero creo que se dedica a algo relacionado con la joyería y el esmalte.

Mientras el taxi salía de Euston Road para entrar en Hampstead Road, Thorndyke miró por la ventanilla y preguntó:

—Me pareció que daba usted al conductor el nombre de Jacob Street.

—Allí vive, en efecto. No es una calle muy elegante. Supongo que no la conocerá usted.

—Sí, señor, la conozco. Hay allí muchos estudios, restos de los tiempos en que era un barrio más elegante. Conocí al ocupante de uno de esos estudios. Me parece que hemos llegado ya.

Mientras el taxi se paraba ante la casa, mi compañero se apeó y pagó al conductor, en tanto que yo llamaba a la puerta. La abrió casi enseguida la señora Gannet, muy sorprendida, y manifestó la mayor extrañeza al ver a mi compañero. Me apresuré a dar una explicación discreta.

—He tenido mucha suerte, señora Gannet. Acabo de encontrar al doctor Thorndyke, uno de mis profesores del hospital y, al darle cuenta de que tenía un caso que no progresaba de un modo satisfactorio, se ofreció bondadosamente a acompañarme para ver al enfermo y darnos, a él y a mí, la oportunidad de aprovechar su vasta experiencia.

—Desde luego agradezco mucho la intervención del doctor Thorndyke —dijo la señora Gannet, sonriendo y saludándolo—, y en especial la agradecerá mi pobre marido. Es un modelo de paciencia, pero el pobre ha pasado ratos muy dolorosos y molestos. Ya sabe usted el camino de su habitación.

Mientras hablábamos se abrió, en silencio, la puerta del comedor y se asomó la cabeza de Boles, adornado por el inevitable monóculo, a través del cual inspeccionó detenidamente al doctor Thorndyke, en tanto que éste se fijaba muy bien en él. Pero aquel examen mutuo fue muy breve, porque yo empecé a subir la escalera, seguido de cerca por mi profesor.

En cuanto hubimos entrado en la habitación del enfermo, después de una leve llamada a la puerta, Gannet se incorporó en la cama y nos miró con evidente sorpresa. Pero no hizo pregunta alguna, sino que se limitó a dirigirme una mirada interrogadora. Entonces, en pocas palabras, le di cuenta de lo que ocurría.

—Es muy amable por parte del doctor Thorndyke —dijo Gannet— y estoy muy agradecido y me siento honrado por verle, ya que, por desgracia, no experimento ninguna mejoría. Casi me parece que estoy peor.

—No tiene usted muy buena cara —contestó Thorndyke—, y ya veo que no se ha tomado el arrurruz ^[5] o lo que sea.

—No —dijo Gannet—. Traté de comer un poco, pero no pude pasarlo. Ni siquiera

me sienta bien el agua de cebada, aunque estoy muerto de sed. El señor Boles me dio un vaso cuando subió con el jarro y el arrurruz, pero desde entonces he pasado un mal rato. Sin embargo, nadie creería que el agua de cebada pueda dañar a nadie.

Mientras hablaba al enfermo, Thorndyke lo miraba pensativo, como si examinara su aspecto general, observando el rostro desencajado y lleno de ansiedad, y los ojos enrojecidos y lacrimosos. Luego dejó el maletín sobre la mesa y al observar que ésta se hallaba en medio del paso, con mi ayuda, la alejó de la cama hacia la ventana. Y en el lugar que antes ocupara puso un par de sillas. Tomó del maletín un bloque de papel, se sentó y, sin ningún preámbulo, inició un detallado interrogatorio con respecto a los síntomas y al curso de la enfermedad, y anotando las respuestas en notas taquigráficas, así como también las fechas más interesantes. Aquel interrogatorio le permitió observar que hubo algunas fluctuaciones en la gravedad del enfermo, puesto que cada mejora leve era seguida por una recaída repentina. También resultó que esas recaídas se habían presentado poco después de tomar alimento o de beber con cierta abundancia.

—Al parecer —observó Gannet, desalentado— el hambre es el único modo posible de evitar el dolor.

Ya había oído aquella misma observación, pero sólo ahora, cuando Thorndyke había reunido los hechos más significativos, gracias a sus hábiles preguntas, comprendí el significado que tenía. El caso parecía ser típico de un envenenamiento por arsénico y lo mismo resultó del examen físico, breve, aunque completo. Los síntomas objetivos parecían extraídos de un libro de texto.

—Bien, doctor —dijo Gannet en cuanto Thorndyke se puso en pie mirándolo gravemente—. ¿Qué opina usted de mí?

—Creo —replicó Thorndyke— que está usted gravemente enfermo y que necesita cuidados y atenciones que no podrá obtener en su casa. Debería usted ser trasladado a un hospital o a una clínica, y eso sin perder un momento.

—Yo mismo estaba persuadido de ello —contestó Gannet—. Y el doctor también estaba buscando la manera de realizar el traslado. Por mi parte estoy dispuesto.

—En tal caso —dijo Thorndyke— podré proporcionarle una habitación particular en el Hospital de Santa Margarita, y como el caso es urgente, propongo que se haga el traslado inmediatamente. ¿Podrá resistir el trayecto en un taxi?

—¡Oh, sí! —exclamó Gannet con vehemencia—. Siempre y cuando al fin consiga reponerme.

—Me parece que allí podremos aliviarlo —dijo Thorndyke—. Usted, Oldfield, hágame el favor de examinarlo para ver si se halla en estado de resistir el traslado.

Mientras yo tomaba el estetoscopio para auscultar el corazón del paciente, Thorndyke se dirigió a la mesa, al parecer con objeto de guardar el bloque de papel, pero no era éste su único objeto, porque, mientras yo estaba inclinado sobre el paciente con el estetoscopio en mis oídos, pude ver, aunque el enfermo no habría logrado observarlo, que, con el mayor cuidado, trasladaba un poco de arrurruz del

cuenco a un jarrito de boca muy ancha.

Después de llenarlo, le puso su tapadera de caucho, y sacando otro pequeño recipiente, lo llenó de agua de cebada. Hecho eso, cerró el maletín.

Comprendí entonces la razón de que hubiera separado la mesa de la cama, para estar lejos de la línea de visión del enfermo. Desde luego las muestras de comida y de bebida no habrían podido ser tomadas en presencia del enfermo sin darle una explicación, cosa que no podíamos hacer, porque si bien no teníamos dudas acerca del caso, aún era preciso demostrar la presencia del arsénico.

—Bien, Oldfield —dijo Thorndyke—. ¿Cree que tendrá fuerzas para resistir el traslado?

—Sí, señor —contesté—. Siempre y cuando se resigne a sufrir las molestias de un taxi.

Gannet se mostró confiado acerca de eso y, al parecer, deseoso de cambiar de residencia.

—En tal caso —dijo Thorndyke—, vaya usted abajo para explicar a la señora Gannet lo que hemos decidido. Y tal vez será conveniente llamar cuanto antes un taxi. Supongo que la señora no opondrá dificultades.

—No —contesté—. Ya estaba de acuerdo en que el enfermo fuese, llevado a una clínica. Y aunque le parezca demasiado repentino este traslado, yo le daré a entender que el caso es urgente.

Pero la entrevista fue muy fácil, por lo que se refería a la señora, aunque Boles se manifestó inclinado a discutir.

—¿Van ustedes a llevárselo ahora mismo al hospital? —preguntó.

—Eso es lo que ha propuesto el doctor Thorndyke —contesté.

—¿Por qué? —preguntó—. Dicen ustedes que no hay necesidad de operar. ¿Por qué, pues, llevárselo de ese modo?

Y me dirigía hacia el vestíbulo, cuando intervino la señora Gannet con alguna impaciencia.

—Mira, no pierdas más tiempo, Federico. Ve a buscar un taxi en tanto que yo subo con el doctor y preparo a Peter para ir al hospital.

Boles, de mala gana, salió del vestíbulo sin decir palabra, tomó el sombrero de terciopelo, se lo encasquetó y salió dando un portazo.

La señora Gannet se volvió entonces a la escalera y empezó a subir. Yo la seguía, aunque me adelanté para abrir la puerta.

Al entrar en el dormitorio encontramos al doctor Thorndyke en pie, frente a la chimenea y, al parecer, ocupado en examinar la imagen de barro cocido. Pero se volvió y, después de saludar a la señora, se disculpó por nuestra decisión apresurada.

—No hay necesidad ninguna de mandar ropa —dijo—, porque habrá de permanecer en cama. Una bata de abrigo y una o dos mantas bastarán para el trayecto.

—Sí —contestó la señora. Y volviéndose a su marido le preguntó—: ¿Quieres

llevarte algo especial, Peter?

—Nada más que mi cartera. Contiene todo lo que puedo necesitar, a excepción del libro que estoy leyendo. Mételo también en ella. Lo encontrarás en la mesita.

Cuando se hubo hecho esto, la señora Gannet se dedicó a hacer los preparativos necesarios, en tanto que Thorndyke continuaba examinando las piezas de alfarería de la repisa de la chimenea. El enfermo fue ayudado para que se sentara en el borde de la cama y luego se puso una bata de abrigo, unos calcetines de lana y unas zapatillas.

—Me parece que estamos ya dispuestos —dijo la señora Gannet. Luego, aprovechando una pausa, se aventuró a hacer una pregunta al doctor Thorndyke—. ¿Ha podido usted formarse una idea acerca de la naturaleza de la enfermedad de mi marido?

—Me parece —contestó Thorndyke— que podremos estar más seguros después de tenerlo unos días en observación.

La señora no quedó muy satisfecha de tal respuesta, que, realmente, era una evasiva, cosa que el enfermo observó también. Pero la conversación fue interrumpida de modo providencial por la llegada de Boles anunciando que el taxi esperaba en la calle.

—Y ahora, muchacho —dijo—, vamos a ver cómo te llevamos abajo.

Pero tal problema no ofreció ninguna dificultad, porque, así que el enfermo estuvo envuelto en mantas, Thorndyke y yo nos encargamos de llevarlo, según el sistema usado por las ambulancias y lo metimos en el taxi, en tanto que Boles y la señora Gannet ocupaban la retaguardia y la última llevaba la cartera. El problema más difícil fue el de hallar sitio en el taxi para dos hombres más, que eran corpulentos; pero conseguimos entrar de un modo u otro y, acompañados por los saludos de las dos personas que se quedaban en la puerta de la casa, el taxi emprendió su viaje.

Parecía como si Thorndyke hubiera dado ya algunas instrucciones en el hospital, pues a nuestra llegada, fue evidente que ya nos esperaban. Sacaron un sillón de ruedas, al que trasladaron el paciente, bajo la dirección de Thorndyke, y luego lo llevaron por un laberinto de corredores hasta la habitación particular de la planta baja que le había sido destinada. Allí encontramos a una enfermera que hacía los últimos preparativos y, a los pocos instantes, llegó la hermana de la sala inmediata, para presenciar la instalación del nuevo paciente. Permanecimos el tiempo suficiente para cerciorarnos de que Gannet se había tendido cómodamente en la cama y luego nos despedimos de él; y en el corredor inmediato nos separamos después de algunas palabras de explicación.

—Voy inmediatamente al laboratorio químico, para entregar al profesor Woodfield un par de muestras para su análisis. Mañana por la mañana procuraré ver a Gannet y supongo que usted le visitará de vez en cuando.

—Sí, señor —contesté—. Si puedo, mañana mismo vendré a verlo.

—Puede hacerlo cuando quiera —contestó él—. Sigue siendo su enfermo. Y si

hay algo nuevo, me refiero a Woodfield, le dejaré una nota para usted al cuidado de la hermana. Ahora he de marcharme.

Nos estrechamos las manos y seguimos nuestros caminos respectivos; y, al mirar hacia atrás, pude ver la alta figura del doctor Thorndyke que se alejaba por el corredor, llevando su maletín y me pregunté cuál sería el dictamen del profesor Woodfield en cuanto hubiese analizado la muestra de arrurruz y del agua de cebada.

CAPÍTULO V - El resultado del análisis

Impulsado por mi ansiedad de poner en claro los puntos misteriosos del caso Gannet, hice la única visita que tenía en mi lista a hora muy temprana de la mañana siguiente y me dirigí al hospital con la esperanza de llegar a tiempo para encontrar al doctor Thorndyke antes de su salida. Al parecer había calculado muy bien mi visita, porque, al atravesar la puerta principal, vi su nombre en el cuadro de las clases y supe por el portero que se había dirigido a la escuela. Allá, por lo tanto, dirigí mis pasos, pero cuando cruzaba el jardín lo encontré al salir de los laboratorios y eché a andar a su lado.

—¿Tiene usted noticias? —pregunté.

—Sí, señor. Acabo de ver a Woodfield, que me ha dado el resultado de su análisis. La muestra de arrurruz que le di no contiene arsénico. La otra muestra, de agua de cebada, contenía tres cuartas partes de un grano ^[6] de arsénico en las cinco onzas de mi muestra. Así, pues, suponiendo que el jarro contuviese veinte onzas del líquido, estarían disueltas en él unos tres granos de arsénico o, mejor dicho, de ácido arsenioso.

—¡Dios mío! —exclamé—. Es una dosis mortal, ¿verdad?

—Desde luego es capaz de causar la muerte —contestó—. Se ha observado que dos granos tan sólo pueden tener efectos mortales, pero el arsénico es un veneno muy caprichoso. Sin embargo, podemos suponer que si se hubiese bebido toda el agua de cebada del jarro, es muy probable que el veneno lo habría matado.

Me estremecí al pensar en lo muy cerca que estuvimos de un fatal desenlace el enfermo y yo. Sólo gracias a la intervención del doctor Thorndyke se había salvado, alejándose de su propia casa.

—Bien —dije—. El descubrimiento del arsénico en el agua de cebada disipa ya toda duda que pudiésemos tener, y demuestra que ha habido una tentativa de envenenamiento por arsénico.

—No, señor —dijo Thorndyke, disintiendo—. No hemos hecho más que comprobar la presencia del veneno por medio de un análisis clínico. Woodfield y el médico de la sala han comprobado la existencia del arsénico en el cuerpo del paciente. La cantidad era muy pequeña, menor de la que esperaba, a juzgar por los síntomas. Pero el arsénico se elimina con gran rapidez y así podremos suponer que han transcurrido varios días desde que ingirió una dosis considerable.

—Sí, señor —contesté—. Y llegó usted a tiempo de salvarlo de la siguiente dosis, que, tal vez, habría sido la última. ¿Y cuáles son nuestras responsabilidades en este asunto? Quiero decir si debemos comunicarlo a la policía.

—No —respondió, muy decidido—. No tenemos el deber ni el derecho de intervenir en un caso como éste, puesto que el paciente es un adulto responsable, en posesión de todas sus facultades y que puede gobernar sus actos y cuanto lo rodea.

Nuestro deber es, únicamente, informarlo de los hechos conocidos y dejarlo en libertad de que tome las medidas que le parezcan oportunas.

Eso es lo que hicimos, después de llevar a cabo el examen corriente del estado del paciente, el cual, por otra parte, había mejorado mucho.

—Sí —dijo Gannet muy alegre—. Estoy muchísimo mejor, y eso no se debe a los efectos de un medicamento, porque no he tomado ninguno. Al parecer, me restablezco por mí mismo. Es raro, ¿verdad? Aunque tal vez no lo sea. Y ustedes, señores, ¿han llegado a alguna conclusión con respecto a lo que me sucede?

—Sí, señor —contestó Thorndyke, sin dar importancia al asunto—. Hemos averiguado que su enfermedad se debe a un envenenamiento por arsénico.

Gannet se incorporó en la cama y nos miró con la boca abierta, asombrado y horrorizado a la vez.

—¿Envenenamiento por arsénico? —replicó, incrédulo—. No me lo explico. ¿Están ustedes seguros de que, en eso, no hay ningún error? ¡Parece increíble!

—Casi siempre es así —contestó secamente el doctor Thorndyke—. Es un caso de análisis químico, que puede ser demostrado y jurado, en caso necesario, ante un tribunal. De su propio cuerpo hemos extraído arsénico y también de una muestra de agua de cebada que traje para su análisis.

—¡Oh! —exclamó Gannet—. ¿Estaba en el agua de cebada? Supongo que no han examinado ustedes el arrurruz.

—También traje una muestra —contestó Thorndyke—, pero, aunque se ha analizado, no se pudo encontrar arsénico en ella.

—De modo —observó Gannet— que estaba en el agua de cebada. Ya me pareció notar algo raro en ella. Pero ¡arsénico! ¡Es extraordinario! ¿Y usted qué me aconseja hacer, doctor?

—Es muy difícil aconsejarle, señor Gannet —replicó Thorndyke—. Únicamente sabemos que ha tomado usted dosis venenosas de arsénico. En cuanto a las circunstancias en que tomó ese veneno, las conocerá usted mejor que nosotros. Si alguna persona le administró el tóxico a sabiendas, ha cometido un delito muy grave, y si usted sabe quién es esa persona, tal vez le convenga informar a la policía.

—Lo ignoro en absoluto —contestó Gannet—. Sólo tres personas podrían haberme dado el arsénico y no puedo sospechar de ninguna de ellas. En primer lugar, está la criada, que no es capaz de tal cosa. De haber deseado envenenar a alguien, quizá lo intentara contra su ama, porque no marchaban muy bien y, en cambio, ella y yo sosteníamos relaciones cordiales. Luego viene mi esposa. Ni por un momento hay que sospechar de ella. Y, por fin, llega el señor Boles. Con mucha frecuencia llevaba a mi cuarto el alimento y la bebida, y habría tenido oportunidad para hacerlo; pero ni siquiera puedo pensar un instante que haya tratado de envenenarme. Con igual justicia podría sospechar del doctor, que tenía, tal vez, más oportunidad que los otros. —Me sonrió y siguió diciendo—: Ya ven ustedes, pues, que no puedo sospechar de nadie. Y es posible que no haya ningún envenenador. ¿No podría darse el caso de que

el veneno hubiese llegado accidentalmente hasta el agua de cebada?

—Desde luego no es imposible —replicó Thorndyke—, pero es tan improbable, que ni siquiera se puede pensar en ello.

—Pues bien —replicó Gannet— no me siento inclinado a decir nada a la policía para causar innumerables molestias contra un inocente.

—En eso —dijo Thorndyke— creo que hace usted bien. Si no tiene razones para sospechar de nadie, nada, tampoco, puede decir a la policía. Pero debo ponerle en guardia, señor Gannet, acerca de las realidades de su situación. Es prácticamente cierto que alguna persona ha tratado de envenenarle y, por lo tanto, debe de ponerse en guardia contra otra tentativa ulterior.

—Pero ¿qué puedo hacer? —contestó Gannet—. Conviene usted en que no debo denunciarlo a la policía, para no armar un escándalo. ¿Qué puedo hacer, si no?

—La primera precaución que debe tomar —replicó Thorndyke— es la de comunicar a su esposa cuanto sabe ahora y recomendarle que transmita sus palabras al señor Boles, a no ser que prefiera usted decírselo personalmente, así como también a las demás personas que ella crea oportuno avisar. El hecho de que se ha descubierto el envenenamiento, posiblemente evitará toda nueva tentativa y la señora Gannet vigilará para que no se presenten otras oportunidades favorables. Además, adoptará usted la precaución de no tomar nada de comer ni de beber en su propia casa, si no lo comparte con otra persona; y tal vez, como precaución adicional, podría cambiar de criada.

—Sí —dijo Gannet sonriendo—. Eso no será difícil, en cuanto mi mujer se entere de lo del arsénico. La despedirá en el acto.

—Creo —añadió Thorndyke— que ya le he dicho todo lo que debo. Me alegro de verlo tan mejorado y, si continúa del mismo modo, dentro de pocos días podrá usted volver a su taller de alfarería.

Dicho esto se despidió del enfermo y yo salí con él, por si quería decirme algo a mí solo; pero hasta que hubimos atravesado la puerta principal y el portero se hubo fijado en la salida de mi compañero, éste no interrumpió el silencio, y cuando cruzábamos el patio preguntó:

—¿Qué ha sacado usted en limpio de las afirmaciones de Gannet, acerca de los posibles sospechosos?

—Muy poco —contesté—. Pero tuve la sensación de que se callaba algo.

—No fue demasiado discreto —contestó sonriendo Thorndyke—. Yo comprendí muy bien que considera muy sospechoso al señor Boles y, desde luego, no le habría sabido mal que nosotros compartiésemos sus recelos. Y dígame: ¿Sigue usted tomando notas de este caso?

Tuve que confesar que, aparte de lo consignado en mi diario, no había tomado tal precaución.

—Eso no está bien —dijo—. Es muy posible que este caso no termine aquí. Entonces, en el futuro, y en el supuesto de que esta historia tenga continuación, no

habría de confiar solamente en su memoria. Le aconsejo que ahora consigne todos los detalles por escrito, cuando aún son recientes y se recuerdan bien, y haga una relación; minuciosa del caso con todas las fechas y características de las personas que con él se relacionan. Yo le enviaré una copia certificada del análisis de Woodfield y me interesaría mucho ver su relato, por escrito, del hecho, con objeto de compararlo con mis propias notas.

—No creo que pueda usted aprender muchas cosas de mí.

—Pues serán unas notas muy mal registradas en el caso de que tenga usted razón —contestó—. Pero lo interesante es que si más adelante le ocurriese algo a Gannet, me refiero, desde luego, a cualquier suceso que obligara a intervenir a la Justicia, usted y yo podríamos ser llamados como testigos o nos ofreceríamos a declarar, y para eso convendría que nuestras Memorias respectivas estuviesen de acuerdo. De ahí, pues, la conveniencia de comparar las notas y, además, ahora podríamos poner en claro cualquier diferencia.

Mientras hablábamos llegamos al cruce de dos calles y como nuestros caminos respectivos eran opuestos, nos detuvimos para cambiar algunas palabras finales y luego nos separamos. Thorndyke continuó a pie y yo me dirigí a la primera parada del autobús.

Durante la estancia de Gannet en el hospital le hice una o dos visitas y comprobé su rápida mejoría. Tomé nota de las particularidades de su dolencia. Pero su restablecimiento fue normal y sin ninguna circunstancia inesperada, de modo que, pocos días después, lo borré de mi lista de visitas, decidiendo que esperaría su regreso a casa para continuar observándole.

Pero en el intervalo pude notar que, por lo menos, en un detalle obró según el consejo de Thorndyke. Así me lo demostró la señora Gannet, que, una tarde, apareció en mi sala de consultas, muy conturbada. En el acto adiviné cuál era su misión; pero no tuve que esperar mucho porque inmediatamente empezó a hablar del caso.

—Esta tarde he ido a visitar a Pete y me ha dado un disgusto terrible. Me ha dicho, muy en serio, que su enfermedad no era tal, sino un envenenamiento. Añadió que alguien había echado arsénico en su comida, y se apoya en las declaraciones de usted y del señor Thorndyke, como prueba de sus palabras. ¿Está loco o es verdad que le han contado ustedes esa historia?

—Es absolutamente cierto, señora Gannet.

—No es posible —contestó ella—. Es monstruoso. No hay nadie que tenga motivo ni medio para hacer tal cosa. Con mis propias manos preparé toda su comida, y, además, se la llevé a su cuarto. La criada no se ha acercado nunca a él. Por cierto que la he despedido. Pero aunque hubiese tenido la oportunidad, carecía de razones para intentar el envenenamiento de mi marido. Era una muchacha decente y ella y yo nos llevábamos bien. Pero todo eso es imposible... fantástico. El doctor Thorndyke debe de haber cometido un error extraordinario.

—Le aseguro, señora Gannet —contesté— que en eso no ha habido ningún error.

Es un asunto resultante de un análisis clínico. El arsénico es un veneno peligroso, pero tiene la virtud de que se le identifica fácil y seguramente. Cuando el doctor Thorndyke vio a su esposo, sospechó enseguida un envenenamiento por arsénico y por esto se llevó consigo dos muestras, una de arrurruz y la otra de agua de cebada, para analizarlas. Fueron examinadas por un eminente químico, quien encontró en el agua de cebada una cantidad considerable de arsénico, es decir, que el jarro contenía lo bastante para ocasionar la muerte. Ya ve usted que no hay ninguna duda. El arsénico estaba en el agua de cebada. Lo extrajeron de ella y lo pesaron, de modo que se conoce la cantidad exacta; y este mismo arsénico ha sido guardado y en caso necesario puede ser presentado a las autoridades.

La señora Gannet quedó profundamente impresionada. Mejor dicho, en aquellos momentos estaba trastornada. Fue incapaz de pronunciar una sola palabra y me miró con la mayor consternación. Por fin me preguntó en voz muy baja:

—¿Y el arrurruz? Yo misma lo subí a su cuarto.

—Allí no había ninguna huella de arsénico —contesté.

Me pareció que tales palabras la habían tranquilizado un tanto, aunque continuaba asustada y asombrada. Comprendí lo que pensaba entonces, sin duda por recordar, como me ocurría a mí, quién llevó el agua de cebada hasta la habitación del enfermo. Pero, a pesar de todo, guardó silencio y terminó aquella entrevista después de haberme dirigido algunas preguntas con respecto al completo restablecimiento de su marido y también hizo, muy encarecidamente, la petición de que fuese a visitarlo a su regreso del hospital.

Pero aquella visita resultó innecesaria, porque la primera noticia que tuve de la salida de Gannet del hospital me la proporcionó su presencia en mi antesala. Acababa de abrir la puerta de comunicación en respuesta al campanillazo, y allí lo vi con su chaqueta de pana y la barba a lo Van Dyck de siempre. Lo miré con la momentánea sorpresa de los médicos y de las enfermeras, cuando ven por vez primera a un enfermo en su traje habitual y en el ambiente en que suelen moverse; y, sin querer, comparé a aquel hombre fornido, robusto y enérgico con el enfermo triste y dolorido que, en otros días, me dirigió miradas suplicantes cuando estaba tendido en la cama.

—He venido a dar el parte, señor —dijo haciendo un cómico saludo naval—, a fin de que vea usted el buen trabajo que ha llevado a cabo, en unión de sus compañeros.

Le estreché la mano y lo hice pasar a la sala de consultas, muy agradablemente sorprendido al observar cuán bien se había repuesto.

—Seguramente no esperaba verme tan bien —dijo.

—No —confesé—. Temí que, durante algún tiempo, sufriría los efectos del envenenamiento.

—Yo creía lo mismo —contestó—. Y, en cierto modo, aún sigo creyéndolo. Todavía tengo la sensación del lugar en que se encuentra mi estómago; pero, aparte de esa ligera molestia, estoy tan bien como de costumbre... Nunca olvidaré la

gratitud que les debo a usted y al doctor Thorndyke. Lo cierto es que me salvaron muy a tiempo. Unos días más tarde mi enfermedad habría llegado a un fin fatal. Sin embargo, no puedo comprender la causa de lo ocurrido. ¿Y usted? Con toda seguridad no habrá sido un accidente.

—No —le contesté—. Si todos los habitantes de la casa hubiesen resultado envenenados, habríamos podido sospechar un accidente, pero el envenenamiento continuado de una sola persona ya no puede ser accidental. De modo que nos hemos visto obligados a llegar a la conclusión de que el veneno fue administrado a sabiendas y con mala intención por parte de alguna persona.

—Desde luego, no hay otra posibilidad —replicó—. Pero ¿qué persona será ésa? El caso es difícil. Sólo somos tres y dos de ellas están por encima de toda sospecha. En cuanto a Boles, no hay duda de que se encargó de llevarme el agua de cebada y aun de servirme un vaso. En otras muchas ocasiones me ha llevado agua de cebada. Pero, en realidad, no puedo sospechar de él. Parece ridículo.

—No me corresponde sugerirle ninguna sospecha —contesté—. Pero los hechos que ha mencionado son bastante curiosos. ¿Habrá alguno más? ¿Qué me dice de sus relaciones con Boles? Supongo que no habrá descubierto usted el motivo que ese hombre pueda tener para envenenarlo.

—No hay ningún motivo para eso —contestó—. Desde luego, Boles y yo somos tan buenos amigos como antes. En los últimos tiempos opinamos de un modo diverso, aunque, en cierto modo, continuemos siendo socios. Pero sospecho que Boles, de no ser por mi mujer, habríase marchado ya hace bastante tiempo. Ella y él han sido siempre excelentes amigos, son parientes lejanos, si bien no recuerdo en qué grado, y creo que se profesan profundo afecto. Por eso Boles continúa trabajando en mi estudio, porque así tiene más ocasiones de ver a mi mujer. Por lo menos tal es mi impresión.

Me pareció que todo lo que acababa de decir era más bien una afirmación en respuesta a mi pregunta, y quizá él opinaba lo mismo. Pero el caso era muy delicado y ni él ni yo seguimos tratando de él. Entonces cambié de asunto y le pregunté :

—¿Qué se propone usted hacer ahora?

—Nada en absoluto —contestó—. ¿Qué podría hacer? Desde luego vigilaré bien, pero supongo que después que usted y el doctor Thorndyke han averiguado la verdad, continuaré trabajando en mi estudio como de costumbre, procurando que no se alteren en lo más mínimo mis relaciones con Boles. En realidad, no tengo ningún motivo de sospecha contra él.

—Tengo entendido que su estudio se halla en la parte posterior de la casa —observé.

—A un lado —contestó—. A través del patio. Vaya usted un día a casa y lo verá —añadió cordialmente—. Y desplegaré ante usted todo el arte y misterio de la alfarería. Vaya cuando quiera y lo antes que pueda. Espero que resultará una visita interesante.

Hecha esta invitación, que acepté de buena gana, se puso en pie y tomó el sombrero. Juntos nos dirigimos a la puerta de la calle y nos despedimos.

CAPÍTULO VI - Sombras en el estudio

La invitación de Peter Gannet de que visitara su estudio y le viera trabajar había de tener consecuencias que yo no pude prever. Tampoco aludiré a ellas ahora, porque me propongo narrar los acontecimientos por su orden cronológico. Sólo menciono esas consecuencias para disculpar la aparente trivialidad de esta parte de mi historia.

Al hacer la primera visita me recibió la señora Gannet, a quien expliqué que iba en calidad de amigo y no como médico. Sin embargo, estuve con ella un rato, para que me comunicase el estado de su marido y luego le di algunos consejos. Entonces ella me condujo por el vestíbulo a una puerta lateral que daba a un patio enlosado, en el cual era el objeto más notable un enorme cubo de hierro galvanizado, destinado a la basura. Pasamos de largo para llegar a una puerta, provista de un enorme y grotesco llamador de bronce y que, en letras blancas, decía: «Estudio». La señora Gannet repiqueteó de un modo característico en la puerta y, sin esperar contestación, la abrió, invitándome a entrar, cosa que hice. Me vi en un espacio oscuro, cuya parte anterior estaba constituida por una cortina negra. Y como la señora Gannet había cerrado la puerta a mi espalda, me hallé en completa oscuridad. Avance a tientas, y al encontrar la cortina, la levanté a un lado, y así me alumbró la luz del estudio.

—Dispense si no me levanto —dijo Gannet, que estaba sentado ante un gran banco de trabajo— y también que no le dé la mano. La razón es obvia —añadió, tendiéndola y mostrando que estaba cubierta de arcilla húmeda—. Me alegro de verle, doctor. Tome usted ese taburete del banco de Boles y siéntese a mi lado.

Tomé el taburete, lo puse al lado del suyo, ante el banco y, después de sentarme, empecé a observar. Aquello era muy interesante y cuanto pude ver excitó mi sorpresa. El taller era muy grande y casi parecía un henil. Tenía una ventana inmensa, orientada al Norte, apropiada para un escultor que se dedicara a labrar estatuas colosales. El horno era muy grande y habría bastado para una pequeña fábrica ; y los demás accesorios, un horno más pequeño, una mufla ^[7], un par de trituradoras, un mortero de hierro, provisto de un almirez muy pesado y algunos otros aparatos y accesorios, me parecieron desproporcionados con la producción que sin duda había allí.

Pero lo más sorprendente era el mismo artista, relacionándolo con su ocupación. Vestía correctamente una bata de tela azul y llevaba un gorro de terciopelo negro. «El Maestro», según ya he dicho, estaba sentado ante el banco y trabajaba en las primeras fases de elaboración de un cuenco muy ancho. Con silencioso asombro lo contemplé un momento, porque su método de trabajo sólo se parecía a las labores manuales propias de un Kindergarten ^[8]. Bien es verdad que en esos establecimientos se han adoptado, como más propios para los niños, los métodos de los pueblos primitivos, pero, en cambio, los creí poco apropiados para un alfarero profesional. Sin embargo,

él parecía trabajar muy a gusto, de acuerdo con él. Y me interesó observar cuán poco lo incomodaba un dedo envarado de su mano derecha. Pero tal vez valdrá más que describa el proceso.

En el amplio banco, ante el cual trabajaba, había un tablero cuadrado y grueso, y en él una proyección en forma de cúpula, en aquel momento oculta, para dar la necesaria concavidad al fondo del cuenco. Este último había sido hecho arrollando una cuerda o tira de arcilla para formar un disco circular, semejante a una rueda catalina, y luego uniendo las espiras una con otra, con los dedos, para producir una superficie plana. En cuanto quedó listo el fondo y cortado a la medida conveniente, los lados del cuenco fueron contruidos del mismo modo. A un lado de aquel tablero había un recipiente de arcilla, en el cual pude observar cierta cantidad de cuerda de masa pastosa, parecida a una tubería de caucho para gas y, de allí, el artista tomaba un pedazo de longitud variable, lo ponía encima de la parte ya lista de uno de los lados y, haciéndolo pasar por encima de la circunferencia, lo oprimía ligeramente y, con el dedo y una espátula de madera, lo unía con el resto.

—¿Por qué toma usted algunos trozos sueltos? —pregunté—. ¿No valdría más arrollar esa tira de un modo continuo?

—Lo hago —explicó— porque si construyese un cuenco disponiendo una tira continua de esta arcilla, resultaría más alto por un lado que por otro. Por esto, después de haber completado un círculo, corto la cuerda. Ya observará usted que empiezo la fila en un lugar distinto, para que las uniones no coincidan, ya que, en tal caso, quedaría una señal difícil de borrar.

—Sí —dije—. Ya lo veo, aunque no se me había ocurrido. ¿Pero trabaja siempre del mismo modo?

—¿Con esa tira de arcilla? No, señor. Ése es el método más rápido y que da menor molestia. Cuando se trata de piezas más importantes, a las que quiero comunicar cualidades personales y emocionales y, al mismo tiempo, expresar el más alto grado de plasticidad, no utilizo la cuerda de arcilla y trabajo, según hace un escultor, utilizando pequeñas porciones de arcilla.

—¿Y la rueda de alfarero? —pregunté—. Veo que tiene una y me parece excelente. ¿No hace usted ningún trabajo con ella?

Me miró solemne y desdeñoso al contestar:

—Nunca. Dejo la máquina para el maquinista, para el productor en masa y para la fábrica. Yo no trabajo para los bazares. Nada me importa la rapidez en la producción, su cantidad o la regularidad de la forma. Todo eso pertenece al comercio. Yo, de acuerdo con mi sistema sencillo, soy un artista y aunque sólo produzco obras de alfarería, me esfuerzo en comunicarles cualidades espirituales para que expresen mi propia alma y mi personalidad. La arcilla, para mí, como fue también para otros grandes maestros, como, por ejemplo, Della Robbia y Donatello, es el instrumento de expresión emocional.



—Yo, de acuerdo con mi sistema, soy un artista

No tuve nada que replicar. No habría sido cortés expresar mi punto de vista, diciéndole que sus pretensiones me parecían extravagantes y desproporcionadas con sus productos. Pero estaba muy extrañado y aún creció mi pasmo al verlo trabajar, porque me pareció que todo cuanto hacía se hallaba a mi propio alcance, por lo menos después de alguna práctica. Y, casi de un modo inconsciente, reflexioné sobre el asunto, sin poder llegar a una conclusión.

¿No podría ser que Gannet fuese un impostor, un individuo que simulaba dones artísticos puramente ficticios? ¿O pertenecía al grupo de esos desequilibrados

mentales que se llaman modernistas, y que creen sinceramente en sus obras toscas e infantiles, juzgándolas obras maestras, cuando, en realidad, están sufriendo una ilusión? ¿Sería posible que aquellos cuencos, feos, de forma bárbara, y que aquellos jarros poseyeran, en realidad, sutiles cualidades estéticas, que yo no pude advertir, por carecer de una sensibilidad especial? La modestia obligó a admitir esta última posibilidad. Hay muchas personas para quienes las bellezas de la Naturaleza o del arte no tienen significado, y quizá yo me hallara en ese caso.

Pero el curso de mis ideas fue interrumpido por una llamada violenta, a la que correspondió Gannet, sobresaltado, con una maldición. Luego se abrió la puerta y entró el señor Federico Boles, con aire fanfarrón, tarareando una cancioncilla.

—Me gustaría que no armases tanto escándalo a tu llegada, Boles —exclamó Gannet, irritado.

Dirigió una colérica mirada a su socio o inquilino, a la que éste contestó con provocativa sonrisa.

—Lo siento, chico —le dijo—. Nunca recuerdo que estás mal de los nervios. ¡Ah, caramba! Aquí está el doctor. ¿Cómo está usted? Supongo que habrá encontrado muy bien a su enfermo. Al parecer, ha resistido perfectamente el arsénico que, según me han dicho, le puso usted en la medicina. ¡Ja, ja, ja!

Me dirigió una mirada descarada a través de su monóculo, se lo quitó para hacerme un guiño solemne y se lo uso otra vez; después, y en tanto que yo lo miraba impasible, aunque tenía ganas de darle de puntapiés, se volvió para ir a la parte más lejana del estudio, que era su propio dominio, seguido por una mirada de cólera de Gannet, que expresaba muy bien mis propios sentimientos. El señor Boles no era persona agradable.

Sin embargo, observé con interés lo que hacía, porque estaba interesado en averiguar a qué se dedicaba. Dominando, pues, mi desagrado, decidí no discutir con él, y me acerqué para observarlo. Estaba sentado en un taburete que más parecía una caja de embalaje y semejante al que yo había tomado. Trabajaba ante un banco de joyero, en lugar de la piel de cabra acostumbrada. En aquel momento se ocupaba en cortar con una gubia unas cuantas ranuras en un objeto de oro aplanado, que, tal vez, se habría podido creer un modelo abocetado de una platija o de un rodaballo. Lo observé un rato, muy extrañado por el resultado que andaba buscando, ya que aquellas ranuras parecían no tener forma determinada, ni pude descubrir ningún plan en su disposición. Por fin, me aventuré a decir con cierta cautela:

—Supongo que esas ranuras formarán un dibujo en... en ese objeto.

—No lo llame objeto, doctor —contestó—. Es un pendiente, o lo será cuando se haya terminado. Y esas ranuras formarán la muestra o, mejor dicho, la muestra o el adorno superficial, cuando hayan sido rellenas con esmalte.

—¡Ah! ¿Les pondrá esmalte? —exclamé—. Ya comprendo que éste formará el dibujo, pero no me explico qué representa.

—¿Qué representa? —repitió, indignado y poniéndose el monóculo, que se había

quitado para trabajar, a fin de acentuar el desdén de su mirada—. No representa nada. Yo no soy un fotógrafo. Los puntos de esmalte formarán una sinfonía de colores armoniosos, parecidos a piedras preciosas, con el acompañamiento del oro. En una joya no es preciso representar nada. Eso queda para el pintor de carteles. Yo busco armonía, ritmo, la concordancia del color abstracto. ¿Me comprende?

—Creo que sí —contesté, mintiendo, porque aquello me pareció una jerga incomprensible—. Pero, probablemente, lo comprenderé mejor cuando esté acabado.

—Voy a enseñarle otra pieza igual —dijo—. Y, dejando lo que hacía, tomó del armarito en que guardaba sus materiales un broche que me mostró, recomendándome que lo considerara como un «estudio de armonía policromática».

Era, realmente, un objeto alegre y agradable, aunque torpemente labrado. Sin embargo, observé que el alfiler y el asa estaban bien contruidos. Consistía en una simple tableta, elíptica de oro cubierta de manchas irregulares de esmalte, agrupadas, al parecer, de un modo casual. Parecía como si hubiesen caído allí algunas gotas de cera de varios colores.

—Vea usted —dijo Boles— cómo cada una de esas manchas de color armoniza y contrasta con las demás y las refuerza.

—Ya lo veo —contesté— pero no comprendo por qué no ha agrupado las manchas de un modo regular.

—No —contestó—. No sería bonito. La intrusión de la forma destruiría el ritmo natural del color que contrasta. Son dos cosas separadas. Gannet se esfuerza en lograr la forma abstracta y sin complicaciones. Yo, en cambio, busco el color abstracto liberado de la forma.

Fingí entender aquella explicación y le devolví el broche, haciendo algunos comentarios de apreciación. Pero estaba confuso, de modo que aproveché la oportunidad para marcharme y reflexionar.

Era un problema curioso. ¿Qué ocurría en aquel estudio? Había allí un ambiente de irrealidad en las industrias a que se dedicaban. Gannet, con su alfarería arcaica, apenas pudo convencerme de que era un artista, pero Boles era aún más increíble. Y aunque eran muy distintos entre sí, se parecían de un modo raro en sus actividades especiales. Ambos pronunciaban frases huecas, pomposas y presuntuosas, dábanse aire de artistas y virtuosos, y cada uno de ellos se ocupaba en trabajos que, a mi juicio, apenas exigían rudimentos de técnica y de habilidad, y en sus obras no pude descubrir nada artístico.

Pero tuve que confesarme que, tal vez, ello se debiese a un defecto de percepción. La curiosa fase del arte conocida con el nombre de «modernismo» me daba a entender la existencia de un gusto bastante general por cuadros y esculturas de tipo pseudobárbaro o primitivo; y los comentarios de los críticos de arte sobre aquellas obras se parecían mucho a lo que dijeran Boles y Gannet. Tal vez aquellas extrañas producciones eran lo que pretendían ser y yo fuese un ignorante incapaz de ver una obra de arte.

Pero me preocupó otro aspecto práctico del asunto. ¿Qué se hacía de aquellas obras? Ninguno de los dos hombres trabajaba para los establecimientos al pormenor. ¿Cómo vendían sus productos y quiénes los compraban? Ambos poseían medios e instrumentos considerables y era de suponer, que las ventas correspondían a sus medios de producción. Además, al parecer, vivían de sus industrias. Debía de existir cierta demanda de alfarería primitiva y de joyería de tipo bárbaro. Pero ¿dónde estaba? Y aunque no me importaba, decidí averiguarlo con cuidado.

Había otro detalle que me interesaba más y era el de las relaciones entre ambos. Exteriormente eran compañeros y, en cierto modo, socios, pero, en cambio, no eran amigos.

Así lo confesó francamente Gannet, y aunque no lo hiciera, su antipatía por Boles saltaba a la vista. Y era muy natural, en caso de creer que Boles había querido envenenarlo, eso sin hablar de las relaciones de aquel caballero con la señora Gannet. Y no me explicaba que, si sentía tales sospechas, de las que no dudaba Thorndyke, consintiese en continuar aquella asociación.

Pero si los sentimientos de Gannet para con Boles eran clarísimos, lo contrario no era tan evidente. Las maneras de Boles no eran agradables; resultaban ordinarias y vulgares, a excepción de cuando hablaba de «arte», y se mostraba descortés. Pero, conscientemente, no era mal educado y, según creí, no mostraba ninguna enemistad a Gannet, de modo que la antipatía no era mutua.

Allí debía de haber algo más de lo que se advertía, porque —y yo estaba convencido de eso— si Boles había intentado fríamente envenenar a Gannet, ello indicaba la existencia de un móvil que no tenía nada de benévolo.

Aquellos problemas me interesaban mucho, y como mi clientela en aquellos días no me daba mucho que hacer, les dediqué bastante atención, más seguramente de lo que habría pensado en aquellos asuntos, si Gannet no me diera a entender que mis visitas le eran gratas. A veces me preguntaba si mi compañía le resultaba agradable o bien me incitó a visitar su estudio para gozar de una sensación de seguridad. Tal vez fuese así, porque, cuantas veces lo encontré solo, aprovechaba la oportunidad de cerciorarse de que su estado era satisfactorio. Él, se alegraba de verme y, por mi parte, me parecían tan interesantes las actividades de aquellos hombres, que iba allá con frecuencia por esta razón, aparte de los problemas que me ofrecían sus relaciones mutuas.

Gradualmente, mi situación allí pasó de espectador a colaborador. Había muchos pequeños trabajos que no exigían gran habilidad y entonces yo «echaba una mano». Por ejemplo, la preparación de la masa, que se hacía triturando fragmentos de alfarería estropeada o inservible, y que se mezclaban con la arcilla para que no se agrietara en el fuego. Los fragmentos se pulverizaban en un gran mortero de hierro y luego en un molino que los convertía en polvo. Éste se pasaba por una serie de tamices, cada uno de distinto tamaño, y el polvo resultante se guardaba por separado, según su grado de finura.

Usaban también el yeso, y me alegré de aprender la técnica de mezclarlo y prepararlo.

A veces, Gannet hacía un molde de yeso de un cuenco o jarro, de formas armoniosas y en oposición con sus principios, y luego ejecutaba dos o tres copias. Yo empecé a ayudarlo y, al fin, adquirí cierta habilidad. También auxiliaba a Boles para cocer sus extrañas placas de esmalte, a moldear sus feos adornos de oro y me dediqué igualmente a pulimentar este metal. Además, había el horno, que me interesaba sobremanera. Se calentaba con carbón y exigía los mayores cuidados antes de encenderlo y cuando ya estaba en plena marcha. Gannet cuidaba también de él y yo permanecía a su lado y me fijaba en su trabajo. Sobre todo, me interesaba ver cómo metía las piezas con un lecho de pedernal molido o de cenizas de hueso y luego cómo cerraba la abertura del horno con ladrillos refractarios.

Cuando empezaba la cochura, todos teníamos que hacer. Incluso Boles abandonaba el trabajo para ayudar a alimentar el fuego, a quitar las cenizas y a limpiar los hogares, para dejar a Gannet en libertad de regular el tiro de aire y dar al fuego la intensidad requerida. Nunca pude observar el proceso desde el principio a fin, porque mis visitas exigían una parte de mi tiempo; pero una vez presencié la operación y observé el cuidado con que Gannet comprobaba la temperatura de las piezas antes de sacarlas al aire frío.

Mientras lo observaba un día, cuando estaba ocupado en hacer un jarro de boca ancha, de dibujo muy basto y de inhábil ejecución, según creí, se aventuró a sugerirme:

—¿Por qué no prueba usted, doctor, de hacer alguna cosa? Algo sencillo. No es difícil, y ya ha visto usted cómo lo hago. Tome un poco de barro y vamos a ver qué hace.

La idea no me entusiasmó, porque recientemente había comprado un manual de alfarería y me gustaron las instrucciones que daba para trabajar con la rueda. Mencioné este detalle a Gannet, pero no me alentó. Al parecer, sentía invencible prejuicio contra la rueda del alfarero.

—Esto sirve para fines comerciales —dijo—. Cuando se quiere construir en cantidad y rápidamente. Pero en el trabajo mecánico no hay alma. El método del artista es construir y la mano hábil traslada directamente el pensamiento a la forma.

No discutí aquel punto. Mirando, pesaroso, la rueda, que estaba en un rincón, tomé un poco de arcilla del cubo y procedí a arrollarla en forma de cuerda, sobre el tablero dispuesto para ello. Pero se me ocurrió la idea de que si tanto odiaba la rueda de alfarero, no se explicaba que tuviese una.

—No la compré —me respondió, al hacerle la pregunta—. Compré este estudio, que estaba ya instalado, a los albaceas de su antiguo propietario. Éste era un alfarero comercial y el equipo se adaptaba a tal trabajo, pero no es apropiado para el mío. Yo no necesito la rueda ni ese molino de mezcla y más me gustaría un horno de gas. Pero aquí estaba ya todo instalado y lo compré tan barato que no valía la pena de desechar

nada.

Poco éxito tuvo mi primera tentativa de hacer un cuenco, porque era asimétrico y estaba inclinado a un lado. Pero a Gannet le gustó, quizá por esos defectos, y aún me ofreció cocerlo. Pero no me satisfizo, lo rompí y lo arrojé al cubo de la arcilla, donde, una vez mojado, lo convertí en cuerdas. Estaba ya decididamente embarcado en aquella industria.

El trabajo resultó más interesante de lo que creí y, como ocurre en todas las artes, aumentó mi interés a medida que comprendía las dificultades y se desarrollaba mi habilidad técnica.

—Muy bien, doctor —me dijo Gannet—. Siga usted probando. Y recuerde que puede disponer del estudio, aun en mi ausencia. —Muchas veces no estaba allí, porque tanto él como Boles se tomaban largos descansos, y noté, extrañado, que sus ausencias coincidían bastante—. Tampoco hay necesidad de que entre por la casa. Aquí hay una llave del portillo y puede guardarla.

Sacó dos llaves del bolsillo y me entregó una, de modo que me convertí, de hecho, en un inquilino más del estudio. Como ocurre con frecuencia, tal circunstancia, insignificante, tuvo imprevistas consecuencias, una de las cuales fue una pequeña aventura cuya trivialidad no quiero disculpar, puesto que, a su vez, tuvo otras consecuencias relacionadas con la presente historia.

Sucedió que en la primera ocasión que hice uso de la llave, encontré desocupado el estudio; al examinar los bancos de trabajo, comprendí que los dueños estaban ausentes aquel día. En el banco que utilizaba yo había un pote a medio acabar, cubierto de trapos mojados. Los quité, tomé un poco de arcilla húmeda, dispuesto a continuar el trabajo, cuando, de pronto, la rueda de alfarero me llamó la atención y en el acto sentí la tentación de usarla. Aquélla era la oportunidad ideal de satisfacer mi ambición y de hacer una prueba con tal delicioso juguete, que para mí comprendía el verdadero atractivo del arte de la alfarería.

Me acerqué a la rueda y la miré, lleno de deseo. Dile un empujón y empecé a accionar el pedal. Al observar que el movimiento resultaba duro, fui en busca de la aceitera de Boles y engrase los ejes. Luego acerqué un taburete y empecé a practicar con el pedal, hasta que hubo comunicado a la rueda una rotación regular. Como yo era ciclista, no me fue difícil conseguirlo, y entonces decidí probar mi habilidad con un poco de barro. Puse un cubo de agua al lado de la rueda, tomé una porción de barro y lo arrojé al disco humedecido de madera dura y, tras de mojarme las manos, hice girar velozmente el aparato.

El éxito no fue muy notable, porque, como no arrojé la masa en el centro del disco y di excesiva velocidad, la arcilla salió disparada y fue a parar a mi estómago. La recogí, la volví a colocar en su sitio y repetí el experimento con mayor precaución. No era tan fácil como me figuré. El cuidado de la masa, me hacía olvidar el pedal y entonces se paraba la rueda, y si me fijaba en este último, a la arcilla le ocurrían cosas muy raras. Pero, poco a poco, logré adquirir la velocidad necesaria, recordando las

instrucciones de mi manual y esforzándome en poner en práctica sus consejos.

Era un entretenimiento fascinante. La arcilla, al girar, se conducía de un modo casi mágico. Al parecer, por propio impulso, adoptaba formas inesperadas. Una ligera presión de las manos mojadas bastaba para que se levantara en forma de columna, de cilindro o de cono; un suave contacto por encima lo convertía en pelota y una pequeña presión de los pulgares en el centro de la masa le daba una gran concavidad, transformándola en cuenco. Era maravilloso y divertidísimo. Todas las transformaciones tenían el encanto de lo inesperado. Las formas resultantes no habían sido previstas por mí, sino que se parecían por sí mismas, y un contacto inadvertido las cambiaba en el acto en algo distinto y sorprendente.

Continué por espacio de una hora, con el mayor placer, mientras aumentaba mi facilidad y mi destreza, divirtiéndome con aquel juguete incomparable. Pero empecé a sentir alguna fatiga y se me ocurrió que valdría más hacer algo. En aquel momento había producido un cuenco de poca profundidad y, al tomarlo entre mis manos se levantó, estrechándose, para adquirir la forma de un jarro de bordes ensanchados. Lo contemplé con agradable sorpresa. Tenía formas muy elegantes y me pareció una lástima estropearlo con un nuevo contacto. Decidí, pues, dejarlo en paz y tratarlo como pieza acabada.

Al separar mi pie del pedal disminuyó la rotación y entonces observé nuevos detalles. El jarro, inmóvil, era diferente de cuando giraba. En su superficie advertíanse huellas en espiral, producidas por mis dedos, y eso revelaba que aquella pieza había sido hecha a la rueda. Eso no me convenía, porque deseaba engañar a Peter Gannet, dándole a entender que aquella pieza había sido hecha con las manos. Para eso era preciso borrar las espirales y sustituirlas por otros adornos.

Con la mayor cautela, empecé a trabajar con una espátula y una esponja húmeda, al mismo tiempo que me fijaba en uno de los jarros de Gannet. Al fin quedaron borradas aquellas señales y el jarro quizá hubiese pasado como producto de las manos del alfarero. Aunque una mirada a su interior, que no me atreví a tocar, habría bastado para descubrir el fraude, me dije que tal vez no lo examinaran. El siguiente problema era la decoración. El método usual de Gannet, de acuerdo con el sistema primitivo, consistía en rodear la arcilla blanca con una cuerda o ejecutar algunas hendiduras con la uña del pulgar. Él, en realidad, no usaba la uña, sino una cucharilla de hueso, para mostaza, que resultaba más conveniente. Tomé ese instrumento y con él hice una especie de guilloché ^[9] en torno del jarro, con algunas impresiones simétricas, practicadas con el extremo de mi termómetro clínico. Por último, deseoso de algo más, saqué el llavero y, después de probar en un pedazo de arcilla, me pareció admirable como unidad ornamental, combinada con el termómetro. Un círculo de impresiones de una llave, que irradiaba de una de las concavidades producidas por el termómetro, constituía una roseta sencilla, pero muy interesante, y aún podía completarse con un círculo de impresiones entre las señales de la llave. Resultó tan bonito, que procedí a repetir cuatro veces aquella impresión con toda la simetría

posible, aunque ella no hubiese de importar a Gannet.

Al terminar mi trabajo, limpié la espátula y examiné mi obra, no sólo con satisfacción, sino también sorprendido, porque si bien era basta y sencilla, ante mis ojos indulgentes tomó aspecto de cacharro muy agradable. Y al compararlo con las obras de Gannet, que se secaban en el estante, me pregunté otra vez cuáles serían las sutiles cualidades que les comunicara la mano del maestro.

Hice sitio en el estante, trasladando una de las piezas de Gannet desde el centro a un extremo, y me dispuse a realizar mi peligrosa obra de separar mi jarro de la rueda. Empleé un alambre delgado, provisto de un mango de madera en un extremo, que utilizábamos para cortar porciones de arcilla; era un instrumento peligroso, porque cualquier movimiento falso habría cortado el fondo de mi jarro, pero a veces la Providencia protege a los novicios, y ella guió mi mano, de modo que, al fin, quedó el jarro libre en el plato a que estuviera sujeto. Con infinito cuidado y ternura, porque la arcilla aún era plástica, lo levanté con ambas manos para depositarlo en el espacio libre del estante. Luego limpié la rueda, borrando todas las huellas de mis trabajos pecaminosos. Arrojé al cubo la pieza que tenía a medio terminar y me marché, regocijándome de antemano con la sorpresa que tendría Gannet al examinar las piezas puestas a secar en el estante.

Pero el curso de los acontecimientos inutilizó aquella inocente broma, porque no fui testigo del desenlace. Una epidemia de sarampión en una escuela local me tuvo muy ocupado, de modo que durante algún tiempo hube de suspender mis visitas al estudio, y cuando por fin pude ir allá una tarde, las circunstancias fueron tales que ocuparon mi atención de un modo menos agradable. Y como tal episodio había de tener luego especial importancia, lo describiré con mayor detalle.

En aquella ocasión no entré, como de costumbre, por el portillo, porque al llegar al extremo de Jacob Street encontré a la señora Gannet. Empezamos a hablar y la acompañé a la casa, en la que entré con ella. Al parecer, quería preguntar algo a su marido, y cuando yo hube abierto la puerta lateral, salió y cruzó conmigo el patio hacia el estudio. Cuando estábamos cerca, oímos un gran escándalo en el interior, golpes y estampidos, como si se tiraran los muebles a la cabeza, y voces encolerizadas. La señora Gannet se detuvo y me agarró el brazo.

—¡Dios mio! —exclamó—. Ya se pelean de nuevo. Es espantoso. ¡Ojalá el señor Boles se fuese a otro taller! Si no están nunca de acuerdo, ¿por qué no se separan?

—¡Ah! ¿No están de acuerdo? —pregunté, mientras escuchaba atentamente y dándome cuenta de que anduve torpe en la pregunta.

—No —contestó ella—. Especialmente desde que... Bien, ya lo sabe usted. Peter se figura que el señor Boles quiso envenenarlo, cosa ridícula, y el señor Boles... bueno, yo no entro.

Diciendo eso, dio media vuelta y se volvió a la casa, dejándome en pie, cerca de la puerta del estudio e indeciso acerca de si entraría o bien si convenía imitar el discreto ejemplo de la señora, dejando que aquellos dos caballeros zanjaran sus

asuntos.

No sabía qué hacer. De entrar, no podría fingir ignorancia de lo que ocurría. Por otra parte, no me atrevía a alejarme, cuando tal vez mi intervención fuese oportuna. Y titubeaba entre la delicadeza y la eficacia, cuando un poderoso grito de Boles hizo desaparecer mis dudas.

—¡Te lo estás buscando! —gritó.

Yo, al oírlo, olvidé mi delicadeza, llamé a la puerta y entré.

Lo hice con algún ruido, aunque entonces me hallaba a oscuras detrás de la cortina, en tanto que cerraba la puerta a mi espalda, también ruidosamente, con objeto de ver si se arreglaba la cosa. Oí rápidos movimientos al otro lado, lo cual me demostraba que había alcanzado mi objeto, y cuando levanté la cortina y entré, los dos hombres se hallaban en extremos opuestos del estudio. Gannet se abrochaba el cuello de la camisa, muy arrugado, y Boles estaba en pie, ante su propio banco, sobre el cual vi un martillo que tenía un aspecto muy sospechoso, como si lo hubiese dejado allí presuroso. Los dos estaban agitados; Boles, congestionado, tenía la mirada extraviada y estaba colérico. Gannet jadeaba, pálido y resentido.

Lo saludé como si no hubiese notado nada y continué excusándome y explicando la interrupción de mis visitas. Pero toda la escena era forzada, porque por el suelo había unos taburetes tumbados y Boles aún temblaba de rabia; a su lado estaba el amenazador martillo y no tuve duda de que había entrado con la mayor oportunidad.

El primero en serenarse fue Gannet, aunque incluso Boles se esforzó en gruñir unas palabras de saludo, y en cuanto hube tomado un taburete y me senté en él, procure iniciar una conversación para normalizar el estado de cosas. Miré al estante, y vi que estaba vacío. Al parecer, habían cogido todas las piezas para llevárselas luego. ¿Qué fue de mi jarro? No podía adivinarlo, ni me importaba gran cosa. La situación no habría permitido bromear con Gannet ni ellos parecían estar dispuestos a tal cosa. Lo más correcto habría sido excusarme y salir, pero no me atreví a dejar a aquellos dos hombres en su estado de agitación.

Pero no estuve allí mucho rato. Boles, después de buscar sin objeto en su armario, cerró la puerta y, dirigiéndome una hosca despedida, se marchó. Y como yo no tenía ganas de pelearme con el malhumorado Gannet, apresuré a dar por terminada la visita.

Aquél fue un episodio muy desagradable, que me impresionó mucho, porque ya el estudio dejó de atraerme. Había desaparecido su atmósfera agradable y cordial. De vez en cuando iba allá, pero más para vigilar a Gannet que para interesarme en las obras de los dos artistas. Y, como a la señora Gannet, me extrañaba de que si aquellos hombres se odiaban, como era evidente, continuasen perversamente su asociación. Sea como fuere, el ambiente hostil de aquel lugar me molestaba, y aunque hubiese continuado la falta de clientes, cosa que por fortuna no fue así, sólo habría hecho allá algunas visitas accidentales.

CAPÍTULO VII. La señora Gannet da extrañas nuevas

La sabiduría de nuestros antepasados nos ha enriquecido con el precepto de que cerrar la puerta del establo no sirve de nada si se hace cuando ya han robado el caballo. Y aunque es mucho más fácil ser prudente después del robo que antes, esta forma inútil de precaución continúa siendo observada. Mi propia conducta demuestra estas palabras, porque, después de que mi paciente fue casi envenenado ante mis propios ojos y sin ningún disimulo, empecé a dedicar mis ratos de ocio al estudio de la jurisprudencia médica y de toxicología.

Pero mi caso no era representativo. En realidad, habían robado ya el caballo, pero la cuadra contenía otros muchos en estado potencial. Era muy probable que no volviese a encontrar en toda mi vida otro caso de envenenamiento, pero también era posible que se me presentase al día siguiente, y si no era un caso de envenenamiento, podría ser otro crimen que se hallara en la esfera del médico jurista. A juzgar por los espantosos relatos de los autores, cuyas obras devoraba, aquellos casos abundaban mucho, de modo que yo tenía la esperanza de que mis estudios no fuesen inútiles.

Era natural que mi preocupación constante acerca del descubrimiento y de la demostración del crimen influyera más o menos en mi estado de ánimo habitual. Gradualmente adquirí perspicacia policíaca y continué el ejercicio de mi carrera sin desdeñar las enfermedades ordinarias, con la idea de que podían existir posibilidades criminales. Poco se imaginaban mis inocentes pacientes y sus familiares que los cuidaban, que yo pesaba en mi balanza los síntomas y los cuidados, en busca de una posibilidad delictiva; y ni siquiera el digno Peter Gannet, cuando me revelaba los misterios de la alfarería, pudo imaginar que mi mente perversa examinaba las posibilidades de envenenamiento que ofrecerían los diversos barnices que utilizaba.

He dado estas explicaciones de mi estado de ánimo, con referencia a los sucesos ulteriores, que narraré más adelante. Y no me disculpo. Mi actitud mental puede parecer rara, pero, sin embargo, era natural. Me cogieron una vez desprevenido y no quería que se repitiera el caso. Y tomaba toda suerte de precauciones.

Una tarde, después de transcurrir algún tiempo desde la última visita a Peter Gannet, se me ocurrió pensar en él. Hacía ya varias semanas que no lo veía, porque el número de mis clientes había aumentado. Además, sustituí al cirujano de la policía, que estaba de vacaciones. Todo eso me dejaba poco tiempo y acentuaba, quizá, mi disposición recelosa, que ya he descrito. Y me censuraba por mi olvido de Peter Gannet, porque éste me había dado a entender que recibiría siempre con agrado mis visitas. Díjome también que era el único amigo que tenía, porque Boles no merecía ser considerado así; la escena de la pelea entre ellos me había hecho desagradable el estudio, pero las palabras cordiales de Gannet me obligaban a volver a él.

Estaba persuadido, además, de que tenía el deber de vigilarlo, puesto que alguien había tratado de envenenarlo. Ese desconocido tenía alguna razón para desear su

muerte y era casi seguro que no se detendría por ningún escrúpulo. Con toda probabilidad existía aún el mismo móvil, y aun cuando Peter Gannet tomó aquel asunto con la mayor serenidad, hallábase todavía en peligro de ser objeto de otra tentativa de envenenamiento, eso sin hablar de la posibilidad de recibir un martillazo en la cabeza, a consecuencia de sus disensiones con Boles. No debía, pues, haberlo abandonado tanto tiempo sin hacer una sola visita de inspección.

Decidí, pues, ir a su taller en cuanto hubiese acabado la visita, para convencerme de que todo marchaba bien. Al observar que se había interrumpido ya la entrada de los pacientes, miré el reloj, cuyas manecillas estaban a punto de señalar las ocho, hora en que me vería libre. Faltaban tres minutos, y el reloj dejaba oír el hipo preliminar que tales aparatos producen antes de dar la hora, cuando oí como se abría y cerraba la puerta de la antesala, indicándome que acababa de llegar un paciente rezagado.

Me resultó molesto, mas, al fin y al cabo, para eso estaba yo allí. Olvidando, pues, a Gannet, me puse en pie, abrí la puerta de mi despacho y miré a la antesala.

La visita era la señora Gannet, y, al verla, me dio un vuelco el corazón. La expresión aterrada y conturbada de su rostro me indicó que había sucedido algo grave y en el acto empecé a imaginar cosas tremebundas.

—¿Qué pasa, señora Gannet? —pregunté, haciéndola entrar—. Está usted muy trastornada.

—Sí, señor —contestó—. Ha ocurrido algo extraordinario y alarmante. Mi marido ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repetí, asombrado—. ¿Desde cuándo?

—No lo sé —contestó—. He pasado una quincena ausente de mi casa y, al volver a ella, la he encontrado vacía. De momento no me asusté, porque había escrito a mi marido que ignoraba el día y la hora en que volvería a casa y me figure que habría salido para volver pronto. Pero luego encontré mi carta en el buzón, sin abrir, lo que me pareció muy raro; por lo menos debía de llevar allí dos días. Subí al piso y entré en el dormitorio de mi marido, pero lo encontré todo en orden. Tenía la cama hecha y sin señales de haber dormido en ella. Sus objetos de tocador estaban en los lugares acostumbrados. Examiné su ropero y no eché nada de menos, aparte del traje que lleva. Bajé al vestíbulo para ver si se había llevado el bastón o el paraguas, pero los dos estaban allí y lo mismo puede decirse de sus dos sombreros.

—¿Quiere indicarme que no faltaba ninguno? —pregunté.

—No, señor. Sólo tiene dos, y ambos estaban allí. Debe de haberse marchado con la cabeza descubierta.

—Eso es extraordinario —dije—. Pero, sin duda, la criada estará enterada de cuándo salió.

—No había criada —contestó—. La última, Mabel, había sido despedida y salió una semana antes de mi marcha, y como ya no había tiempo de tomar otra criada, Peter y yo convinimos en aplazarlo para mi regreso. Él aseguró que se arreglaría solo y que comería en algún restaurante cercano.

»Durante todo el día de ayer esperé el regreso de mi marido y estuve despierta hasta la una de la madrugada, pero hoy todavía no ha regresado.

—Supongo que habrá usted visitado el estudio —dije.

—No, señor —contestó ella, en voz baja—. Por esto he venido a verle a usted. No tengo bastante valor para ir allí.

—¿Por qué?

—Tuve miedo —contestó, en voz baja y agitada— de encontrar allí... algo que... Bueno, ya sabe usted lo que pude imaginarme, y...

—Comprendo —dije, poniéndome en pie, porque el reloj había acabado de dar la hora y, por lo tanto, estaba libre—. Pero es preciso visitar cuanto antes el estudio. Puede haberse dado el caso de que su marido sufriese un ataque repentino y esté allí sin sentido y sin auxilio.

Salí al vestíbulo y en la pizarra anoté las señas del lugar en que podrían encontrarme, en caso de urgencia. Luego la señora Gannet y yo salimos para tomar el camino más directo posible. Íbamos muy de prisa, casi en silencio, y mientras tanto, yo pensaba en las alarmantes noticias que me diera. Tenían un aspecto siniestro. Era inconcebible que Gannet hubiera salido de su casa sin sombrero, sin ningún equipaje y sin dejar aviso o noticia alguna. Sin duda había ocurrido algo. ¿Por qué sería? Temí encontrar su cadáver en el estudio y la señora Gannet pensaba, tal vez, lo mismo, como lo demostraba la repugnancia a entrar allí. Sin embargo, aquel terror me pareció poco natural. ¿Por qué había de tener tanto miedo de entrar en el estudio, aun cuando hubiese de encontrar el cadáver de su marido? ¿Sospecharía algo que no me hubiese revelado? Era probable. Aun cuando ella no hubiese tomado parte en la tentativa de envenenamiento, debía de saber o sospechaba quién era el envenenador. Era muy posible también que conociera el móvil del crimen. Y tal vez se dio cuenta de que seguía existiendo aquel móvil y que podía inducir a la repetición del atentado.

Al llegar a la casa, quise abrir el portillo del estudio, pero estaba cerrado y, además, yo no llevaba en el bolsillo la llave que me diera Gannet.

Mientras tanto, la señora abrió la puerta de la calle y los dos entramos en la casa.

—¿Me acompaña usted al estudio? —pregunté, mientras me dirigía a la portezuela que daba al patio.

—No —contestó—. Lo acompañaré hasta la puerta y esperaré fuera, hasta que usted haya visto si está o no está allí.

Atravesamos el patio y, al llegar a la puerta del estudio, la empujé. Estaba cerrada. Con mi lamparilla eléctrica examiné la cerradura y vi que estaba cerrada por dentro y con la llave en la cerradura.

—¿Qué haremos? —pregunté—. ¿Cómo podremos entrar?

—Tengo otra llave —dijo ella—. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—No podríamos utilizarla, porque por dentro hay otra llave en la cerradura. El portillo también está cerrado. ¿Tiene usted la llave de él?

Díjome que sí y volvimos a la casa. Ella buscó y me tendió la llave. Cuando la

tomaba de su temblorosa mano me di cuenta, aunque ella no había pronunciado una palabra, de que la puerta cerrada con la llave dentro le había dado otro sobresalto. Realmente aquello era ominoso. Y si el portillo estaba igualmente cerrado por dentro, habrían terminado las dudas y las esperanzas.

Lleno de ansiedad, salí a la calle, dejando a la señora en el vestíbulo y me dirigí al portillo. Con la mayor satisfacción noté que se abrió y penetré en el estudio.

Alumbrándome con mi lamparilla, encontré el conmutador y le di la vuelta, inundando de luz aquel lugar. Una sola mirada me permitió ver que en el estudio no había nadie, muerto ni vivo. Entonces abrí la puerta del patio y vi que la señora Gannet estaba al otro lado.

—Aquí no está —le dije.

Ella avanzó casi de puntillas y miró, levantando ligeramente la cortina.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué peso me he quitado de encima! Pero ¿dónde podrá estar? Sigo temiendo que le haya ocurrido algo.

Yo no contesté a eso, pero pregunté:

—Supongo que habrá registrado muy bien, toda la casa.

—Creo que sí —dijo—. Y me parece que ya no vale la pena de seguir buscando. Sin embargo, si fuese usted tan amable como para hacer otro registro, a fin de asegurarse de que no me ha pasado nada por alto...

—Desde luego —contesté—. Me parece bien. ¿Y qué hará usted esta noche? No debería permanecer sola en esta casa.

—No podría —contestó—. He pasado una noche espantosa, y ahora, además, tengo los nervios de punta. No podría soportarla. Iré a casa de mi amiga, la señorita Hughes, que vive en Mornington Crescent, para rogarle que venga a hacerme compañía.

—¿Y no sería mejor que se quedara usted en su casa?

—Sí, señor. Mucho mejor. Lo haré así. En cuanto haya usted terminado el registro, iré a visitarla.

—No hay necesidad de que me espere —dijo—. Vaya usted cuanto antes allá, porque ya es tarde. Deme el número de su casa y yo pasaré a mi regreso para darle cuenta de si he descubierto algo.

Aceptó inmediatamente esta oferta, al parecer muy satisfecha de no verse obligada a pasar otra noche silenciosa y desolada en su propia casa. La acompañé a través del patio y hasta la puerta, y, cuando se hubo alejado, cerré y volví al interior de la casa, no muy descontento de tener la oportunidad de poder hacer un registro sin testigos.

Lo llevé a cabo de un modo completísimo empezando por el desván del tejado hasta el sótano. En los pisos superiores había varias habitaciones desocupadas, algunas vacías, y otras con muebles viejos y trastos de toda clase. Yo no dejé nada por examinar ni de registrar ningún escondrijo, por pequeño que fuese, con ayuda de mi lamparilla de bolsillo.

En los dormitorios miré por debajo de las camas, abrí armarios y roperos y aun palpé los trajes colgados, para cerciorarme de que no ocultaban nada. Registré igualmente las chimeneas con mi bastón, llenándome de hollín las mangas, pero no pude descubrir nada en absoluto. Y cuando examiné el dormitorio de Gannet observé que de la repisa de la chimenea habían desaparecido los objetos de alfarería y la efigie del mono.

Era un asunto rarísimo. No se libró de mi registro la cocina, el depósito de la basura aun las cuevas, así como tampoco los montones de carbón.

No descubrí ninguna huella de Peter Gannet. Era indudable que no estaba allí, pero mi estado de ánimo se negaba a aceptar esa conclusión. Su esposa me había comunicado que Gannet desapareció llevando su traje de casa y yo no podía imaginar que hubiese salido de tal modo. De lo contrario, debía de hallarse en algún lugar de la casa. Y, con más convicción que lógica, abandone los sótanos, en los que resonaban extrañamente mis pasos.

Al llegar al vestíbulo me detuve ante el perchero, para comprobar la afirmación de la señora Gannet. Allí estaban, desde luego, los dos sombreros. Uno de fieltro, de ala ancha, bastante viejo, que yo conocía muy bien, y otro, más elegante, que nunca le vi llevar, pero las iniciales que había dentro me dieron a entender que era suyo. También estaba su bastón, que era un cayado de roble, y su paraguas con las iniciales P. G. en una anilla de plata. Vi asimismo otro bastón, que me era desconocido y me pareció impropio del bohemio Gannet. Era elegante, muy pulimentado y, cerca de la empuñadura, tenía una anilla de oro. La saqué y, como me pareciera bastante alto, lo compare con el cayado de roble. Por lo menos tenía tres centímetros más de altura. Y como aquella anilla de oro no llevaba iniciales, me dispuse a dejarlo en su sitio, pero, de pronto, descubrí un monograma grabado. Era un dibujo muy confuso, pero, al fin, conseguí distinguir las iniciales F. B.

No tuve duda de que debía pertenecer a Federico Boles. Y de eso se deducía que éste había visitado recientemente la casa. Pero en ello no había nada anormal, puesto que trabajaba regularmente en el estudio y casi siempre llegaba a él desde la casa. Mas ¿por qué dejó allí su bastón? ¿Y por qué no lo mencionó la señora Gannet, ni me habló tampoco de Boles? De haber estado allí, quizá supiera cuándo se vio a Gannet por última vez, puesto que, si no tenía una llave, habría sido preciso que el mismo Gannet le abriese la puerta.

Mientras reflexionaba acerca de eso y antes de salir de la casa, resolví dar otro vistazo al estudio.

Desde luego estaba desocupado cuando entré allí y recordaba que en aquel lugar no había armarios ni otros posibles escondrijos. Sin embargo, un registro minucioso tal vez me revelara cuáles fueron las actividades de Gannet y quizá el momento de su desaparición. Por esto atravesé la puerta lateral, crucé el patio y abrí la puerta del estudio. Luego encendí la luz, levanté la cortina y entré.

CAPÍTULO VIII - El doctor Oldfield descubre cosas sorprendentes

Antes de penetrar en el estudio me detuve al lado de la cortina y examiné el espacioso, desolado y triste interior, sin ningún propósito definido. Era evidente que allí no había nadie, muerto ni vivo, ni escondrijo plausible. Y, sin embargo, un temblor inexplicable se apoderaba de mí. Tal vez era el resultado del silencio de aquel lugar, que sólo conocí bajo la alegre influencia del trabajo y del compañerismo y que ahora estaba frío y desolado.

Estaba persuadido de que la escena del trabajo de Gannet y el centro de todo su interés tenía cierta relación con su inexplicable ausencia. Empecé un registro minucioso. Ante todo me fijé en los distintos objetos del estudio, para ver si podían indicarme cuáles fueron las recientes actividades de Gannet. Vi la rueda de alfarero muy limpia y sin señales de uso, y luego una fila de jarros aún no cocidos, puestos a secar. Al mirar al horno, me llamó la atención un detalle extraordinario y reñido con las costumbres ordenadas de Gannet. Los ceniceros estaban llenos de ceniza, que también formaba grandes montones al pie de cada uno de ellos. Gannet tenía la costumbre de limpiar muy bien de ceniza el horno e inmediatamente la echaba a un cubo que había en el patio. Y en cuanto se apagaba el fuego, limpiaba muy bien el horno, dejándolo dispuesto para la siguiente cochura.

Aquello era anormal, pero aún observé otras cosas. La cantidad de ceniza que había en el suelo me demostró que el horno había estado encendido y a toda su capacidad, pero ¿dónde estaban las piezas cocidas? Los estantes aparecían vacíos y no pude descubrir más que algunas piezas puestas a secar. Deducíase de ello que la cochura debía de estar aún dentro del horno. De ser así, la desaparición de Gannet debía de coincidir con el momento en que llenó por última vez el horno y eso excluía toda desaparición voluntaria, pues no se podía concebir que se marchara dejando el horno encendido y cerrado.

Fácil sería averiguarlo, abriendo el horno si estaba bastante frío para ello. Me acerqué cauteloso, toqué los ladrillos exteriores, que estaban algo más que tibios. Entonces abrí la enorme puerta de hierro, forrada de ladrillo refractario, y pude ver los ladrillos del mismo material que obstruían la abertura. Y como también su calor era moderado, los saqué uno a uno.

No tuve necesidad de retirarlos todos, porque en cuanto hube quitado la primera fila, pude dirigir al interior la luz de mi lamparilla. Entonces, asombradísimo, vi que el horno estaba vacío.

El misterio era cada vez mayor, porque no sólo había el problema de lo que había sido de las piezas cocidas, sino que se presentaba el detalle notable de que el horno debió de ser abierto cuando estaba muy caliente, cosa que Gannet no habría hecho

nunca, para evitar una corriente de aire frío que hubiese destruido las piezas dentro del horno. Cuando retiré los demás ladrillos y pude observar claramente el interior, noté otra cosa rara. El suelo del horno, que, durante la operación, solía cubrirse de pedernal pulverizado o de ceniza de hueso, estaba perfectamente limpio, bien barrido y eso debió hacerlo mientras estaba caliente y los ceniceros obstruidos.

En cuanto a las piezas desaparecidas, sólo había una posibilidad muy improbable. Tal vez hubiesen sido cubiertas de barniz y puestas en el horno correspondiente. Pero tampoco era así, pues aquél apareció vacío y sin señales de reciente uso.

Todo parecía muy raro y contribuyó a confirmar mi creencia de que en el estudio podría descubrir el secreto de la desaparición de Gannet. Examiné todo lo que me rodeaba con la mayor atención, en busca de algún indicio.

En el molino de pulverizar la arcilla observé que habían molido algo blando y seco, a juzgar por el polvillo que cubría el suelo. Examiné el enorme mortero de hierro, y también vi que habían pulverizado una sustancia blanca. Las copelas ^[10] que había en los estantes, al lado de la pequeña mufla de Boles, eran de material muy basto y me pregunté cuándo las habría hecho aquel extraño artista. En vano registré la mufla, y al observar que el suelo del estudio parecía haber sido fregado recientemente, me pregunté la razón de tal novedad.

Pero no conseguí poner nada en claro. Con toda evidencia había ocurrido algo extraordinario. Hubo en el horno un fuego intenso y prolongado, mas no se hallaban en parte alguna las piezas cocidas. ¿Cuál podía ser la explicación de tal anomalía? Se me ocurrió la posibilidad de que hubieran sido vendidas o llevadas a una exposición. Pero pronto me convencí de que no podía ser. No hubo tiempo para que se enfriasen las piezas, ni para barnizarlas y cocerlas otra vez, porque aún estaba caliente el interior del horno.

El taburete en forma de caja que Gannet utilizaba para sentarse al banco de trabajo se hallaba cerca del horno. Metí la mano por el agujero del asiento para levantarlo y lo acerqué a la puerta, para examinar mejor el interior, aunque sin resultado. Con mi lamparilla examiné todos los rincones y eso confirmó mi registro anterior. El horno estaba vacío y, aparte de algunas manchas blancas, que la escoba dejara en el suelo, no se veía nada más.

Ante la puerta abierta reflexioné acerca de aquel raro problema y como no consiguiera dar con la solución, continué mis exploraciones. Habíame ocurrido la idea de que no me acordé de registrar el contenido de los cubos. Al volverme, observé en el suelo un objeto blanco, que antes debió de haber ocultado el taburete. Lo recogí y la primera mirada convirtió mis vagas sospechas en horrible certeza.



Lo recogí y la primera mirada convirtió mis vagas sospechas en horrible certeza

Aquel pequeño objeto era una falangeta, es decir, la falange ungular de un dedo, al parecer del índice, que tenía la blancura característica de los huesos incinerados. Era inconfundible. Y aunque yo no tuviera experiencia en mi carrera, por lo menos recordaba muy bien la osteología. Al reconocer aquel hueso, me quedé inmóvil y mirándolo, con rápida comprensión de su significado.

Estaba ya solucionado el misterio de la ausencia de las piezas de alfarería. No las hubo. Aquel fuego intenso y prolongado sirvió para destruir la evidencia de un crimen horrible. Y también quedaban solucionados los demás misterios. Ya

comprendía cuál era la sustancia blanca que se pulverizó en el molino, por qué las copelas eran de un material tan basto y la razón que hizo necesario limpiar muy bien el suelo. Todas las anomalías concordaban perfectamente y se confirmaban una a otra.

Dejé aquel pequeño y frágil hueso en el taburete y volví a examinar el lugar a la luz de mi nuevo descubrimiento. Examiné otra vez las copelas que había al lado de la mufla de Boles. Era evidente que en vez de ser de ceniza de huesos, como de ordinario, habían sido formadas amontonando fragmentos de huesos molidos e incinerados en la prensa de las copelas. Y era tan poca su cohesión, que se desmenuzaron en mis manos.

Dejando aquellos fragmentos en el estante, me volví para examinar los cubos que estaban en fila, a lo largo de la pared. Empecé por los destinados a la arcilla, cada uno de los cuales contenía una calidad diferente. Al levantar las tapas vi que no había en ellos nada raro. Al llegar al cubo destinado a la ceniza de huesos, lo examiné con la mayor atención, porque allí, con la ayuda del molino, podían ocultarse, sin posibilidad de ser reconocidos, los residuos de un cadáver incinerado.

Después de levantar la tapa, no descubrí nada extraordinario. Estaba llena en sus tres cuartas partes y, al parecer, contenía cenizas finamente pulverizadas. Pero, decidido a investigar a fondo, me arremangué e introduje la mano palpando, al mismo tiempo, la ceniza que encontraba. El resultado fue el mismo que las copelas me hicieron suponer. A cosa de quince o veinte centímetros de la superficie encontré una mezcla, al parecer, de arena y grava, compuesta de fragmentos de tamaño regular. Saqué algunos de ellos y recogí un puñado, que llevé hasta los estantes de las copelas. Los dejé allí, y tomando dos o tres de los mayores, los examiné a la luz de la lámpara.

Era indudable su naturaleza. Aun a simple vista resultaba evidente su estructura característica. Pero confirmé el diagnóstico mediante mi lupa de bolsillo, y tras dejar los fragmentos en el estante, tapé el cubo y reflexioné acerca de lo que haría después. No había necesidad de explorar, porque ya conocía los hechos esenciales. Estaba enterado de lo que le había sucedido a Peter Gannet y toda investigación ulterior correspondía a las autoridades.

Antes de salir del estudio busqué algún receptáculo para guardar la falangeta, porque un ligero contacto habría bastado para destruirla, lo cual era preciso evitar a toda costa, puesto que constituía una prueba de lo ocurrido.

Encontré una caja de fósforos casi vacía y después de desocuparla y de romper una tira de mi pañuelo, envolví la reliquia en la tela y la guardé en la caja, que sepulté en las profundidades de un bolsillo interior. Tomé el bastón y me dispuse a salir, pero cuando ya estaba casi en la puerta, resolví tomar algunos fragmentos del cubo y examinados mejor en casa. Desde luego no tenía ninguna duda acerca de su naturaleza, pero el microscopio me daría una prueba indiscutible. Tomé, pues, un puñado de aquellos fragmentos y, tras de envolverlos en el resto de mi pañuelo, me lo metí en el bolsillo, apague las luces, cerré con la llave y me retiré.

Para atravesar el patio tuve que encender mi lamparilla eléctrica. De este modo descubrí un gran cubo que había en un rincón, en espera del basurero. Sentí la tentación de examinarlo, pero me dije que no necesitaba más detalles, que era tarde y que aún debía visitar a la señora Gannet. Por eso me dirigí a la casa, atravesé el vestíbulo y salí a la calle.

Es muy corta la distancia de Jacob Street a Mornington Crescent. Por lo menos era muy corta para entregarme a mis reflexiones. ¿Qué diría a la señora Gannet? Al dirigirme esta pregunta observé que de ella se derivaban otras dos. La primera: ¿Qué sabía ella? ¿Tenía alguna sospecha de cómo desapareció su marido? Ni por un momento creí que estuviese enterada de los siniestros sucesos desarrollados en el estudio, pero su agitación y su horror ante la idea de pasar la noche en la casa y, sobre todo, su extraño temor de entrar en el estudio, justificaban las sospechas de que si no sabía nada de lo ocurrido, por lo menos tenía motivos para suponerlo.

Además, ¿qué sabía yo? Supuse que en el horno se había incinerado un cadáver y que éste sería el de Peter Gannet. Además, creí hallarme en el caso de saber quién era el asesino, pero recordé el repetido consejo del doctor Thorndyke, de no confundir nunca las creencias y suposiciones con los hechos positivos y no adelantarse a los que ya se han precisado de un modo claro. Al revisar mis convicciones a la luz de aquel excelente consejo, comprendí que los hechos averiguados, aunque justificaban mis suposiciones, sólo eran una base para realizar una investigación más profunda.

¿Debería decir, sencillamente, a la señora Gannet lo que había observado, para que ella sacara sus propias conclusiones? Dados los celos que me inspiraba aquella señora, tal conducta no parecía apropiada. El asunto era de difícil resolución y aún no me había decidido, al llegar a la puerta de la casa de la señorita Hughes. Llamé y la señora Gannet me abrió la puerta.

Mientras contemporizaba mentalmente, empecé expresando la esperanza de que la señorita Hughes hubiera podido darle alojamiento en su casa.

—Sí, señor —contestó la señora Gannet, mientras me hacía pasar a la sala—. Me ha ofrecido un dormitorio que tenía desocupado. Es muy buena y muy comprensiva. ¿Ha podido usted encontrar algo? Ha tardado mucho. Hacía ya media hora que le esperaba.

—El registro me ha entretenido largo rato —expliqué— porque no dejé nada por examinar, desde el desván hasta las cuevas, sin olvidar ningún rincón.

—Supongo que no habrá encontrado usted nada.

—En efecto, no he podido descubrir la menor huella.

—Le agradezco su molestia —dijo—. No sé cómo expresarle mi gratitud, porque no ignoro que está usted muy ocupado. ¿Ha registrado otra vez el estudio?

—Sí, señora —contesté—. Fui allá para registrar con mayor cuidado y pude adquirir alguna indicación aproximada del momento en que desapareció, pues encontré aún caliente el horno grande. No sé cuánto tarda en enfriarse. ¿Conoce usted ese detalle?

—No muy bien. Pero, desde luego, bastante tiempo, si está cerrado. Aunque eso no nos dice nada nuevo. Es un asunto misterioso y no sé qué hacer.

—¿No cree usted conveniente preguntar al señor Boles? —sugerí—. Sin duda ha estado recientemente en el estudio. Tal vez convendría llamarlo para ver si puede dar algún dato cierto.

—Ya lo he intentado —replicó ella—. Ayer fui a su casa y esta mañana he vuelto, pero nadie ha contestado a mis llamadas. El portero dice que no lo ha visto durante la semana última, aunque ha vigilado su posible llegada, porque ha de entregarle un paquete que dejó el cartero. Varias veces subió al piso, pero no le contestó nadie. Y por las noches no ha visto ninguna luz en las ventanas, de modo que debe de estar ausente.

—¿Estaba él enterado de la fecha de regreso de usted?

—Sí —contestó—. Y aquí hay otra cosa rara. Le escribí, avisándole de ello y le rogué que fuera a tomar el té conmigo, pero ni acudió a la cita ni me escribió.

Reflexioné ante aquel nuevo misterio, aunque para mí no lo era tanto como para ella. Luego, cautelosamente, aventuré la inevitable proposición:

—Bueno, señora Gannet —dije—. Como usted afirma, todo eso es muy misterioso. Es preciso averiguar qué ha sido de su marido, y como nosotros no lo conseguiríamos, será conveniente recurrir al auxilio de la policía.

Mientras hablaba así, la observé atentamente y me alivió notar que no se alarmaba, aunque tampoco manifestó ningún entusiasmo.

—¿Lo cree usted necesario? —preguntó—. Si avisamos a la policía, los periódicos darán la noticia y se originará un verdadero escándalo, y quién sabe si mi marido regresará mañana.

—Me parece que no hay más remedio —repliqué con firmeza—. Es preciso avisar a la policía y vale más hacerlo cuanto antes, puesto que ahora será más fácil seguir las huellas recientes. Además, no creo que nos convenga ni a usted ni a mí guardar reserva acerca del asunto.

La convenció esta última observación. Convino en mi opinión y me encargó que me ocupara en ello.

—Yo no podría —dijo—, y como usted ha ejercido ya de cirujano de la policía y conoce a los funcionarios, le será más fácil. Convendrá también que se guarde la llave por si ellos quieren hacer un registro en la casa.

—¿No la necesitará usted? —pregunté.

—No —contestó—. La señorita Hughes me ha invitado a permanecer en su casa todo el tiempo que quiera. Además, tengo otra llave, y si volviese Peter podría disponer de la suya.

Me entregó, pues, la llave y, tras guardarla, me despedí. Me dirigí de prisa a casa, confiando en que no habría ninguna llamada y que podría cenar a gusto. Estaba complacido de la última entrevista y me felicitaba por haber guardado el secreto. No había ninguna necesidad de que yo figurase para nada en la investigación. La policía

examinaría el estudio y se llevaría el mérito de los descubrimientos que hiciese gracias a mis indicaciones.

Al entrar en casa dirigí una mirada a la pizarra y suspiré satisfecho al notar que allí no había ningún aviso. El agradable olor que subía de la cocina me indicó que allí todo marchaba bien, de modo que me dirigí al baño, y mientras me frotaba alegremente el cuerpo reflexioné en la delicia de tener hambre... cuando se puede satisfacer.

Después de tomar la excelente cena que me dio mi buena ama de llaves, era natural que reflexionara acerca de los sucesos recientes, y como ya había pasado la excitación pude examinar fríamente mis descubrimientos. A pesar de las recomendaciones de Thorndyke, no me permitían dudar de que mi amigo Peter Gannet había sido asesinado. Y la amistad y el deber de buen cirujano me obligaban a hacer cuanto pudiese para descubrir al asesino, a fin de que la ley se hiciera cargo de él.

Pero ¿quién pudo haber cometido aquel crimen? Yo no tenía la menor duda acerca del particular. En cuanto comprendí que se había cometido un asesinato, no vacilé en señalar al criminal, y aún no habían cambiado mis ideas acerca de quién podría ser. Pero examiné de nuevo todas las pruebas que debería presentar a la policía.

¿Qué podría decir, con certeza, acerca de la identidad del criminal? En primer lugar, era una persona que tenía acceso al estudio. Sabía, además, preparar y encender el horno, así como utilizar el molino, la prensa de copelas, y de igual modo conocía el destino de cada uno de los cubos. Y, a mi juicio, sólo una persona en el mundo respondía a todas esas circunstancias: Federico Boles. ¿Qué razones había para sospechar de él? Varias. Sin duda, Boles estuvo en la casa en el momento en que Gannet se hallaba solo y así tuvo la oportunidad. Boles desapareció de un modo misterioso y, al parecer, ello coincidía con la fecha en que se cometió el crimen. Yo tenía razones para creer que, por lo menos en una ocasión, quiso agredir o agredió a Gannet. Además, sospechaba que ya había realizado una tentativa para envenenarlo. De eso casi tenía la seguridad, y el mismo Thorndyke, siempre cauteloso, no hizo secreto de su opinión con respecto a la identidad del envenenador.

En aquel momento tuve una inspiración. Boles había hecho una tentativa para envenenar al pobre Gannet. Tal vez más de una, pero de ésta no había la menor duda. Ahora bien, la mente de los criminales ofrece la particularidad de tener una tendencia acentuada a la repetición. El que hace moneda falsa, al salir de la cárcel, vuelve a ejercer su antigua industria. El ladrón, el falsificador, el carterista, todos tienden a repetir sus éxitos y sus fracasos. Así también el envenenador que fracasa en su primera tentativa, vuelve a probar no sólo con el mismo método, sino que, casi siempre, emplea el mismo veneno.

Boles había estado en la casa a solas con Gannet. Tuvo, pues, la oportunidad y es de suponer que también los medios. ¿Habría realizado otra tentativa y esta vez con

éxito? Claro era que las apariencias indicaban más bien la violencia y que, desde el punto de vista del asesino, ella fuese preferible al método relativamente lento del veneno. Pero una gran dosis de arsénico, en el caso de haber sido administrada, sería también de efectos muy rápidos. Y en las circunstancias supuestas, el factor tiempo tendría una importancia considerable.

Pero había otra consideración. Suponiendo que Boles hubiese conseguido administrar a su compañero una enorme dosis de arsénico, ¿sería fácil descubrir en los restos incinerados alguna huella de aquel veneno? Parecía dudoso, aunque no tenía yo experiencia bastante para opinar con acierto. Pero valía la pena probarlo, porque si el resultado fuese negativo, nadie saldría perjudicado, en tanto que si se conseguía descubrir una pequeñísima cantidad de arsénico, se dispondría ya de una prueba de la mayor importancia.

Ya dije que, a partir del incidente del envenenamiento, yo había tomado varias medidas en previsión de lo que pudiera ocurrir ulteriormente y, entre otras precauciones, adquirí un aparato completo para descubrir la presencia del arsénico. Podía realizar con él la prueba de Marsh, no la elemental que se utiliza en las clases de química, sino a fondo, completa y con la mayor delicadeza y precisión. Y, a guisa de mayor precaución, hice varios análisis de ensayo, para estar seguro de que, en todo caso, tendría la necesaria competencia y habilidad para llevarlo a cabo.

Habíase presentado ya la ocasión. No prometía gran éxito, ya que parecía muy remota la posibilidad de obtener resultados concluyentes. Pero me resolví a hacer la prueba con un entusiasmo que me obligó a apresurar el término de la cena, y en cuanto hube tomado el último bocado me dirigí al dispensario que también me servía de laboratorio. Una vez allí, saqué del bolsillo la caja de fósforos que contenía la falangeta y el paquete de fragmentos extraídos del cubo. Abrí con cuidado la caja de fósforos y metí el huesecillo en un tubo de vidrio, en el que previamente dispuse un poco de algodón en rama, para protegerlo. Guardé el tubo y después de abrir el paquete de fragmentos emprendí la investigación.

Empecé por examinar uno de los fragmentos mediante el microscopio y pude comprobar, sin duda alguna, que eran de hueso incinerado. Luego comencé el proceso de investigación química. No quisiera molestar al lector con los fastidiosos detalles de estas operaciones que, en general, se dividen en dos partes. En primer lugar tomé la mitad de los fragmentos para guardar la otra en previsión de que fuese necesario un nuevo análisis. Y disolví la primera mitad en ácido clorhídrico, destilando la mezcla en un receptáculo que contenía cierta cantidad de agua destilada, operación larga y fastidiosa que puso a prueba mi paciencia, pero que era el preliminar del análisis. Por fin el fluido de la retorta se redujo a la condición de residuo húmedo y entonces quité la lámpara de alcohol y dediqué la atención al aparato de Marsh.

Después de comprobar la pureza de los reactivos, situé la lámpara de alcohol bajo el tubo de salida de vidrio fuerte, y la observé durante varios minutos, cuando se hubo

puesto al rojo. Y al notar que no se oscurecía aquel tubo, tuve la certeza de que las sustancias químicas se hallaban libres de arsénico, cosa de la que ya estaba seguro.

Entonces inicié la prueba definitiva. Vacíé el contenido de la retorta, es decir, el fluido destilado en una probeta muy bien lavada, y luego, gota a gota, la dejé caer en el embudo del frasco en que se generaba el gas. No esperaba ningún resultado pero, sin embargo, observé con la mayor atención y ansiedad. Aquél era el primer análisis verdadero que llevaba a cabo y el resultado negativo habría sido molesto y desalentador.

Pero cuando empezó a aparecer el resultado, quedé verdaderamente lleno de asombro, porque antes de que hubiese terminado de dejar caer el líquido destilado, apareció un anillo oscuro en la parte interior del tubo de salida, al lado de la porción que se había puesto al rojo y creció en intensidad y extensión, hasta que una parte considerable del tubo quedó cubierta de un típico «espejo de arsénico». Contemplé extático el aparato con el entusiasmo del principiante que alcanza el primer éxito y, muy satisfecho, me dije que había forjado un instrumento que podría poner en manos de la justicia vengadora.

Ya no era posible dudar acerca de las causas de la muerte del pobre Gannet. Mis suposiciones habían quedado demostradas. Valiéndose de uno u otro medio, el asesino consiguió administrarle una cantidad enorme de arsénico, para originar su muerte rápida. La cantidad del veneno en el cuerpo debía de ser muy grande, porque a pesar de la que se perdió dentro del horno, quedaba una cantidad apreciable en las cenizas, aunque no me fue posible determinarlas con exactitud.

No continué el análisis. El procedimiento acostumbrado consiste en cortar el tubo de vidrio que contiene el «espejo» de arsénico metálico para someterlo a otra prueba de comprobación. Pero la creí innecesaria e indeseable. Desprendí el tubo del frasco y envolviéndolo en varios papeles lo encerré en un tubo postal, que guardé con el hueso de la falangeta, ya dispuesto a celebrar, al día siguiente, una entrevista con la policía.

CAPÍTULO IX - El inspector Blandy hace una investigación

A la mañana siguiente, después de despachar lo antes posible las visitas más urgentes, recogí los resultados de mi investigación o sea la falangeta, los fragmentos de hueso y el tubo de vidrio, y me dirigí al puesto de policía, a fin de prender fuego a la mecha y poner en funcionamiento la máquina de la Ley. Me recibió el sargento encaramado en su pupitre y, sonriendo amable, me preguntó en qué podría servirme.

—Deseo ver al superintendente, si puede concederme unos minutos —contesté.

—No sé si podrá —dijo el sargento—. Ahora está muy ocupado. ¿Puedo servirle yo?

—Creo preferible ver al superintendente —contesté—. El asunto es urgente y tal vez confidencial, de modo que ante todo debo comunicárselo a él.

—Eso parece muy misterioso —observó el sargento, examinándome—. Sin embargo, vamos a ver qué dice. Usted, Dawson, vaya a decir al superintendente que el doctor Oldfield quiere hablarle y que se niega a comunicar de qué se trata.

El agente se dirigió a la puerta de la oficina interior, llamó y fue admitido. Después de breve demora, que, sin duda, fue dedicada a dar explicaciones, reapareció seguido por el superintendente, que llevaba en una mano un lápiz y en la otra un bloc de papel. No expresaba ninguna amabilidad, sino cierta irritación ante el anuncio de mi visita.

—Quisiera conversar unos momentos con usted, superintendente —dije con alguna humildad.

—Puedo concederle muy pocos, porque estoy conferenciando con un oficial de Scotland Yard. ¿A qué se refiere lo que desea decirme?

—He venido a informarle de que tengo razones para creer que se ha cometido un asesinato.

Al oír tales palabras se aclaró su rostro, pero sin embargo, continuó frío de un modo desalentador.

—¿Así, pues, se figura o sospecha que se ha cometido un asesinato? —preguntó escéptico.

—Algo más que eso —contesté—. Estoy seguro y he venido a comunicarle los hechos que conozco. También le traigo algunas pruebas que, sin duda, hallará convincentes.

Reflexionó un instante y, con cierta irritación, replicó:

—Bien. Entre usted y nos lo comunicará todo.

Me indicó la puerta abierta, y en cuanto la hube franqueado me siguió y la cerró.

En la oficina encontré a un caballero sentado a la mesa, sobre la que se veían

numerosos papeles. Era un hombre muy notable, ligeramente calvo, de rostro largo y plácido, larga nariz aguda y expresión de benevolencia. No sé qué podría parecer aquel hombre, pero, sin duda, nadie lo habría tomado por detective inspector del Departamento de Investigación Criminal. Pero resultó tener este cargo, y el superintendente me lo presentó con el nombre de Blandy, añadiendo:

—Éste es el doctor Oldfield, que ha venido para darnos unos informes acerca de un asesinato que, según cree, se ha cometido.

—Es usted muy amable —exclamó el inspector Blandy, poniéndose en pie para hacerme una reverencia y estrecharme la mano—. Considero un honor la oportunidad de conocerle. Siempre me ha complacido saludar a los miembros de su distinguida y valiosa profesión.

El superintendente sonrió de mala gana, mientras me ofrecía una silla.

—Supongo, inspector —dijo—, que sería mejor aplazar nuestro asunto para oír los informes del doctor.

—Desde luego —contestó Blandy—. Un crimen siempre tiene preferencia. Y como el tiempo del doctor es más valioso que el nuestro, no hay duda de que lo ahorrará.

El superintendente me invitó a hablar y así lo hice sin andarme por las ramas.

No hay necesidad de repetir mi declaración, porque sólo fue un resumen condensado de la historia de que ya he dado cuenta. Empecé con la desaparición de Peter Gannet, continué con mi registro de la casa, que mis oyentes escucharon con impaciencia, y luego con el examen del estudio y los descubrimientos que hice allí. Les mostré la falangeta y el paquetito de fragmentos de hueso. Los dos policías me oían ya con mayor interés y a veces hacían alguna pregunta para aclarar la narración, como, por ejemplo, cómo era posible que yo conociera tantos detalles acerca del horno y de los métodos del trabajo de Gannet.

Al terminar esta parte de mi declaración, hice una pausa, en tanto que los dos detectives examinaban la falangeta encerrada en el tubo de vidrio y el paquete de fragmentos de hueso. Luego me dispuse a jugar mi triunfo. Saqué el paquetito de la caja de cartón y de él extraje el tubo de vidrio, para dejarlo sobre la mesa.

El superintendente lo miró receloso, en tanto que el inspector lo examinaba con el mayor interés.

—Si no me engaño —dijo—, este anillo de color oscuro se parece a un «espejo de arsénico».

—Exactamente —dije.

—¿Y qué relación tiene con estos restos calcinados? —preguntó el superintendente.

—Ese arsénico —contesté— ha sido extraído de cierta cantidad de fragmentos de hueso, semejantes a los que se hallan sobre la mesa.

Y continué dando cuenta de mis investigaciones con el aparato de Marsh, en tanto que el superintendente me escuchaba incrédulo.

—Pero ¿por qué hizo usted ese análisis en busca de arsénico? —preguntó al fin—. ¿Cómo sospechó su existencia en esas cenizas?

Aunque yo esperaba tal pregunta, apenas me había preparado para ella. El secreto del envenenamiento fue comunicado a Gannet, aunque, por consejo de Thorndyke, guardé silencio con respecto a los demás. Pero ahora ya no podía seguir callado, sino que había de hacer un relato completo de aquel envenenamiento y también dar cuenta de que lo descubrió y demostró el doctor Thorndyke.

Al oír el nombre del profesor, los dos hombres aguzaron el oído y el superintendente observó:

—En tal caso, el doctor Thorndyke podría ser testigo.

—Supongo que no haría ninguna objeción.

—No se lo preguntaríamos —exclamó el superintendente—. Se le puede citar como testigo. Y así se verá obligado a declarar que ese hombre, Gannet, sufría un envenenamiento por arsénico. Pero, antes de hablar de pruebas, es preciso demostrar que hay alguna base. ¿Qué le parece a usted, inspector?

—Como siempre, estamos de acuerdo, superintendente —contestó el inspector—. Convendrá empezar con la comprobación de cuanto ha observado el doctor en el estudio de Gannet. Y si resulta tal como él dice, cosa que no dudo, llegaremos a las mismas conclusiones que él y ya tendremos una base para investigar.

—Sí —contestó el superintendente—, pero las conclusiones de estos hechos primarios habrían de ser comprobados por los expertos, y supongo que sería deseable otro análisis. La demostración del doctor es bastante buena, pero tal vez será necesario que la confirme un especialista reputado.

—Es verdad —dijo el inspector—, pero el análisis no podrá esperar. Es posible que no se llegue a tratar del arsénico. Si encontramos pruebas de que en ese horno se ha quemado un cadáver, tendremos motivo para dar por sentado que se ha cometido un asesinato. El método de perpetrarlo no nos importa gran cosa, y toda tentativa de demostrar que el muerto falleció de tal o cual modo quizá sirviera para hacer más confuso el asunto.

—Yo me refería —dijo el superintendente— a lo que me ha dicho el doctor acerca de la tentativa de asesinar a Gannet. La presencia del arsénico en los huesos podría señalar a algunas personas como sospechosas.

—Sin duda —dijo el inspector—, en el caso de que pudiésemos demostrar quién administró ese arsénico, pero no es posible. Y puesto que Gannet ha muerto y era el único testigo competente, no conseguiremos ponerle en claro. Me parece mejor ignorar este caso de tentativa de envenenamiento, o por lo menos, no ocuparnos en él. Y ahora, doctor, deseamos visitar el estudio. ¿Podríamos hacerlo sin llamar la atención?

—Es muy fácil —contestó—. Tengo las llaves y el permiso de la señora Gannet para entrar en la casa con ustedes, si desean visitarla. Podría entregarles las llaves, pero prefiero acompañarlos.

—No hay inconveniente —dijo el inspector—. Además, usted conoce el estudio y nosotros no. ¿Cuándo podría usted llevarnos allá? Convendrá perder el menor tiempo posible, porque el asunto es urgente.

—Aún me quedan por hacer algunas visitas —contesté—, y ya debería haber salido para eso, porque no, quiero abandonar a mis clientes.

—Claro está —convino el inspector—. Si tiene que hacer, márchese, porque un enfermo vivo vale más que un alfarero muerto. ¿A qué hora le será cómodo?

—Estaré listo hacia las cuatro. ¿Le conviene?

—A mí, sí —replicó el inspector, mirando a su compañero.

Y como éste diera su conformidad, convinieron en que a las cuatro irían a mi casa para encaminarnos al estudio.

Cuando me puse en pie para salir, me fijé en el tubo de cristal tan desdeñado por Blandy como precioso para mí, y me apresuré a guardarlo por si acaso fuese necesario. Ninguno de los dos policías se opuso, y después de encerrarlo en la caja, la metí en mi bolsillo.

Al salir del puesto de policía, examiné la lista de mis visitas, y después de planear un itinerario conveniente empecé mi trabajo, haciendo esfuerzos vanos para no acordarme más del misterio de Gannet, a fin de concentrar mi atención en los problemas clínicos de mis enfermos. Pero si me distraje un tanto de mis asuntos propios, lo compensé con la rapidez con que hice las visitas en un tiempo mínimo y, después de haber tomado el *lunch*, me vi con media hora disponible antes de la llegada de mis visitantes. Con el sombrero puesto, empecé a pasear por la sala de consulta, temiendo que, de un momento a otro, apareciese un enfermo. Mas, por fortuna, no ocurrió así, y a las cuatro en punto llegó el inspector Blandy, que me condujo a un espacioso automóvil parado ante mi casa.

—El superintendente no ha podido venir —explicó Blandy, mientras yo subía al coche—. No se trata de un asunto propio de la policía local. El Departamento de Investigación Criminal habrá de encargarse del caso.

—¿Y qué se propone usted hacer? —pregunté.

—Comprobar su declaración —dijo—. Yo, desde luego, la acepto sin vacilar, dados los métodos cuidadosos que ha utilizado, pero en la policía no se da nada por sentado si se puede observar otra vez, de modo que he de hallarme en situación de afirmar estos hechos, basándome en mis propias observaciones. Aun que reconozco que podía hacer muy poco sin el auxilio de usted.

Me disponía a replicar modestamente, pero él no quiso dejarme continuar y exclamó:

—Se hace usted una injusticia, doctor. El mérito de ese descubrimiento le corresponde por entero. Imagínese lo que habría ocurrido si yo hubiese hecho ese registro del estudio. ¿Qué habría visto? Nada en absoluto. Tal vez observara los objetos que hay allí, pero no habría conseguido comprender el significado de algunos de ellos. Usted, en cambio, descubrió en el acto los indicios de algo insólito. Así,

pues, en esta ocasión, voy a aprovechar la cooperación y el consejo de usted.

Le contesté que me complacería mucho ayudarle y, en realidad, me sentía muy curioso acerca de lo que haría. Él me dio las gracias y en aquel momento se detuvo el automóvil ante la puerta de la casa de Gannet. Nos apeamos y Blandy tomó un maletín cubierto por una funda de tela, que dejó en el suelo mientras examinaba la fachada.

—¿Pertenece esa puerta a la casa de Gannet? —preguntó, indicando la del estudio.

—Sí, señor; da directamente a la puerta del estudio —contesté—. ¿Quiere usted entrar por aquí? Tengo la llave del portillo.

—Ahora no —dijo—. Valdrá más entrar por la casa y así me daré cuenta de su aspecto.

Lo llevé, pues, a la puerta principal, y atravesamos el vestíbulo, que examinó atentamente, fijándose de un modo especial en el perchero. Luego abrí la portezuela lateral y lo acompañé al patio, que también fue objeto de su examen, sin olvidar las paredes y las casas que lo rodeaban. Descubrió un cubo para la basura, y fue a levantar la tapa para fijarse en su contenido.

—¿Es la basura de la casa o pertenece al estudio? —preguntó.

—Tal vez a los dos —dije—. Pero sé que Gannet lo utilizaba para librarse de las cenizas y de todo lo demás que no servía.

—Pues, antes de que venga el basurero, convendrá examinar su contenido —observó.

Mientras tanto, abrí la puerta del estudio y entre los dos transportamos el cubo hasta el interior. Por consejo del inspector, cerré la puerta con llave.

—Supongo —dije— que deseará usted que le explique para qué sirve cada una de las cosas que hay aquí.

—Gracias, doctor —contestó él—, pero me parece que dejaremos eso para luego. Por ahora nos dedicaremos a la parte más esencial de la investigación.

—¿Cuál es? —pregunté.

—Nuestro objeto —respondió sonriendo— es establecer lo que los hombres de leyes llaman el *corpus delicti*, para averiguar si se ha cometido un crimen y, en caso afirmativo, qué clase de crimen. Empezaremos viendo cuál es la importancia de ese fragmento de hueso. He traído un tamiz, pero probablemente hay aquí otros mejores.

—Los hay de varios tamaños, para tamizar polvo de distinto grosor —contesté.

Lo llevé al lugar en que se hallaban los tamices y en cuanto los hubo examinado escogió el más fino, que tenía veinte hilos por pulgada. Encontré un cazo para él, vació el contenido de un cubo, en otro, y dejando el primero al lado del que estaba lleno de cenizas de hueso, extendió sobre el tablero una hoja de papel blanco, puso el tamiz encima y empezó a trabajar.

Al principio no se consiguió ningún resultado, porque la parte superior del cubo estaba llena de cenizas muy finas, que se tamizaban con gran rapidez. Pero al llegar a

las capas inferiores, encontramos ya pedazos de huesos quemados, que el inspector dejó sobre la hoja de papel. Cada vez aumentaba más la cantidad aquellos fragmentos y Blandy los examinaba con el mayor interés.

—No hay duda de que son fragmentos de hueso —dijo—, pero tal vez será difícil demostrar que son humanos. ¡Ojalá no estuviesen tan desmenuzados!

—Tenemos la falangeta —le recordé— y no hay duda de que es un hueso humano.

—Si está usted dispuesto a jurarlo, eso nos indicará la probabilidad de que los demás fragmentos también sean humanos —replicó—, pero si es posible hallarla, necesitamos una prueba. En un caso tan grave, el tribunal no da nada por sentado cuando no existen pruebas irrefutables.

Continuó tamizando aquel polvo. De pronto separó un pequeño objeto y me lo mostró sonriendo. Yo lo examiné de cerca, primero a simple vista y luego con la lupa.

—¿Cuál es su diagnóstico? —me preguntó al devolvérselo.

—Es un fragmento de un diente de porcelana —contesté—. Tal vez de un diente verdadero, pero la pequeñez de este fragmento no permite asegurarlo.

—Tal es la ventaja de la cooperación y del auxilio técnico. No hay duda de que es un fragmento de un diente de porcelana. Y como, según me consta, los animales no los usan, ello nos da una prueba de que estos restos son humanos. Hemos dado un buen paso. Pero ¿adónde nos lleva? ¿Puede usted explicar algo más?

—Sí, señor —contesté—. Sé que Peter Gannet usaba dentadura postiza, porque cuando estuvo enfermo la vi en un cuenco.

—¡Magnífico! —exclamó el inspector—. Peter Gannet llevaba dientes de porcelana y aquí tenemos fragmentos de uno de ellos. Las pruebas van aumentando. Pero si llevaba dentadura postiza, debía de tener un dentista. ¿Sabe usted, por casualidad, quién era?

—Sí, señor. Se llama Hawley y vive en Wigmore Street.

—Me está usted mimando demasiado —dijo el inspector—. No me deja nada que hacer. En cuanto le pido un dato, me lo da enseguida.

Con el mayor cuidado dejó sobre la mesa los fragmentos del diente y en su libro de notas consignó el nombre y las señas del dentista. Luego continuó su operación de tamizar las cenizas.

No hay necesidad de continuar dando detalles. Gradualmente tamizamos todo el contenido del cubo, y de ello resultó la separación de un montón considerable de fragmentos de huesos y de cuatro pedacitos de porcelana. Los primeros, en su mayor parte, eran pedazos de huesos calcinados, que no permitían reconocer su forma primitiva. En cambio, los pedacitos de porcelana eran más significativos, y las tentativas que hicimos de ponerlos en su orden debido nos confirmaron en la impresión de que habían pertenecido a un diente.

—No nos contentaremos con eso —dijo Blandy, guardándolos en un tubito de vidrio que llevaba—. En Jefatura tenemos a un individuo especializado en componer

coronas y unirá esos fragmentos de manera que apenas se notarán las líneas de la rotura. Luego presentaré el diente al señor Hawley, para ver qué me dice. Se guardó el tubo en el bolsillo y, sacando del maletín una bolsa de tela, metió en ella los fragmentos de hueso, cerró la boca del saco y lo guardó en el maletín.

—Esos fragmentos —continuó— habrán de presentarse en la encuesta, si podemos reunir bastantes datos para que se celebre. Volveré a examinar todo ese polvo, para asegurarme de que no se nos ha escapado nada, y luego lo entregaré a los peritos del Ministerio del Interior. Si dictaminan que son restos de huesos humanos, lo pondremos en conocimiento del coroner ^[11].

Mientras decía todo esto, examinaba los diversos objetos del estudio y al fin se fijó en el armario de Boles.

—¿Sabe usted qué hay dentro? —preguntó.

—Sé que pertenece al señor Boles, quien guardaba ahí sus materiales.

—¿Cuáles son éstos? —preguntó el inspector.

—Oro y plata. Pero también tiene algo de esmalte y placas de cobre.

El inspector se dirigió al armario y examinó la cerradura.

—No vale nada —observó— para guardar metales preciosos. Cualquiera llave podría abrirlo. ¿Y dice usted que también ha desaparecido el señor Boles?

—Así me lo comunicó la señora Gannet.

—¡Lástima! —exclamó Blandy—. No me gusta la idea de abrir ese armario en su ausencia, pero es preciso saber qué contiene. Y como tengo el permiso de hacer un registro, vamos a verlo. Por casualidad, tengo algunas llaves y quizá alguna pueda abrirlo.

Abrió su cartera y sacó unas llaves muy raras, de modo que me atreví a preguntar:

—¿Son llaves falsas?

—No use usted ese nombre, que resulta desagradable. Más vale llamarlas llaves simplificadas, es decir, llaves con guardas, pero sin ellas. Ya verá usted cómo funcionan.



Probó una tras otra en la cerradura y a la tercera tentativa consiguió abrir la puerta

Probó una tras otra en la cerradura y a la tercera tentativa consiguió abrir la puerta.

—Vea usted —dijo—. No hemos roto nada y al salir dejaremos el armario cerrado como lo encontramos.

La abierta puerta mostró dos estantes, en los que había unos potes de vidrio con esmalte en polvo, un mortero de ágata y algunas herramientas pequeñas. Debajo de los estantes había unos cajones pequeños, aunque a cierta profundidad. El inspector,

sacó uno de ellos y lo sopesó.

—Vea usted lo que pesa, doctor —dijo—. Al parecer, hay varios lingotes de oro en un armario que puede considerarse abierto. ¿Son éstas las cosas que hace el señor Boles?

Mientras hablaba volcó el contenido del cajón sobre el papel del banco y señaló con desdén el montón de pendientes, sortijas y broches que se ofrecían a nuestras miradas.

—¿Ha visto usted alguna vez otra cosa igual? —exclamó—. ¿Eso son joyas? Parecen obra de un aprendiz de fontanero. Y vea usted la cantidad de metal que hay en cada una. Fíjese en esta sortija. Contiene bastante oro para hacer una pulsera. Eso me recuerda las joyas de los salvajes, aunque éstas no son tan bonitas. No sé quién puede comprarlas. ¿Se lo imagina usted?

—He oído decir —contesté— que el señor Boles las exhibe en las galerías privadas y supongo que venderá alguna. Si no fuese así, no continuaría haciéndolas.

El inspector sonrió, pero no replicó una palabra. Volvió a guardarlo todo en el cajón, puso este último en su sitio y examinó el inmediato.

El contenido de éste pareció interesarle mucho. Lo examinó satisfecho y como si le diera alguna idea. Por fin, vació el contenido sobre el papel y me invitó a examinarlo.

Yo contemplé el montón de diversas sortijas, broches, medallones y otras cosas semejantes, y observé que se parecían a las joyas vulgares que llenan los escaparates de las tiendas, pero que en todas ellas faltaban las piedras.

—No creo que el señor Boles haya hecho nada de eso —dije.

—De ello estoy seguro —contestó Blandy—. Pero veo que ha quitado las piedras. ¿Qué piensa usted de esta colección?

—Supongo —repliqué— que son joyas antiguas, que él ha comprado por poco precio, a fin de fundir el oro.

—Sí —contestó Blandy—. Eso es. Pero si lo compró en las tiendas, no le resultó barato. En el mercado no se compra el oro a precio inferior. El oro, viejo o nuevo, siempre es oro, que tiene un precio fijo y no es posible adquirirlo más barato. Hablo, desde luego, del mercado legal.

Volvió a mirarme con su enigmática sonrisa y, encerrando de nuevo las joyas en el cajón, pasó al siguiente. Éste contenía materiales sin labrar; pedacitos de oro, botones de copelas o crisoles, y algunos fragmentos de plancha de oro. Nada de aquello me interesó, pero Blandy debía de pensar de otro modo, porque, por espacio de algún tiempo, examinó aquellos objetos. No vació el cajón sobre el papel, sino que, tomando unas pinzas, examinó aquellos objetos uno a uno, por ambos lados, y con el mayor cuidado los dejó sobre el papel.

—Veo que eso le interesa mucho —observé.

—Sí, señor —contestó—. Hay dos puntos interesantes. El primero es que veo pedacitos de oro de los que se venden y compran en el mercado. Eso demuestra que

han sido adquiridos de un modo legal y regular y no de segunda mano. El otro punto es éste.

Con las pinzas tomó una diminuta placa y me la mostró. Vi que su pulimentada superficie contenía la impresión de un dedo grasiento.

—¿Se refiere usted a esa huella? —pregunté.

—Es del pulgar, y, al parecer, del izquierdo. En el otro lado hay la impresión de un dedo índice y ambas están muy claras.

—Sí, señor —dije—. Pero eso no indica nada nuevo. Deben de pertenecer al señor Boles, puesto que el armario es suyo. No comprendo, pues, que estas huellas puedan revelar nada.

—Es muy notable —observó él, sonriendo— que la mente científica comprende inmediatamente los puntos esenciales, pero ha olvidado usted uno. Sabemos ahora que el señor Boles es comprador de joyería de lance. En el Departamento de huellas dactilares tenemos registrados gran número de caballeros, que se dedican al mismo negocio. Desde luego, tal vez las huellas dactilares del señor Boles no figuren allí, pero la mente científica comprenderá que la prueba es mucho mejor que una opinión. Los expertos en huellas dactilares nos darán esa prueba.

Aquella idea, expresada con gran delicadeza, me obligó a mirar de un modo muy distinto el contenido del último cajón. Consistía en tres cajitas de cartón, llenas de piedras sin montar. Una de ellas contenía las clases más vulgares: turquesas, granates, ágatas y otras parecidas. La segunda caja tenía un número menor de piedras preciosas, como rubíes, zafiros y esmeraldas, y la tercera contenía diamantes, casi todos pequeños. El inspector expresó la idea que se me había ocurrido.

—Esas piedras —dijo— habrán sido sacadas de las joyas de lance. No creo que ese hombre haya comprado piedras a los tratantes, por que sólo dos de sus obras tienen piedras preciosas, y aun son las de menor valor. Al parecer, no hace gran uso de ellas, quizá porque le dan demasiado trabajo. Es más fácil dejar caer una gota de esmalte. Por lo tanto, debe de vender esas piedras, y yo quisiera saber quién se las compra.

No pude contestar a ello y el inspector no insistió. Al parecer, había terminado ya la investigación, porque empezó a guardar los objetos que encontramos en los cajones, y manejó con el mayor cuidado las placas de oro.

—Como se cree que el señor Boles ha desaparecido —dijo—, tomaré esos objetos bajo mi custodia. Son demasiado valiosos para dejarlos aquí. Además, tomaré posesión temporal del estudio, porque quizá habremos de llevar a cabo otras investigaciones. Aún no hemos examinado el cubo de la basura, pero es demasiado tarde. Y en cuanto a la llave, doctor, ¿qué hacemos de ella? Al salir habré de sellar todas las puertas y, además, este lugar quedará vigilado. Le agradecería que me entregase la llave para no tener que molestar a la señora Gannet. Usted no la necesitará ya.

Como, realmente, ya no me servían de nada, le entregué las dos llaves. Y él,

dándome las gracias, se dispuso a marchar.

—Antes de irnos —dijo— tomaré nota del domicilio actual de la señora Gannet, por si he de comunicar con ella. Y al mismo tiempo, haga el favor de indicarme las señas del señor Boles, porque, si es posible, nos pondremos en contacto con él.

Le di ambas direcciones, aunque le comuniqué la primera de muy mala gana, temeroso de que molestasen a la señora Gannet, mas no pude evitarlo. La policía habría de poner en su conocimiento el hecho de la muerte de su marido, pero lo sentí, a pesar de que no me era simpática y de que no aprobaba sus relaciones con Boles.

En cuanto el inspector hubo cerrado y sellado todas las puertas, tomó el maletín y subimos al coche. El conductor dejó a un lado un libro y su cigarrillo, y emprendimos la marcha, de modo que llegué a mi consultorio a tiempo para la visita de la tarde.

CAPÍTULO X. El inspector Blandy se muestra curioso

Quedaron muy justificados mis temores con respecto a la señora Gannet, porque a la tercera mañana después del registro del estudio, la señorita Hughes me envió una nota urgente, diciéndome que su amiga había experimentado una fuerte emoción y se hallaba en un estado de postración nerviosa. Y como expresó el deseo de verme, la señorita Hughes me rogaba ir allá lo antes posible.

Como la entrevista amenazaba ser larga, decidí no visitar a los pocos pacientes de aquel día, a fin de tener tiempo suficiente para hablar, aparte de la visita médica. Por lo tanto, a las doce llamé a la casa de Mornington Crescent. Abrió la puerta la señorita Hughes, que me dio cuenta de lo ocurrido.

—La pobrecilla está muy mal —dijo—. Como se comprende, la había impresionado mucho la extraña desaparición de su marido, pero ayer vino un caballero a visitarla, que resultó ser policía, aunque nadie lo hubiese sospechado al verlo. No sé lo que le dijo, y al parecer, le hizo jurar que guardaría el secreto, pero permaneció largo rato hablando, y cuando se hubo marchado, fui a la sala y encontré a la pobrecilla casi sin sentido. Pero no quiero entretenerle más. La he hecho acostar hasta que usted la vea. Ahora voy a llevarlo a su habitación.

Nada había exagerado la señorita Hughes. Apenas pude reconocer a la desdichada, de rostro pálido y desencajado, que estaba en la cama. Me miró suplicante y en aquel momento la compasión me hizo olvidar mi antipatía.

—¿Se ha enterado usted del horrible suceso, doctor? —murmuró en cuanto la señorita Hughes se hubo alejado discretamente—. Me refiero a lo que la policía encontró en el estudio.

—Sí, ya lo sé —respondí, satisfecho, al observar que mi nombre no aparecía relacionado con el caso—. Supongo que vino a visitarla el inspector Blandy.

—Sí, señor, así se llama, y debo decir que se condujo con la mayor consideración y cortesía. Con toda clase de precauciones me comunicó el terrible suceso, expresando su disgusto por ser portador de tan malas nuevas; en fin, que el buen señor estaba muy apenado. Por mi gusto no me habría dicho nada más, pero él siguió hablando para expresar su simpatía y, de vez en cuando, me hacía preguntas, y al fin fueron tantas que ya no supe lo que le contestaba. Por lo menos debiera haberme dejado un día o dos hasta que me tranquilizase.

—En realidad, parece que no se mostró muy considerado —dije—, pero es preciso hacerse cargo. La policía ha de actuar con rapidez y necesita conocer cuanto antes todos los detalles posibles.

—Sí, esta misma excusa dio, pero fue terrible. Y aunque se mostró cortés y apenado, según dije, no puedo evitar la creencia de que, a su juicio, yo sabía más cosas de las que le contesté. Claro está que él no lo manifestó así.

—Tal vez se lo ha imaginado usted —dije—. No es posible que sospechara de

usted, suponiendo que ya conocía la tragedia, puesto que se hallaba ausente de la casa cuando ocurrió.

—Tal vez no —dijo—. Me interrogó mucho acerca de mis movimientos mientras estaba fuera y quiso conocer todas las fechas que, desde luego, yo no podía recordar. También hizo numerosas preguntas acerca del señor Boles, en especial de los lugares en que se hallaba en distintas fechas, y me dio la impresión de que sabía muchas cosas acerca de él.

—¿Qué le preguntó con respecto al señor Boles? —exclamé, curioso, al recordar la enigmática observación de Blandy con respecto a los archivos de huellas dactilares de Scotland Yard.

—Empezó preguntándome si los dos hombres, Peter y Fred, sostenían buenas relaciones. Ya sabe usted, doctor, que no era así. Luego me preguntó si habían estado siempre reñidos, y cuando le dije que antes eran buenos amigos, quiso saber, exactamente, en qué momento se alteraron sus relaciones y si yo conocía la causa. Le contesté sinceramente que lo ignoraba, y en cuanto a la época en que ocurrió aquello, sólo pude decir que fue a últimos del año pasado. Quiso conocer los movimientos del señor Boles; dónde había estado en tal y cual fecha, cosa que yo no podía recordar, aun habiéndolas sabido, pero pude contestar a la última pregunta. Me rogó recordar dónde había estado el señor Boles el diecinueve de septiembre pasado. Entonces me acordé, porque Peter había ido a pasar unos días con él y yo aproveché la oportunidad para dirigirme a Eastbourne. Y como yo estaba allí el diecinueve de septiembre, pude precisar que el señor Boles y Peter se hallaban en Newingstead.

—¿En Newingstead? —exclamé, aunque me abstuve de continuar.

—Sí, señor —dijo ella, mirándome sorprendida—. ¿Conoce usted aquel lugar?

—Un poco —contesté cautamente—. Soy amigo de un médico que practica allí.

—El señor Blandy pareció muy interesado acerca de la estancia del señor Boles en Newingstead y del hecho de que Peter lo acompañara aquel día. Me rogó que hiciese un esfuerzo por recordar si aquella fecha coincidía con el cambio de sus mutuos sentimientos. Fue una pregunta muy rara y no comprendo por qué me la hizo. Pero, al pensar en ello, vi que tenía razón, porque, a mi regreso de Eastbourne, me di cuenta de que había sucedido algo desagradable. Al parecer habíase desvanecido su antigua amistad y ambos saltaban a la menor provocación. Empezaron a disputar de un modo espantoso. Yo me asusté, porque los dos eran fuertes e inclinados a la violencia.

—¿Y no pudo usted adivinar la causa de tal enemistad?

—No. Supuse que ello ocurrió durante su ausencia, pero nunca pude averiguar qué había sucedido. Hable con los dos, preguntándoles acerca del caso, pero ninguno quiso decírmelo. Ambos afirmaron que era cosa sin importancia e hija de mi imaginación. Pero yo estaba persuadida de lo contrario y siempre temía que hubiese alguna escena violenta.

—Así, pues —dije casi tartamudeando—, ese crimen no la habrá cogido de

sorpresa.

—¡Por Dios!, no lo llame crimen —contestó—. No es posible. Habrá ocurrido algún accidente. Cuando dos hombres, fuertes y violentos, empiezan a pelear, no se sabe en qué parará su contienda. Estoy segura de que debió ocurrir un accidente, en el supuesto de que el señor Boles diese muerte a Peter. Ahora no sabemos nada y sólo podemos suponerlo.

Yo me dije que, más que suposición, era certidumbre, pero no lo expresé. Me preocupaba el inmediato futuro. La señora Gannet era mi cliente y decidí considerarla una amiga. Había sufrido un choque violento y me figure que aún le quedaba lo peor. ¿Qué podría hacer en su beneficio?

—¿Le dijo el inspector si necesitaría otros informes de usted? —pregunté.

—Sí, me anunció que tal vez habría de ir pronto a Scotland Yard, para hacer una declaración y firmarla. Eso será horrible. Sólo al pensarlo me pongo peor.

—No veo la razón de que tenga usted que hacer eso —dije—. No tiene ninguna responsabilidad en lo ocurrido.

—Bien lo sabe usted —exclamó ella—. Pero la policía piensa de otro modo. Ese señor Blandy me da mucho miedo. Es un hombre extraordinario; muy cortés y correcto, pero tan agudo y curioso, y hace tales preguntas, que parece tener un misterioso conocimiento de los asuntos del prójimo. Estoy segura de que sospecha alguna intervención mía en lo ocurrido.

—Supongo que no debe de saber una sola palabra de la misteriosa tentativa de envenenamiento por arsénico —dije.

—No —contestó—. Pero estoy segura de que me los hará declarar en cuanto me tenga en su oficina. Y luego se figurará que yo puse el veneno en la comida del pobre Peter.

Se echó a llorar histéricamente, al mismo tiempo que profería incoherentes disculpas. Yo me esforcé en consolarla, asegurándole sinceramente que podía contar con mi simpatía. Comprendí que sus temores no eran infundados. Quizá tenía más secretos de los que sospechaba yo, y una vez se viese en presencia de unos detectives, que tomaran nota de todo lo que dijera, quizá se comprometiese con alguna imprudente declaración.

—Me consuela mucho, doctor —dijo tratando de dominar su emoción—, confiarle mis pesares. Es usted el único amigo que tengo y que puede aconsejarme y ayudarme.

Me compadecí de aquella mujer sola, angustiada y apenada y a la que posiblemente amenazaban peligros que yo apenas podía adivinar y que ella habría de afrontar sola, sin más protección que la mía. Pero ¿qué podía hacer yo? Y al observar su mirada de súplica, comprendí que necesitaba un consejero mejor.

—Estoy dispuesto —le dije— a ayudarla. Pero no soy competente. Necesita usted consejos legales y no médicos. Debería tener un abogado que protegiera sus intereses y la aconsejase.

—Creo lo mismo —contestó—. Pero no conozco ningún abogado. Y confío en usted, porque conoce mis asuntos y se ha conducido siempre como buen amigo. Haré lo que me aconseje. Tal vez podrá indicarme algún abogado en que pueda confiar.

—El único que conozco es el doctor Thorndyke —dije.

—¿Es abogado? —exclamó, sorprendida—. Me figuré que era médico.

—Es las dos cosas a la vez —expliqué—, y además, es un abogado especializado en criminología; de modo que conoce todos los resortes. Comprenderá las dificultades de usted y también las de la policía. ¿Quiere usted que vaya a verle y le pida un consejo?

—Se lo agradeceré mucho —contestó—. Y desde luego acepto todo lo que usted convenga con él. Pero recuerde —añadió— que mis medios de fortuna son muy limitados.

La tranquilicé acerca de eso, pues conocía la indiferencia de Thorndyke por toda clase de detalles financieros y, además, me propuse ayudarla con mis propios medios, en caso de que fuese necesario. Convinimos, pues, pedir consejo al doctor Thorndyke y seguirlo exactamente.

—Eso será muy conveniente para mí —dijo ella—. Dispondré de alguien que piense en mi beneficio, para que me dejen en libertad de reflexionar acerca de lo que me convenga. A pesar de la bondad de la señorita Hughes no puedo continuar aquí indefinidamente. Además, he de pensar en los objetos expuestos en la galería y que será preciso retirar. Hay otras piezas prestadas, pero no hay prisa con respecto a ellas.

—¿A qué exposición se refiere usted? —pregunté.

—A la de Lyntondale Gallery, en Bond Street. Allí están expuestas algunas de las obras de Peter y otras del señor Boles. Lo que no se haya vendido habrá de retirarse para otra exposición.

—¿Y cuál será ésa? —pregunté, por curiosidad y también para distraerla.

—En Hoxton hay un pequeño museo y galería de arte que exhibe colecciones prestadas, para educar el gusto popular. En dos o tres casos Peter les prestó algunas de sus obras. Esta vez sólo mandó una pequeña colección: media docena de cuencos y jarros, y la figura de barro que tenía en la chimenea de su cuarto. Ya la recordará usted.

—Sí, señora. Era la figura de un mono.

—Así lo aseguraba él, aunque a mí no me parecía tal cosa. Pero entiendo muy poco en arte. Digo, pues, que la envió, y, como la tenía en tal estima, yo misma me encargué de entregarla al director del museo.

Como nuestra conversación se refería a asuntos alejados de la tragedia, la pobre mujer recobraba por momentos su serenidad, y, al llegar el momento de mi marcha, estaba ya tranquila.

—No olvide usted —dije, estrechándole la mano— que no tiene nada que temer del inspector Blandy. En adelante tendrá usted un consejero legal que no permitirá a nadie molestarla sin necesidad.

Su gratitud era excesiva y, al dar señales de que volvía a emocionarse, retiré mi mano, que ella estrechaba con fervor, y salí.

Durante el regreso pensé en lo que debería hacer. No había tiempo que perder, pero, aunque tenía la tarde libre, tal vez a Thorndyke no le ocurriese lo mismo. Era hombre muy ocupado y sería casi inútil ir a su casa con la esperanza de encontrarlo sin nada que hacer. Así, pues, lo llamé por teléfono para preguntarle cuándo podría ir a verle. Me contestó un individuo llamado Polton, diciéndome que el doctor estaba ausente, que volvería a las tres y media y que a las cuatro y cuarto saldría otra vez. Convine en ir allá a las tres y media y, después de dar mi nombre, colgué el aparato. Inmediatamente me dediqué a mis propios asuntos, entre los que figuraba la preparación de algunos medicamentos, poner al corriente mi diario y al aseo preliminar antes del *lunch*.

Como no conocía muy bien el Temple, tomé la precaución de llegar antes de la hora. Así fue cómo, después de encontrar fácilmente King's Bench Walk, me vi frente al hermoso pórtico de ladrillos del número 5 A, en el momento en que una campana de suave sonido indicó cortésmente que eran las tres y cuarto.

No había necesidad de darse prisa. Anduve de un lado a otro, examinando el pórtico y los agradables alrededores de aquellas viejas construcciones, que debieron ser más bonitas aún, antes de que la plaza se convirtiese en una parada de automóviles. Luego subí despacio al primer piso y me vi ante una puerta forrada de hierro, en la cual figuraba el nombre del doctor Thorndyke. Me disponía a oprimir el botón del timbre, cuando vi bajar desde otro piso superior a un caballero de corta estatura, de aspecto clerical, pero, al parecer, vivo e inteligente, que me preguntó:

—¿Tengo el honor de hablar con el doctor Oldfield?

Contesté que yo era el doctor Oldfield, pero que había llegado con anticipación.

Él sacó un reloj del bolsillo y dijo que eran las tres, veinticuatro minutos y quince segundos. Me fijé en el reloj, vi que era muy grande y sonoro, y mientras lo guardaba observé que no parecía un reloj ordinario.

—No, señor —contestó, sacándolo de nuevo para contemplarlo con cariño—. Es un cronómetro de bolsillo, con cuerda para ocho días. Es un reloj admirable.

Abrió la tapa para mostrarme la maquinaria y me hizo observar que señalaba los medios segundos. Pero mientras yo escuchaba la marcha del reloj, para convencerme, él se apresuró a guardarlo, y dijo:

—No ha llegado usted demasiado temprano, porque oigo al doctor, que llega acompañado por el doctor Jervis.

Escuché con atención y pude percibir lejano rumor de pasos que se aproximaban. Pero no los reconocí como mi interlocutor, que no se había engañado, porque, pocos segundos después, vi aparecer a Thorndyke y a Jervis. Los dos me miraron con cierta curiosidad, pero mi interlocutor se anticipó a sus preguntas.

—El doctor Oldfield anunció por teléfono su visita a las tres y media. Ya le avisé de que tiene usted algo que hacer a las cuatro y cuarto.

—Gracias, Polton —dijo Thorndyke—. Y ahora, Oldfield, vamos a ver qué partido sacaremos de media hora, en el supuesto, desde luego, de que esta visita no sea puramente de amigo.

—Es algo más importante —dije, en tanto que Polton abría las dos puertas y nos dejaba paso libre hasta una espaciosa estancia—. He venido a tratar de un asunto urgente, pero creo que podremos resolverlo en media hora.

El señor Polton, después de una mirada interrogadora a Thorndyke, salió cerrando ambas puertas.

—Ahora, Oldfield, siéntese y hable —dijo Jervis, disponiendo tres sillas en triángulo.

Nos acomodamos todos, uno frente a otro y, sin preámbulo, hice un relato condensado de los sucesos referentes a la desaparición de Gannet y me extendí algo más acerca de la situación de su esposa. Thorndyke escuchó atentamente, pero sin hacer comentarios ni preguntas. Jervis, si bien se abstuvo de interrumpir, escuchó con el mayor interés y, apenas hubo terminado, dijo:

—Es un magnífico misterio criminal, amigo Oldfield. Y debo añadir que me interesa mucho conocer todos los detalles.

—Opino lo mismo, Jervis —dijo Thorndyke—. Será preciso que Oldfield nos refiera la historia in extenso, pero no ahora. De momento hemos de resolver un problema urgente: la protección de la señora Gannet.

—¿La necesita? —preguntó Jervis—. La policía inglesa no tiene costumbre de hacer uso del «tercer grado».

—Es verdad —dijo Thorndyke—. La policía inglesa tiene por regla general el deseo y la intención de tratar bien a las personas a quienes interroga, pero un funcionario demasiado celoso puede excederse, tal vez en interés de la justicia, hasta llegar a un grado inadmisibles. Y hemos de recordar que nuestro sistema tiende más bien a favorecer a los acusados.

—La señora Gannet no es una acusada —protesté.

—No, pero podría serlo. Y más si hiciese alguna declaración imprudente. Por eso hemos de protegerla. Ignoramos los puntos de vista de la policía, pero es evidente que nuestro astuto amigo Blandy no es demasiado escrupuloso. Anunció a esa señora que su marido había sido asesinado y que luego su cadáver fue convertido en cenizas. Y cuando aún estaba atontada por el golpe, la sometió a un interrogatorio minucioso, lo cual no demuestra demasiados miramientos. Me parece que está justificado el temor de esa señora hacia Blandy. Es preciso evitar que la sometan a otro interrogatorio, excepto en presencia de su consejero legal.

—No tiene ninguna obligación de contestar más preguntas hasta que la llamen en calidad de testigo —dijo Jervis.

—En la práctica ocurre lo contrario —dijo Thorndyke—. Sería contraproducente no dar a la policía todo el auxilio que esté en su mano. Además, eso no sería político, porque daría a entender que tiene algo que ocultar. Pero, en cambio, está muy puesto

en razón que insista en que la acompañe su consejero legal, cuando sea sometida a un interrogatorio. Esto es lo esencial. Ella necesita estar representada legalmente. Pero ¿quién lo hará? ¿Se le ocurre algo, Jervis? Ése es trabajo de procurador.

—¿Y los honorarios? —preguntó Jervis—. ¿Es acomodada la posición de esa señora?

—Puedo asegurar —contesté— que se pagarán los honorarios, y me hago responsable personal de ellos.

—Bien —dijo Jervis—; su simpatía adopta una forma práctica y puesto que se encargará usted de pagar la cuenta, procuraremos que no sea crecida. Un procurador famoso no serviría, porque, además, no tendría tiempo. Pero necesitamos un hombre bueno. Tal vez será preferible un joven que tenga pocos clientes. Sí, ya sé quién. ¿Qué le parece a usted, Thorndyke, el joven Linnell? Era el empleado principal de Marchmont y se ha establecido por su cuenta. Le gustan mucho los casos criminales.

—Ya lo recuerdo —dijo Thorndyke—. Es un muchacho que promete. ¿Podrá usted encontrarlo?

—Lo veré hoy mismo, antes de que salga de su oficina, y no tengo duda de que aceptará el caso con gusto. Sea como fuere, Oldfield, el asunto está ya en nuestras manos y esa señora se verá protegida, aunque yo mismo tenga que acompañarla a Scotland Yard. Pero usted también tendrá que hacer. Es su médico y habrá de procurar que no la sometan a lo que no pueda resistir. Un certificado médico bastaría para contener al mismo Blandy.

En cuanto Jervis cesó de hablar, la suave campana del invisible reloj dio los cuatro cuartos y luego la hora. Me puse en pie y, después de dar las gracias a mis amigos, por su promesa de ayuda, extendí la mano.

—Un momento, Oldfield —dijo Thorndyke—. Hasta ahora no nos ha dado más que un resumen del caso. Pero queremos conocer la historia detallada. ¿Cuándo podrá ser? Sabemos que sus enfermos le ocupan mucho tiempo, pero quizá tendrá usted un rato libre, por ejemplo, después de cenar, ¿le conviene?

—¿No sería mejor que me acompañaran a cenar y hablaríamos luego? —pregunté.

—Me parece muy bien —dijo Thorndyke—. ¿Le conviene, Jervis?

Éste aceptó, y como, al parecer, mis amigos estaban libres aquella noche, se convino en que nos veríamos de nuevo en Osnaburgh Street, para tratar extensamente del caso Gannet.

—Recuerden ustedes —añadí cuando ya estaba en la puerta— que mis horas de consulta son muy poco atareadas y que, por lo tanto, pueden ir a mi casa tan pronto como gusten.

Dado este aviso, cerré la puerta y salí.

CAPÍTULO XI - Una conferencia del señor Bunderby

Al salir del Temple por la puerta de Fleet Street, encontré un autobús parado a causa de una interrupción del tráfico. Al mirarlo por casualidad vi que pasaba por Piccadilly y Bond Street. Este último nombre me recordó la galería de arte de que me hablara la señora Gannet y, en el acto, subí al autobús cuando reanudaba su marcha. Me quedaban dos horas libres, tiempo más que suficiente para visitar la exposición de las obras de Gannet.

Me inspiraba mucha curiosidad, porque la venta de las obras de mi amigo siempre fue un misterio para mí. Eran muy burdas y deficientes, pero también sospechaba que tuviesen alguna cualidad que yo no había podido descubrir. Era posible que yo careciese de las condiciones necesarias para apreciarlas, puesto que se habían exhibido en público y aun se vendieron a precios elevados, y quienes los pagaron debían de saber lo que hacían. Pero, en fin, vería aquellas obras en el ambiente que les era propio y quizá los comentarios de algún espectador me permitieran formar juicio.

No me costó nada encontrar la Lyntondale Gallery, porque en la ventana del primer piso había un gran cartel con tal nombre y, en cuanto hube pagado el chelín de la entrada y otro chelín por un catálogo, atravesé un torniquete y subí a un ascensor eléctrico.

Al penetrar en la sala principal de la galería vi a una docena de personas ante una gran caja de vidrio y rodeando, al parecer, a un caballero fornido, de aspecto truculento, tez rojiza y un mechón de cabello blanco, erguido como la cresta de una cacatúa. Pero aún me llamó más la atención otro caballero alejado del grupo y que tal vez sería el propietario o un empleado del establecimiento. Lo que atrajo mi atención fue su aspecto conocido para mí. Creí haberlo visto con anterioridad, pero no pude situarlo, y, mientras esforzaba la memoria, él sorprendió mi mirada y se acercó, sonriendo deferentemente.

—Ha llegado usted con mucha oportunidad, caballero —dijo—. El señor Bunderby, el eminente crítico de arte, se dispone a darnos una pequeña conferencia acerca de las notabilísimas obras de Peter Gannet. Valdrá la pena que le preste atención, porque las charlas del señor Bunderby son siempre muy instructivas.

Le di las gracias por su información, porque, precisamente, yo quería oír algo acerca de aquel asunto y más me convenía que procediese de una autoridad. El caballero cacatúa, a quien atribuí el nombre de señor Bunderby, acababa de abrir una caja y situó una de las piezas que contenía sobre un pie giratorio, en tanto que yo iba a sumarme al grupo de los oyentes.

El ejemplar que puso sobre el pie giratorio era uno de los cuencos más burdos e irregulares de Gannet, algo que se hallaba, por su aspecto, entre el nido de un pájaro y el tiesto para flores. Note que los visitantes lo miraron asombrados, y el señor

Bunderby observó sus expresiones con satisfecha sonrisa.

—Antes de hablarles de estas notabilísimas obras —dijo— he de pronunciar algunas palabras referentes a su autor. Peter Gannet es un artista único. Así como los alfareros de otros tiempos sólo se preocupaban en lograr formas cada vez más rebuscadas y falsas, Gannet se dio cuenta de la gran verdad de que la alfarería ha de ser simple y elemental y, con maravillosa intuición y valor extraordinario, se ha dispuesto a seguir el sendero del que se apartó la Humanidad, llegando a la fuente de cultura de la Nueva Edad de Piedra. Ha abandonado la rueda del alfarero y todo auxilio mecánico y sólo utiliza el incomparable instrumento que son las manos del artista.

»Así, en esas obras, no deben ustedes buscar precisión mecánica o un acabado de la superficie. Gannet es, ante todo, un gran estilista, que lo subordina todo a la apasionada persecución de la forma esencial. Eso en cuanto al hombre, y ahora nos referiremos a sus obras.

Hizo una corta pausa, entornando los párpados e inclinando la cabeza para contemplar el cuenco, y continuó su discurso, diciendo:

—Empiezo mostrando a ustedes esa obra noble e impresionante, porque es típica del grande artista cuyo genio la ha creado. Presenta los fines, las ambiciones y los más recónditos pensamientos y emociones de su creador. Al observarla comprendemos, con admiración respetuosa, el maravilloso poder de analizar, la sensibilidad sutil e intensa, a la vez, que ha hecho posible su concepción; y no podemos seguir el pensamiento profundo, la intensa investigación y la infatigable búsqueda de la más esencial de las formas abstractas.

Una señora, que hablaba con leve acento americano, se aventuró a observar que no comprendía aquella obra. El señor Bunderby la miró con sus ojos azules y truculentos, y exclamó, solemne:

—¿Que no la comprende? Claro está que no. Y no debe intentarlo. Una obra de arte no se ha de comprender, es preciso sentirla solamente. Y no tiene nada que ver con las exposiciones intelectuales que abandona a la ciencia. Es un medio de comunicación emocional, en la que el alma del artista transmite a los espíritus selectos las reacciones de su propia sensibilidad hacia los problemas de la forma abstracta.

Otro profano intervino, con la objeción de que no acababa de entender el significado de «forma abstracta».

—No —dijo el señor Bunderby— comprendo esta dificultad. El lenguaje verbal es una expresión torpe de las cualidades fugitivas que más bien se han de sentir o escribir. ¿Cómo podré explicarme? Tal vez sea imposible, pero lo intentaré.

»Las palabras “forma abstracta” evocan en mí el concepto de esta sobreestructura esencial, geométrica, que todo lo invade y que persiste cuando ya se han eliminado todos los aspectos simplemente visuales y los accidentes triviales y superficiales. En una palabra, es el ritmo fundamental y, al mismo tiempo, el factor estético básico que

se halla en el fondo de todas nuestras concepciones abstractas de la limitación del espacio. ¿Lo he dicho con bastante claridad?

—¡Oh, sí, señor, muchas gracias! —se apresuró a contestar el oyente, que se retiró a su concha y ya no volvió a aparecer.

No quiero reproducir detalladamente las palabras del señor Bunderby. Los párrafos citados son buena muestra de lo demás. Mientras escuchaba aquellas sonoras frases, en las que, a cada momento, se mencionaba el ritmo y la forma abstracta esencial, sentía un desaliento creciente. Y aquella verborrea nebulosa no me decía nada. Me parecía oír a Peter Gannet y, probablemente, todos ellos hablaban de igual modo. Lo cierto es que no aprendí nada acerca de la alfarería y, lejos de resolver mis dudas y aprensiones, quedé más sumido en ellas.

Pero al fin oí algo más claro. Cuando se hubo pasado ya revista a toda la colección, hízose una pausa impresionante, en tanto que el señor Bunderby se acariciaba la cresta y le daba unos centímetros más de altura, mientras observaba el pie giratorio, en aquel momento desocupado.

—Y ahora —dijo—, como *bonne bouchée* ^[12] final, voy a mostrarles otra faceta del genio de Peter Gannet. ¿Podríamos ver el jarro decorado, señor Kempster?

Aquel nombre aclaró mis dudas. Y aunque quien lo llevaba pareciese mucho al comerciante en piedras preciosas de Newingstead, no era el mismo individuo, ni podría haberlo sido. Lo observé muy interesado, mientras se acercaba con lentos pasos, andando delicadamente y sosteniendo con ambas manos el precioso jarro, como si hubiese sido el Santo Grial o una bomba cargada. Por fin lo dejó, con infinitos cuidados y ternuras, en el pie giratorio, retiró despacio las manos y retrocedió dos pasos, mirándolo con reverencia.

—Bien —dijo Bunderby—. Vean ustedes eso.

Todos lo hicieron, y yo también, con los ojos y la boca muy abiertos. Aquello era asombroso... increíble, pero no podía equivocarme. Todos sus detalles me eran conocidos, incluso las huellas de mi llave y las depresiones del termómetro clínico. Esperé con interés las palabras de Bunderby, y tuve una sorpresa extraordinaria.

—He guardado para el final esta joya de la colección, que si bien, a primera vista, difiere de las otras, es muy típica. Nos da una expresión, perfecta e inconfundible, de la personalidad artística de Peter Gannet. Más que las anteriores, es una prueba de la persecución rigurosa de la forma esencial y del ritmo abstracto. Es la flor más fina de la alfarería a mano. Y fíjense ustedes, no sólo llama la atención el hecho de que ha sido hecha a mano, desde luego para el ojo experto, sino también es evidente que sólo la mano podría haberlo creado.

»Fíjense ahora en esas encantadoras rosetas. Nos dicen que, al crearlas, el artista pensaba, tal vez, en la flor llamada diente de león. Y aunque está profundamente estilizada, como la forma está generalizada desde el plano de representación al de abstracción definitiva, aún podemos seguir la idea.

Cuando hizo una pausa, uno de los oyentes observó que aquellas rosetas parecían

hechas con el extremo de una llave.

—Es muy posible que sea así —contestó Bunderby—. ¿Por qué no? El genio no necesita aparatos especiales, sino que utiliza los medios más sencillos, pero esta mano es la de un maestro que transforma en oro la arcilla que toca.

»Así lo ha hecho con esa pequeña obra de arte. Ha producido un epítome [13] completo de la forma abstracta de tres dimensiones. Y, además... el ritmo... el ritmo...

Se calló, tal vez por haber agotado su vocabulario, si eso fuera posible. De pronto, consultó su reloj, y exclamó:

—¡Dios mío, cómo vuela el tiempo! Me he de marchar, porque aún me quedan cuatro galerías que visitar. Permítanme que les agradezca su cortés interés por mis simples comentarios y exprese la esperanza de que algunos de ustedes puedan adquirir un ejemplar de la obra de un grande e ilustre artista. Quisiera haber dicho unas palabras acerca de las exquisitas joyas neoprimitivas del ser señor Boles, pero no me queda tiempo. Buenas tardes.

Hizo una reverencia a la asamblea y al señor Kempster y se marchó. Yo observé que desaparecía al mismo tiempo todo el interés de los oyentes por las supuestas obras de arte. Los visitantes se dirigieron a otros extremos de la galería, pero la mayor parte fue en busca de la salida.

El señor Kempster tomó posesión del jarro y, con reverencia, lo devolvió a su vitrina.

Yo lo seguí con la mirada y luego me acerqué, pues quería enterarme. Había observado una etiqueta roja adherida al jarro y eso me sirvió de introducción.

—Esa obra maestra está vendida —dije—, según el catálogo, por quince guineas. Parece un precio elevado por un jarro tan pequeño.

—Sí, señor —confesó—. Pero es pieza de museo, hecha a mano por un maestro conocido.

—Difiere bastante de las obras de Gannet. Supongo que no hay ninguna duda de que le pertenece.

—¡De ningún modo! —exclamó, escandalizado, el señor Kempster—. Él mismo redactó el catálogo y, además...

Volvió a tomar el jarro, ya sin tanto cuidado y me mostró el fondo.

—Vea usted —añadió—. La pieza está firmada y numerada. No es posible dudar.

Si la inferencia era errónea el hecho era correcto. En el fondo del jarro estaba la marca de Gannet, es decir, la buba [2] y las letras P. G. con el número Op. 961. Eso demostraba que no había allí ninguna equivocación, quizá cometida por la señora Gannet. El fraude era deliberado.

Mientras dejaba el jarro en el estante, quise satisfacer mi curiosidad acerca de otro detalle.

—He oído como el señor Bunderby mencionaba su nombre. ¿Acaso es usted pariente del señor Kempster, de Newingstead?

—Es mi hermano —contestó—. Ya habrá notado el parecido. ¿Le conoce usted?

—Muy poco. Pero yo estaba allí cuando fue robado. E incluso tuve que declarar en la encuesta por la muerte del pobre policía que encontré mal herido en el bosque.

—¡Ah! Entonces es usted el doctor Oldfield. Ya leí la reseña de la encuesta y desde luego, mi hermano me dio más detalles. Fue un mal asunto. Al parecer, los diamantes no estaban asegurados y teme que la pérdida habrá sido total. Es muy difícil que se recobren esas piedras. Probablemente han sido ya dispersadas y costaría bastante identificarlas.

—He sentido mucho —dije— no oír las observaciones del señor Bunderby acerca de las joyas del señor Boles. Creo que necesitan alguna explicación.

—Sí —confesó—. No son para el gusto general. Mi hermano, por ejemplo, no las quiere a ningún precio, aunque conoce al señor Boles y le es simpático. Y, hablando de Newingstead, creo que el señor Boles nació allí.

—¿Ah, sí? Ya se explica que lo conozca su hermano.

—Más bien creo que se habrán conocido a causa de sus negocios respectivos. Sé que mi hermano ha efectuado algunas pequeñas transacciones.

—No creo que Boles utilice diamantes en sus joyas neolíticas.

—Neoprimitivas —corrigió, sonriendo—. Creo que más bien fue vendedor y no comprador. O tal vez hizo algún cambio. Como muchos joyeros, el señor Boles recoge joyas antiguas y estropeadas, si las encuentra baratas. Cualquier diamante o piedra tallada le sería inútil, por que sólo utiliza piedras sencillas, sin tallar, y aún pocas. Aunque todo eso no pasa de ser una suposición, porque apenas conozco los negocios de ese señor.

Como viera, por casualidad, el reloj del fondo de la galería, noté que señalaba las seis menos diez. Pronuncié unas palabras de disculpa y despedida y me apresuré a salir a la calle. Por suerte encontré un taxi vacío, subí a él y llegué a casa uno o dos minutos antes de las seis.

Aquel corto viaje apenas me dio tiempo para reflexionar, aunque, sin embargo, pude pasar revista a los últimos sucesos y sentir hondo pesar y desilusión. Generalmente no se habla de los muertos más que para ensalzar sus cualidades, y aunque Peter Gannet fue más un conocido que un amigo, yo no podía pensar en él con respeto. Las dudas que antes tuve, y quise disipar, ya no eran tales y me constaba que sus pretensiones eran infundadas y sus «obras de arte» una impostura.

Pero aún era peor el asunto del «jarro decorado». Hacer pasar por suyo el trabajo de otro que, además, era un principiante inhábil, era ya monstruoso y, el ponerlo en venta, un acto deshonesto. Poco me importaban las quince guineas, puesto que beneficiarían a la pobre señora Gannet, ni tampoco me compadecí del idiota que las hubiese pagado. Probablemente merecía lo que obtuvo o lo que perdió, pero me molestaba que Gannet, a quien creí un caballero, resultara un truhán vulgar.

En cuanto a Bunderby, era un ignorante, si creía lo que aseguraba, porque, de haberse tomado la molestia de mirar el interior del jarro, habríase convencido de que

fue hecho con la rueda de alfarero. Pero tuve que interrumpir mi meditación en el momento en que el taxi paró ante mi casa. Me apeé, pagué al conductor y en el momento de meter la llave en la cerradura apareció el primero y el último de los enfermos de aquella tarde.

CAPÍTULO XII - Una cena

A la dueña de casa corriente, la invitación repentina, a cenar, de dos personas inesperadas, le parecería algo monstruoso, pero tal es la costumbre de los solteros, y quizá no mala. Mientras introducía a mi cliente en la sala de espera, se me ocurrió la conveniencia de avisar a la señora Gilbert, mi ama de llaves, de que esperaba a dos amigos para cenar. Yo no estaba alarmado, porque la señora Gilbert me creía tan hambriento como un Gargantúa y parecía vivir en un estado de ansiedad crónica, tal vez temerosa de observar en mí síntomas de inanición.

Después de soltar la bomba en la cocina, me dediqué a mi paciente. Por fortuna era un «crónico» que apenas necesitaba más que la orden de «seguir el tratamiento». Y, después de despedirlo, me dirigí al estudio, a fin de prepararme para la llegada de mis invitados. Nada sabía de sus costumbres, pero creí que una botella de *whisky*, otra de jerez, un sifón y una caja de cigarros bastarían para lo que pudiesen preferir. Y apenas había terminado esos preparativos, cuando mis invitados llegaron.

Al penetrar en el estudio, Jervis contempló la mesa en que estaban las botellas, y sonrió.

—Todo va bien, Thorndyke —dijo—. Oldfield ha preparado ya los tónicos. No necesitará usted su pomito de sales. Pero supongo que antes nos pondrá la carne de gallina.

—No le haga caso, Oldfield —observó Thorndyke—. Jervis continúa siendo joven, pero siente el mayor interés por el caso y ambos deseamos ardientemente oír la historia. ¿Dónde pondré mi bloque de notas? Porque quiero tomarlas con detalle.

Sacó al mismo tiempo un bloque de papel rayado y fijó los ojos en la mesa. Después de breve discusión, acordamos trasladar las botellas a la parte superior de un armario y Thorndyke dejó el bloque sobre la mesa y aproximó una silla.

—Ahora, andando, Oldfield —dijo Jervis, una vez estuvimos todos sentados y hubimos encendido las pipas—. *Ars longa vita brevis* ^[14]. Thorndyke ya da muestras de su senil decadencia y yo no soy tan joven como en otro tiempo.

—¿Por dónde empezaré? —pregunté.

—Desde luego, por el principio —replicó Jervis—. Es lo mejor.

—Ya lo sé. Pero el principio de este caso lo conocen ustedes.

—Jervis no —observó Thorndyke—. Y yo sólo llegué al desenlace. Cuéntenoslo todo y no tema repetir. Sobre todo no quiera condensar.

Empecé dando cuenta de mi primera entrada en casa de Gannet y seguí la historia hasta el momento en que intervino Thorndyke. Luego di cuenta de que cuando el enfermo estuvo ya en el hospital, interrumpí mis visitas.

—Supongo —dijo Jervis— que, si es preciso, podría usted dar notas detalladas de estos hechos.

—Sí —contestó Thorndyke—. Yo tengo mis propias notas y una copia de las de

Woodfield. Supongo que Oldfield tiene también sus propias notas.

—Sí, señor —contesté—. Y me proponía mandarle una copia. La haré y se la mandaré en breve.

—No lo haga —dijo Jervis—. Préstemelas y yo las haré copiar a máquina. Ahora, continúe. ¿Cuál fue la siguiente fase?

—El regreso de Peter Gannet a su casa. Vino a verme y me dijo que se encontraba muy bien.

—¿Ah, sí? —exclamó Jervis—. Se repuso muy pronto, teniendo en cuenta los síntomas. ¿Estaba contento de volver a su casa? ¿Pudo usted notar si estaba nervioso?

—Nada en absoluto. Dijo que, habiéndose descubierto aquel atentado, él estaría ya sobre aviso y el criminal no se atrevería a repetirlo. Y, al parecer, tenía razón, hasta cierto punto. Ignoro qué precauciones tomó, en el caso de que lo hiciera, pero no ocurrió nada más hasta... Bueno, ahora hablaremos de ello. Continúo mi narración.

Así lo hice, refiriendo brevemente mis visitas al estudio de Gannet y de Boles, pero Jervis protestó.

—Eso es un poco vago y demasiado generalizado, Oldfield. Siga los acontecimientos con la mayor exactitud y detalle.

—Eso no tiene nada que ver con el caso —protesté.

—Procure que no le oiga Thorndyke, porque él cree que no hay ningún detalle que carezca de significado. Así, pues, no olvide ninguno en absoluto.

Seguí su indicación y, volviendo al comienzo del episodio del estudio, referí con una minuciosa abundancia de detalles todo lo que pude recordar con la mayor malicia. Describí mis esfuerzos de aprendiz con la rueda de alfarero y di cuenta de que había producido aquel jarro inmortal. Figurábame haber cansado a mis oyentes, pero, con gran sorpresa, oí como Thorndyke exclamaba:

—¿Qué aspecto tenía su obra maestra cuando la terminó?

—Era muy basta, pero su forma resultaba agradable. La rueda, si se la deja en libertad, tiende a producir cosas bonitas.

—¿Sabe usted qué ha sido de ese jarro?

—Sí, Gannet lo tomó y luego lo hizo pasar por obra suya. Ya hablaremos de eso luego, porque esta misma tarde he descubierto el fraude.

Tomó nota en una hoja de papel separada y continué mi narración y, como ya se refería al descubrimiento del crimen, tuve el mayor cuidado en no olvidar ningún detalle, por vulgar que fuese. Mis dos compañeros escucharon con la mayor atención y aun creo que Thorndyke tomó notas taquigráficas de mis palabras.

Al terminar el relato de los espeluznantes descubrimientos del estudio, hice una pausa antes de dar la noticia sensacional, persuadido de que, al revés del inspector Blandy, ellos apreciarían la oportunidad de mi inspiración y la importancia que tenía para el ulterior descubrimiento del criminal. No quedé defraudado, porque Thorndyke levantó la cabeza, sorprendido, y Jervis me miró con la boca abierta.

—¡Caramba, Oldfield! —exclamó—. ¿Cómo demonio se le ocurrió la idea de

analizar las cenizas en busca del arsénico?

—Ya hubo una tentativa de envenenamiento por arsénico y era muy posible que se hubiese realizado otra. Tal fue mi idea.

—Ya comprendo —replicó—, pero seguramente no esperaba obtener una reacción accidental de un hueso incinerado.

—No mucho. Me aventuré por si acaso, y debo confesar que me sorprendió el resultado.

—¿Cuál? —exclamó.

—Ahora lo verán —dije.

Y me apresuré a sacar de un cajón el precioso tubo de vidrio, con el inconfundible «espejo de arsénico».

Jervis lo examinó con ridícula expresión de asombro, en tanto que Thorndyke me hacía un guiño.

—Eso es imposible —exclamó el primero, cuando se hubo repuesto de su asombro—. No lo creo.

—Mi sabio amigo —dijo Thorndyke— no recuerda a un profesor alemán que, al ver a un hombre montado en una alta bicicleta, aparato que él no había visto nunca, demostró, indiscutiblemente, al ciclista, que era imposible correr con aquella máquina, por la excelente razón de que si no caía hacia la izquierda, sería porque se caería hacia la derecha.

—Eso está muy bien —replicó Jervis—. Pero supongo que no acepta usted el valor de esta prueba.

—Realmente es algo inesperado —dijo Thorndyke—. Pero ya recordará usted que Sederman y O'Connell afirman que les ha sido posible demostrar la presencia de arsénico en las cenizas de cadáveres incinerados.

—Sí, lo recuerdo, pero también sé que no quise creerlo. No daban ningún detalle. Un simple *ipse dixit* ^[15] no tiene ningún valor de prueba. Estoy persuadido de que en este caso ha ocurrido algo raro. ¿Qué me dice de sus reactivos, Oldfield? ¿No estaría alguno de ellos contaminado de arsénico?

—Es imposible —contestó—. Los probé a fondo y sólo aparecieron indicaciones de arsénico cuando introduje las cenizas de hueso.

—¿Empleó usted toda la muestra, o le queda algo? —preguntó Thorndyke.

—Únicamente la mitad, de modo que, si quiere usted comprobar el análisis, le entregaré el resto.

—¡Magnífico! —contestó Thorndyke—. Un experimento de prueba decidirá el asunto. Mientras tanto, y puesto que el espejo es un hecho indiscutible, hemos de aceptar el aspecto afirmativo. Supongo que ya habrá comunicado eso a la policía.

—Sí, señor. Y les mostré el tubo. El inspector Blandy lo reconoció en el acto, pero adoptó una actitud extraordinaria. No dio ninguna importancia al arsénico y aun parecía dispuesto a suprimir esta circunstancia, lo que me parece absurdo y monstruoso.

—Hace usted víctima de una injusticia al inspector Blandy —dijo Thorndyke—. Desde el punto de vista legal, tiene toda la razón. Lo que ha de demostrar el fiscal es, en primer lugar, que se ha cometido un crimen; en segundo, la identidad de la víctima y en tercero la del asesino. Ha quedado demostrada la perpetración del asesinato, gracias a los restos hallados y a las circunstancias en que se encontraron. Poco importa la causa de la muerte. El arsénico no es prueba del asesinato, puesto que éste se ha probado ya. Y tampoco tiene que ver con las otras cuestiones.

—Sí, señor —contesté—. Indica la identidad del asesino, en vista de la tentativa anterior de envenenar a Gannet.

—De ningún modo —replicó—. No se hizo ninguna investigación acerca de quién administró aquel veneno y no hay pruebas. El tribunal no prestaría atención a las suposiciones o sospechas. El envenenador es un desconocido y, por ahora, también lo es el asesino. No puede usted precisar la identidad de una cantidad desconocida, demostrando que es igual a otra cantidad desconocida. No, Oldfield; Blandy tiene razón. El arsénico sólo sería una molestia para la acusación fiscal. En cambio, sería de incalculable valor para la defensa.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ya habrá usted observado la actitud de Jervis —dijo—. Ésa sería la del defensor. Éste pasaría por alto los hechos demostrados, y que no podría rebatir, para fijarse en lo que no sería posible probar. El elemento de duda, introducido por el arsénico, podría destruir la acusación y salvar al acusado. Pero nos alejamos de nuestra historia. Díganos qué más ocurrió.

Continué mi narración describiendo la visita hecha al puesto de policía, las investigaciones de Blandy en el estudio y, especialmente, su interés por las obras y materiales de Boles. Eso despertó también el interés de mis oyentes y Jervis observó:

—Todo eso se complica. Me parece que en el estudio se hacía algo más que alfarería y joyería modernista. Tal vez esas huellas dactilares arrojarán alguna luz.

—Creo lo mismo —dije— a juzgar por las preguntas que hizo Blandy a la señora Gannet. Debía de tener algún informe.

—No quiero interrumpir la narración —dijo Thorndyke—, pero en cuanto hayamos terminado con el estudio, me gustaría conocer: las preguntas de Blandy. Probablemente representan su punto de vista acerca del caso y quizá nos permitan enterarnos de si sabe algo más que nosotros.

—Sólo queda una cosa importante que decir acerca del estudio —añadí—, y parece relacionada con el crimen.

Di cuenta, detalladamente, de la disputa entre Gannet y Boles, que terminó mi relación con aquel lugar y con sus ocupantes.

—Sí, eso es importante —convino Thorndyke—, porque demuestra que no fue una disputa casual, sino que tenían motivos más profundos.

—Lo mismo creí —dije—. Y así debe de pensar la señora Gannet. Blandy hizo muchas preguntas acerca de ello. Primero comprobó que los dos hombres habían sido

buenos amigos y que el cambio de sus sentimientos era reciente. Preguntó por la causa, pero ella no pudo explicarla. Luego quiso averiguar cuándo ocurrió aquel cambio de sentimientos y la señora no pudo indicar qué sucedió en la última parte del año anterior. Las siguientes preguntas se referían a los movimientos de Boles por aquella época y ella no pudo contestar gran cosa. Luego le hizo una pregunta muy curiosa: la de si podía recordar dónde estaba Boles el diecinueve de septiembre. La señora Gannet pudo contestar a eso, porque entonces Gannet fue a pasar unos días en el campo, con Boles, y ella aprovechó la ocasión para ir a Eastbourne. Y recordó claramente que estaba allí en el día indicado y, por lo tanto, que Boles y Gannet se hallaban en Newingstead.

Al oír tal nombre, Thorndyke levantó la cabeza, pero no dijo nada. Yo continué:

—Este detalle pareció interesar mucho al inspector Blandy e hizo presión en la señora Gannet para que recordase si su enemistad coincidía con aquella fecha. Como es natural, ella se asombro, pero, al reflexionar mejor, pudo recordar que había notado el cambio de actitud en los dos hombres a su regreso de Eastbourne.

—Sin duda, eso es significativo —dijo Jervis—. Pero no me es posible imaginar qué será.

—Me parece que puedo darles algunas aclaraciones porque también estaba yo allí el diecinueve de septiembre.

—¡Hombre! —exclamó Jervis—. ¿Por qué no ha empezado usted la historia por el principio?

—¿Así —dijo Thorndyke— que usted es el doctor Oldfield que declaró en la encuesta por la muerte del agente Murray?

—Sí, señor. Pero ¿cómo se enteró usted de ella? ¿Lo leyó en los periódicos? Me extraña que lo recuerde.

—El caso es —dijo Thorndyke— que el señor Kempster, que fue robado, me consultó acerca del particular. Pretendía que encontrase al ladrón y recobrar los diamantes. Le contesté que no tenía medios de hacer ninguna de las dos cosas. Era un caso propio de la policía. Pero insistió en confiarme el asunto y me dio cuenta de lo que había ocurrido en la encuesta. ¿Recuerda usted el caso, Jervis?

—Sí —contestó éste—. Empiezo a recordar. Creo que resultó un agente asesinado en un bosque. Lo mataron con su propia porra, ¿verdad? Y en el arma encontraron algunas huellas dactilares de la mano izquierda y, especialmente, del pulgar. Sí. Ahora recuerdo bien —añadió Jervis—. ¿Vio usted la huella que había en la placa de oro?

—Sí, señor. Pero no me interesó gran cosa. Sé que era muy clara y que, en un lado, aparecía la huella del pulgar y en el otro la del índice.

—¿De la derecha o de la izquierda?

—Blandy aseguraba que era de la mano izquierda.

—Supongo que tiene razón —dijo Jervis—. No me gusta mucho Blandy, pero reconozco que sabe trabajar. Parece como si en este caso estuviésemos a punto de

realizar un descubrimiento sensacional. ¿Qué le parece, Thorndyke?

—Depende —replicó el interpelado— de lo que Blandy encontrara en el estudio. Si las huellas digitales de la placa de oro eran las mismas que había en la porra, podremos suponer que pertenecen al asesino de agente. Y como Blandy habrá supuesto, con razón, que eran las huellas dactilares de Boles, se comprende su deseo de averiguar dónde estaba Boles el día del asesinato y su extraordinario interés por averiguar, gracias a la señora Gannet, si Boles se hallaba en Newingstead en el día indicado. Además, comprendo su deseo de no referirse al arsénico.

—Yo no —dije.

—En parte, es asunto propio del procedimiento legal —explicó—. Boles no puede ser acusado de ningún crimen hasta que lo cojan. Pero si le prenden y se demuestra que sus huellas dactilares son las mismas observadas en la porra, le acusarán, también, de asesinato del agente. Cuando se presente a juicio, habrá de responder de dos crímenes. Pero, así como en las circunstancias que suponemos, las pruebas contra él, con respecto al asesinato de Newingstead, parecen concluyentes e indiscutibles, las que se refieren al asesinato de Gannet son menos convincentes. En realidad, apenas hay ahora motivo para sostener la acusación.

»Es casi seguro que se le perseguiría, ante todo, por la primera acusación y es muy probable que sería condenado; la otra carecería de interés. La policía no querría perder el tiempo y esfuerzos en preparar un caso difícil, que no habría de quedar zanjado y, por lo tanto, el acusado no se presentaría a juicio. Eso es lo que opino.

—Sí —convino Jervis—. Así es. Pero no podemos ignorar el asesinato de Gannet. Boles es el supuesto asesino, pero no tiene ningún monopolio. Quizá se valió de un cómplice, antes o después del hecho. Veo, pues, al señor Boles muy comprometido, y a la señora Gannet en mala situación. Pero tal vez me equivoco.

—Así lo creo —exclamé—. No creo que la señora Gannet tenga el menor conocimiento del asesinato.

—Opino como usted, Oldfield —dijo Thorndyke—, pero supongo que Jervis se refería a los puntos de vista de la policía, que tal vez difieran de los nuestros.

En aquel momento el reloj de la sala de consultas dio las ocho y, antes de que hubiese muerto la vibración de sus campanadas, se oyó el sonido del batintín que nos llamaba a cenar. Llevé a mis invitados hasta el comedor y al mirar a la mesa, me convencí de que la señora Gilbert se había portado bien. Y tal convicción se acentuó durante la cena y aun lo advirtieron mis invitados, porque Jervis, después de olfatear su copa, observó:

—Parece que Oldfield, a pesar de ser un médico principiante, se trata muy bien.

—Sí —convino Thorndyke—. Creo que podemos felicitarlo por tener tal ama de llaves.

—Y un vendedor de vinos estupendo —añadió Jervis—. Propongo un voto de gracias para los dos.

Agradecí aquellas palabras y prometí trasladarlas a las personas indicadas, cosa

que hice para satisfacción mutua y luego volvimos a hablar del asunto que nos interesaba. Jervis miró, de pronto, como si hubiese tenido una buena idea y exclamó:

—Cuando describió, usted los métodos de trabajo de Gannet, no lo hizo de modo bastante claro. Me ha parecido entender que se titulaba artista alfarero. ¿Cree usted que sus obras podían justificar semejante calificativo?

—Hablando con sinceridad, no sé qué pensar —contesté—. Sus obras me parecían bastas, inhábiles y propias de pueblos primitivos, aunque no tan buenas, o bien las obras de los niños en los Kindergartens, pero no soy perito y quizá poseyeran cualidades sutiles que no pude descubrir.

—Eso es propio de un hombre modesto —dijo Thorndyke— y está muy bien, pero tal actitud puede ser peligrosa. Precisamente la modesta suposición de que quizá tenga algún mérito es la que permite medrar al charlatán y al impostor. En el dormitorio de Gannet vi algunas de sus obras, en especial aquella figura horrible, y como no soy tan modesto como usted, me dije que aquel hombre no era alfarero.

—Y tenía razón —contesté—. Hoy mismo lo he comprobado. Visité una exposición de sus obras y pude convencerme de que no merecía su fama. Voy a darles detalles, porque el caso lo merece.

Dicho esto, saqué el catálogo del bolsillo y repetí lo mejor que pude el discurso de Bunderby, terminando con el incidente del «jarro decorado». Ambos me escuchaban con el mayor interés, sonriendo, y, al terminar, Jervis observó:

—Creo que eso decide la cuestión. Todo ese asunto de alfarería es un cuento y debo añadir que Bunderby es un tonto o está comprometido con él.

—Seguramente —dijo Thorndyke— es un ignorante, un impostor o ambas cosas a la vez. Pero poco importa, porque no lo buscamos a él. En cambio, el asunto del jarro, obra de un principiante, es más interesante, porque se refiere a Gannet, que está relacionado en nuestro asunto. Como ha dicho Jervis, queda demostrado que ese hombre era un impostor y, además, que carecía de honradez. Quizá ese jarro ha sido vendido.

—Sí, señor —dije—. Por quince guineas.

—Lo cual —dijo Jervis— ilustra la proverbial falta de cohesión entre un idiota y su dinero. Me gustaría saber quién será ese tonto.

—No he podido enterarme, pero lo cierto es que no lo pregunté. En cambio, averigüé otras cosas. Tuve una larga conversación con el dueño de la galería, señor Kempster.

Aquel nombre llamó la atención del doctor Thorndyke.

—No es el que usted conoce —añadí—. Es hermano de su cliente y se le parece mucho. Por eso trabé conversación con él.

—¿Y qué ha averiguado por su medio?

—En primer lugar, que Boles nació en Newingstead, que conoce al señor Kempster y que ambos han llevado a cabo algunas transacciones comerciales.

—¿De qué clase? —preguntó Thorndyke.

—Venta o cambio de piedras preciosas. Parece que Boles compra joyas viejas, estropeadas, para utilizar el metal en sus propios trabajos. Si contienen diamantes los quita y los pasa a Kempster, a cambio de otras piezas que utiliza o por dinero. Parece ser que esas transacciones han sido pequeñas.

—Grandes o pequeñas dijo Jervis —no me gustan. ¿No le interesaría a Blandy enterarse de eso?

—No veo la razón —contesté—. A Blandy sólo le preocupa el asesinato y de nada le serviría demostrar que Boles fuera un perista o un ladrón.

—En eso se equivoca —dijo Thorndyke—. Si recuerda usted las circunstancias del robo de los diamantes, causa del asesinato del agente, observará que tiene relación. Se supuso que el ladrón era un transeúnte, que penetró casualmente en la finca. Pero un perista o un ladrón, que ya hubiese tenido tratos con Kempster, quizá en aquella misma casa, y conociera sus costumbres y que, además, se hallara en Newingstead el día del robo, respondería mejor a los detalles conocidos que un transeúnte casual. Este caso nos lleva otra vez a tomar en consideración las huellas dactilares. Si las de la porra son de Boles, éste morirá ahorcado en cuanto lo cojan y en caso contrario será inocente del asesinato y del robo.

Abandoné aquel aspecto del caso y la conversación se refirió a otras cosas. Pero, de pronto, se me ocurrió pensar que nada habíamos hablado de la causa de aquella reunión.

—Nada me han dicho ustedes de lo que hayan podido hacer en beneficio de la señora Gannet. Espero que habrán podido lograr algo.

—Sí; señor —dijo Jervis—. No debe preocuparse más por ella. Esta tarde llamé al señor Linnell, le expliqué el caso y no sólo aceptó con gusto, sino con entusiasmo. Le gusta mucho la práctica de lo criminal, y como procurador tiene grandes conocimientos en criminología y en procedimientos. De modo que podemos confiar en él, tanto para una cosa como para la otra. Cuidará de que queden bien protegidos los intereses y los derechos de la señora Gannet y, por otra parte, no opondrá ningún impedimento a la policía.

—Me alegro mucho de oírlo —dije—, porque me preocupaba en extremo la situación de esa pobre señora, que me inspira gran simpatía.

—Es muy justo, puesto que usted es su médico —dijo Thorndyke—. Pero es preciso mostrarse cauteloso y no adoptar preferencias ni simpatías. Según dice un eclesiástico, hemos de conservar el corazón caliente y la cabeza fría. Ya recordará que cuando ocurrió la tentativa de envenenamiento de Gannet, usted y yo, al tener en cuenta las relaciones de la señora con Boles, creímos que éste podía ser sospechoso como autor o cómplice. En eso estábamos en lo cierto y debo recordarle que, desde entonces, no ha cambiado nada en absoluto. Continúan las probabilidades. No creo que ella tuviese participación en tal crimen. Pero quizá estemos equivocados. Sea como fuere, la policía tendrá en cuenta todas las posibilidades y nosotros hemos de procurar que la señora Gannet sea bien tratada y eso es lo que haremos.

—Gracias —dije—. Les agradezco el interés y la molestia que se toman en vista de que esto no les concierne personalmente. En realidad, no comprendo cómo han podido ustedes mostrarse tan bondadosos.

—Se explica muy bien —dijo Thorndyke—. Jervis y yo somos médicos juristas y este crimen tiene un interés muy grande en nuestra especialidad y nos permitirá aumentar la suma de nuestra experiencia. Pero hay otra razón. Muchas veces, después de estudiar un caso extraordinario, teniendo en cuenta únicamente su interés profesional, si somos llamados a actuar en favor de una de las partes, adquirimos ya un interés personal. Entonces tenemos la posibilidad de conocerlo por completo y estamos enterados de todos los hechos que con él se relacionan.

—Siendo así —observé—, si le rogasen ocuparse, en este caso, en beneficio de la señora Gannet, ¿estaría dispuesto a ello, siempre que le fuesen pagados sus honorarios?

—Eso último no sería ningún factor esencial —contestó—. Si la señora Gannet fuese objeto de alguna acusación, estaría dispuesto a hacer investigaciones, sin prejuicios y siempre y cuando ella aceptase de antemano lo que yo descubriese. Y si yo quedara convencido de su inocencia, no tendría inconveniente en defenderla.

—¿Solamente en este caso?

—Desde luego. En cuanto estuviera razonablemente satisfecho y conociera todos los hechos. Recuerde usted, Oldfield, que soy un investigador y no un abogado.

Eso no me gustó, pero como no era probable que la señora Gannet fuese objeto de ninguna acusación y la opinión de Thorndyke era muy semejante a la mía, no insistí. Poco después volvimos al estudio y pasamos la velada hablando de las obras de Gannet y de los varios aspectos del arte modernista.

CAPÍTULO XIII - La investigación

Los resultados de las actividades del señor Linnell, en beneficio de la señora Gannet, fueron algo desalentadores, aunque ella estaba muy animosa al saber que podía contar con el apoyo del procurador. El inspector Blandy continuaba su búsqueda de datos con la mayor tenacidad. Acogió a Linnell con grande afecto, diciéndole que se alegraba mucho de que aquella pobre y apenada señora tuviese un buen consejero legal, que cuidara de sus intereses. Antes lamentó en extremo ver cuán sola y desprovista de amigos estaba. Sentíase, pues, satisfecho, aunque deploraba la necesidad de molestarla, a veces, con fatigosos interrogatorios.

Pero volvió a la carga una y otra vez, a pesar de las protestas de Linnell, quien aseguraba que ya se habían comunicado todos los datos.

Existían dos puntos acerca de los cuales él deseaba mayores informes. El primero se refería a los movimientos del señor Boles, y el segundo a los de la señora, durante su ausencia de la casa de su marido. En cuanto a la señora, la última vez que ella vio a Boles fue una semana antes de emprender su viaje, y luego se enteró de que él se disponía a pasar unas cortas vacaciones en Burnham-on-Crouch. Pero ignoraba si fue allá o no, por que ya no supo nada más de él. En cuanto a los lugares que solía frecuentar, la señora Gannet conocía la existencia de una tía, en Newingstead, a cuya casa solía ir él, pagando su hospedaje. No conocía ningún otro lugar frecuentado por el señor Boles e ignoraba en absoluto dónde pudiera hallarse.

En cuanto a sus propios movimientos, permaneció en Westcliff-on-Sea, con una antigua criada, que tenía allí una especie de posada. Durante su permanencia en aquel lugar, daba grandes paseos por la orilla del mar, cada mañana, y regresaba para tomar el té o para comer. A veces pasaba todo el día en Southend, iba al teatro o a cualquiera otra diversión, y a la noche regresaba en el tren. No podía dar fechas exactas o decir, positivamente, dónde estuvo en determinado día o en una hora precisa, aunque se esforzaba en recordarlo. Y si se repetían aquellas preguntas, era muy posible que sus respuestas fuesen algo distintas.



Daba grandes paseos por la orilla del mar.

Fijándose en los repetidos interrogatorios, Linnell, gracias a quien y también a la señora Gannet, adquirí estas noticias, se convenció de que, en los intervalos, Blandy había comprobado las respuestas merced a infatigables investigaciones en distintos lugares y, además, se enteró de que había estudiado cuidadosamente el servicio de trenes rápidos entre Southend y Londres. Al parecer, no halló ninguna discrepancia, pero aún no estaba satisfecho; y seguía sospechando que la señora Gannet sabía más del asunto de lo que confesara y que, tal vez, podría indicar el escondrijo de Boles.

Tal era el estado del asunto, cuando recibí la orden de ir a declarar en la encuesta

«a propósito de algunos restos que se suponían humanos, hallados en la casa número 12, de Jacob Street». Aquella orden fue una sorpresa y al recibirla examine los asuntos acerca de los que podrían interrogarme y las pruebas que yo podría dar. ¿Debería hablar del envenenamiento por arsénico y mencionar el análisis de las cenizas de huesos? Ya conocía el deseo de Blandy de que no me refiriese a lo último y mi propio entusiasmo se había desvanecido también, después de la incredulidad de Jervis, pero si se me obligaba a decir toda la verdad, no tendría más remedio que mencionar el análisis. Mas como ya se verá, no pude decidir nada, porque el previsor Blandy había adivinado mis dificultades y preparó lo necesario.

En la mañana de la encuesta, quise visitar a la señora Gannet, para convencerme de que se hallaba en buen estado y averiguar si Linnell iría allí en su representación. Me tranquilizaron acerca de las dos cosas, porque, si bien algo nerviosa, la señora se encontraba animosa y dispuesta a afrontar aquella escena desagradable.

—Nunca les agradeceré bastante a usted y al doctor Thorndyke —dijo— el haberme enviado al señor Linnell, hombre bondadoso, simpático e inteligente. Si tuviera que ir sola a esa encuesta, estaría aterrada. Pero como sé que él irá a defenderme y a darme ánimo, estoy confiada. Además, ya sabe usted que no tengo nada que ocultar.

—Claro está —contesté, aunque sin gran convicción—. Y no debe preocuparse. Confíe en que el señor Linnell parará los pies al señor Blandy.

Dicho esto, me marche, muy satisfecho de verla tan animosa, y continué despachando mis visitas, para tener la tarde libre.

Mi declaración sería quizá muy larga y, además, de ser posible, me gustaría oír todas las declaraciones. Y conseguí acabar tan pronto, que llegué allá pocos minutos después de haber comenzado el acto.

Al mirar a mi alrededor, me sorprendió ver a muy poco público. Apenas llegarían los espectadores a una docena, que llenaban dos bancos en la parte posterior, en tanto que los testigos ocupaban una fila de sillas ante ellos. Antes de acomodarme en la mía, que se hallaba en un extremo, vi que en la fila estaban Blandy, Thorndyke, Jervis, la señora Gannet, Linnell y dos desconocidos.

Apenas había ocupado mi asiento, cuando el *coroner* inauguró el acto con un breve discurso al jurado.

—La naturaleza general de esta investigación —dijo— ya se ha dado a conocer a ustedes en el curso de su visita al estudio de Jacob Street. Hay tres preguntas a las que conviene hallar respuesta... ¿Son esos fragmentos de huesos quemados los restos de un ser humano? Segunda: En caso afirmativo, ¿podemos hallar el nombre y la identidad de esta persona? Y tercera: ¿Cómo recibió la muerte esa persona? A tales preguntas las apariencias y los hechos conocidos parecen indicar determinadas respuestas. Pero hemos de olvidar todas las opiniones preconcebidas, considerando los hechos con la mente abierta. Para ello creo que lo mejor será presentar los sucesos en su orden cronológico. Y empezaremos por recibir la declaración del doctor

Oldfield.

No repetiré detalladamente lo que dije, porque se trata de asuntos que el lector conoce muy bien; y como es inevitable alguna repetición, ruego que se me excuse por ella.

Después de haber contestado a las preguntas de ritual, el *coroner* inició el interrogatorio de este modo:

—¿Cuándo y en qué circunstancias conoció usted al señor Peter Gannet?

—El dieciséis de diciembre de mil novecientos treinta. Me llamaron para prestarle mis cuidados profesionales. Hasta entonces no lo había conocido.

—¿Cuál era su enfermedad?

—Sufría un envenenamiento por arsénico.

—¿Reconoció inmediatamente su estado?

—No, señor. Su enfermedad fue descubierta por el doctor Thorndyke, a quien consulté.

Entonces, y contestando a algunas preguntas, describí las circunstancias de la enfermedad, hasta el momento en que Peter Gannet fue a mi casa para darme cuenta de su curación.

—¿Pudo usted formar opinión acerca de quién administró el veneno a Peter Gannet?

—No, señor. No conocía más hechos que los mencionados.

—Se ha referido usted a un tal señor Federico Boles, que cuidaba de Gannet. ¿Cuál era su situación en la casa?

—Era amigo de la familia y trabajaba en el estudio, en compañía de Gannet.

—¿Cuáles eran sus relaciones con éste? ¿Eran verdaderos amigos?

—Entonces lo creí así, pero luego cambié de opinión.

—¿Cuáles eran las relaciones de Boles con la señora Gannet?

—Las de dos buenos amigos.

—¿Cree usted que sus relaciones eran simplemente amistosas y nada más?

—Nunca tuve razones para creer otra cosa. Al parecer, eran amigos y Gannet estaba enterado de ello; a veces hablaba de este hecho, sin manifestar ninguna desaprobación. Parecía aceptar esa amistad como cosa natural y correcta.

Luego las preguntas se refirieron a lo que podríamos llamar la segunda fase: mis relaciones con Gannet hasta el momento de mi separación, incluyendo la pelea en el estudio, que pude oír en parte. Eso produjo grande impresión y originó numerosas preguntas del *coroner* y una o dos del jurado. Se trató luego de la desaparición, y al dar cuenta de mi registro y de mis descubrimientos en el estudio, pude notar que todos me escuchaban con el mayor interés. Al terminar el relato de mis actividades, el *coroner*, tal vez puesto sobre aviso por Blandy, me preguntó:

—¿Qué me dice de la muestra de cenizas de hueso que llevó consigo? ¿Tuvo ocasión de examinarla luego?

—Sí, señor. Primero con la ayuda del microscopio, gracias a lo cual confirmé mi

creencia de que eran de hueso incinerado; también hice un análisis clínico para averiguar si contenía arsénico.

—¿Sospechaba tal cosa?

—Creí posible encontrar indicios de arsénico. El envenenamiento anterior me inclinó a hacer tal análisis.

—¿Encontró indicios de arsénico?

—Sí, señor. Con gran sorpresa mía, apareció en gran cantidad aunque ignoro cuál, porque no hice el análisis cuantitativo.

—¿Y a que conclusión llegó usted gracias a ese hecho?

—Creí que el difunto, quienquiera que fuese, murió envenenado por una gran dosis de arsénico.

—¿Tiene usted todavía la misma opinión?

—Tengo algunas dudas. Es posible que exista algún error, que no conozco, pero el arsénico estaba allí, sin duda. En cuanto a, su significado, debería averiguarlo un perito, y yo no lo soy.

Eso terminó casi mi declaración. Me sucedió *sir* Joseph Armadale, eminente médico legal, que actuaba en el Ministerio del Interior. Al disponerse a declarar sacó y dejó en la mesa una caja de poca altura, con tapa de vidrio, y, en respuesta a la pregunta del *coroner*, dijo:

—He examinado cierta cantidad de huesos incinerados, que sometió a mi examen el Comisario de Policía. Muchos de ellos eran demasiado pequeños y no era posible reconocer su carácter. Pero otros eran bastante grandes y se podía demostrar que formaban parte de determinados huesos. Y en todos los casos pude cerciorarme de que eran huesos humanos.

—Así, pues, asegura usted que esos huesos son de origen humano.

—No es más que una deducción, pero muy razonable. Únicamente puedo decir que todos los fragmentos en los que reconocí partes de un hueso particular eran de un ser humano. Es razonable deducir que los fragmentos cuyo tamaño impedía su identificación serían también humanos. En esta caja se hallan los pedacitos que he podido identificar y que someto a su inspección.

Circuló aquella caja, que fue examinada por el jurado y, mientras tanto, el *coroner* se dirigió al testigo:

—Ha oído usted ya la declaración del doctor Oldfield, con respecto al arsénico que encontró en los huesos. ¿Ha de hacer usted algún comentario con respecto a ello?

—Sí, señor. El inspector Blandy me habló del caso y yo llevé a cabo un análisis para comprobar los hallazgos del doctor Oldfield, que ha dicho la verdad. Las cenizas contienen una cantidad considerable de arsénico. De dos onzas de ceniza extraje cerca de la décima parte de un gramo.

—¿Y conviene usted en que la presencia del arsénico es una demostración de que la víctima murió envenenada?

—No, señor. No asocie el arsénico con el difunto. La cantidad es

extraordinariamente grande. No creo que, aun cuando la víctima hubiese muerto envenenada por una dosis enorme de arsénico, pudiera descubrirse ese veneno en las cenizas. El arsénico es una sustancia volátil, que se convierte en vapor a una temperatura relativamente baja, a unos 150° C. Pero esos huesos estuvieron expuestos, durante varias horas, a una temperatura muy elevada, que tal vez era de 1000° C. Por lo tanto, todo el arsénico se habría evaporado. Además, la cantidad encontrada en las cenizas era imposible como residuo. Sin duda el arsénico fue a parar a las cenizas después que éstas llegaron a serlo.

—¿Imagina usted cómo pudo llegar allí?

—Sólo puedo conjeturarlo. El inspector Blandy me ha informado de que entre las sustancias apropiadas para hacer barnices o esmaltes encontró una jarra de arsénico en el estudio. A] parecer, también se utilizaba esta sustancia y, en este caso, tal vez fue posible que se mezclara con las cenizas, ya en el molino o en el cubo. Eso no es más que una suposición y pueden existir otras posibilidades aún.

—Sí —dijo el *coroner*—, pero eso importa poco. Lo interesante es que el arsénico no procedía del cadáver y que usted está seguro de ello.

—En absoluto —contestó *sir Joseph*.

Y así terminó su declaración.

El siguiente testigo fue el señor Albert Hawley, cirujano dentista. Declaró que había cuidado profesionalmente al señor Peter Gannet y que le hizo una dentadura parcial, para la mandíbula superior, que incluía los cuatro incisivos. El *coroner* le entregó un tubito tapado, que contenía un diente, y observó:

—Creo que ya lo ha visto usted, pero le ruego que lo examine otra vez.

—Sí, señor —contestó el testigo, quitando el corcho y dejando caer el diente en la palma de la mano—. Me lo mostró el señor Blandy. Es un diente de porcelana. Un incisivo lateral de la derecha, roto en varios fragmentos y hábilmente reconstruido. Es del tipo conocido con el nombre Du Trey.

—¿Se parece a alguno de los dientes del aparato que se hizo para Peter Gannet?

—Sí, señor. Utilicé dientes Du Trey, de modo que éste es exactamente igual al incisivo lateral derecho de aquel aparato.

—Supongo que no podrá decir cómo pudo caerse este diente.

—No, señor. Todos esos dientes son iguales cuando llegan de la fábrica y hemos de hacer pequeñas correcciones para ajustarlos, pero no se conserva ningún dato acerca de eso. Al parecer, este diente no ha sufrido ninguna pequeña corrección.

—Si se le dijera a usted que ese diente procede de la dentadura de Gannet, ¿tendría alguna razón para dudar de ello?

—Ninguna. Es exactamente igual a los que llevaba, pero, naturalmente, no puedo afirmarlo.

—Gracias —dijo el *coroner*—. Es todo cuanto deseábamos preguntarle y creo que no le molestaremos más.

El señor Hawley fue sucedido por el inspector Blandy, que declaró con la

facilidad y concisión que da la costumbre. Su descripción de las investigaciones en el estudio y del descubrimiento de los fragmentos del diente fue escuchada con la mayor atención, aunque no causó tanta sensación como yo. Pero, al hablar del armario de Boles, creció el interés de los oyentes, especialmente al dar cuenta del hallazgo de un jarro de arsénico de dos libras de capacidad y lleno en sus tres cuartas partes.

—¿Estaba usted enterado del análisis del doctor Oldfield?

—Sí, señor. Me mostró el tubo con el depósito de arsénico, pero inmediatamente comprendí que allí había algún error. Era demasiado bonito para que aquello fuese cierto y comprendí que un cadáver incinerado no podía contener tanto arsénico.

—¿Averiguó usted para qué se utilizaba el arsénico?

—No, señor. El armario contenía varias sustancias químicas, al parecer usadas para preparar esmaltes y barnices, y presumí que el arsénico se utilizaría con el mismo objeto.

El descubrimiento de las huellas dactilares originó algunas preguntas interesantes, en especial con respecto a su identidad y el *coroner* preguntó:

—¿Puede usted decir a quién correspondían estas huellas?

—No de un modo positivo, pero había varias en distintos objetos como botellas, jarros, mangos de herramientas y todas de la misma persona. Y como el armario, las herramientas y las botellas eran de Boles, es lógico suponer que las huellas serían suyas.

—Así parece —convino el *coroner*— pero no veo qué importancia pueden tener, si esas huellas no eran conocidas por la policía. ¿Puedo preguntar si, en efecto, era así?

—Sin entrar en detalles —dijo Blandy— puedo contestar afirmativamente, añadiendo que ese hombre está reclamado por un crimen grave y violento contra otra persona. Ésta es, su única relación con el caso presente. Si son las huellas de Boles, éste es conocido como peligroso criminal y, al parecer, existen pruebas de que se ha cometido un crimen grave.

—¿Ha tenido usted oportunidad de hablar con el señor Boles? —preguntó el *coroner*.

—No, señor —contestó Blandy—. El señor Boles desapareció, más o menos, cuando fue incinerado el cadáver y hasta ahora no hemos podido dar con él. Creo que no desea ninguna entrevista conmigo.

Ésta fue, en sustancia, la declaración del inspector, y como se manifestó evasivo y reticente, el *coroner* se abstuvo de interrogarlo a fondo. En cuanto se hubieron leído y firmado sus declaraciones, le permitieron ocupar de nuevo su asiento y fue llamada Leticia Gannet. Le ofrecieron una silla y yo la observé con alguna inquietud, pues aun cuando estaba seguro de que no sabía nada más de cuanto manifestara, el ambiente de la encuesta no era favorable. Era fácil advertir que el jurado la miraba con cierta prevención y que la expresión, habitualmente benévola, de Blandy, disimulaba una atención vigilante, no demasiado cordial.

Como ya esperaba, el *coroner* trató de proyectar alguna luz Sobre el envenenamiento por arsénico y la señora Gannet refirió la historia de aquel asunto tal como la conocía.

—¿Cuántas personas había entonces en la casa? —preguntó el *coroner*.

—Aparte de mi marido, yo y una criada. Tal vez debiera incluir al señor Boles, que trabajaba en el estudio con mi marido, solía comer con nosotros y pasaba largos ratos en casa.

—¿Quién preparaba el alimento de su marido?

—Yo misma, durante su enfermedad. La criada se dedicaba a guisar para los demás.

—Y el agua de cebada, ¿quién la preparó?

—Casi siempre yo, pero, a veces, la hacía el señor Boles.

—¿Y quién subía la comida y la bebida al dormitorio de su marido?

—Tenía costumbre de hacerlo yo misma, pero, a veces, mandaba a la criada y, en alguna ocasión, se encargó el señor Boles.

—¿Conserva usted la misma criada?

—No, señor. En cuanto me dijo mi marido que en su comida se encontró arsénico, despedí a la criada en el acto y le pagué un mes de su salario.

—¿Por qué hizo eso? ¿Sospechaba de ella?

—No, señor; pero me pareció preferible esta precaución.

—¿Puede usted imaginar quién había puesto el veneno?

—De nadie pude sospechar. Al principio creí en la posibilidad de un error, pero cuando el doctor Oldfield me explicó las investigaciones practicadas, supuse que el arsénico debió de llegar allí por casualidad, y sigo creyendo lo mismo.

Las siguientes preguntas se refirieron a las relaciones existentes entre Gannet y Boles, y a la disensión que, al parecer, se produjo luego.

—Con respecto al cambio de sus sentimientos, primero amistosos y luego hostiles, ¿pudo averiguar, por alguno de ellos, a que se debía?

—Ninguno de los dos confesó tal cambio, aunque yo lo advertí. Y nunca pude adivinar a qué se debería.

—¿Y no se le ocurrió pensar que su marido pudiera estar celoso a causa de su intimidad con el señor Boles?

—Nunca. Estoy segura de que no tuvo celos. El señor Boles y yo éramos primos segundos y nos conocíamos desde la niñez. Siempre fuimos buenos amigos y nunca entre nosotros hubo cosa alguna que pudiera despertar los celos de mi marido. Y él lo sabía. Jamás se opuso a nuestra amistad.

—Ha dicho usted que el señor Boles trabajaba con su marido en el estudio. ¿Qué significa eso? ¿Era alfarero el señor Boles?

—No, señor. A veces ayudaba a mi marido, por ejemplo, a encender el horno; pero su trabajo, durante los dos últimos años, consistía en labrar ciertas joyas llenas de esmalte.

—Ha dicho usted «durante los dos últimos años»; ¿a qué se dedicaba antes?

—Era mecánico dentista, pero cuando mi marido tomó el estudio, en vista de que contenía lo necesario para el trabajo de un joyero y de un esmaltador, el señor Boles fue allá y empezó a hacer joyas.

Sorprendí la mirada del inspector Blandy y un leve guiño me recordó sus observaciones acerca de las joyas neoprimitivas del señor Boles. Pero un mecánico dentista no es precisamente un aprendiz de fontanero.

El interrogatorio se refirió entonces a las circunstancias de la desaparición de Peter Gannet y las fechas de aquellos diversos sucesos.

—¿Recuerda usted exactamente cuándo vio por última vez al señor Boles?

—Creo que fue el martes, veintiuno de abril. Cosa de una semana antes de que me marchase. Fue al estudio, tomó el *lunch* con nosotros y nos dijo que iba a pasar una semana o diez días en Burnham, en Essex. Pero ya no lo he vuelto a ver ni he sabido más de él.

—Dice usted que se marchó. ¿Puede decirnos adónde fue?

—Salí de casa el veintinueve de abril, para pasar quince días en Westcliff-on-Sea, en casa de una antigua criada, la señora Hardy, que tiene una especie de posada. Volví a mi casa el jueves, catorce de mayo.

—¿Entre estos dos fechas estuvo usted constantemente en Westcliff o visitó algún otro lugar?

Contestó en los mismos términos en que lo hiciera a Blandy y que ya se han consignado. Sospeché que el *coroner* hubiera recibido alguna ayuda del inspector, porque examinó minuciosamente los actos de la testigo durante aquella ausencia.

—Creo que dormía usted en Westcliff, pero que pasaba días enteros en otra parte. ¿Estuvo alguna vez en Londres?

—No.

—Si hubiera deseado pasar un día en Londres, ¿podría haberlo hecho sin que se enterase su patrona?

—Supongo que sí. Había buen servicio de trenes, pero no se me ocurrió siquiera venir.

—¿Estuvo usted, acaso, en Burnham?

—No, señor. Sólo fui, a Southend.

—¿Escribió usted a su marido en este intervalo?

—Sí, señor. Dos veces. La primera uno o dos días después de mi llegada, y él me contestó también un par de días más tarde. Le escribí la segunda carta para anunciarle mi regreso, pero no recibí respuesta, y, al llegar a casa, la encontré en el buzón y aún cerrada.

—¿Puede comunicarnos las fechas de estas cartas? Es muy importante, porque eso nos señalaría, aproximadamente, el momento de la desaparición. ¿Puede recordar la fecha de la respuesta de su marido o quizá tenga aún la carta?

—No, señor. Eran unas pocas líneas, de modo que, después de leerlas, rompí el

papel. Mi primera carta fue escrita y expedida el lunes, cuatro de mayo. Creo que recibí la respuesta en el primer correo del viernes, ocho; de modo que él debió de escribirla el jueves, siete. Recuerdo bien que mi segunda carta fue escrita y expedida el domingo diez de mayo, de modo que debió de llegar a casa el once.

—Ésa es la carta que encontró a su regreso. ¿La tiene aún?

—No. Por desgracia, la rompí. La abrí para cerciorarme de que era la misma y luego la tiré al fuego. Pero estoy segura de la fecha.

—Es una lástima —dijo el *coroner*—. Pero supongo que podemos confiar en su memoria. Y ahora examinemos los incidentes relacionados con la desaparición. Haga el favor de decirme lo que ocurrió a partir de su regreso.

La señora Gannet dio cuenta de su alarmante descubrimiento, casi del mismo modo como me lo había referido, pero dando más detalles y comunicando la visita que me hizo y nuestro registro. Su declaración fue ampliada mediante algunas preguntas del *coroner*, pero nada nuevo resultó de su respuesta, excepto uno o dos puntos. Por ejemplo, el *coroner* preguntó:

—Se fijó usted en el perchero del vestíbulo y vio que allí estaban los dos sombreros y el bastón de su marido. ¿No vio otro bastón?

—Sí señor; pero nunca lo había visto allí.

—¿Supuso usted de quién sería?

—Estuve segura de que no era de mi marido, porque no le gustaban esos bastones. E imaginé que pertenecía al señor Boles.

—¿Lo tomó para examinarlo?

—No me interesaba, porque andaba buscando el paradero de mi marido.

—Pero supuso que sería el bastón del señor Boles. ¿No le extrañó que lo hubiese dejado allí?

—No. Imaginé que debió de salir del estudio por el portillo y no se acordó del bastón. Es bastante desmemoriado. Pero aquello no me llamó la atención.

—¿Estaba aquel bastón en el perchero cuando se ausentó usted de su casa?

—No, señor.

—Dijo usted antes que había ido al piso del señor Boles. ¿Por qué lo hizo?

—Por dos razones. Le escribí anunciándole mi regreso y le rogué que fuese a tomar el té conmigo. Como no recibí respuesta, ni tampoco se presentó, creí que le hubiese sucedido algo desagradable. Pero, en especial, deseaba averiguar si sabía algo de mi marido.

—Al notar que no estaba en casa, ¿imaginó que continuaría aún en Burnham?

—No, pues me enteré de que había regresado una semana antes, por la noche, que durmió en su casa y se marchó al día siguiente.

—¿Sabía o podía adivinar adónde fue?

—No, señor.

—¿Se imagina dónde puede hallarse ahora?

—Tampoco.

—¿Conoce usted algunos lugares adónde vaya con frecuencia?

—El único que conozco es la casa de su tía, en Newingstead. Pero me dijo el inspector Blandy que se han hecho allí algunas investigaciones y que su tía no lo ha visto desde algunos meses atrás. No conozco ningún otro lugar adónde haya podido ir.

—Cuando daba usted cuenta de su registro de la casa, dijo que no había examinado el estudio. ¿Por qué? ¿Cómo se explica que precisamente no registrase el lugar en que era más probable hallar a su marido?

—Porque temí entrar. A partir del momento en que mi marido y el señor Boles olvidaron su antigua amistad, disputaban con gran frecuencia y de un modo muy violento. En una ocasión, mencionada por el doctor Oldfield, los oí luchar en el estudio y sospecho que había ocurrido ya otras veces. Por eso, al observar que no encontraba ni siquiera rastros de mi marido en la casa, temí que hubiese ocurrido algo desagradable en el estudio y por esta razón no me atreví a entrar.

—En una palabra, temía usted hallar el cadáver de su marido en el estudio, ¿es así?

—Sí, señor. Sospeché que había ocurrido algo terrible.

—¿Fue tan sólo una sospecha? ¿O bien estaba usted enterada de algo?

—De nada en absoluto. Y ni siquiera sabía si los dos hombres se habían visto durante mi ausencia. No fue más que una sospecha, basada en las cosas que sucedieron anteriormente.

Después que el *coroner* hubo tomado nota de esa respuesta, miró, pensativo, a la testigo. Y como no se le ocurriera ninguna otra pregunta, se volvió al jurado, diciendo:

—Creo que la testigo nos ha dicho ya todo lo que sabe del asunto. Pero tal vez algún miembro del jurado quiera preguntarle otra cosa.

—¿Podríamos preguntar a la señora Gannet si sabe o tiene alguna sospecha de quién mató a su marido?

—Me parece —dijo el *coroner* con débil sonrisa— que no podemos hacer esta pregunta, aun cuando fuese apropiado dirigirla a un testigo, porque todavía no sabemos si alguien ha asesinado a Peter Gannet y no nos consta siquiera que esté muerto. Tales son, precisamente, las preguntas a que habrán de contestar ustedes, al dar el veredicto.

Hizo una pausa y miró al jurado, pero ninguno habló. Después de esperar unos momentos, leyó las declaraciones, las hizo firmar por la señora Gannet y la despidió. Llamó luego al doctor Thorndyke. Después de jurar, dijo en respuesta a una pregunta del *coroner*:

—Visité a Peter Gannet en unión del doctor Oldfield, durante el mes de enero último. Y creí que sufría un envenenamiento por arsénico.

—¿Sintió alguna duda acerca del particular?

—No, señor. Ofrecía todos los síntomas de envenenamiento por arsénico, y

cuando lo tuve en observación, en el hospital, se demostró químicamente que en su organismo había arsénico. Las investigaciones químicas las hicimos el doctor Woodfield y yo.

Continuó confirmando mi declaración y se refirió al análisis del arrurruz y del agua de cebada. Y cuando hubo terminado, el *coroner* preguntó:

—¿Supongo que no se hallaba usted en la posibilidad de opinar cómo o por quién fue administrado el veneno o si el envenenamiento pudo ser accidental?

—No, señor. No conocía bien a las personas ni las circunstancias. En cuanto al envenenamiento accidental, no diré que sea imposible, pero sí muy improbable. Ese envenenamiento afectó tan sólo a una persona de la casa, y a su regreso, ya repuesto, no se repitió. Estos hechos se oponen a la posibilidad de un envenenamiento accidental.

—¿Qué dice usted del arsénico que el doctor Oldfield encontró en las cenizas?

—Estoy de acuerdo con *sir Joseph Armadale*, en que las cenizas debieron de mezclarse con el arsénico. Yo, desde luego, no relaciono el arsénico con el cuerpo de la persona que fue quemada, suponiendo que las cenizas sean las de un cuerpo humano quemado.

—Acerca de eso —dijo el *coroner*— tal vez querrá usted darnos su opinión con respecto a los fragmentos que nos ha mostrado *sir Joseph Armadale*.

Entregó la caja a Thorndyke, quien examinó aquellos fragmentos con el mayor interés y ayudándose con una lupa. Después de haberlos examinado todos, devolvió la caja al *coroner*, el cual preguntó:

—¿Qué dice usted acerca de eso?

—No tengo duda —contestó Thorndyke— de que son fragmentos de huesos humanos.

—¿Sería posible identificar al muerto mediante esos fragmentos?

—Es completamente imposible.

—¿Está usted de acuerdo en que las cenizas, en general, son los restos de un cuerpo humano quemado?

—Es una suposición razonable, aunque no se puede probar. Y la misma que yo haría en ausencia de razones en contra.

Así terminó la declaración de Thorndyke y le sucedió el profesor Woodfield. Pero no hay necesidad de dar cuenta de su declaración, porque repitió y confirmó las de Thorndyke y de *sir Joseph*. Después de haber firmado su declaración, quedó ya listo el interrogatorio de los testigos y el *coroner* se dispuso a hacer el resumen.

—Al empezar esta encuesta —dijo— ya observé la existencia de tres preguntas a las que era preciso hallar respuesta. Primera: ¿son estas cenizas los restos de un ser humano? Segunda: en caso afirmativo, ¿podemos identificar a ese cuerpo humano como persona conocida? Y tercera: ¿si podemos identificarlo, no será posible averiguar cómo halló la muerte?

»Examinemos esas preguntas en su debido orden. La primera ha sido claramente

contestada por las declaraciones médicas. *Sir Joseph Armadale* y el doctor *Thorndyke*, ambos autoridades eminentes, nos han dicho que los fragmentos de tamaño bastante grande son, sin duda alguna, porciones de huesos humanos y convienen, según indica el sentido común, en que los restos imposibles de reconocer son, probablemente, también fragmentos de huesos humanos. Así, nuestra primera pregunta queda afirmativamente contestada. Las cenizas de los huesos halladas en el estudio son restos de un ser humano.

»La segunda pregunta es más difícil. Según han oído del doctor *Thorndyke*, los fragmentos son demasiado pequeños para que puedan darnos alguna indicación referente a la identidad del muerto. Nuestros esfuerzos para descubrir quién pudiera ser deben concentrarse en otras pruebas. Hemos de tomar en cuenta a la persona, los lugares y las circunstancias especiales que conocemos. En cuanto al lugar, esos restos se encontraron en el estudio ocupado por *Peter Gannet* y sabemos que éste ha desaparecido de modo misterioso. No voy a repetir las declaraciones detalladas, pero el hecho de que, al desaparecer, llevase un traje de casa, parece excluir la posibilidad de que saliera de ella como de costumbre. La relación entre un hombre que ha desaparecido misteriosamente y los restos humanos, imposibles de reconocer, hallados en su taller, después de su desaparición, parece significativa. ¿Cuál es la naturaleza de esta relación? Para contestar a ello, hemos de hacernos dos preguntas. ¿Cuándo desapareció este hombre? ¿Y cuándo aparecieron los restos?

»Examinemos la primera mediante la declaración de la señora *Gannet*. Sabemos que recibió una carta de su marido, el ocho de mayo. Sin duda fue escrita el siete. Ella le escribió otra carta el diez de mayo, que probablemente fue entregada el once. Por desdicha, ella la destruyó, de modo que no tenemos certeza acerca de la fecha de entrega, pero probablemente fue el día once. De ser así, podemos suponer razonablemente que *Peter Gannet* estaba vivo el día siete, pero que, al recibir la carta de su esposa, había desaparecido ya. Eso indica que la desaparición ocurrió entre el siete y el once de mayo.

»Examinemos ahora el problema desde otro punto. Ya han visto ustedes el horno. Es de ladrillo, sólido y macizo, y de paredes muy gruesas. Durante la incineración del cadáver, y a juzgar por el estado de sus huesos, el horno fue alimentado durante varias horas y a una temperatura tal vez superior a 1.000° C. Es decir, que estaba al rojo. Cuando lo examinó el doctor *Oldfield*, el interior del horno aún estaba caliente. Ignoro cuánto tiempo tarda en enfriarse, pero teniendo en cuenta que fue abierto para sacar las cenizas y cerrado otra vez, no hay duda de que se enfrió despacio. Podemos suponer, pues, que el enfriamiento se realizó en varios días, quizá en una semana. El doctor *Oldfield* hizo estas observaciones la noche del quince. Una semana antes era el día ocho, pero ya hemos visto que la desaparición ocurrió entre el siete y el once de mayo. Y la temperatura del horno demuestra que la incineración del cadáver debió de realizarse antes del once y después del siete. Resulta, así, que la desaparición de *Peter Gannet* y la destrucción del cadáver ocurrieron entre esas dos fechas. Y ello sugiere

que el cuerpo quemado fue el de Peter Gannet. ¿Hay alguna prueba que apoye esa conclusión? Muy poca cosa. Lo más notable es que entre las cenizas se descubrieron fragmentos de un diente de porcelana. Ya han oído ustedes la declaración del señor Hawley. Identifica ese diente, diciéndonos que es semejante a los que figuraban en el aparato dental que suministró a Peter Gannet. No puede jurar que sea el mismo diente, sino que es igual a aquéllos. Así, pues, ustedes han de tener en cuenta la probabilidad de que el cuerpo de un desconocido fuese quemado en el horno de Peter Gannet y que ese desconocido llevase un incisivo lateral superior, del tipo conocido como Du Trey, y absolutamente igual que el de Peter Gannet. Y también si esas probabilidades admiten comparación con la probabilidad alternativa de que el diente procediera de la dentadura de Peter Gannet.

»Hay otra prueba. Es circunstancial y no deben darle más valor del que realmente tiene. Ya han oído ustedes de los doctores Oldfield y Thorndyke que, hace unos meses, Peter Gannet sufrió un envenenamiento por arsénico. Ambos testigos convienen en la imposibilidad de que se tratara de un envenenamiento casual. Por lo tanto, podemos dar por cierto que alguna persona o personas administraron ese veneno a Gannet con la intención de causarle la muerte. Esa intención fue frustrada gracias a la vigilancia de los médicos. La víctima sobrevivió y se curó.

»Pero veamos ahora qué relación tienen estos hechos con la encuesta. Alguna persona o personas deseaban la muerte de Peter Gannet y, por medio del veneno, trataron de hacerle morir. Fracasó esa tentativa de asesinato, pero podemos suponer que seguía existiendo el móvil del crimen. Por lo tanto, Peter Gannet se hallaba en peligro constante. Había alguna persona que deseaba su muerte y que estaba dispuesta a matarle en cuanto se presentara la oportunidad.

»Apliquen ustedes esos hechos al caso actual. Vemos que existía alguna persona deseosa de matar a Gannet y dispuesta a cometer el asesinato. En el estudio de Gannet hemos encontrado los restos de una persona, cuyo asesinato parece evidente. Gannet ha desaparecido de un modo inexplicable y la fecha de su desaparición coincide con la de la aparición de esos restos en su estudio. Por fin, entre esos restos encontramos un diente idéntico a los que llevaba Peter Gannet. Tales son los hechos que conocemos; y supongo que convendrán ustedes conmigo en que sólo permiten una conclusión: que los restos encontrados en el estudio de Peter Gannet eran los de éste último.

»Si convienen ustedes en eso, hemos contestado a dos de las preguntas que nos habíamos formulado. Veamos ahora la tercera. ¿Cómo y por qué medio llegó el difunto a su muerte? Casi parece una pregunta inútil, porque el cadáver fue reducido a cenizas en el horno. Ningún accidente podía ser la causa de eso. Y el muerto no pudo meterse él mismo en el horno. Es preciso que otra persona metiera allí el cadáver y, con toda intención, lo destruyera por medio del fuego. Y esa destrucción nos da una evidencia de que la persona que destruyó el cadáver fue autora de la muerte de su víctima, porque no podemos dudar de que el muerto fue asesinado.

»No podemos seguir más allá. No nos compete atribuir el crimen a una persona determinada. Sin embargo, tenemos el deber de fijarnos en todas las pruebas y en los indicios que tengamos para señalar a una persona determinada como probable autor del crimen. Tenemos bastantes indicios acerca de eso. No me refiero al envenenamiento por arsénico, porque debemos olvidar este hecho, puesto que ignoramos quién fue el envenenador. Pero hay otros indicios importantes acerca de la identidad probable de la persona que asesinó a Peter Gannet. Vamos a examinarlos.

»En primer lugar, está la personalidad del asesino. ¿Qué sacamos de él? Que debió de ser una persona que tenía acceso al estudio y que estaba familiarizada con lo que había allí. Además, debía de saber cómo se preparaba y se encendía el horno, dónde se hallaba el combustible y la manera de utilizar las cosas de que se valió, como el molino, la prensa de copelas, etcétera.

»¿Conocemos a alguna persona que responda a esas exigencias? Conocemos a una sola. Y es Federico Boles. Tenía libre acceso al estudio, porque era también su taller y poseía la llave. Conocía muy bien todo lo que había allí, y algunos de los instrumentos eran de su propiedad. Sabía encender y cuidar el horno, pues muchas veces había ayudado a Peter Gannet a encenderlo para cocer sus obras. Concuerta, pues, en todos los detalles con la persona que debió de ser el asesino. Y repito que no existe nadie más en quien se reúnan todas esas circunstancias.

»Existe, pues, una probabilidad *prima facie* ^[16] de que el asesino fue Federico Boles. Pero esa probabilidad está condicionada por la posibilidad. ¿Pudo estar Boles presente en el estudio, cuando se cometió el asesinato? Resulta de las declaraciones que estaba entonces en Burnham. Pero una noche llegó a su casa, durmió en ella y se marchó de nuevo. ¿Cuál fue esa noche? La señora Gannet regresó el catorce de mayo y fue al siguiente día al piso de Boles. Averiguó allí que estuvo en su casa una semana antes, y pasó la noche y salió al día siguiente. Al parecer, durmió en su casa la noche del ocho. Aunque también pudo ser el siete o el nueve. La muerte de Gannet ocurrió entre el siete y el once. Por consiguiente, Boles estaba en Londres cuando se cometió el crimen.

»¿Hay alguna prueba de que visitara el lugar del suceso? Sí. El doctor Oldfield encontró un bastón en el perchero, la noche del quince. Ya han visto este bastón y pueden examinarlo otra vez. En el puño hay las iniciales F. B.; las de Boles. La señora Gannet no duda de que le pertenece y, en realidad, no podía ser de nadie más. Esta señora nos ha dicho también que, al marchar de su casa, no estaba allí el bastón, de modo que debieron de ponerlo durante su ausencia. Pero sólo pudo hacerse un día determinado: el siguiente al en que Boles llegó a su piso. Tenemos clara evidencia de que Boles estuvo en su casa el ocho, el nueve o el diez, de modo que su presencia en casa de Gannet parece coincidir en tiempo con el asesinato de Peter Gannet. Y también existe el hecho significativo de que cuando llegó Boles a la casa, Gannet, si estaba vivo, se hallaba solo.

»Las pruebas circunstanciales señalan a Boles como probable asesino, y no

conocemos otra persona contra quien se pueda dirigir igual acusación. Hay, además, el hecho de que los dos hombres, Boles y el muerto, estaban profundamente enemistados y, por lo menos en una ocasión, acudieron a la violencia. Y de eso tenemos prueba substancial.

»No creo tener nada más que decir. Han oído las declaraciones y les ofrezco esas sugerencias, que no son nada más. Ustedes habrán de decidir cuál es el veredicto y creo que tendrán poca dificultad en contestar a las tres preguntas que he mencionado al iniciar la encuesta».

El *coroner* tenía razón hasta cierto punto. El Jurado estaba ya de acuerdo acerca del veredicto antes de que acabara de hablar, pero tuvo cierta dificultad en redactarlo por escrito. Pero después de una o dos tentativas, el presidente anunció que él y sus compañeros habían llegado a una conclusión, en virtud de la cual, las cenizas encontradas en el estudio eran los restos del cuerpo de Peter Gannet y que el citado Peter Gannet había sido asesinado por Federico Boles, en un tiempo comprendido entre el siete y el once de mayo.

—Sí —dijo el *coroner*—. Éste es el único veredicto posible, dadas las pruebas que tenemos. Consignaré un veredicto, acusando de asesinato a Federico Boles. — Hizo una pausa y, mirando al inspector Blandy, le preguntó—: ¿Hay algún inconveniente de que firme la orden de busca y captura de ese individuo?

—No, señor —replicó Blandy—. Se ha firmado ya otra orden para la detención de Boles a causa de otro delito.

—Entonces —dijo el *coroner*— ha terminado la encuesta y sólo puedo manifestar la esperanza de que el autor de este crimen sea detenido en breve y juzgado.

Se levantó la sesión. Los reporteros se alejaron a toda prisa, para publicar la noticia de lo ocurrido; los espectadores salieron despacio a la calle y los cuatro peritos (entre los que, excepcionalmente, figuraba yo), después de una breve charla con el *coroner* y el inspector, salimos también, tomando nuestros caminos respectivos.

Y ahora debo hacer una reverencia al lector, puesto que abandono mi papel de narrador. No porque haya terminado la historia, sino porque ahora la pluma irá a parar a otra mano más capaz, según creo. Mi papel ha sido relatar los antecedentes y describir las más mínimas circunstancias de este crimen extraordinario, cosa que he llevado a cabo lo mejor posible. El resto de la historia se refiere al descubrimiento y el centro de mayor interés se traslada desde las cercanías de Cumberland Market al histórico recinto del Temple.

LIBRO SEGUNDO Según el relato del doctor
Christopher Jervis

CAPÍTULO XIV. El doctor Jervis está intrigado

La fase a que habían llegado los sucesos antes referidos, cuando mi amigo Oldfield dejó de actuar como narrador, para encargarme yo de ello, me encontré en un cierto estado de confusión mental. Sospechaba que Thorndyke tenía la intención de llevar a cabo algunas pesquisas. ¿Por qué? Poco nos importaba personalmente el caso Gannet. Ningún cliente nos encargó de aclarar el misterio, y un interés puramente académico en él no justificaba un considerable gasto de tiempo y de esfuerzo.

Además, ¿qué se podía investigar? Al parecer, nada en el sentido médico-legal. Eran conocidos todos los hechos y, aun cuando espeluznantes, carecían de interés científico. La muerte de Gannet no era ningún problema, puesto que fue un caso de asesinato. Y si su vida aparecía envuelta en el misterio, no importaba a nadie, puesto que estaba muerto.

Pero precisamente la falta de motivos pareció llamar la atención de Thorndyke. El trabajo que se llevaba a cabo en el estudio parecía ser una excusa para otras actividades, probablemente ilegales, y Thorndyke parecía deseoso de ponerlas en claro, aunque yo creía que eso era función de la policía, que, además, había de buscar al desaparecido Federico Boles.

Después de nuestra cena en Osnaburgh Street, tuve la primera indicación de los extraños métodos de Thorndyke para atacar el problema. Durante nuestro regreso propuso una visita a la galería donde estaban expuestas las obras de Gannet y yo acepté, curioso por ver aquellas obras. Así fue cómo, al día siguiente, entramos en el Templo de las Bellas Artes y mi atención se fijó en los objetos expuestos.

No trataré de describir aquellas obras asombrosas, porque no tendría palabras para ello. Sería preciso verlo para creerlo. A pesar de cuanto me dijera Oldfield, no estaba preparado para tan insultante realidad. Mas no insistiré. Diré tan sólo que me parecieron las torpes pruebas de una clase elemental de trabajos manuales. Y ahora relataré el aparente objeto de nuestra visita.

En realidad, ella no era aparente para mí. En cuanto me recobré de la primera impresión, convenciéndome de que no sufría una ilusión óptica, Thorndyke estaba ya charlando con el propietario de la galería, el señor Kempster, y, al parecer, discutía las obras expuestas en términos extraordinarios.

—Teniendo en cuenta —decía— la densidad del material y el grueso de los lados, esas piezas deben tener una pesadez inconveniente.

—En efecto, son pesadas —dijo el señor Kempster—. Pero son piezas para coleccionistas y no están destinadas al uso. Por ejemplo, a usted no le gustaría poner eso encima de la mesa.

Tomó un cuenco grande y macizo y lo ofreció a Thorndyke, quien lo tomó fingiendo un ridículo esfuerzo para sostenerlo.

—Sí —dijo, devolviéndolo—. Pesa demasiado. ¿Cuánto? Quizá ocho libras.

Miró al asombrado Kempster, que convino en el cálculo de Thorndyke.

—No hay necesidad de adivinar —dijo luego—. Si le interesa, en mi oficina tengo unas balanzas. Vamos a ver cuál es su peso.

—Se lo agradeceré —contestó Thorndyke.

Kempster tomó el cuenco, nos dirigimos a la oficina y, poniéndolo en las balanzas, resultó tener un peso de ocho libras, menos una onza ^[17].

—Sí —dijo Thorndyke—. Aun para su tamaño pesa demasiado. Eso indica que el material es muy denso.

Miró, pensativo, el cuenco y, sacando del bolsillo un metro de cinta de acero, midió las principales dimensiones de aquel objeto, mientras Kempster lo miraba extrañado. Y luego tomó nota del peso y de las medidas.

—Veo que le interesa mucho el trabajo del pobre señor Gannet —dijo el señor Kempster.

—Pero no desde el punto de vista del aficionado. Como ya le dije, opero en beneficio de la señora Gannet, para poner en claro las oscuras circunstancias de la muerte de su marido.

—Nunca creyera —dijo el señor Kempster— que el peso de estos cacharros tuviese alguna relación con ello. Pero, desde luego, sabe usted mejor que yo lo que quiere hacer y también las cosas que se propone averiguar.

—Gracias —dijo Thorndyke—. Si acepta usted ese principio, será muy útil.

—Desde luego, doctor —replicó el señor Kempster—. Como amigo del pobre Gannet, aunque no muy íntimo, tendré el mayor placer en serle útil. ¿Desea algún otro dato?

—Me gustaría conocer todo lo posible acerca de las obras de Gannet, incluso cuanto se relaciona con la venta y el aspecto económico. ¿Se ha vendido mucho? Es decir, ¿lo bastante para que el artista pudiera vivir de su trabajo?

—Más de lo que pudiera usted imaginar, y las obras alcanzaban muy buenos precios, de diez a veinte guineas cada una. Pero yo nunca creí que Gannet viviera de eso, sino de sus medios de fortuna.

—Ahora —añadió Thorndyke— deseo saber a dónde iban a parar esas piezas vendidas. ¿A los museos o a los coleccionistas particulares?

—Las obras vendidas en esta galería, y creo que era su mercado principal, una o dos, lo fueron a museos provinciales y las demás a particulares.

—¿Qué clase de individuos son éstos?

—Es una pregunta delicada —contestó el señor Kempster—. Los compradores, como es natural, eran clientes míos.

—¡Claro está! —contestó Thorndyke—. La pregunta no ha sido muy feliz y, además, después de ver las obras no era muy necesaria. ¿Conserva usted el registro de esas ventas?

—Desde luego —contestó Kempster—. Tengo un Diario y un Mayor. Este último contiene la lista completa de las ventas de cada uno de los expositores. ¿Desea ver la

cuenta del señor Gannet?

—Lamento darle tantas molestias. Pero, si es usted tan amable...

—No hay molestia —dijo el señor Kempster, abriendo un alto armario. Sacó de él un libro de contabilidad, lo puso en la mesa y después de hojearlo encontró la página que andaba buscando—. Aquí está la lista —explicó— de todas las ventas de obras del señor Gannet, llevadas a cabo en esta galería. Quizá le será útil.

Miré a la página, mientras Thorndyke parecía sorprendido de la minuciosidad de aquellos datos. Bajo el título de «Peter Gannet, Esq.», se hallaba la lista de los objetos vendidos, con una breve descripción de cada uno y, en una columna separada, la fecha, el precio, el nombre y las señas del comprador.

—Observo —dijo Thorndyke— que el señor Francis Broomhill, de Stafford Square, ha comprado en tres ocasiones. ¿Es acaso coleccionista de obras modernas?

—Sí, señor. Y, además, admirador del señor Gannet —dijo Kempster—. Observará que compró una de las dos copias de la figura de barro de un mono. La otra copia fue a parar a América.

—¿Ejecutó el señor Gannet alguna otra figura? —preguntó Thorndyke.

—No —replicó el señor Kempster—. Con gran sorpresa mía, no continuó por ese camino, aun habiendo alcanzado un gran éxito. El señor Bunderby, el eminente crítico de arte, estaba entusiasmado y, como puede ver, las únicas copias ofrecidas alcanzaron el precio de cincuenta guineas cada una. Quizá, de haber seguido viviendo, ofreciera otros ejemplos a sus admiradores.

—¿Ha hablado usted de copias? —dijo Thorndyke—. Supongo que serían hechas con molde y que no se vendieron como originales.

—No habría sido posible. Además, una figura pequeña, de barro, debe hacerse en un molde para que sea hueca. Desde luego, la primera había de ser sólida y gracias a ella se obtuvo el molde.

—Había otro tercer ejemplar de esta figura —dijo Thorndyke—. La vi en la habitación de Gannet. ¿Sería una copia o el original? Desde luego, era de barro.

—Debía de ser una copia —contestó Kempster—. Si hubiese sido sólida no habría podido cocerla sin que se rajara. La única alternativa habría sido ahuecar el original sólido, cosa muy difícil e innecesario, puesto que tenía ya un molde.

—¿Cree usted que esas figuras eran tan gruesas y pesadas, como los cuencos y jarros?

—Lo ignoro, aunque no lo creo —contestó Kempster—. Una figura corre más peligro de rajarse en el horno que un cuenco o un jarro. Y cuanto más delgada es, menos expuesta se halla a ese peligro. Y lo mismo puede hacerse una figura moldeada, gruesa o delgada.

Así terminó nuestra entrevista con el señor Kempster, que nos acompañó hasta la puerta. Thorndyke había copiado algunos detalles del Mayor, pero nuestra conversación, aparte de algunas frases referentes a los objetos de joyería, expuestos por Boles, no tenía relación ninguna con el objeto de nuestra visita, cualquiera que

fuese.

Después de estrechar la mano del señor Kempster y de darle las gracias por su bondad, nos alejamos, dejándolo tan extrañado como lo estaba yo mismo.

—Supongo, Thorndyke —le dije, cuando nos dirigíamos a Bond Street—, que ya comprenderá usted que ha conseguido intrigarme.

—Comprendo que le habrá parecido muy raro mi sistema de aproximación a este problema.

—¿Problema? —exclamé—. ¿Cuál? No lo veo. Sabemos que Gannet fue asesinado y podemos presumir que lo mató Boles. Pero eso no nos importa, porque es un problema para Blandy. Y no creo tampoco que el peso y la densidad de las obras de Gannet tengan alguna relación con el hecho, a no ser que se figure usted que Boles derribó a la víctima golpeándole la cabeza con una de sus propias obras.

—No, Jervis —contestó Thorndyke, con indulgente sonrisa—. No considero las obras de Gannet como armas mortíferas. Pero el arte de la alfarería se relaciona con nuestro problema y el peso es algo muy importante.

—¿A qué problema se refiere? —insistí.

—Me lo sugirió anoche la notable historia de Oldfield —contestó—. Usted prestó mucha atención y, sin duda, la recuerda. ¿Y no le parece que suscita algunos problemas muy interesantes?

—Lo único que no pude comprender es cómo diablo fue a parar aquel arsénico al cubo de las cenizas. Eso no lo entiendo.

—Bien —replicó—. Pues procure descubrirlo. El arsénico estaba allí y tenemos la certeza de que no procedía del cadáver. Por lo tanto, debió de mezclarse con las cenizas, después de retiradas del horno. ¿Cómo? Ése es el problema. Tómelo como punto de partida y considere cuáles son las explicaciones posibles. Además, tenga en cuenta la relación de cada una de ellas.

—No se me ocurre ninguna explicación —repliqué—. Todo eso es incomprendible. Además, ¿qué nos importa? No tenemos el encargo de esclarecer el caso.

—No pierda de vista a Blandy —dijo—. Aún no ha dado el golpe. Si puede poner las manos en Boles, no nos molestará; pero, en caso contrario, quizá le parezca conveniente dedicar alguna atención a la señora Gannet. Ignoro si la considera cómplice del asesinato, pero quizá cree que sabe y oculta el paradero de Boles. Por consiguiente, si no logra obtener más datos por la persuasión, quizá crea conveniente acusarla de complicidad antes o después del hecho.

—La elección está en su mano —repliqué—. Sin duda no quiere usted indicar que la policía o el fiscal se propongan acusarla sin más objeto que obtener informes, lo cual equivaldría a una intimidación.

—Claro que no —contestó—. A no ser que Blandy pueda producir un caso *prima facie*. Pero tal vez sabe más que nosotros acerca de las relaciones de Boles y de la señora Gannet. De cualquier modo, he prometido a Oldfield que si se toma alguna

medida contra esa señora, yo la defenderé. Es posible que no ocurra así, pero necesito saber todo lo posible acerca de las circunstancias relacionadas con el asesinato. Tal es el motivo de esas investigaciones.

—Que, a mi juicio, no conducen a nada. Pero, como ya observó Kempster, sabe usted lo que anda buscando y lo quiero aclarar. ¿Está enterado de si habrá una encuesta?

—La habrá dentro de breves días —contestó— y espero ser llamado para declarar acerca del envenenamiento por arsénico. De todos modos iré allá y le recomiendo que me acompañe. Cuando hayamos oído la declaración de varios testigos, incluso Blandy, tendremos un conocimiento completo de los hechos y nos convenceremos de si el inspector tiene intenciones ocultas.

Como ya sabe el lector, por el relato de Oldfield, seguí el consejo de Thorndyke y acudí a la encuesta. Pero, aunque me enteré mejor de los hechos, no logré comprender lo que buscaba Thorndyke con el estudio de las obras de Gannet; tampoco simpatiqué con su interés por la señora Gannet. Ésta se hallaba en situación difícil, pero quedé menos convencido que él de su completa inocencia de complicidad en el asesinato o en el envenenamiento que lo precediera.

Era muy notable el interés de Thorndyke por aquella señora. Le obligó a asistir al entierro de su marido y aun me persuadió de que le acompañase. Desde luego, no le costó mucho, porque no era cosa de perder un entierro en el que no había ataúd ni cadáver, y en el que el difunto podía ser transportado en una bolsa de papel.

Pero quedé algo defraudado, porque las cenizas habían sido depositadas en la urna antes de empezar la ceremonia, que se desarrolló de un modo normal, aunque el ataúd quedó sustituido por un cuenco de terracota. Me pareció de un trágico humorismo la circunstancia de que los restos de Peter Gannet quedaran encerrados en un pote de arcilla, de origen comercial, cuyas proporciones regulares eran la perfecta antítesis de sus obras maestras.

CAPÍTULO XV - Un coleccionista de obras modernas

Lo ocurrido en la galería del señor Kempster sólo fue un anticipo de lo que Thorndyke sabía hacer para confundir a los demás. Mis reflexiones acerca de la historia de Oldfield, y que se pusieron en claro en la encuesta, no sirvieron para aclarar mis dudas. No comprendía que aún existiese algún problema verdadero sin solucionar o que, en caso de existir, las propiedades físicas de las obras de Gannet fuesen un factor de su solución.

Pero, sin duda, estaba equivocado, porque Thorndyke no era hombre capaz de perder el tiempo en tonterías. Si creía en la existencia de un problema sin solución aún, era seguro que tenía razón; y si opinaba que las obras de Gannet podían aclarar algún detalle, no hay duda tampoco de que estaba en lo cierto. Por eso esperé, paciente y animoso, a que los sucesos disiparan la niebla en que me veía sumido.

No tardó en ocurrir eso. Tres días después del entierro, Thorndyke me anunció que por carta había pedido una entrevista al señor Francis Broomhill, de Stafford Square, a fin de visitar su famosa colección de obras de arte modernista. A juzgar por la acogida de que fuimos objeto, comprendí que la carta de Thorndyke había sido algo confusa en el tono o en el fondo. Pero bien se podía admitir alguna pequeña reserva en nuestro verdadero objeto.

Desde luego, acepté la invitación de mi compañero para ir allá. Estaba lleno de curiosidad por la conducta de mi amigo. Además, en aquella colección figuraba uno de los ensayos de Gannet en el arte escultórico que, si era de la misma calidad que sus obras de alfarero, debía de valer la pena de ser vista. Así, pues, salimos a hora temprana de la tarde, mi amigo y yo, y nos dirigimos al aristocrático barrio en que vivía el señor Broomhill.

Aquella visita fue una sucesión de sorpresas. En primer lugar, un lacayo nos abrió la puerta, aunque yo me figuraba que había desaparecido ya ese tipo. Apenas hubimos penetrado en la inmensa y antigua casa de estilo victoriano, nos vimos rodeados por una atmósfera de irrealidad, que nos recordaba el conocido cuento de «Alicia en el País de las Maravillas», una pesadilla o una visita a un manicomio. Ello empezó en el vestíbulo, en cuyas paredes había unos marcos policromados, que rodeaban objetos sin duda no pertenecientes a la pintura, sino unas telas en que algún pintor extravagante había limpiado su paleta. En el centro de la espaciosa estancia había unos pedestales que sostenían pedazos de piedra o de metal, a mi juicio desprovistos en absoluto de forma, y otros tenían débiles indicios de carácter antropeide, que pudieran creerse los fracasos de un taller de cualquiera de los escultores de la isla de Pascua. Los contemplé maravillado, en tanto que el lacayo, después de hacerse cargo de nuestros sombreros y bastones, nos condujo solemnemente a través del espacioso vestíbulo a una hermosa puerta de hojas de caoba, adornadas con muchos paneles, para dejarnos llegar a la presencia del dueño de la casa.

A primera vista, el señor Francis Broomhill me produjo una impresión favorable. Era un hombre alto, de aspecto frágil, de unos cuarenta años de edad y con la cabeza algo inclinada hacia adelante, como les ocurre a los cortos de vista. Llevaba unas gafas montadas en gruesa armazón de concha, y al mirarlas, con ojos de profesional, me dije que sin ellas apenas habría podido ver cosa alguna. Pero los ojos, de color azul pálido, vistos a través de aquellos poderosos cristales, parecían ridículamente pequeños, mas tenían expresión bondadosa y nos miraban cordialmente; y la voz apacible y suave de aquel caballero confirmó tal impresión.

—Es usted muy amable —dijo Thorndyke, después de haber estrechado su mano— al proporcionarnos esta oportunidad de examinar sus tesoros.

—Nada de eso —contestó—. Yo soy el favorecido. Las cosas que tengo en mi casa son para ser vistas y tengo el mayor placer en mostrarlas a los aficionados inteligentes. Pocas veces se presenta tal oportunidad, porque, aun en esta época dorada del progreso artístico, existe la tendencia marcadísima que prefiere los aspectos artísticos anecdóticos y representativos.

Mientras hablaba, miré a mi alrededor y, especialmente, examiné las pinturas que cubrían las paredes. Recordé inmediatamente que en mis primeras épocas de profesión, substituí durante algunas semanas al director de un asilo mental. Las figuras que había allí, cuando era posible reconocerlas como tales, tenían extraña calidad psicopática, como si me mirasen desde el interior de una celda acolchada.

Después de corta conversación en la que me mantuve en una reticencia cautelosa, en tanto que Thorndyke se mostraba hábilmente alusivo, iniciamos una visita de inspección alrededor de la estancia, bajo la dirección del señor Broomhill, quien nos hacía aclaraciones y comentarios, y exponía argumentos muy parecidos a los de Bunderby. Había allí una colección muy importante de pinturas, todas de artistas modernos, muchos de ellos extranjeros, según me alegró observar y todos en extremo parecidos. Sin excepción se observaba en ellos una extraña cualidad psicopática y la rara ausencia de las características tradicionales en la pintura. El dibujo, cuando lo había, era infantil, la pintura basta y primaria, y allí había una carencia completa de contenido mental o de asunto.

—Aquí —dijo nuestro huésped, deteniéndose ante una de aquellas obras maestras— está una obra por la que siento el mayor aprecio y que se aleja considerablemente de la manera usual del artista. Pocas veces se ha mostrado tan realista como en ella.

Miré la etiqueta dorada que había debajo y leí: «Desnudo – Israel Popoff».

Realmente era un desnudo y, al parecer, representaba un ser humano, cuyos miembros parecían salchichas defectuosas. No lo encontré desagradablemente realista. Pero el cuadro siguiente, del mismo artista, me dejó muy apurado, porque no consistía más que en una desordenada mesa de trazos de pintura de colores violentos. Y esperé algún comentario de explicación, en tanto que el señor Broomhill lo contemplaba con cariño.

—Considero este cuadro —dijo— como verdadero ejemplo representativo del

Maestro; es una obra perfecta de pintura abstracta. ¿No le parece? —preguntó, volviéndose a mí y sonriendo entusiasmado.

Aquella pregunta repentina me desconcertó. ¿Qué demonio quería decir con «pintura abstracta»? Yo no tenía la más remota idea de ello. De igual modo habríamos podido hablar de «una amputación abstracta en la cadera». Pero, como tuve que contestar algo, lo hice.

—Sí, señor —exclamé, mirándole consternado—. Ciertamente... es algo, no hay duda... Es un notable y... (iba a decir «alegre», pero, por suerte, advertí a tiempo el peligro). Una demostración muy interesante del contraste de colores. Pero no me parece muy claro lo que representa esta pintura.

—¿Lo que representa? —exclamó en tono de apenada sorpresa—. No representa nada. ¿Para qué? Es una pintura. Y una pintura es una entidad independiente. No necesita imitar nada más.

—¡Oh, desde luego! —exclamé, mintiendo—. Pero hay la costumbre de que, en cuadros y pinturas, se observe la representación de objetos naturales...

—¿Para qué? —repitió—. Cuando necesite usted los objetos naturales, vaya usted a verlos. Y si los quiere representados, la fotografía se encargará de ello. ¿Para qué introducirlos en las pinturas?

Desesperado, miré a Thorndyke mas no hallé ningún auxilio. Escuchaba impasible, pero, como ya le conocía, me constó que interiormente se estaba riendo a carcajadas, a pesar de su aspecto sereno. Murmuré un vago asentimiento, añadiendo que era difícil olvidar las ideas convencionales recibidas en la juventud. Y así nos, dirigimos a la siguiente «abstracción». Pero ya avisado por lo que acababa de ocurrir, me mantuve en un discreto silencio, templado por ambigüedades cuidadosamente preparadas y, de este modo, conseguí terminar la vuelta a la estancia sin que ocurriese otro desastre.

—Ahora —dijo nuestro cicerone, cuando nos alejábamos de las últimas pinturas — les agramará ver las esculturas y la alfarería. En su carta me dice usted que le interesaban mucho las obras del pobre señor Gannet. Pues bien, las verá en el ambiente que les es propio, tal como a él le habría gustado.

Nos hizo atravesar el vestíbulo y otra magnífica puerta, que abrió de par en par, para que entrásemos en la galería destinada a la escultura. Al mirar a mi alrededor me alegré de haber visitado antes las pinturas, porque estaba ya preparado para lo peor y pude dominar mis emociones.

No intentaré la descripción de aquella cámara de horrores. Mi primera impresión fue que allí había la atmósfera de un manicomio, que ya observara en la otra estancia, pero era más desagradable, porque la escultura mala puede ser más horrible que la pintura de la misma calidad; y en toda aquella colección no había una sola obra normal. Figuraban allí objetos casi informes, que sólo mostraban una leve indicación de una cabeza o figura humana que, a veces, se ven en las patatas o en trozos de pedernal, y vi también algunos bustos o torsos, pero las caras eran horribles y

bestiales. Los miembros y troncos deformes y caracterizados por una obesidad horrible, que sugería la hidropesía o el mixedema. Había algo de alfarería basta y burda, pero las obras de Gannet eran, sin duda, las peores.

—Según creo —dijo el dueño de la casa—, ésta es la pieza que más deseaba usted ver.

E indicaba una estatuilla grotesca, cuya etiqueta decía: «Figura de un Mono: Peter Gannet». Yo la miré, curioso. De haberla visto en otra parte, quizá me diera un susto; pero, en aquella colección de monstruos, casi parecía la obra de un bárbaro equilibrado.

—Según creo —añadió el señor Broomhill—, quería usted aclarar alguna cosa.

—Sí, señor —contestó Thorndyke—. En realidad son dos: la primera se refiere a la prioridad. Gannet hizo tres versiones de esta figura. Una fue a parar a América, otra ha sido prestada a un museo de Londres y, ésta es la tercera. La cuestión es saber cuál fue la primera.

—Acerca de eso, no debe de haber ninguna dificultad. Gannet solía firmar y numerar todas sus obras y el número de serie nos indicará enseguida el orden de su labrado.

Con el mayor cuidado levantó la imagen y, después de invertirla y de mirar la base, la ofreció a Thorndyke.

—Vea usted —dijo—. Éste es el número 571-B. Por lo tanto, habrán de existir el 571-A y el 571-C. Esa es, pues, la segunda que hizo y, si puede examinar la que está en el museo, no le costará fijar el orden de la serie. Si ésta es la 571-A, la que se halla en América tendrá el 571-C, o viceversa. ¿Cuál es la otra pregunta?

—Se refiere a la naturaleza de la producida en primer lugar. ¿Es modelo original o una figura moldeada? Ésta, según parece, ha sido hecha con molde. Si mira usted el interior, podrá ver las huellas del dedo pulgar que viene a demostrarlo.

La devolvió al señor Broomhill, quien, a su vez, examinó la abertura de la base y, después de comprobar la observación de Thorndyke, me pasó la figura. No me interesaba gran cosa, pero examine la base y miré al interior lo mejor que pude. La superficie plana era suave, pero no estaba barnizada y en torno de la abertura central, y en color azul, vi que ponía: «Op. 571 (figura) P. G.». Y además la figura, mal dibujada, de un pájaro, que podía haber sido un ganso, pero que, sin duda, quería representar una bubia, interpuesta entre el número y las iniciales. Dentro descubrí las huellas de un dedo pulgar de la mano derecha. Hechas estas observaciones, devolví la figurita a su dueño, que la dejó en su sitio y continuamos la conversación.

—Creo que las tres imágenes habrán sido hechas a molde, pero eso no es más que mi opinión. ¿Qué le parece?

—Hay tres posibilidades y, teniendo en cuenta la personalidad de Gannet, no sé cuál de ellas será la más notable. La figura original fue modelada en barro sólido. El Opus 571 A puede ser ese modelo cocido en masa sólida o bien excavado y cocido luego, así como también podría ser una figura moldeada.

—Apenas sería posible cocer una figura sólida —dijo el señor Broomhill.

—Lo mismo opina el señor Kempster, pero no estoy seguro. Hay artículos de alfarería sólidos, que también se cuecen, por ejemplo, los ladrillos.

—Sí, pero las rajadas, en un ladrillo, no importan. Yo creo que él debió de excavar el original. Más ¿para qué tomarse esa molestia, si había hecho un molde?

—No lo comprendo —dijo Thorndyke—, a no ser que deseara conservar el original. El que ahora se halla en el Museo era propiedad suya y no ha sido ofrecido en venta.

—Si el asunto tiene alguna importancia —observó el dueño de la casa— podría resolverse examinando el ejemplar del Museo, que, sin duda, fue el primero. ¿Qué le parece?

—Podría ser, o tal vez no —contestó Thorndyke—. Lo mejor sería comparar los pesos de las dos piezas. Una figura excavada pesaría más que otra moldeada y, desde luego, la que fuese sólida pesaría aún más.

—Eso es cierto —contestó, extrañado, el dueño de la casa. Supongo que querrá conocer el peso de esa pieza. No hay inconveniente.

Se dirigió a la chimenea y oprimió un botón. Apareció inmediatamente el lacayo.

—¿Sabe usted, Hooper —preguntó el señor Broomhill—, si hay en la casa una balanza para pesar esa estatuilla?

—Sí, señor —contestó el lacayo—. La hay en la despensa del señor Law. ¿Quiere el señor que la traiga?

—Sí, hágame el favor. Desde luego con las pesas.

Poco después reapareció Hooper con la balanza y una colección completa de pesas. Después de instalar la primera en la mesa, el señor Broomhill tomó la estatuilla con el mayor cuidado y la dejó en uno de los platillos. Luego, con el mismo cuidado, empezó a poner pesas en el otro plato y, al fin, consiguió nivelarlos.

—Tres libras y tres onzas y media —dijo—. Es mucho para tan pequeña figura.

—Sí —observó Thorndyke—. Pero Gannet usaba un material muy denso y no lo ahorra. En la galería de Kempster pesé algunas piezas suyas, y me dieron también una sorpresa.

Anotó el peso de la figurita en un memorándum, y cuando la obra maestra estuvo otra vez en su sitio y el lacayo se hubo llevado la balanza y las pesas, continuamos nuestro examen de las obras de la estancia. De repente entró el lacayo con una bandeja provista de todo lo necesario para tomar el té y la dejó en una mesita.

—No hay necesidad de que espere, Hooper —dijo el anfitrión—. Cuando hayamos terminado nos serviremos nosotros mismos.

Nos volvimos hacia la última obra, que era una figura de mujer de tamaño natural, desnuda, contorsionada y obesa, cuyo rostro brutal y sus hinchados miembros parecían pedir a gritos extracto de la glándula tiroidea. Y, después de poner en las nubes aquella noble expresión de la forma abstracta y su alejamiento de toda enfermiza belleza, de toda «escultura imitativa», el dueño de la casa dejó de tratar de

las obras maestras y acercó una silla a la mesita.

—¿En qué museo —preguntó mientras tomábamos aquel excelente té chino— se exhiben las obras del señor Gannet?

—En un museo pequeño que hay en Hoxton —replicó Thorndyke—. Lleva el nombre de Museo de Arte Moderno para el Pueblo.

—¡Ah! —exclamó Broomhill—. Ya lo conozco. A veces les presto algunos de mis tesoros para que los expongan. Es una institución excelente. Da a la gente pobre de esta región inculta la oportunidad de conocer las glorias del Arte moderno. Es la única oportunidad que tienen.

—Muy cerca de allí está el Museo Geffrye —le recordé.

—Sí. Pero éste se limita a los muebles anticuados y al arte de los tiempos pasados y malos. No tiene nada de esto —añadió indicando su colección con un gesto de la mano.

Y era cierto. Por suerte suya, no lo tenía.

—Espero —continuó— que cuando examine la figura que hay allí, podrá solucionar su problema. No creo que importe gran cosa, pero, sin duda, usted es mejor juez.

Después de despedirnos de nuestro bondadoso y cortés anfitrión, y cuando estábamos ya en camino hacia casa, anduvimos algún tiempo en silencio, ocupados en nuestras ideas. Yo no podía adivinar siquiera lo que se proponía Thorndyke, pero no me preocupé. Sin embargo, aquello había sido muy raro y pregunté:

—¿Usted se explica algo con respecto a esos cacharros y pinturas de Broomhill y su actitud con respecto a ellos?

—No —contestó mi compañero—. Es un misterio, para mí. No hay duda de que Broomhill se deleita con esos objetos, y que le gustan tanto más cuanto peores son. Le inspiran una admiración mayor cuanto más carecen de todas las cualidades ordinarias, como habilidad manual, respeto a la Naturaleza, interés intelectual y belleza, que, hasta ahora, se consideraban cosas esenciales en las obras de arte.

Eso parece un culto, una moda que tal vez depende de cierto estado mental que no comprendo. Sin duda no tiene relación con la idea del arte, a no ser que sea una relación negativa. Ya habrá observado que Broomhill desprecia profundamente las obras de arte del pasado, y ésta es la actitud del modernista. Pero, a pesar de todo, no me explico el estado mental de un hombre insensible a las obras de los grandes maestros y entusiasmado por las torpes imitaciones de las obras de los salvajes o de los niños inhábiles.

—Lo mismo opino —contesté.

Y ya no hablamos más del asunto.

CAPÍTULO XVI - En el museo

Es curioso pensar —dijo Thorndyke mientras nos dirigíamos al Este, a lo largo de Old Street— que ésta es comúnmente considerada una de las más pobres y feas regiones de la ciudad ,y que, en cierto modo, sea el último reducto de la cultura que desaparece.

—¿A cuál se refiere usted? —preguntó.

—A la de las artes industriales —dijo—. A todo lo que es el fundamento de la cultura artística. Casi en el resto de Londres esas artes han muerto o están muriendo asesinadas por la maquinaria y la producción en masa, pero aquí aún hay algunos pequeños grupos de artistas supervivientes, que conservan la llama de la lámpara. A nuestra derecha, en Curtain Road y en algunas callejuelas inmediatas, hay hábiles ebanistas que fabrican muebles de los estilos antiguos que Broomhill calificaría de malos, y más lejos aún queda el remanente de la antigua colonia de los tejedores de seda que trabajan con telares a mano, como en pleno siglo XVIII.

—Sí —contesté—. Parece una anomalía. Me gustaría saber qué inspiró a los fundadores del «Museo de Arte Moderno para el Pueblo» para instalarlo en esta vecindad y casi enfrente del Museo Geffrye.

—Los dos museos —dijo Thorndyke— son extraños vecinos. Uno guarda las mejores obras del pasado y el otro anuncia las peores del presente. Pero tal vez no sea tan malo como tememos.

Ignoro lo que esperaba Thorndyke, mas, para mí, fue muy malo. En el acto encontramos el Museo, pero hallamos las puertas cerradas y un cartel que decía:

«Cerrado temporalmente. Reapertura a las 11,15».

Thorndyke consultó el reloj.

—Hemos de aguardar un cuarto de hora. Vámonos a dar un paseo por la vecindad. No es bonita, pero tiene un carácter digno de ser conocido.

Echamos a andar por las estrechas calles y Thorndyke me señalaba los puntos más interesantes que hallábamos al paso. En una calle encontramos algunas ebanisterías, a través de cuyas ventanas vimos armarios, sillas y otros muebles sin terminar. También observé que los nombres de aquellas tiendas eran, en su mayor parte, judíos o extranjeros. Luego, y hacia Shoreditch, encontramos un depósito de maderas en cuya entrada había una hermosa plancha de caoba española. Más al fondo vi algunos montones de maderas duras, apropiadas para muebles. Pero no había tiempo para hacer un examen detallado, porque el reloj de una iglesia vecina dio el cuarto y nos obligó a regresar a toda prisa al templo del modernismo, cuyas puertas estaban ya abiertas, dejando ver un vestíbulo y otra puerta interior.

Al abrir la última, que daba a la galería, nos recibió un individuo de alguna edad y de aspecto fatigado, que nos miró expectante.

—¿Es usted el señor Sancroft? —preguntó Thorndyke.

—¡Ah! Tenía razón —contestó el interpelado—. Usted será el doctor Thorndyke. Espero que no le habré hecho esperar.

—Unos minutos nada más —contestó mi compañero, con acento suave—. Y los hemos pasado de agradable modo.

—Lo siento —dijo Sancroft, apenado—, pero fue inevitable. Tuve que salir, y como aquí estoy solo, no hubo más remedio que cerrar en mi ausencia. Es molesto no tener a nadie más aquí.

—Lo comprendo —dijo Thorndyke—. ¿No tiene usted siquiera un portero?

—No, señor —contestó Sancroft—. La sociedad que rige este Museo no tiene más fondos que sus propias aportaciones. Eso basta para tener el Museo abierto, pero sin pagar salarios. Yo trabajo gratis, pero me he de ganar la vida. En el despacho del conservador puedo trabajar. Escribo acerca de asuntos legales, pero, a veces, he de salir, y entonces ocurre lo de esta mañana.

Thorndyke escuchó paciente, y aun interesado, aquellas palabras doloridas.

—¿Y no podría usted lograr que algún amigo lo ayudase un poco? Unas horas al día solucionarían sus dificultades.

—No —contestó el señor Sancroft, meneando la cabeza—. Éste es un trabajo muy aburrido, especialmente cuando lo visitan tan pocas personas, y no conozco a nadie que quiera encargarse de él. Supongo que no conocerán ustedes a ningún entusiasta del arte moderno que quiera sacrificarse en aras de la cultura y la ilustración del pueblo.

—Por el momento —contestó Thorndyke— no se me ocurre nadie más que el señor Broomhill pero supongo que no tendrá tiempo. Sin embargo, recordaré su petición, y si encuentro a alguien apropiado, me esforzaré en convencerlo.

Me asombraron estas palabras, porque Thorndyke, aunque bondadoso, estaba muy ocupado y no se hallaba en situación de ayudar al señor Sancroft. Por otra parte cumplía sus promesas, cosa que tal vez no adivinó su interlocutor, porque le dio las gracias con mucha tibieza.

—Es usted muy bondadoso —dijo—. Y ahora vamos a lo que le interesa. Creo que quiere realizar una especie de investigación en las obras del señor Gannet. ¿Habremos de sacarlas de las vitrinas?

—Si es posible —contestó Thorndyke—, quisiera pesarlas.

—Nada impide sacarlas con un objeto definido —contestó Sancroft—. Abriré las vitrinas y pondré esas obras bajo su custodia. Y, mientras tanto, me excusará, porque he de redactar un contrato de alquiler y quiero terminarlo cuanto antes.

Dicho esto nos llevó ante la vitrina en que estaban expuestas las atrocidades de Gannet, la abrió y, después de hacernos una leve reverencia, se retiró.

—Ese contrato —dijo Thorndyke— es algo afortunado, porque así podremos

hablar del asunto.

Tomó la figurita y la examinó con el mayor detalle, especialmente en la base.

—Según creo —dije—, en primer lugar hay que averiguar la prioridad y luego el método del trabajo, es decir, si fue cocido en sólido, excavado o moldeado. La prioridad parece demostrarla esa firma. Es el número 571–A. En tal caso es la primera pieza fabricada.

—Sí —dijo Thorndyke—. Podemos aceptarla. ¿Qué le parece el método?

—La base es sólida, sin abertura, lo cual parece indicar que fue cocida sin vaciar.

—Parece razonable —dijo Thorndyke—. Pero si examina los lados, verá una señal lineal que indica, al parecer, una costura o unión que se ha borrado. La figura de Broomhill tenía la misma señal, que es la indicación de que se hizo con molde. En cuanto a la solidez, la determinará el peso. Vamos a verlo.

Sacó del bolsillo una romana y pesó la figura.

—Tres libras, nueve onzas y media. La de Broomhill pesaba más. Eso parece demostrar que fue cocida en sólido —observé.

—Yo no creo lo mismo, Jervis —dijo Thorndyke—. El ejemplar de Broomhill fue hecho con molde, tiene una cavidad bastante grande y las paredes delgadas. La figura sólida pesaría, por lo menos, doble que la moldeada.

Comprendí que tenía razón, porque la diferencia de seis onzas no compensaba la diferencia entre una figura sólida y otra hueca.

—Entonces habrá sido excavada. Eso justifica la diferencia de peso.

—Sí —convino Thorndyke, aunque dudoso—. Por lo que respecta al peso parece probable, pero estas señales, que indican que fue moldeada, ¿qué me dice de ellas?

—Quizá, para hacer la excavación, fue necesario cortar la figura en dos y entonces esas señales indicarían la unión de las dos mitades.

—Eso no es posible —contestó Thorndyke—. Cuando una obra de arcilla ha de ser vaciada, se corta una capa delgada de la parte posterior, se excava lo más posible del busto y luego se aplica de nuevo la capa exterior, en el dorso, y se borra la solución de continuidad. Pero estas señales están en el centro, donde se hallarían las uniones del molde y son iguales que las de Broomhill. Así, pues, a pesar del exceso de peso, me inclino a pensar que esa figura ha sido moldeada como la de Broomhill. Por otra parte, es lo más probable. De la primera figura se sacó un molde y, en cambio, habría sido mucho más molesto excavar el modelo sólido que no moldear una figura.

Mientras hablaba, golpeó con el nudillo de un dedo la que tenía en la mano, colgada aún en la romana, pero el sonido que produjo sólo indicó que las paredes de la figura eran muy gruesas. La descolgó y me la ofreció para que la examinase, aunque yo no acepté, y volvió a dejarla en la vitrina. Luego fuimos a la oficina del conservador, para avisar al señor Sancroft que habíamos terminado nuestra inspección y a darle las gracias por las facilidades que nos proporcionó.

—Bien —dijo, dejando a un lado la pluma—. Supongo que ahora conocen bien las obras de Peter Gannet, aunque yo no pueda decir lo mismo. Por regla general son superiores a la comprensión de nuestros visitantes y también a la mía.

—¿De modo que no son muy populares? —preguntó Thorndyke.

—No digo tal cosa —replicó Sancroft, con leve sonrisa—. La figura del mono parece ser muy divertida. Pero no estamos aquí para eso. Nuestra sociedad desea instruir y elevar la cultura, pero no dar espectáculos cómicos; de modo que no lamentaré ver cómo su dueño se lleva esta figura.

—¿Su dueño? —repitió Thorndyke—. ¿La señora Gannet?

—No le pertenece —replicó Sancroft—. Gannet la vendió, pero como el comprador hacía un viaje a América, obtuvo permiso de dejarla aquí hasta su regreso. Espero su llegada y, como digo, me alegraré de que se la lleve, porque aquí no sirve más que de diversión. Los visitantes no son lo bastante cultos para comprender la escultura modernista.

—¿Y si su dueño no comparece? —preguntó Thorndyke.

—En tal caso, habremos de devolverla a la señora Gannet. Pero no temo tal cosa. El comprador, un tal señor Newman, según creo, pagó cincuenta libras por ella y no creo que la olvide.

—Es un precio enorme —convino Thorndyke—. ¿Acaso Gannet en persona le comunicó a usted el precio de venta?

—No, señor. No llegué a conocerlo. Me lo dijo su señora cuando trajo esa figura con las demás piezas.

—Supongo —dijo Thorndyke— que cuando venga el dueño de esa figura a reclamarla, presentará alguna prueba de su identidad, porque, de lo contrario, no se aventuraría usted al peligro de entregarla a un desconocido.

—Yo no conozco a ese hombre —dijo Sancroft—. Pero este asunto está ya solucionado. La señora Gannet me entregó dos cartas de su marido para este efecto. ¿Quiere usted verlas? Ya sé que le interesan los asuntos de la señora Gannet.

Sin esperar respuesta, abrió un cajón del escritorio y, de entre otros papeles, sacó dos, unidos por un alfiler.

—Aquí están —dijo, entregándolos a Thorndyke.

Éste puso la carta de manera que pudiéramos leerla ambos. La primera decía:

—12 Jacob Street. 13 de abril de 1931. Querido señor Sancroft: Aparte de la colección de vasijas para su exhibición, a título de préstamo, le envió la figura de un mono en barro cocido. No es ya mía, porque la vendí al señor James Newman, pero como ha ido a hacer un viaje por los Estados Unidos, me permitió cederle a usted la figura a préstamo hasta su regreso a Inglaterra, es decir, hasta dentro de tres meses. Entonces se presentará a usted con una carta de la que le envió copia y usted le devolverá la figura a cambio de un

recibo, que luego se servirá usted mandarme. Suyo afectísimo, Peter Gannet».

La segunda carta era la copia citada y decía así:

«Querido señor Sancroft: El portador de la presente, señor James Newman, es el propietario de la figura de un mono que le envié a usted a título de préstamo. Ruégole que se la entregue, si él lo desea, o siga sus instrucciones acerca del particular. Si se la lleva, hágame el favor de hacerle firmar recibo previo. De usted afectísimo, Peter Gannet».

—Ya ve usted —dijo Sancroft, mientras Thorndyke le devolvía las cartas— que la primera lleva la fecha del siete de abril, de modo que hasta el siete de julio podría presentarse en cualquier momento. Y como traerá la carta de presentación, no habrá ningún inconveniente en que yo le entregue la figura. Y cuanto antes, mejor. Ya estoy cansado de ver cómo la gente se ríe y se burla de esa figura.

—Lo comprendo —dijo Thorndyke—. Espero que ese señor Newman vendrá en breve y le libraré de esas molestias. Le doy otra vez las gracias por su amabilidad y tenga por seguro que no olvidaré mi promesa de encontrar quien le ayude.

Dicho esto nos despedimos. Yo quedé más extrañado todavía al observar que Thorndyke había reiterado aquella promesa. Era asunto que no nos importaba. Empecé a creer que mi amigo tuviese algún otro motivo para ello.

CAPÍTULO XVII - El señor Snuper

Al llegar a nuestras habitaciones nos recibió Polton, que, sin duda, observó nuestra llegada y me comunicó que el señor Linnell nos aguardaba.

—Lleva ya más de media hora, de modo que tal vez quiera usted invitarlo a tomar el *lunch*. Le he puesto cubierto y el *lunch* está preparado.

—Gracias, Polton —dijo Thorndyke—. Veremos si le conviene.

Mientras Polton se retiraba, escalera arriba, abrió la puerta de roble con su llave y entró en la estancia, en donde encontramos a Linnell paseando con alguna impaciencia.

—Temo mucho haber llegado a hora inoportuna —dijo, disculpándose.

—De ningún modo —le interrumpió Thorndyke—. Llega usted con grande oportunidad. El *lunch* está preparado y Polton le ha puesto un cubierto, deseoso de que nos acompañe.

El rostro preocupado de Linnell se iluminó al recibir la invitación, que aceptó agradecido. Pasamos, pues, a la habitación que fue destinada a comedor y, cuando nos sentábamos a la mesa, Thorndyke miró a nuestro amigo y observó:

—Parece usted disgustado, Linnell; ¿nada grave?

—No, señor. Pero no estoy contento de la marcha de las cosas. Todo por culpa del maldito Blandy. No le deja a uno en paz. Aún sigue convencido de que la señora Gannet sabe o podría adivinar dónde se oculta Boles, y yo estoy seguro de que lo ignora en absoluto. Pero él no se conforma. Cada día se muestra más violento ; desde luego sigue muy cortés, y temo que se le haya ocurrido alguna diablura.

—¿Cuál? —pregunté.

—A veces insinúa la posibilidad de una acusación.

—Eso no le compete —dije—. Él no es más que un detective inspector.

—Ya lo sé —contestó Linnell—. Y eso es lo que le duele. Pero, en realidad, no puede hacer otra cosa. Él no es más que un oficial de policía, y habrán de decidir sus superiores y el fiscal. Él, por su parte, se conduce de un modo confidencial y amistoso, para poner de manifiesto las desdichadas y pequeñas circunstancias que podrían influir en las intenciones de las personas que no conocen a esta señora. Y, en secreto, me dijo que tal vez sus superiores, contra su opinión, decidiesen acusar a la señora Gannet.

—No creo que puedan —dije—, a no ser que Blandy sepa más de lo que conocemos.

—Ésta es la duda —contestó Thorndyke—. ¿Sabe algo más? Me parece que no, porque si tuviese conocimiento de algún hecho, lo habría comunicado a sus superiores. Y si éstos no han decidido hacer cosa alguna, hemos de suponer que no existen tales hechos. Creo que la inquietud de Blandy se refiere a Boles.

—Sí —replicó Linnell—. Nos ha explicado a la señora Gannet y a mí que todas

nuestras molestias desaparecerían si pudiésemos ponernos en contacto con Boles. Desde luego, creo que si Blandy pusiera las manos en él, ya no se interesaría más por la señora Gannet. Y la molesta sin cesar para ver si aclara algo.

—Eso parece muy posible —dijo Thorndyke—. Pero tengan ustedes en cuenta que el interés de Blandy por Boles no se refiere al asesinato cometido en el estudio, sino al de que fue víctima el agente, en Newingstead. Y Blandy opina que si la señora Gannet se viera sometida a un juicio, tal vez la obligasen a hacer alguna declaración. Probablemente no ha dado cuenta de eso a sus superiores. Pero, en fin, ¿de qué podría acusar a esa señora? ¿Lo imagina usted, Linnell? ¿De complicidad después del crimen?

—Así es. Si el fiscal decidiera perseguir a esa señora, la acusaría de que, enterada de que se había cometido un crimen, dio amparo al asesino para que pudiera eludir a la justicia. No sería posible acusarla de otra cosa.

—Pero ¿qué pruebas tiene de ello? Nadie es capaz de demostrar que ella conoce el escondrijo de Boles.

—Creo que no —convino Linnell—. Pero existe la desdichada circunstancia de que, al echar de menos a su marido, no se resolvió a entrar en el estudio, lo cual podría dar a entender que ya tenía conocimiento de lo sucedido.

—Este argumento no vale nada —dijo—. ¿Cuáles son los demás?

—Blandy cree que las relaciones entre Boles y la señora Gannet tenderían a justificar la acusación. Nadie sospecha que sostuvieran relaciones pecaminosas, pero, desde luego, eran buenos amigos.

—Es un argumento aún más débil que el anterior —repliqué—. La indicación de un motivo plausible para realizar una cosa determinada no es prueba de que se haya llevado a cabo. Si Blandy no tiene mejores argumentos, no conseguirá convencer a ningún magistrado. ¿Qué le parece, Thorndyke?

—Que Blandy tiene muy malos naipes —contestó—. Desde luego hemos de tomar en consideración todos los hechos, y si no conoce algo que nosotros ignoramos, éstos no bastarían para su objeto.

—También —añadió Linnell— ha hecho alguna insinuación con respecto al envenenamiento por arsénico.

—Eso no es más que un bluff ^[18] —dijo Thorndyke—. No le permitirán mencionarlo siquiera, y él lo sabe. Me da la impresión de que todo eso no son más que amenazas para ver si obliga a la señora Gannet a declarar alguna cosa. Sin embargo, quizá podrá hallar un motivo plausible para inducir a las autoridades a que adopten alguna determinación. Blandy es ingenioso, está lleno de recursos y no posee demasiados escrúpulos. Es un adversario de cuidado.

—Y si consigue su objeto, ¿qué me aconsejan ustedes? —preguntó Linnell.

—Ya conoce usted la rutina, Linnell —replicó Thorndyke—. Estamos convencidos de la inocencia de esa señora y usted obrará en consecuencia. Más tarde hablaremos de la fianza.

—¿Cree usted que se la aceptarán?

—¿Por qué no? —exclamó Thorndyke—. Sólo podrían acusarla de complicidad después del hecho, que no es delito grave. La pena máxima es de dos años de prisión, pero casi siempre las sentencias son más suaves. Usted pedirá la libertad bajo fianza y la policía no podrá oponerse.

»Y con respecto al caso en general, le aconsejo que procure ganar tiempo. Busque todas las dilaciones posibles, excusas, presente escritos, pida aplazamientos y apure todos los recursos. Cuanto más se posponga la fecha final, más fácil será hallar la respuesta concluyente. Y, siguiendo el ejemplo de Blandy, voy a hacerle una confidencia.

»He examinado detalladamente este caso, en parte en beneficio de la señora Gannet y luego por otras razones. Tengo ya algunas ideas claras acerca del crimen, del móvil y de los medios empleados por el criminal. Pero hasta ahora sólo es una teoría y no puedo demostrar nada. Aún me falta el punto que me permitirá saber si estoy en lo cierto o no. No me será posible comprobar la verdad hasta que hayan ocurrido ciertas cosas. Es posible que éstas no tarden, pero he de esperar. Si suceden, como espero, sabré si tengo razón, y entonces demostraré que la señora Gannet no ha sido cómplice. Pero no puedo fijar ninguna fecha, puesto que no me es posible dirigir el curso de los acontecimientos.

Linnell y yo quedamos impresionados. Yo continuaba sin saber qué se proponía Thorndyke. Y no comprendía tampoco su interés por un caso que no le importaba, aparte de su simpatía por la señora Gannet, ni tampoco me di cuenta de que se pudiera descubrir algo más de lo que ya se sabía.

Me dije que tal vez me pasó por alto algún punto esencial y eso quedó confirmado. Thorndyke tenía ya una teoría del crimen, que podría ser cierta o estar equivocada, pero, como ya conocía a Thorndyke, no dudé de que andaba sobre seguro y no me quedaba más recurso que esperar los acontecimientos.

Seguimos hablando de la fianza. Sabíamos que Oldfield se hacía responsable de los gastos y al fin se convino que Thorndyke aportaría la suma necesaria para la fianza, aun cuando su nombre no figuraría en el caso. Linnell se marchó más reanimado, gracias a lo que dijera Thorndyke, al *lunch* que había tomado y a una o dos copas de buen vino clarete.

Aunque la confianza de Thorndyke más me confundía que me explicaba, tuvo la virtud de excitar mi interés por la señora Gannet y sus asuntos. Durante los días siguientes les pasé revista mental, aunque con poco resultado. Sin embargo, pude hacer un descubrimiento en otra dirección. Sucedió así:

Pocos días después de la visita de Linnell, tuve ocasión de ir al Hospital de Londres para conferenciar con un cirujano acerca de un paciente por quien me interesaba. Una vez que hube terminado mi asunto salí y, al verme en Whitechapel Road, el aspecto de la vecindad me recordó la visita al Museo del Pueblo y me di cuenta de que me hallaba a corta distancia de él. Estaba muy extrañado por la

conducta de Thorndyke y por la promesa que hiciera a Sancroft de ayudarlo en sus dificultades. Me pregunté si había cumplido su palabra. Y, lleno de curiosidad, decidí averiguarlo. Por lo tanto, me dirigí hacia el Museo del Pueblo.

Al llegar vi contestada una de mis dudas. Allí no había ni rastro del señor Sancroft, pero observé que vigilaba la colección un caballero de aspecto estudioso, sentado en un sillón y leyendo un libro. Llevaba unas gafas de armazón de asta. Tan ocupado estaba en sus estudios, que no se dio cuenta de mi llegada.

Aprovechando su distracción, lo observé atentamente, y aunque no me fue posible recordar su nombre, tuve la impresión de que lo conocía de vista. De pronto, al fijarme mejor, lo reconocí.

—¡Caramba! —exclamé—. Es el señor Snuper.

—Sí, señor —contestó—. Al parecer se ha sorprendido usted mucho.

—En efecto —contesté—. ¿Qué hace usted aquí?

—A la verdad, muy poco —contestó—. Pero me aprovecho de mi inacción para leer algunos libros.

Miré el título del que leía y no me sorprendió descubrir que era un tratado de crustáceos. Al observar mi asombro, dijo, disculpándose:

—Aunque modestamente, soy coleccionista de crustáceos ingleses. Empecé durante unas vacaciones a la orilla del mar y ahora voy encontrando ejemplares en las tiendas de mariscos.

—Nunca me figuré que se encontrase allí ningún ejemplar raro.

—Desde luego. Pero, sin embargo, se descubren, a veces, curiosas e interesantes formas de la vida de los crustáceos.

Siguió hablándome de los descubrimientos que había llevado a cabo y, de pronto, se me ocurrió la idea de que aquel discreto caballero trataba de distraerme para que no le hablase de otros asuntos. Por eso, sin hacerle más caso, le pregunté:

—¿Y cómo demonio ha venido usted a parar aquí?

—Fue idea del doctor Thorndyke. Por el momento, yo no tenía nada que hacer, y el señor Sancroft necesitaba alguien que lo substituyera en su ausencia. Por eso el doctor me aconsejó venir acá, haciendo, al mismo tiempo, un favor al señor Sancroft.

No tuve nada que replicar y, además, comprendí que no averiguaría otras cosas. Decidí, pues, terminar la conversación y, después de desear los buenos días a mi interlocutor, me dirigí a la estación Shoreditch.

Estaba preocupado por aquel suceso que más bien aumentaba mis dudas en vez de aclararlas. La explicación de Snuper acerca de su presencia en aquel lugar era razonable y plausible. Por el momento, Thorndyke no tenía en qué ocuparlo y, en cambio, podía hacer un favor a Sancroft. Era muy sencillo, pero creí que en aquello habría algo oculto y me basaba en lo que sabía del señor Snuper.

Éste era un hombre muy notable. Primero fue un agente investigador particular, a quien, a veces, había empleado Thorndyke. Pero Snuper resultó tan valioso, digno de confianza, discreto y rápido, que Thorndyke acabó por convertirlo en miembro

regular de su personal. Aparte de otras cualidades, el señor Snuper tenía el don de pasar inadvertido. Sabía hacerse casi invisible. Cada vez que se le veía, parecía otra persona distinta y así acababa de ocurrirme al encontrarlo en el Museo. Nunca me expliqué cómo lo hacía. Jamás se disfrazaba, pero siempre conseguía pasar como desconocido.

Era muy útil a Thorndyke, que, por su medio, podía vigilar personas o lugares sin que lo advirtiese nadie.

—¿Cuál sería, pues, la razón de la presencia del señor Snuper en el Museo de Arte Moderno para el Pueblo? No pude contestar a esta pregunta.

CAPÍTULO XVIII - El señor Newman

Linnell estuvo muy ocupado durante algunos días, haciendo preparativos en defensa de su cliente y, a pesar del escepticismo que sentimos todos acerca de la posibilidad de una acusación contra la señora Gannet, la tensión aumentaba de día en día. De pronto estalló la bomba. Así nos lo comunicó una nota de Linnell. Decía que aquella misma mañana la señora Gannet recibió la orden de comparecer, tres días después, ante el tribunal de policía, para responder a la acusación de haber protegido, dado alojamiento o facilitado la desaparición del asesino de Peter Gannet, después de haber cometido el delito.

Thorndyke pareció tan sorprendido como yo, pero algo más preocupado.

—No puedo imaginar —dije— qué pruebas presentará Blandy. Con toda seguridad ignora el paradero de Boles, porque, de lo contrario, lo habría detenido. Y si es así, no puede haber descubierto ninguna prueba de que exista comunicación entre Boles y la señora Gannet.

—Así es —replicó Thorndyke—. No puede haber interceptado ninguna carta de esa señora, por la razón de que esas cartas darían a conocer el escondrijo o el paradero de Boles. Pero también es cierto que la policía no hubiese dado este paso si Blandy no tuviera hechos suficientes que lo justifiquen. En este caso de nada le pueden valer sus dotes de persuasión. Es muy misterioso. De acuerdo con mi teoría, la señora Gannet no es ni puede haber sido cómplice antes o después del crimen.

Esta observación me permitió comprender los temores de Thorndyke, pues me dio a entender que si Blandy había descubierto algo nuevo, eso no concordaba con la teoría de mi amigo. Así se lo dije, y él replicó:

—Lo malo del caso es que mi teoría, hasta ahora, no tiene más valor que una hipótesis.

Se basa en una serie de deducciones de los hechos conocidos. No tengo más datos que Blandy o que usted mismo. Mis razonamientos me parecen sólidos, pero siempre es posible un error o que no conozca todos los datos que posea Blandy. Uno de los dos se equivoca. Deseo y espero que el equivocado sea Blandy, pero puede ocurrir lo contrario. En fin, ya veremos qué dice la acusación.

—Supongo que asistirá usted a ella —dije.

—¡Claro está! Hemos de ir allá para oír lo que dice Blandy, en el caso de que declare y también cuáles son los preósitos de la acusación. Además, hemos de ayudar en lo posible a Linnell. Supongo que me acompañará usted.

—Sin duda —contesté—. Tengo tanta curiosidad como usted mismo. No faltaré.

Pero la visita al tribunal de policía no llegó a realizarse, porque aquella misma noche los sucesos que esperaba Thorndyke empezaron a presentarse en nuestro horizonte. Llegó a nuestro despacho un joven de aspecto reservado, quien, después de ser interrogado por Polton, solicitó una entrevista personal con Thorndyke,

negándose a dar su nombre o la razón de su visita a nadie más que al doctor. Polton lo llevó a nuestra presencia y en cuanto se hubo convencido de que aquel hombre no tenía malas intenciones, se retiró y cerró la puerta.

El desconocido sacó de un bolsillo interior un paquete envuelto en papel de periódico. Extrajo un sobre sellado y, en silencio, lo entregó a Thorndyke. Éste rompió el sello y leyó la corta misiva.

—Si espera usted un momento —dijo, ofreciendo una silla al mensajero— le daré la respuesta. ¿Vuelve usted directamente allá?

—Sí, señor. Me espera —contestó.

Thorndyke se sentó al escritorio y, después de escribir unas cuantas líneas, metió el papel en el sobre, que selló con lacre y lo entregó al mensajero, con un billete de diez chelines.

—Esto —dijo— es en pago de su servicio. Recibirá usted otro tanto a la entrega de mi carta. Ya doy instrucciones en este sentido.

El mensajero recibió la carta, sonriente, y, después de dar las gracias, envolvió el sobre en el periódico, guardó el paquetito en el bolsillo y se marchó.

—Es una nota de Snuper —dijo Thorndyke— que ocupa el puesto de Sancroft en el Museo del Pueblo. Me dice que el propietario de la obra maestra de Gannet irá mañana por la mañana a hacerse cargo de aquella figura.

—¿Y eso nos interesa? —pregunté.

—A mí, mucho —contestó—. Tengo el mayor deseo de no perder de vista esa figura. Me interesan muchas cosas de ella, y si la sacan del Museo, quiero saber adónde irá a parar, con objeto de que en todo momento pueda examinarla. Así iré mañana por la mañana al Museo y me esforzaré en averiguar dónde tiene el señor Newman su colección y qué se propone hacer con ese mono. Tal vez sea, simplemente, un tratante y, en tal caso, hay el peligro de que el mono fuese a parar a un lugar remoto o desconocido.

—No creo que sea un tratante —dije—, porque nadie le pagaría ni siquiera el dinero que le costó. Debe de ser una especie de Broomhill, pero quizá viva en alguna provincia o en el extranjero. ¿A qué hora se propone usted ir al Museo?

—Abre sus puertas a las nueve de la mañana y Snuper cree que el señor Newman llegará a esa hora. Yo le he anunciado mi visita a las ocho y media.

Prometía ser muy poco interesante aquella gestión, pero en ella pude notar algo anómalo. No comprendí el interés de Thorndyke por aquel mono horrible y llegué a sospechar que en todo ello hubiese algo más de lo que me decía mi amigo. Por esta razón traté de hacerlo hablar.

—Si yo le acompaño, ¿será útil o molesta mi presencia?

—Mi querido amigo —contestó—, su presencia siempre es útil y agradable. En realidad, me proponía rogarle que me acompañase. Hasta ahora y, al parecer, no se ha dado cuenta de la importancia que tiene el mono en nuestro asunto. Pero tal vez mañana se convenza de lo contrario. Acompañeme, pues. Voy a hacer mis

preparativos y le aconsejo que me imite. Saldremos de aquí a las ocho y cuarto.

Dicho esto, subió al laboratorio y no tardé en oír el lejano repiqueteo del timbre del teléfono. Al parecer convino una cita con alguien, porque poco después lo oí bajar, pero ya no lo vi más hasta que compareció para fumar la última pipa, antes de acostarse.

A la mañana siguiente, Polton me despertó muy temprano, me sirvió el desayuno a una hora ridícula y luego se situó a la puerta de la calle para vigilar la llegada del taxi pedido la noche anterior. Con toda evidencia sabía que se trataba de algo importante, y lo mismo suponía el chófer, porque llegó a las siete y media, hecho que anunció Polton, triunfante, cuando yo tomaba la segunda taza de té. Quedaba muy poco tiempo disponible, porque, una vez que emprendimos la marcha, pareció como si todos los vehículos de Londres se hubiesen reunido para retrasar nuestro paso, de modo que hasta las ocho y cuarto no pudimos llegar al Museo Geffrye. Allí despedimos el taxi y, despacio, nos dirigimos a pie hasta el Museo del Pueblo.

Cuando estábamos ya cerca, vi a un hombre que acudía a nuestro encuentro y no tardé en reconocer al señor Snuper. Al vernos dio media vuelta, se dirigió al Museo del Pueblo y, después de abrir la puerta, entró. A nuestra llegada encontramos al señor Snuper que nos aguardaba, dispuesto a cerrar de nuevo la puerta.

—Bien, Snuper —dijo Thorndyke—. Al parecer, todo marcha de acuerdo con nuestros planes. En su carta no me dio ningún detalle. ¿Cómo convino usted este aplazamiento?

—No tuve que esforzarme —contestó Snuper—, porque ello resultó del modo más natural. Ayer el señor Sancroft no compareció por aquí. Tuvo que ocuparse de sus asuntos y, como yo no podía quedarme aquí, se marchó sin reparo. Poco antes de cerrar, se presentó el señor Newman. Me dio cuenta de su visita, me mostró la carta de presentación y el recibo que había extendido y firmado de antemano. Pero yo le expliqué que no era el conservador y que no tenía autoridad bastante para entregar ningún objeto expuesto en el Museo. Además, la vitrina estaba cerrada y el señor Sancroft tenía la llave del arca en la que guardaba las llaves, de modo que, aun cuando hubiese querido y podido, no me era posible entregar ningún objeto.

»Eso le disgusta, pero no había remedio y, en resumidas cuentas, sólo habría de esperar unas pocas horas. Le dije que el señor Sancroft vendría hoy a abrir el Museo, a la hora de costumbre, de modo que, probablemente, el señor Newman volverá a las nueve. Es posible que esté aguardando en la calle la llegada del señor Sancroft.

Pero no ocurrió así, porque este último llegó antes de la hora y cerró la puerta después de entrar. Ignoraba lo ocurrido en su ausencia y le sorprendió mucho vernos a Thorndyke y a mí en el Museo. Snuper se llevó a Sancroft al despacho del conservador, cerró la puerta y le explicó lo sucedido.

Mientras tanto, Thorndyke empezó a curiosear de un modo raro. Al parecer, buscaba algún lugar desde el cual pudiese observar la entrada y la galería principal, sin ser visible a su vez. Después de probar al amparo de una o dos vitrinas, que no le

convinieron, dada su estatura excepcional, fijó la atención en la habitación que daba a la galería principal y que estaba dedicada por completo a las acuarelas. La entrada de esa habitación estaba enfrente de la vitrina que contenía el famoso mono, y también se veía desde allí la puerta principal. Pero, al parecer, tuvo otro atractivo para Thorndyke, porque en la pared que se hallaba frente a la entrada estaba suspendida una acuarela muy grande, cuyo cristal, debidamente orientado, reflejaba la sala y la puerta principal, así como también la vitrina en que se hallaba el mono. Pude observar que aquel cristal no sólo daba una reflexión muy clara, a causa del color oscuro de la pintura, sino que, además, ofrecía la ventaja de que el observador era invisible desde la galería principal o para cualquiera que no entrase en aquella pequeña estancia.

Ello era muy interesante, pero aún me sorprendió más que Thorndyke hubiese buscado aquel observatorio. Una vez más pude convencerme de que las cosas eran algo diferentes de lo que parecía. Según me dijo Thorndyke, su propósito era presentarse al señor Newman y averiguar el futuro paradero del mono. Pero la conducta de mi amigo parecía no estar de acuerdo con estos propósitos.

No tuve ya tiempo para reflexionar, porque en aquel instante el señor Snuper salió del despacho del conservador para abrir la puerta principal, Regresó acompañado por un hombre que había entrado inmediatamente y me di cuenta de que los sucesos, cualesquiera que fuesen, acababan de comenzar.

—Por un momento no se deje ver —me recomendó Thorndyke, en voz baja.

Me adosé a la pared y me fijé en lo que ocurría sin obstruir la visión de Thorndyke. En el reflejo del cristal pude ver a Snuper y a su compañero que se acercaban al lugar en que estábamos al acecho y luego oí cómo el primero decía:

—Si me entrega usted la carta y el recibo, cuidaré de hacerlos llegar a manos del señor Sancroft y él me dará la llave de la vitrina si no desea hacer la entrega en persona.

Dicho esto, volvió a la habitación del conservador y cerró la puerta. Mientras tanto, el desconocido, tal vez el señor Newman, quien, según pude ver, llevaba un saco de mano, se acercó a la vitrina que contenía el mono. Empezó a mirarlo de espaldas a nosotros, y estábamos tan cerca que, de extender la mano, habría podido tocarlo. Mientras tanto, Thorndyke asomó la cabeza por la jamba de la puerta para examinarlo directamente. Luego retrocedió y fue a situarse a su espalda. Yo seguí su ejemplo, curioso por ver lo que ocurriría.

De pronto, descubrí a dos hombres que acechaban en el vestíbulo, cerca de la puerta principal, casi ocultos por la puerta interior y de modo que Newman no podía verlos. De pronto, éste notó la presencia de alguien a su espalda, porque se volvió en redondo y quedó frente a frente de Thorndyke. Me di cuenta de que iba a ocurrir algo crítico y de que Thorndyke había llegado a un momento interesante en sus investigaciones. En cuanto los ojos del desconocido miraron a Thorndyke, adquirieron una expresión de horror y de asombro, y su rostro se puso lívido. Pero no

profirió una sola palabra. Luego se volvió otra vez, para continuar su contemplación de la figurita.

Entonces sucedieron tres cosas con la mayor rapidez. En primer lugar, Thorndyke se quitó el sombrero y la puerta del despacho del conservador se abrió para dar paso a Snuper y a Sancroft. Los dos hombres a quienes había observado abandonaron el vestíbulo y se acercaron al lugar en que se hallaban Newman y Thorndyke. Los miré con la mayor curiosidad y pude reconocerlos a ambos. Uno era el sargento detective Wills, del Departamento de Investigación Criminal, y el otro el detective inspector Blandy.

Mientras tanto, Newman había recobrado en parte el dominio de sí mismo, pero Blandy, por el contrario, parecía nervioso e inseguro. El primero, sin hacer caso de los detectives, se dirigió a Sancroft, rogando que apresurara el asunto, pero intervino Blandy, dudoso, aunque más cortés que de costumbre.

—Dispéñeme, caballero, si le interrumpo —dijo—. Pero he de rogarle que conteste a una o dos preguntas.

Newman lo miró con evidente alarma, y contestó, gruñón:

—No tengo tiempo para ello. Además, no le conozco a usted, ni me interesa lo más mínimo.

—Soy detective —explicó Blandy— y...

—En tal caso, no tenemos nada que tratar —replicó Newman.

—Deseo hacerle algunas preguntas relacionadas con un asunto desagradable que, en septiembre último, ocurrió en Newingstead —continuó Blandy, en tono persuasivo.

Pero Newman lo interrumpió bruscamente.

—¿Newingstead? Nunca oí ese nombre y no sé de qué me habla.

Blandy lo miró conturbado y dirigió a Thorndyke una mirada suplicante.

—¿Puede usted decirme algo más preciso, señor? —preguntó.

—Me parece que sí —contestó Thorndyke—. Pero, sea como fuere, acuso a ese hombre, Newman, según se hace llamar, de haber asesinado al agente Murray en Newingstead, el diecinueve de septiembre último. Eso le justifica a usted para prenderlo. Y, además... Bien, ya sabrá usted lo que deba hacer.

Pero Blandy continuaba indeciso. El terror y la mirada asesina que aquél dirigió a Thorndyke no significaban nada. Por lo tanto, el inspector, extrañado y no convencido, quiso contemporizar.

—Si me permite usted, señor Newman, tomaré una impresión de su dedo pulgar izquierdo y, si hay algún error, quedará aclarado en un momento. ¿Qué me contesta?

—¡Que se vaya al diablo! —exclamó Newman, airado.

Al mismo tiempo se alejó del inspector, para tropezar con el corpulento Wills, que ocupaba la única salida.

—Acabo de mencionar una acusación precisa, inspector —le recordó Thorndyke, sin dejar de observar a aquel individuo.

El tono de sus palabras parecía convencer a Blandy.

—Bien, señor Newman —dijo—. Si no quiere ayudarnos, suya será la culpa. Lo detengo como autor del asesinato del agente de policía Murray, en Newingstead, el diecinueve de septiembre último, y he de prevenirle que...

No pudo continuar, porque Newman hizo un movimiento repentino. Pero inmediatamente lo rodearon los brazos del sargento Wills, que, con la mayor habilidad, le había agarrado las muñecas y las sujetaba contra el pecho del preso. Casi en el mismo instante, Blandy saltó para sujetar las orejas de Newman, a fin de inmovilizar su cabeza e impedir que mordiese las manos del sargento.

Pero Newman era, sin duda, un fornido rufián y luchaba con tal violencia, que a los dos detectives les costó mucho sujetarlo, a pesar de que Snuper y yo acudimos en su auxilio. Y en el estrecho espacio que había entre dos vitrinas íbamos todos de un lado a otro, girando lentamente y poniéndonos en violento contacto con los cantos agudos. Blandy volvió su rostro sudoroso a Thorndyke, y le dijo:

—¿Podría usted tomar la impresión de su pulgar, doctor? Ya ve usted que no puedo soltarlo. En mi bolsillo de la derecha encontrará lo necesario.

—Ya lo traigo yo —contestó Thorndyke, sacando del bolsillo una cajita metálica—. Desde luego, se entiende que obro por indicación de usted.

Sin esperar respuesta, sacó de la caja un diminuto rodillo y, pasándolo por el interior de la tapa, que era una platina llena de tinta, se acercó al inquieto preso, en espera de una oportunidad. De pronto, agarró su pulgar izquierdo y, sosteniéndolo, pasó el rodillo por la yema. Sacó luego un pequeño bloque de papel y, esperando otro momento favorable, lo oprimió sobre la superficie entintada. La impresión resultante no fue perfecta, pero bastaba para el objeto.

—¿Tiene usted consigo la fotografía? —preguntó.

—Sí —contestó Blandy— pero no puedo... ¿Quiere usted contenerle un momento la cabeza?

Thorndyke dejó el bloque sobre la vitrina inmediata y, siguiendo las instrucciones de Blandy, sujetó la cabeza del preso para substituir al inspector. Éste tomó el bloque de papel y luego sacó del bolsillo una fotografía montada en una tarjeta. Por unos instantes comparó las impresiones.

—¿Están de acuerdo? —preguntó Thorndyke.

Blandy continuó el examen con el mayor interés. Por fin levantó los ojos y, olvidando su acostumbrada amabilidad, casi gritó:

—¡Ya lo creo! Es el mismo.

Entonces se produjo la catástrofe.

Ya porque la atención del sargento estuviese fija en Blandy o porque el preso hubiese estado aguardando aquella oportunidad, éste, después de cesar en su lucha, hizo un repentino y violento esfuerzo, retorciéndose y librándose de sus aprehensores y echó a correr por el paso libre. El sargento lo siguió, pero el preso, con la mayor rapidez y destreza, le aplicó un puñetazo al pecho, obligándolo a retroceder vacilante;

inmediatamente el preso empuñó una pistola automática y amenazó a sus perseguidores.



—Aún no comprendo cómo salió con vida.

Aunque Blandy no me fuera simpático, debo hacerle justicia y he de reconocer que, sin temor ni vacilación alguna, afrontó el peligro.

Aún no comprendo cómo salió con vida, porque se arrojó contra el preso mientras le apuntaba la pistola. Gracias a un milagro, la bala no le dio y, antes de que pudiese

disparar de nuevo, agarró las muñecas de aquel hombre y, más o menos, pudo dominar el arma.

Entonces el sargento, Snuper y yo acudimos en su auxilio y se reanudó la lucha, pero con la diferencia de que cada uno de nosotros había de vigilar el cañón de la pistola.

Apenas recuerdo los sucesos confusos de aquellos momentos. Tengo una idea vaga de que todos realizábamos esfuerzos violentos; oí algunos tiros, acompañados por la rotura de cristales; la lucha del sargento por meter la mano en el bolsillo sin soltar al preso y las maniobras del señor Sancroft, que, al principio, esquivaba los tiros y luego fue a refugiarse en su despacho. Tampoco tengo recuerdos claros de cuando llegó el final. Sé, únicamente, que cesaron los tiros y que, tras de oírse el último, el cuerpo del preso, que luchaba y se retorció, empezó a desplomarse al suelo. Entonces observé que tenía un agujerito en la sien, del que salía un hilillo de sangre.

Blandy se puso en pie y, mirando, ceñudo, el cuerpo de aquel sujeto, profirió una maldición.

—¡Qué mala suerte! —exclamó—. Supongo que está muerto.

—De eso no hay duda —dije, al observar los últimos estremecimientos de aquel hombre.

—¡Una suerte infame! —añadió Blandy—. Hay que ver cómo, después de haberlo sujetado, ha conseguido burlarnos.

—Eso se debe —observó el sargento— a que no hemos tenido paciencia para tomar la impresión de su dedo pulgar. Debíamos haber esperado a tenerlo sujeto.

—Es verdad —dijo Blandy—, pero yo no estaba seguro de que fuese el que buscamos. No corresponde a las señas que nos dieron.

—¿De quién eran esas señas? —preguntó Thorndyke.

—De Federico Boles —contestó Blandy—. Supongo que ése es Boles, ¿verdad?

—No, señor —replicó Thorndyke—. Es Peter Gannet.

Blandy se quedó como herido por un rayo.

—¡No es posible! —exclamó, incrédulo—. Habíamos identificado sin duda alguna los restos de Gannet.

—Sí, eso —contestó Thorndyke— es lo que se esperaba que hiciesen ustedes. Los restos eran los de Federico Boles con algunas añadiduras.

—Es algo asombroso —exclamó Blandy—. Hemos estado haciendo el ridículo, y persiguiendo un fantasma. Pero usted debiera habernos avisado antes, doctor.

—Mi querido Blandy —replicó Thorndyke—, yo le dije todo cuanto sabía así que llegó a mi conocimiento.

—No nos dijo quién era ese Newman.

—Porque también lo ignoraba yo —replicó Thorndyke—. Al llegar hoy aquí sospechaba que el señor Newman era Peter Gannet, pero no me convencí hasta que lo hube visto y noté que él me reconocía. Ya le dije anoche que no tenía ninguna certeza.

—Bueno —exclamó Blandy—. Eso ya no tiene remedio. ¿Hay teléfono en esta oficina? Si lo hay, sargento, llame inmediatamente al puesto de policía, encargando que envíen una ambulancia lo antes posible.

Mientras el sargento cumplía aquella orden, Thorndyke y yo extendimos el cadáver, para evitar las consecuencias de un *rigor mortis* prematuro. Luego nos dirigimos al despacho del conservador, donde Blandy parecía deseoso de hablar «de lo que pudiera haber sido». Pero estuvimos allí poco rato, porque la ambulancia llegó con gran rapidez, y en cuanto se hubieron llevado el cadáver, el inspector y el sargento se dispusieron a salir.

—Hay algunos detalles, doctor —dijo Blandy—, que me gustaría mucho conocer por su medio. Pero ahora debo ir a Scotland Yard para dar cuenta de lo ocurrido. No quedarán muy contentos, pero siquiera hemos esclarecido un caso misterioso.

Dicho esto, se alejó en el automóvil, con el sargento. Los acompañó el señor Sancroft, que, después de poner un cartel en la puerta, la cerró. Luego regresó a donde estábamos y, con tristeza, examinó los daños causados por los proyectiles.

—Dios sabe —dijo— quién pagará este estropicio. Siete vitrinas destrozadas, sin contar la nariz de la «Madonna», de Israel Popoff. Ha sido una verdadera desgracia. Y la culpa la tiene ese maldito mono, cuya vitrina, precisamente, no ha sufrido el menor daño. Pero pronto acabaré con eso. Sin embargo, ¿qué haré con él? Ese maldito muñeco, al parecer, no pertenece a nadie.

—Es propiedad de la señora Gannet —dijo Thorndyke—. Y creo preferible encargarme yo de él, para entregárselo. Le daré recibo.

—No lo necesito —dijo Sancroft, disponiéndose a abrir la vitrina—. Le acepto a usted como representante de la señora Gannet y me alegro de deshacerme de ese maldito monigote. ¿Quiere que lo envuelva?

—No hay necesidad —dijo Thorndyke, recogiendo el saco de viaje de Gannet, que éste había soltado al empezar la lucha—. Supongo que aquí habrá sitio.

Abrió el saco y, al ver que contenía una gruesa bufanda de lana, la utilizó para envolver la estatuita.

Aquello terminó nuestra misión y, después de dirigir unas palabras al agitado señor Sancroft y de despedirnos del señor Snuper, acompañamos al primero hasta la puerta y, poco después, nos vimos en la calle.

CAPÍTULO XIX - El secreto del mono

Los amigos de las paradojas aseguran que siempre ocurre lo inesperado, pero eso es una exageración porque, a veces, también sucede lo que se espera. Por lo menos, así fue en aquel caso, porque cuando pasamos por delante de la entrada de nuestras habitaciones, al regresar del Museo, esperé que Thorndyke se dirigiría en línea recta al piso en que se hallaba el laboratorio. Y así fue. Se encaminó al espacioso taller y, después de saludar a Polton, dejó en el banco el saco de mano de Gannet.

—No necesitamos molestarle, Polton —dijo, al notar que nuestro ayudante pulimentaba un regulador que estaba construyendo. Pero Polton había fijado ya una curiosa mirada en el saco de mano y, relacionándolo con nuestra expedición, tal vez olfateó algo más interesante que la relojería.

—No me molesta usted, señor —dijo, abandonando su trabajo—. El reloj sirve para entretenerme en los momentos de ocio. ¿Puedo serle útil?

Thorndyke sonrió y, abriendo el saco, extrajo la figura y la puso en el banco.

—Vea, Polton —dijo—. ¿Qué opina de eso, como obra de arte?

—¡Dios mío! —exclamó Polton, contemplando el muñeco con desagrado—. Es muy feo. ¿De dónde habrá salido eso? ¿Quizá de los mares del Sur?

Thorndyke levantó la imagen, la invirtió y la entregó a Polton, quien la examinó detalladamente.

—¡Caramba! —exclamó—. Parece haber sido hecha por un hombre civilizado. Aquí hay unas letras inglesas, aunque no reconozco la marca.

—Ha sido hecha por un inglés —contestó Thorndyke—. Pero, aparte de la fealdad, ¿observa usted algo anormal?

Polton examinó la base y luego todos los detalles de la figura, a la que golpeó con sus nudillos, fijándose en el ruido que producían.

—Creo que no es sólida, aunque sí de paredes muy gruesas.

—No es sólida, estamos ya seguros de eso —dijo Thorndyke.

—Pues no comprendo —replicó Polton—. Eso parece una figura de barro corriente, y si está hueca no es posible. No veo ninguna abertura, pero no se habría podido cocer si no tuviese un agujero en algún sitio. De lo contrario, el fuego la habría destruido.

—Éste es el problema —convino Thorndyke—. Pero vea usted otra vez la base. ¿Qué le parece el espacio blanco y barnizado en que se halla la marca?

Polton la examinó otra vez y luego ajustó a uno de sus ojos una lupa de relojero.

—No sé. Parece haber sido esmaltado, pero no estoy seguro. ¿Usted qué cree, señor?

—Que se trata de un cemento blanco y duro, cubierto por una capa de barniz claro.

—Me parece que tiene usted razón, señor —contestó Polton, sonriendo—. ¿Y qué

hacemos ahora?

—Lo que llaman los cirujanos una puntura exploradora. Es decir, practicar un agujerito para ver qué grueso tiene la base.

—¿Servirá una broca cualquiera? —pregunté.

—No —dijo Thorndyke—. Pero creo que en el centro de la base no hay barro cocido. Recuerdo el ejemplar de Broomhill. Tenía una amplia abertura elíptica en la base y supongo que ésta la tenía también y que luego fue cubierta. Ahora conviene averiguar qué grueso tiene esa pasta.

—Valdrá más utilizar un berbiquí —dijo Polton— y quizá poner la imagen en el banco, porque podríamos estropearla en el tornillo.

Envolvió la imagen en unos trapos, la dejó sobre el banco y yo la sostuve con la mayor fuerza, para resistir la presión de la broca. Él empezó a trabajar, pero no tardó en ver que avanzaba muy poco.

—¿De qué será ese relleno, señor? ¿Y hasta qué profundidad debe de llegar? —preguntó Polton, observando la huella que produjera la broca.

—Supongo —dijo Thorndyke— que hay una capa delgada de cemento y luego un poco de yeso, de un grueso de diez a doce centímetros. Más allá debe de encontrarse la cavidad.

—¿Y cuál es nuestro objeto? —pregunté—. Supongo que trataremos de averiguar si la cavidad contiene algo.

—Casi estoy seguro de ello —dijo Thorndyke—. Porque, de lo contrario, nadie se habría tomado la molestia de tapar la abertura.

Polton volvió a la carga, aumentando la presión. La broca pareció progresar muy poco, pero de pronto se hundió rápidamente.

—Ha dicho usted diez o doce centímetros —observó Polton, mientras retiraba la broca y examinaba el blanco polvo que rellenaba sus espiras.

—Tal vez será más —observó Thorndyke—. Utilice una broca más larga y gruesa.

Polton obedeció y pronto hubo agrandado el agujero y penetró en el yeso más blando. De repente la broca se hundió.

—Diez centímetros, señor —dijo, triunfante—. ¿Qué amplitud debe de tener la abertura?

—Bastarán unos veinticinco milímetros, pero será mejor llegar a cuarenta.

Polton empezó a trabajar para agrandar el agujero y unos minutos después pudo sacar unas fibras de algodón en rama. Continuó agrandando el agujero y en cuanto éste tuvo unos cuarenta milímetros de diámetro, Thorndyke introdujo una herramienta y, después de hundirla en la masa de algodón, empezó a darle vueltas y al fin sacó todo el algodón allí encerrado.

Una vez sobre la mesa, abrió aquella pelota y dentro apareció un paquetito atado con hilo. Polton y yo nos inclinamos, llenos de curiosidad. Tal vez los dos nos figurábamos ya lo que iba a aparecer, pero la realidad sobrepujo a mis esperanzas y

Polton se quedó asombradísimo. Pero, rehaciéndose enseguida, exclamó:

—¡Nunca en mi vida vi cosa igual! Quince diamantes y cada uno de ellos un magnífico ejemplar, fíjense ustedes. Eso vale una fortuna.

—Creo —dijo Thorndyke— que representan unas diez mil libras. Ése es su precio en el mercado, pero podemos añadir el de tres vidas humanas, no a su valor, sino a su costo.

—Sin duda, opina usted que éstos son los diamantes de Kempster.

—Estoy seguro —dijo—. No es posible otra interpretación. Ese experimento ha comprobado la exactitud de mi teoría acerca del crimen. Esperaba encontrar quince diamantes grandes dentro de ese mono. Y aquí están. Esta figura pertenecía a Peter Gannet y lo que contenga en su interior lo puso él mismo, como lo demuestra el sello de la base que lleva su firma. Peter Gannet fue el asesino del agente y, al mismo tiempo, el ladrón de los diamantes. Estos corresponden, en número y aspecto, con los robados. Pero nos cercioraremos de ello. Kempster me dio la lista minuciosa de sus detalles, sin olvidar el peso de cada piedra y, desde luego, el peso total. No hay necesidad de comprobar el peso de cada uno, sino que bastará el del conjunto. Si coincide con la cifra dada por Kempster, no habrá necesidad de mejor prueba.

Thorndyke cerró con cuidado el paquete y nos dirigimos al laboratorio químico, donde Polton abrió la puerta de cristal de la balanza y comprobamos que estaba bien nivelada.

—¿Qué pesas le pongo? —preguntó Polton.

—El señor Kempster dice que el total alcanza a 380,4 gramos. Probemos éste.

Polton escogió las pesas y luego oprimió la palanca. En cuanto se levantaron los platillos, el índice apenas se desvió el grueso de un cabello de la señal cero.

—No hay necesidad de más —dijo Thorndyke— para tener la prueba de que son los diamantes robados a Kempster.

—Desde luego —dije—. ¿Y qué se propone usted hacer con ellos? ¿Devolvérselos a su dueño?

—No —dijo Thorndyke—. Los objetos robados han de entregarse a la policía, aunque se conozca a su dueño. Los entregaré, pues, al comisario, explicándole lo ocurrido, y le pediré recibo. Luego avisaré a Kempster y él se encargará de lo demás. No tendrá dificultad en recuperarlos, puesto que la policía tiene ya su descripción detallada. Y así terminará el asunto por lo que se refiere a mí. He cumplido con exceso el encargo de Kempster y he demostrado también que la señora Gannet no puede ser acusada de complicidad en el asesinato de su marido. Tales eran los fines ostensibles de mi investigación, aparte del interés intrínseco del caso, y como he logrado ambas cosas, sólo resta cantar *nunc dimittis* ^[19] y celebrar nuestro éxito con un modesto festejo.

—Falta otra cosa —dije—. Los sucesos de hoy han demostrado la exactitud de esa teoría, pero no tengo la menor idea de cómo ha conseguido usted ese éxito. Tal vez en la fiesta habrá una exposición razonada del caso.

—No tengo inconveniente —contestó—. Me parecerá interesante examinar de nuevo el curso de la investigación. Y si eso es interesante para usted y para Oldfield, que habrá de ser invitado, todos quedaremos satisfechos. —Hizo una pausa y, al advertir cierta tristeza en Polton, añadió—: Comer en un restaurante no sería apropiado, si luego hemos de hablar confidencialmente. ¿Qué le parece, Polton?

—Creo, señor —dijo éste—, que estarán más cómodos y a gusto en su propio comedor y aun tendrán mejor cena. Si me da su confianza plena, procuraré que no quede defraudado.

Sonreí para mí al observar el interés de Polton, pues, aparte de que ya conocía su deseo de proporcionar toda clase de comodidades a Thorndyke y a sus amigos, estaba seguro de que procuraría participar de la fiesta.

—Bien, Polton —dijo Thorndyke—, dejo el asunto en sus manos. Póngase en comunicación con el doctor Oldfield para saber qué día le conviene y luego hablaremos por última vez del caso Gannet.

CAPÍTULO XX - El relato de Thorndyke

Fue muy oportuna nuestra invitación a Oldfield, porque se disponía salir de vacaciones y había buscado ya su sustituto. Así, cuando se presentó la noche indicada, lo hizo muy satisfecho, como hombre libre, que ya no temía ninguna llamada urgente.

Las hábiles disposiciones de Polton para enterarse de lo que iba a suceder quedaron destruidas, porque Thorndyke y yo insistimos en que nos acompañara a la mesa, puesto que, en los últimos años, habíase convertido en nuestro colega, y no era ya un criado, como él se complacía en repetir a cada momento. El cambio gradual de servidor en amigo fue muy suave y natural. Polton era un hombre de cortesía innata, y, en cuanto a inteligencia, con gusto cambiara yo la mía por la suya.

—Eso es muy agradable —dijo Oldfield al sentarse, dirigiendo una mirada a la mesa—. Y le agradezco mucho su bondad por haberme invitado a esta fiesta, ya que en realidad fui un tonto y sólo contribuí a confundir la claridad del caso.

—De ningún modo —le dijo Thorndyke.

—El caso es —replicó Oldfield— que cometí todos los errores humanamente posibles, de tal modo que nadie me hubiese aventajado en ello.

—Se hace usted una injusticia, Oldfield —protestó Thorndyke—. Tal vez no se ha dado cuenta de que fue usted, en realidad, quien descubrió el crimen.

Oldfield dejó el cuchillo y el tenedor para mirar asombrado a Thorndyke.

—¿Yo? —exclamó—. ¡Ah! Quiere usted decir que descubrí las cenizas. Eso podía haberlo hecho cualquiera. Estaban a la vista y tuve la suerte de ser el primero en entrar en el estudio.

—Tampoco estoy seguro de eso —dijo Thorndyke—. Había algo de verdad en lo que le dijo Blandy: usted, con su mirada práctica, notó enseguida que allí había ocurrido algo raro. La mayor parte de las personas que hubiesen entrado allí no habrían notado nada extraordinario. Pero no me refería a eso, sino a que usted hizo el descubrimiento gracias al cual supimos la verdadera naturaleza del crimen y nos fue posible identificar al criminal.

Oldfield meneó la cabeza, incrédulo, y miró a Thorndyke, pidiéndole una explicación.

—Quiero decir —añadió este último— que nos vimos ante un crimen cuidadosa y sutilmente planeado, y preparado en todos sus detalles con admirable precisión e imaginación. Sólo hubo un error que de no ser por usted, ese error habría pasado inadvertido y se cumpliera exactamente el proyecto del criminal. A punto estuvo de lograrlo.

Oldfield escuchaba muy extrañado, pues le constaba que sus deducciones fueron equivocadas. Yo, por mi parte, tampoco comprendía a Thorndyke.

—Tal vez —dijo Oldfield— querrá usted explicar mejor cuál fue mi descubrimiento.

—Ahora no —dijo Thorndyke—. Primero analizaremos el caso de un modo razonado y entonces se dará cuenta.

—Tal vez sí —replicó Oldfield, dudoso—, pero yo habría jurado que el descubrimiento es sólo obra de usted. Para mí y para Blandy fue una sorpresa. Y él está muy disgustado de que se le escapara el preso.

—Sí —dije—. Así es. Habría convenido que Gannet fuese juzgado y ahorcado.

—Yo no lamento eso —dijo Oldfield—. Habría sido espantoso para la pobre señora Gannet.

—Es verdad —observó Thorndyke—. El juicio y la condena habrían arruinado su vida. El suicidio o el accidente fue lo mejor que podía pasar y más teniendo en cuenta la existencia de indicios de que se están desarrollando unas relaciones de afecto entre ella y nuestro buen amigo Linnell. Tal vez el porvenir reserva a esa pobre señora alguna compensación por lo que ha sufrido.

—A pesar de todo —insistí—, ese individuo era un criminal y debía de haber muerto ahorcado.

—No era tan malo —dijo Thorndyke—. El asesinato del agente fue, tal vez, accidental. Es muy posible que él no tuviera intención de matar, y en cuanto a Boles quizá éste le hubiese provocado a ello.

Murió entonces la conversación, porque todos estábamos ocupados en otra cosa.

Tratamos de otros asuntos, sin olvidar el *magnum opus* de Polton, o sea el regulador, ya casi terminado, y así llegamos al momento en que aparecieron en la mesa el postre y el Oporto. Luego, en cuanto Oldfield y yo hubimos llenado nuestras pipas (Polton no fumaba, aunque a veces tomaba rapé), Thorndyke, obedeciendo a nuestras insistentes demandas, dejó en la mesa su pipa vacía y comenzó su prometido análisis.

—Para apreciar la sutileza e imaginación con que se planeó este crimen —empezó diciendo— conviene recordar la sucesión de acontecimientos y fijarse en su naturalidad y lógica. Empieza con un caso de envenenamiento por arsénico, sencillo y vulgar, con las características que son familiares. Un hombre resulta envenenado por el arsénico. Su esposa le prepara la comida. Ella tiene un amigo a quien aprecia y, en cambio, no quiere a su marido. Al parecer, no hay aquí ningún misterio, sino que se trata de una historia conocidísima.

»Descúbrese el envenenamiento, la víctima se cura, vuelve a su casa y reanuda la acostumbrada vida. Pero el asunto no ha terminado. Habrá consecuencias. Ha habido un intento de asesinato frustrado; pero se ha demostrado ya el deseo de matar y, sin duda, el asesino tiene aún la misma intención y aguarda mejor oportunidad. Cualquiera que conozca lo ocurrido, sospechará la posibilidad de otra tentativa.

»Luego, durante la ausencia de la esposa, que se halla en la playa, el marido desaparece. Ella regresa y no lo encuentra en parte alguna. No se ha marchado en el sentido vulgar de la palabra, porque no se llevó nada consigo, ni siquiera un sombrero. Ella, alarmada, pide consejo a su médico. Pero éste, recordando el

incidente del envenenamiento, sospecha en el acto una tragedia y más porque conoce la enemistad existente entre el marido y el amigo de la esposa. Pero no sólo sospecha una tragedia en abstracto, sino que sus celos toman forma definida. En su mente aparece la idea de un asesinato, que asocia, desde luego, con la idea del hombre de quien sospecha ser el que administró el veneno. Tal vez no se da cuenta de sus celos, pero se halla en tal estado mental, que cuando se convence de que ha habido asesinato, no sólo identifica a la víctima, sino también al asesino.

¡Ya ven ustedes con qué perfección se había preparado la escena de los acontecimientos subsiguientes! ¡De qué modo tan admirable estaban preparadas las mentes de cuantos conocían los hechos, para que siguiesen una línea de pensamientos definida! Tenemos el crimen preliminar, del que Boles es el supuesto autor. Hay el temor de que, subsistiendo aún el móvil, habrá otra tentativa, llevada a cabo por Boles. Luego sucede lo demás y, en el acto, del modo más natural y razonable, todo el mundo atribuye los mismos papeles a las dramatis personae en el segundo crimen. Eso es sencillo y lógico. Parece evidente que la víctima es Peter Gannet y su asesino Federico Boles. Y yo mismo lo habría creído así, de no existir otra conclusión distinta.

»En ese momento Oldfield contribuyó de un modo notable a descubrir la verdad. La Providencia le dio la inspiración de tomar una muestra de las cenizas de hueso y analizarlas en busca de arsénico. Con gran sorpresa suya, y también mía, demostró que, en efecto, contenían tal veneno. Y ese metaloide estaba presente, no como indicio, sino en cantidades mensurables. No había duda de eso. Oldfield hizo un análisis preciso, tomando toda clase de precauciones, y cuando repetí el experimento con el resto de la muestra, llegué a la confirmación del resultado que él obtuviera.

»Existía una definida anomalía, que no concordaba con todo lo demás. Y me asombra que ni Blandy ni los demás detectives le concediesen la importancia que tenía. Cuando observo algún hecho inconexo o discordante con la masa de hechos conocidos, le dedico toda mi atención. Y así lo hice en este caso. El arsénico estaba presente en aquellas cenizas y era preciso explicar la razón.

»¿Cómo llegó allí? Desde luego, no estaba en el cadáver, antes de ser incinerado; de modo que halló su camino después que las cenizas fueron retiradas del horno. ¿Cómo? Sólo había dos explicaciones y las examiné, comparándolas con las demás, en términos de probabilidad.

»Primero existía la indicación hecha en la encuesta de que las cenizas se hubiesen mezclado con el arsénico en el curso de la pulverización y del traslado al cubo. Eso, tal vez, resultaba plausible; pero cuando se buscaba el modo de que ocurriese así, era precisa una explicación. ¿Cómo pudo realizarse aquella mezcla? El arsénico no es ninguna de las sustancias usadas por el alfarero; de modo que no podía hallarse en el cubo, en el mortero de hierro o en el molino. Era una sustancia extraña en aquel estudio, y el único arsénico que había allí hallábase en una jarra y en el armario de Boles.

»Tampoco tenía aspecto de haber sido una mezcla casual. No sólo estaba ya en cantidad mensurable, sino que se hallaba bien distribuida entre las cenizas, como lo demuestra el hecho de que el químico del Ministerio del Interior obtuvo resultados similares a los nuestros. Y, después de buscar explicación a este detalle, me di cuenta de que era inexplicable.

»Si no se podía aceptar la teoría de la mezcla casual, ¿cuál sería la alternativa? Sólo se podía concebir que el arsénico fue mezclado deliberadamente con las cenizas. A primera vista eso parecía improbable, pero aun cuando no fuese la explicación verdadera, por lo menos resultaba comprensible. No existía ninguna imposibilidad y cuanto más lo examinaba menos improbable me parecía.

»Después de aceptar provisionalmente esta hipótesis, presentábanse otras dos preguntas. Si el arsénico fue mezclado con las cenizas, ¿quién lo hizo y para qué? En el acto se presentaba una respuesta a la última pregunta. El fin propuesto era establecer una relación entre el crimen actual y el envenenamiento anterior; y cuando me pregunté qué se buscaba con eso, obtuve otra respuesta razonable. En el envenenamiento la víctima fue Peter Gannet y el posible criminal Federico Boles. Así la introducción del arsénico, como factor de relación entre ambos crímenes, tendría el objeto de indicar una repetición de los caracteres de víctima y asesino. Es decir, que se tendía a crear la convicción de que las cenizas eran los restos de Peter Gannet, que fue muerto por el arsénico, y que el asesino era Federico Boles.

»¿Quién deseaba crear esta impresión? Recuerde que en el cuadro sólo hay tres figuras: Gannet, su esposa y Boles. De modo que uno de los tres debió de poner allí el arsénico. No podía ser la señora Gannet, porque ya se la consideraba sospechosa de complicidad con el envenenamiento. Y Boles, por su parte, no desearía dar la impresión de que él era el asesino.

»Hemos excluido ya a dos de los personajes capaces de apelar a esa impostura. Sólo quedaba Gannet. Al parecer, estaba muerto y, por lo tanto, no podía haber puesto el arsénico. Pero ¿debíamos creer esa indicación? Con toda probabilidad, el arsénico era una impostura y no debíamos creer en ella. La única evidencia de que los restos eran de Gannet la ofrecía el diente que encontramos entre las cenizas. Era un diente de porcelana y no una parte integral del cuerpo de Gannet, como no lo habrían sido un botón u otra cosa semejante. Si se puso allí el arsénico para sugerir una creencia determinada, era también verosímil que el diente tuviese el mismo fin. Resultaba, pues, posible que las cenizas no fuesen de Gannet y, por lo tanto, que éste no hubiera muerto.

»Pero si Gannet no fue la víctima del asesinato, había de ser el asesino; y si Boles no fue el asesino, probablemente fue la víctima. Ambos habían desaparecido y las cenizas eran los restos de uno de ellos. Suponiendo que fuesen de Boles y que Peter Gannet fuese el asesino, ¿qué influencia tiene eso en la existencia del arsénico?

»Una sola mirada nos permite observar que Gannet tenía muy buenas razones para originar la creencia de que aquellos restos eran de su propio cuerpo. Mientras se

creyera tal cosa, él estaría en seguridad. La policía lo consideraría muerto y buscaría en vano a Boles. Con un ligero cambio en su aspecto, como afeitarse la barba y el bigote, podría ir de un lado a otro, sin peligro. Nadie le buscaría y tampoco nadie creería en su existencia; de modo que habría logrado la fuga perfecta.

»Este resultado me llamó la atención. Era un hecho la presencia del arsénico. La hipótesis de que fue puesto allí con toda intención era la única explicación comprensiva del hecho; mas, para aceptar esa hipótesis, era preciso descubrir el motivo de que alguien pusiera allí el arsénico. Ya lo hemos descubierto, pero también eso dependía de que Peter Gannet estuviese vivo.

»Tal presunción era razonable. La muerte de Gannet había sido aceptada por todo el mundo. Desapareció de un modo misterioso y en su estudio se hallaron unos restos humanos que no se podían reconocer. Inmediatamente se supuso que eran suyos. Toda la identificación se basaba en un simple diente de porcelana. Pero como éste no formaba parte de su cuerpo y también pudo haber sido puesto allí con toda intención, la prueba que proporcionaba no era concluyente. No tenía ningún valor, en el caso de que se sospechara una impostura. Mas, aparte de aquel diente, no había ni hubo ninguna razón positiva para creer que las cenizas fuesen los restos de Peter Gannet.

»Este razonamiento me causó profunda impresión. Parecía que mi hipótesis fuese la única verdadera, y resolví comprobarla para ver adónde me conducía y, especialmente, para examinar otras pequeñas anomalías que había observado.

»Empecé por el mismo crimen. La versión ofrecida y creída por la policía era la siguiente: Boles asesinó a Gannet y quemó su cadáver en el horno, después de descuartizarlo, en caso necesario, para que pudiese entrar allí. Luego pulverizó los huesos incinerados y depositó los fragmentos en el cubo de las cenizas de hueso. Y hecho todo eso, se dejó invadir por el pánico y huyó.

»Pero ¿por qué había huido? No tenía motivo para ello. No corría peligro. Estaba solo en el estudio y podía encerrarse en él. No había de temer ninguna interrupción, porque la señora Gannet estaba ausente, y aun en el caso de que llegase un visitante inesperado, no había nada visible que pudiera suscitar sospechas. Había realizado la parte difícil y peligrosa del trabajo y sólo quedaban algunos toques de poca importancia. Si hubiese limpiado el horno, para dejarlo en su estado habitual, aquel lugar habría parecido normal en absoluto, incluso a Oldfield. En cuanto a los fragmentos de hueso, podía molerlos para que se convirtieran en polvo impalpable, pues tenía medios para ello. Y si este polvo hubiera sido metido en su cubo correspondiente, ya no existiría la menor prueba del crimen. Boles podría haber continuado su trabajo habitual o ir a pasar unas vacaciones a cualquier parte, si eso le parecía mejor. Nada podría indicar que hubiese ocurrido algo raro en el estudio y nadie sería capaz de afirmar que Gannet no estaba vivo.

»Comparen ustedes eso con lo que se observó allí. El horno fue dejado en tal estado que, inmediatamente, había de llamar la atención de cualquiera que conociese algo de alfarería. Los huesos incinerados fueron reducidos a fragmentos demasiado

pequeños para que se les pudiera identificar, pero bastante grandes para ser reconocidos, no sólo como huesos, sino como huesos humanos. En definitiva, todo el peligro y el trabajo de incinerar el cuerpo y de machacar los huesos dejó la evidencia de que había sido asesinado un hombre.

»Convendrán ustedes en que la supuesta conducta de Boles es inadmisibles, pues está reñida con todas las probabilidades razonables. Por otra parte, si examinan los detalles que se observaron, les darán la impresión de que todo aquello había sido preparado cuidadosamente. Ciertos detalles, como el asesinato y la cremación, habían de ser evidentes, y determinadas consecuencias, como la identificación de la víctima y del asesino, estaban confusos. Pero además me indicaron algo muy interesante: que aquella escena había sido preparada para un espectador determinado. Vamos a examinar esta idea.

»El crimen fue descubierto por Oldfield y es posible que fuese la única persona capaz de descubrirlo. La práctica que había adquirido en la alfarería le permitió observar el estado anormal del horno y comprendió que allí ocurría algo raro. Tal vez fuese cierto, además de cortés, lo que Blandy dijo, o sea que si él hubiese ido al estudio sin la compañía y el consejo de Oldfield, no habría sabido ver nada extraordinario. Pero Oldfield tenía los conocimientos necesarios. Había adquirido cierta práctica con el horno, sabía muy bien qué se encerraba en los cubos y para qué servía el molino. Lo mismo diré de la falangeta. Oldfield, gracias a su carrera, pudo reconocerla en el acto y supo que era la tercera falange de un dedo índice humano. Insisto, pues, en que fue el descubridor ya previsto.

»Parece confirmar eso lo que sabemos de los sucesos anteriores: Gannet tuvo el mayor interés en cultivar la amistad del doctor, en instruirle en los misterios del estudio y en la rutina del trabajo que se realizaba allí. Parece como si Oldfield hubiese sido preparado para desempeñar el papel de descubridor, papel que le correspondía, puesto que era seguro que, cuando estallara a bomba, la señora Gannet solicitaría el auxilio y el consejo del doctor.

»Eso también se aplica al arsénico que había en los cubos. Si fue puesto allí, hízose al albur de lo que pudiera ocurrir, porque era improbable que se le ocurriese a alguien la conveniencia de analizar las cenizas en busca de arsénico. Pero si en el mundo había una persona que pudiera pensar en ella, ésta, sin duda alguna, era Oldfield. Cualquier médico joven que ha estado a punto de sufrir un error en un caso de envenenamiento por arsénico, desarrolla en lo futuro lo que los psicólogos llamarían “un complejo arsenical”, y cuando ocurriese alguna muerte anormal pensaría en aquel veneno.

»Todo el Grupo de apariencias indicaba que Oldfield había sido preparado para ver determinadas cosas y sentir ciertas sospechas.

»Esta suposición nos lleva aún más lejos. Veamos el envenenamiento por arsénico. Si todas las demás apariencias eran falsas, ¿no sería también el envenenamiento una impostura? Recordé entonces algunos detalles, a los que antes

no diera importancia, porque el arsénico es un veneno caprichoso, pero las anoté y aconsejé a Oldfield que tomara detalladas notas del caso. Y ahora vamos a examinar esos detalles.

»Ante todo recordemos que nuestros informes se basaban en las declaraciones del paciente. Los fenómenos fueron casi todos subjetivos y, a excepción del enrojecimiento de los ojos, que pudo ser logrado artificialmente, no había síntomas objetivos, porque el aspecto de la lengua no era característico. Nos comunicaron esos síntomas subjetivos, pero no los observamos. El dolor abdominal lo sentía el paciente y no nosotros y lo mismo ocurría con la pérdida de la sensibilidad, los hormigueos, los calambres y la imposibilidad de permanecer en pie. Así lo aseguraba el enfermo, pero no lo comprobamos. No teníamos razón para dudar de ellos, pero podían ser falsos; de modo que cualquier tuno inteligente, que hubiera estudiado bien los síntomas, podía engañarnos.

—Sin embargo —objeto Oldfield—, había arsénico en su cuerpo. No lo habrá usted olvidado.

—No. Ésta fue la primera anomalía. Ya recordará usted mis palabras acerca de que la cantidad de arsénico extraída de sus secreciones era menor de lo que esperaba. Woodfield y yo nos sorprendimos ante la pequeñez de la cantidad de arsénico extraída de su cuerpo. No era mayor de la que se encontraría en un paciente que tomase arsénico en la cantidad medicinal. Pero no era una discrepancia notable, porque el arsénico se elimina rápidamente, aunque persistan los síntomas, y nos lo explicamos suponiendo que no había tomado una gran dosis. Pero era notable, porque la severidad de los síntomas nos hacía esperar mayor cantidad de veneno.

»La segunda anomalía fue la rapidez de su restablecimiento. En los casos graves la mejoría es lenta y va seguida de un largo período de molestias. Pero Gannet empezó a restablecerse enseguida, y al salir del hospital estaba curado por completo.

»La tercera anomalía, poco notable tal vez, fue su estado de ánimo al salir del hospital. Muy satisfecho, regresó a casa, lleno de confianza, a pesar de que aún estaba allí su asesino, y tampoco quiso emprender la menor investigación ni tomar medidas para descubrir la identidad del asesino. Daba a entender que el asunto había terminado y que no había motivo para temer cosa alguna.

»Considerando el caso en conjunto, con la idea de una posible impostura, nos indica que, tal vez, todos aquellos síntomas fueron simulados. Quizá Gannet tomó la suficiente cantidad de arsénico para proporcionar los medios de demostración química (una dosis diaria de solución de Fowler bastaría), y en la ocasión apropiada puso una buena cantidad de arsénico en el agua de cebada. Es decir que, posiblemente, aquel envenenamiento fue un engaño del principio al fin.

»La respuesta a esa pregunta era absolutamente afirmativa y ahora quedaba por averiguar su probabilidad. También la respuesta era afirmativa, porque, según nuestra hipótesis, las apariencias en el estudio eran falsas y tendían a originar una creencia errónea. Pero estas apariencias estaban reforzadas por el crimen anterior y

relacionadas con él. Así, pues, debía creerse que todo era un engaño dispuesto para crear la misma impresión falsa —la de que se había hecho una tentativa para asesinar a Gannet— y relacionarla con el segundo crimen.

»Nuestra hipótesis empezó suponiendo que el arsénico fue mezclado con las cenizas con un objeto definido, y vemos que el único que tenía motivo para ello era Peter Gannet. Eso demostraba que Gannet era el asesino y Boles la víctima. Al examinar esta conclusión, punto por punto, vemos que concuerda con los hechos conocidos y, además, ofrece un plan razonable, completo y lógico del crimen del estudio. Pero, sin embargo, aún no se había probado nada.

»De todos modos, el crimen parecía muy bien planeado y premeditado. Era preciso averiguar ahora cuál era el motivo. Busqué entre los más corrientes, que son : celos, venganza, codicia, fuga y miedo. ¿Podía Gannet haberse visto impulsado por alguno de esos motivos?

»En cuanto a los celos, existía el hecho innegable de las relaciones de la señora Gannet con Boles, extraordinarias y tal vez indiscretas, pero no había indicios de que fuesen ilícitas ni de que molestaran a Gannet. No se podía, pues, pensar en los celos.

»En cuanto a la venganza, no es un impulso que induzca al crimen entre los sajones. Boles y Gannet eran enemigos. Podía concebirse un crimen impremeditado, pero no existían motivos para un asesinato deliberado y bien planeado. Lo mismo puede decirse de la codicia, porque ninguno de los dos había de obtener beneficios materiales de la muerte del otro. Pero al examinar los dos últimos motivos, fuga y miedo, comprendí que valía la pena de estudiar a fondo tales posibilidades.

—¿Qué quiere usted decir por fuga? —pregunté.

—El deseo de escapar de alguna situación intolerable. Por ejemplo, de un marido que se siente desgraciado a causa de la conducta de su mujer y que acaba por pensar en la conveniencia de librarse de ella, y más aún si tiene la esperanza de contraer otro matrimonio más feliz; o bien el que se ve atormentado por un chantajista, que no le deja en paz. En ambos casos el asesinato es el único medio de escapar. Empieza por ser una posibilidad deseable y crece hasta llegar a una intención definida; luego se buscan ya los medios seguros de realizarlo. En el caso actual ya he dicho que, a mi juicio, existía uno de esos motivos, y al examinar las circunstancias me confirmé en mi opinión. Las actividades del inspector Blandy me mostraron el motivo posible. Me fue comunicado por Oldfield cuando me consultó acerca de las dificultades de la señora Gannet.

»Al parecer, Blandy, después de terminar el examen de los fragmentos de hueso, registró el armario de Boles. Pudo poner en claro que éste era un perista, cosa que no nos importa, pero también encontró una planchita de oro en la que habían dos huellas digitales de la mano izquierda y muy claras, sobre todo del pulgar. Blandy las llevó al departamento de Scotland Yard, para ver si Boles era algún criminal conocido. Probablemente se confirmó en esta sospecha porque, dos días después de someter a la señora Gannet a un minucioso interrogatorio, le preguntó qué hacía Boles el

diecinueve de septiembre último y cuándo cambiaron los sentimientos recíprocos de los dos hombres. Esas dos preguntas fueron contestadas por la señora y sus palabras fueron, para mí, un rayo de luz.

»El diecinueve de septiembre se cometió un asesinato en Newingstead. La porra del agente muerto contenía la impresión de un dedo pulgar izquierdo, probablemente del asesino. Comprendí que la impresión de la plaquita de oro debía de corresponder con las huellas encontradas en la porra y por esto Boles fue identificado como asesino del agente. Tal era la única explicación posible de las preguntas de Blandy. Esta opinión quedó confirmada por la respuesta según la cual Boles se hallaba en Newingstead aquel día. Le acompañaba Gannet y los dos hombres se alojaban en casa de la tía del primero.

»La otra pregunta de Blandy y la respuesta de la señora Gannet también eran significativas, porque ella recordó que el cambio en los sentimientos de los dos hombres fue ya visible a su regreso de Newingstead. Fueron allá siendo amigos y regresaron convertidos en enemigos. Ella ignoraba la razón de aquel cambio, pero los hechos eran ciertos.

»Examinemos este asunto. Hay dos hombres, a quienes llamaremos A y B, que se hallan en Newingstead, alojados en la misma casa. El diecinueve de septiembre, uno de ellos, A, sale a dar un paseo. Entre las ocho y las nueve de la noche comete el robo. A las nueve, más o menos, mata al agente. Luego encuentra la bicicleta de Oldfield y se aleja, por London Road, hasta algunas millas de distancia. Ya lejos de la escena del crimen, se apea y oculta la bicicleta en un cobertizo para carros. Regresa a Newingstead, quizá por otro camino, pues sospecha que ha matado a un hombre y sabe que lleva unos diamantes robados. Ha de dar, pues, un rodeo para llegar a Newingstead desde otra dirección. Debió de llegar tarde a su alojamiento, quizá a las once o después, y ésta es una hora extraordinaria en los pueblos.

»Posiblemente, B notó su regreso, pero también algo más. A había luchado a brazo partido con el agente y así lo demostraba su aspecto. El agente debió de hacer uso de su porra y, por lo tanto, A llevaba, sin duda, algunas señales de aquella lucha.

»A la mañana siguiente se difundió la noticia del hecho y todo el mundo pudo enterarse de lo ocurrido. Fue, pues, inevitable que B relacionara el crimen con el tardío regreso de A y el estado en que se hallaba. Ambos conocían a Kempster y, por lo menos, éste conocía a uno de ellos. Se celebró luego la encuesta y así se conocieron otros detalles del crimen y, entre ellos, el hecho importante de que una huella dactilar, que había en la porra, fue observada por la policía. A y B se enteraron de eso y uno de ellos sabía, y el otro estaba convencido, de que la huella era del pulgar de A.

»Ya es fácil suponer lo que siguió. Desde aquel momento dejaron de ser amigos para convertirse en enemigos. Mas ¿a qué se debió ese cambio? Yo creo que a un chantaje. B, convencido de que A había sido el ladrón, pidió una parte del botín a cambio de su silencio, pero A no quiso confesar el robo para no aparecer culpable del

asesinato y, por lo tanto, negó los dos hechos.

»Siguió entonces el curso de los acontecimientos característicos en los actos de chantaje y que, con tanta frecuencia, llevan al suicidio o al asesinato. B estaba seguro de que A tenía en su posesión un botín que valía diez mil libras esterlinas y con amenazas pidió su parte que A acogía con negativas, y así hubo recriminaciones y peleas violentas.

»Tal estado de cosas no podía continuar. Para A la situación era, intolerable. Constantemente le amenazaba el peligro. Vivía a la sombra de la horca. Una sola palabra de B le condenaría a muerte, aunque fuese una denuncia sin pruebas. Existía la huella dactilar y ambos conocían tal detalle. Para A la simple acusación equivalía a la muerte.

»¿Cómo podía evitarlo? El pago no servía, como no sirve nunca en los casos de chantaje. El chantajista vende su silencio, pero continúa en posesión de lo que sabe. Aun en el caso de que A hubiese entregado todo el botín a B, no habría conquistado la seguridad. B podría amenazarle otra vez, en cuanto lo creyera oportuno. Y en tanto que B estuviese vivo, la vida de A pendería de un hilo.

»El corolario era evidente. Si la existencia de B era incompatible con la pacífica y segura vida de A, era preciso eliminar a B. No había más remedio. En cuanto hubo llegado a esta decisión, A estudió con cuidado un plan para eliminar a B sin dejar rastro o, por lo menos, con un rastro que indicara la dirección de A. Y así desarrolló el misterioso y complicado proyecto que he estado examinando y que entonces me pareció acertado.

»El siguiente problema era dar nombre a cada uno de aquellos individuos. A y B representaban a Boles y a Gannet. ¿A cuál de los dos correspondería la inicial A o B? ¿Cuál sería el asesino y cuál el chantajista? Blandy creía que el asesino de Newingstead era Boles. Se creía que Gannet estaba convertido en cenizas. La huella del pulgar fue encontrada en el armario de Boles y, por lo tanto, creyó que pertenecía a éste.

»Yo no podía llegar a la misma conclusión. Examinemos el asunto. Hay un hombre que tiene registrada en Scotland Yard la huella de su pulgar. Esa huella es capaz de llevarlo a la horca y él lo sabe. Si no es tonto, y Boles no lo era, se apresuraría a borrar esa huella en todas las superficies en que quedara impresa. Incluso, al trabajar, se pondría un guante, y si por azar la dejaba en algún sitio, se apresuraría a borrarla. Pero no la tendría donde pudiese encontrarla fácilmente la policía. Eso era imposible. En cambio, suponiendo que aquella huella perteneciese a Gannet, que la dejara donde fue encontrada por la policía, nos hallamos no ya ante una probabilidad, sino ante una posibilidad. De este modo mataba otro pájaro peligroso con la misma piedra. Se había librado ya de Boles el chantajista y se libraría también del asesino de Newingstead. Atribuyó aquella huella a la persona de Boles, y como éste había dejado de existir, nunca se podría descubrir el fraude. De este modo alcanzaba la seguridad absoluta. La policía tenía las señas exactas de

Boles, cuya estatura aventajaba, por lo menos en unos centímetros, a la de Gannet y tenía los ojos pardos. De modo que, si por una casualidad muy remota, Gannet dejara la huella de su pulgar en algún objeto y la encontrase la policía, tampoco correría ningún peligro. Supondría que era la de un hombre alto y de ojos pardos. Lo buscarían y no les sería posible hallarlo.

»Ya ven ustedes cómo todos los hechos apuntan a la misma conclusión. Nuestras hipótesis se confirman y podemos creer que son ciertas. Así opinaba entonces, pero aún quedaba por resolver otro detalle importante.

»Había llegado a la conclusión provisional de que Gannet era el asesino de Newingstead. De ser así, tendría en su poder quince diamantes de un valor total de diez mil libras esterlinas. ¿Qué habría hecho de ellos? No podría llevarlos consigo, porque serían una prueba condenatoria. Tampoco habría sido prudente guardarlos bajo llave, porque Boles frecuentaba la casa y, sin duda, sabía abrir todas las cerraduras. Era preciso hallar algo más seguro. Él planeaba para librarse de Boles y desaparecer, y entonces llevaría consigo aquellos diamantes. Pero no se resolvía a guardárselos en un bolsillo. ¿Cómo solucionar tal dificultad?

»La solución me la dio también el amigo Oldfield. En su registro de la casa de Gannet observó que habían desaparecido las piezas de alfarería que antes viera en la chimenea de Gannet. Probablemente, esos objetos desaparecieron al mismo tiempo que su autor, y me pregunté qué relación habría entre ambos hechos. Allí había varios cuencos y jarros y la feísima figura de un mono de barro. Los primeros no me llamaron la atención, pero sí el último.

»Una figura de barro es necesariamente hueca, para que pese menos y se pueda cocer. Esa cavidad ofrecería un escondrijo, aunque no muy bueno si la figura fuese como todas las demás.

»Pero era distinta, y Oldfield me lo demostró con su descripción, según la cual aquella figura tenía una imposibilidad física. Es decir, una base plana, cubierta de esmalte blanco, sobre el cual se hallaba la firma del artista. La figura no tenía ninguna abertura, grande ni pequeña.

»¿Cómo se explicaba eso? Sólo había dos explicaciones, y una de ellas se podía rechazar. O bien la figura era sólida o se rellenó la abertura. Lo primero era imposible, y si era hueca debió de haber tenido una abertura para que, al ser cocida, el aire de la oquedad no la hiciera estallar como una bomba. La única conclusión posible era que se había rellenado la abertura original, lo cual parecía comprobar su base. Aquel esmalte blanco era sospechoso, puesto que la figura tenía otro color y era de distinto material. Además, aquel barniz debió de ser añadido después de la cochura. Pero lo interesante era que la abertura fue rellenada y oculta de modo que el hueco interior se convirtió en una cavidad cerrada.

»Aquél era un escondrijo ideal que, además, tenía la ventaja de poder transportarse. Pero si contenía los diamantes, como yo creía, era preciso averiguar cuanto antes qué había sido de la figura. Ella nos conduciría, además, a encontrar a

Gannet y así resultaba que el mono de barro sería la prueba de la verdad o de la falsedad de nuestra hipótesis.

»No fue difícil encontrar el mono. Oldfield supo que había sido enviado a un museo de Hoxton, pero antes de ir allá quise averiguar algunos datos preliminares. El señor Kempster, de Bond Street, me dio las señas del propietario de una copia, un tal señor Broomhill, quien me permitió pesar y medir aquella figura. Observamos que estaba hueca y pudimos calcular que la cavidad sería bastante grande. En la base tenía una abertura ovalada y dentro observamos las huellas de un dedo pulgar, como prueba de que la figura había sido moldeada. También noté que las huellas en cuestión pertenecían al pulgar de la mano derecha.

»Con estos datos fuimos al museo, donde pudimos examinar y pesar el mono de Gannet. Se ajustaba a la descripción de Oldfield y no tenía ninguna abertura. Creí que habría sido rellena con cemento y barnizada con celulosa. El peso demostraba que la figura estaba hueca y la corta diferencia de seis onzas podía deberse a los diamantes, el embalaje y el cemento. Todo ello concordaba con mi hipótesis.

»En la oficina del Museo, el señor Sancroft me dio una serie de detalles muy interesantes. Díjome que el comprador de la figura, el señor James Newman, se había marchado al extranjero, pero que volvería a recoger aquella figura. Los detalles para que pudiese hacerlo sin tropiezo eran sencillos y muy interesantes. Sancroft no conocía a Peter Gannet y tampoco al señor Newman. Y éste debería presentarle una carta y, al mismo tiempo, le daría recibo de la figura.

»Todo eso me llamó la atención, porque aquellos detalles indicaban que habría la menor cantidad posible de contactos. No existía ninguna correspondencia, mediante la cual se pudiesen descubrir algunas señas. El señor Newman, desconocido para Sancroft, se presentaría personalmente, entregaría la carta de Gannet, recibiría la figura y se marcharía sin dejar rastro de su paso. Todo eso indicaba la posibilidad de que el señor Newman y Peter Gannet serían la misma persona.

»Pero ¿cuál sería el aspecto exterior del señor Newman? Seguramente iría afeitado y tal vez algo disfrazado. Pero en la vida real es difícil caracterizarse y hay cosas que no se pueden alterar, como la estatura, el color de los ojos y otros detalles. Gannet tenía los ojos de color azul pálido. Una cicatriz a través de su ceja izquierda y el dedo mayor de la mano derecha envarado. La cicatriz y la anquilosis no podrían disimularse.

»Sancroft nos dijo que habían transcurrido ya los tres meses y el señor Newman podía presentarse en cualquier momento. Era preciso actuar con rapidez. ¿Qué podía hacerse? Solamente yo sería capaz de comprobar la identidad de Newman. Para ello había de estar presente a su llegada y, si no se demostraba que era Gannet, sería imposible impedir que saliera de Inglaterra.

»El problema era difícil, pero algunas circunstancias lo facilitaron. Pude situar a mi empleado Snuper en el Museo, para que vigilara en mi ausencia. Le di las señas de Gannet y algunas instrucciones, que no hay necesidad de repetir. Por suerte Newman

llegó en ausencia de Sancroft. Snuper, que no podía entregarle la figura, le rogó volver al siguiente día. Me comunicó lo ocurrido y entonces me puse en comunicación con Blandy, aconsejándole que acudiese al Museo ante la posibilidad de que Newman fuese el hombre que andaba buscando.

»Ya conocen ustedes lo demás. Estábamos todos ocultos, pero sin haber probado nada. En el último momento, cuando Newman llegó y yo lo reconocí como Gannet, pude observar que, a su vez, me había reconocido. Ello me dio la seguridad de que no me había equivocado. Fue un momento dramático y muy desagradable.

—Horrible —dije—. Casi me dio pena aquel pobre hombre.

—Sí, fue desagradable —dijo Thorndyke—. La investigación resultó muy interesante, pero, de ser posible, habría dejado la captura al cuidado de la policía. Mas no pudo ser, porque nuestro reconocimiento mutuo era el hecho más importante.

»Ahora bebamos en honor de nuestro amigo Oldfield, que nos puso en el buen camino. Y usted, Polton, recuerde que unas gotas de vino no alterarán sus costumbres abstemias.

Todos bebimos y Polton dijo:

—Le agradezco mucho, señor, que me honre de tal modo y también agradezco a todos ustedes que hayan bebido a mi salud.

Poco queda por decir. El arrepentido Blandy, para congraciarse con su última víctima y tal vez a fin de correr un velo sobre sus errores, dispuso con el coroner las cosas de modo que la encuesta se refirió «a un individuo que se hacía llamar James Newman» y todo se llevó a cabo con el mayor tacto y la menor publicidad posible, y así el futuro de la señora Gannet quedó libre de toda nube y sin fundamento las susceptibilidades de nuestro amigo Linnell.

En cuanto al mono, sufrió varias vicisitudes antes de ir a parar al ambiente que le era propio. Primero la señora Gannet lo regaló a Thorndyke «como recuerdo», pero convinimos que aun para eso era demasiado feo y yo, en secreto, se lo llevé a Oldfield; él lo aceptó con sonrisa enigmática, que entonces no comprendí, pero me la expliqué más tarde cuando me informó, ya con franca sonrisa, que lo había regalado al señor Bunderby.

FIN de «El mono de barro».



LO QUE SE CUENTA

Buen desquite

Meissonier, el glorificador de las campañas napoleónicas, tenía un perrito, Lulú, al que quería muchísimo y que un día cayó enfermo.

El pintor mandó llamar al doctor Esnard, famosísimo médico, quien no pudo negarse a atender a Lulú, hasta que éste fue mejorando y quedó curado por completo.

Meissonier escribió a Esnard, dándole las gracias y diciéndole que le pagaría lo que quisiese ponerle de cuenta, a lo que Esnard contestó:

«Mi estimado amigo: No hablemos de deudas nide dinero. Conozco, su incomparable talento de pintor y sólo pido en recompensa que venga a dar una mano de pintura a la verja de mi jardín».

Imposibilidad

Hace algunos años, en el *highland* escocés, Rudyard Kipling, el escritor inglés, recorría un paraje casi desierto, cuando advirtió una pequeña granja, en un valle, lejos de todo lugar habitado.

—¡Qué hermoso debe ser vivir en esta encantadora soledad! —dijo el escritor al dueño de la granja.

—No tanto —repuso el otro—. Hay que recorrer cinco millas para conseguir: un vaso de *whisky*.

—¿Y por que no compra una botella? —solucionó Kipling.

—Es verdad, señor... Pero ¿quién tiene la suficiente fuerza de voluntad para tener *whisky* en casa, y no beberlo enseguida?...

El precio de un autógrafo

Hablando de Rudyard Kipling referiremos otra anécdota suya que no por ser algo conocida, resulta menos divertida.

Este escritor era uno de los mejor pagados no sólo en Inglaterra, sino en el mundo entero. Hace algunos años una casa editora le pagó una novela a peso de oro.

Los aficionados a las estadísticas se apresuraron a calcular y a publicar que cada palabra trazada por Rudyard Kipling valía un chelín.

Un bromista envió entonces al escritor la siguiente carta:

«Señor: Desearía vivamente poseer un autógrafo suyo, pero mis medios de fortuna no me permiten dedicar más de un chelín en su adquisición. Me contentaré, pues, con una sola palabra y le envío, según la tarifa publicada estos días en la Prensa, un giro postal por valor de un chelín».

La respuesta no se hizo esperar. Kipling envió al bromista una hoja de papel en blanco con esta sola palabra:

«Gracias».

Y se quedó con el giro.

Un recurso

Pese a su aspecto completamente latino, el marinero tenía un nombre exótico y horrible de pronunciar: nada menos que Asauerusvandeuzendorf, así todo de un tirón.

—¿Quién fue el bárbaro que te puso ese nombre? —le preguntó un compañero.

—Yo —contestó el fulano del enrevesado nombre—. Me explicaré: me llamo Juan, pero cuando hice el primer viaje, todos los oficiales no hacían más que decir; «Juan, haz esto»; «Juan, haz aquello». Al final del viaje estaba reventado. En el segundo viaje me apunté con este nombre. Cuando el contramaestre anda buscando a

quién dar un trabajito, se le atraganta mi nombre, y antes de acabar con él, ya ha llamado a otro.

PROBLEMAS BREVES PARA LA FAMILIA

5 preguntas, y sus 5 respuestas, para Papá, otras 5 para Mamá, y las últimas 5 para los Hijos de los lectores de BIBLIOTECA ORO

PREGUNTAS PARA PAPÁ

- 1 —¿Qué número de veces es más dulce la sacarina que el azúcar?
- 2 —¿Sabe usted cuántas cuartetas tiene el famoso poema sánscrito «Mahabharata»?
- 3 —¿Cómo se llama a un libro impreso antes del siglo XVI?
- 4 —¿Qué diferencia hay entre obligaciones y acciones, dentro del lenguaje financiero?
- 5 —¿Qué rey francés dijo la famosa frase: «Después de mí, el Diluvio»?

PREGUNTAS PARA MAMÁ

- 1 —¿Cuál era el verdadero nombre de la famosa bailarina Mata-Hari? ¿Y cuál su nacionalidad?
- 2 —¿En qué país del mundo son desconocidos los baños turcos?

- 3 —¿Sabe usted, señora, a quién debe la máquina de coser?
- 4 —¿Cuántas sinfonías compuso Beethoven?
- 5 —¿Puede usted decir quien era la madre de la reina Isabel de Inglaterra?

PREGUNTAS PARA EL NIÑO

- 1 —¿Cuántos días puede _vivir sin comer ni beber un caballo?
- 2 —¿Se te ha ocurrido pensar dónde pasan el invierno las moscas?
- 3 —Y prosiguiendo en lo de los insectos: ¿cuántos grados bajo cero supones que puede resistir un ciempiés?
- 4 —¿A ver si sabes qué simboliza la V, el 5 romano?
- 5-Para terminar, di qué río nace en Reinosa, que desemboca en el Mediterráneo.

* * *

RESPUESTAS PARA PAPÁ

- 1 —La sacarina es 234 veces más dulce que su mismo peso en azúcar.
- 2 —120 000 cuartetas tiene la famosa epopeya india «Mahabharata», resumen de la filosofía de aquel país y una de las obras maestras de la literatura universal.
- 3 —Incunables es el nombre que se aplica a los libros anteriores al siglo XVI.
- 4 —Las obligaciones son un préstamo amortizable a interés fijo, mientras que las acciones son participaciones en el capital de una empresa y dan derecho a recibir un beneficio o dividendo.
- 5 —Luis XV fue el que dijo tal frase.

RESPUESTAS PARA MAMÁ

- 1 —Mata-Hari se llamaba Margaretha Gertruida Zelle, y era holandesa.
- 2 —Los baños turcos no se conocen en Turquía.
- 3 —La máquina de coser se debe principalmente a Elías Howe.
- 4 —Beethoven compuso nueve sinfonías.
- 5 —La madre de la reina Isabel fue Ana Bolena.

RESPUESTAS PARA EL NIÑO

- 1 —Un caballo puede vivir, sin beber ni comer, diecisiete días.
- 2 —Generalmente, las moscas suelen pasar el invierno en los estercoleros, en forma de larvas o huevos.
- 3 —Un ciempiés puede resistir hasta temperaturas de veinte grados bajo cero.
- 4 —EL V romano simboliza la mano, cuyos cinco dedos representan los cinco primeros números.
- 5 —En Reinosa (Santander) nace el río Ebro.

El Veneziano

por

Rafael
Sabatini



JUMASE.

Rafael Sabatini

El público español conoce desde hace tiempo las magníficas novelas de época debidas a la pluma de ese notable escritor inglés que dicen se oculta bajo el seudónimo de Rafael Sabatini. EDITORIAL MOLINO cuenta como uno de sus muchos éxitos el haber dado a conocer casi todas las novelas históricas de dicho autor, hoy en día uno de los más leídos y celebrados en el mundo entero. Puede afirmarse que, sin excepción, cuantas novelas ha escrito Sabatini han sido sumamente celebradas por sus millones de lectores. En todas ellas, tengan como fondo Italia, Inglaterra, Francia o España, el autor ha sabido ambientarse con esa gracia suya tan especial que sabe trasladar al lector a los días lejanos en que transcurren los hechos expuestos en su ficción. Época, tipos, manera de sentir, y aun de expresarse, son ofrecidos habilidosamente, de manera que a la vez que a una apasionante intriga novelesca, se asome el curioso lector a la historia, historia pocas veces tergiversada, aunque sí desde luego puesta al servicio del personaje que Sabatini quiere ofrecer. Pero, sin duda, en ninguna de sus novelas, como las que se refieren al Renacimiento italiano, escribe Sabatini con mayor pasión, con más minucioso detalle. Entusiasta, fervoroso de la pequeña y grande historia de las repúblicas italianas, de su habilidad diplomática, de su astucia imponderable, y hasta de su hipocresía, Sabatini se deleita ofreciéndolas bajo el prisma personalísimo de su visión que llega hasta transformar en cualidades lo que en realidad no fueron más que defectos por no titularlo de otro modo. César Borgia, gigantesca figura de ese Renacimiento tan admirado por Rafael Sabatini, es de cuanto hemos leído uno de los personajes más apasionadamente ofrecidos en sus novelas. De sus días de gloria, de los hombres que le rodearon, de las actividades guerreras y políticas del propio duque de Valentinois, o de los que cerca de él anduvieron, el autor tantas veces repetido ha escrito una variada gama, hechos recogidos en dos libros publicados por ésta, Editorial: La Bandera del Toro y La Justicia del Duque. Del primero de ellos y del capítulo titulado «El Veneciano» es el relato que hoy ofrecemos a los lectores de este suplemento de BIBLIOTECA ORO, con el convencimiento de que ha de parecerles un verdadero regalo.

¿Y no tenéis ninguna sospecha, ningún dato, acerca de la naturaleza de ésa conspiración? ¿No sabéis qué estaban planeando y qué querían llevar a cabo esta noche? —preguntó César Borgia.

—No, señor —respondió Barbo, el veterano de la *condotta* [20] de Messer Angelo Grazziani, que había traído la noticia—. Ya os he dicho todo lo que sabía.

—¿Ni tampoco sabéis quiénes eran los que pudieron huir?

—Tampoco, señor, a excepción de que, sin duda, uno de ellos era el señor Ranieri.

—¡Ah! Pero los otros... y ni siquiera sabemos cuántos eran.

César se interrumpió, recordando a la princesa Sinibaldi. Quizá, gracias a ella, podría obtener los informes que necesitaba o, por lo menos, averiguaría todo cuanto supiese la dama. Su conducta dio a entender que estaba enterada. Y sonrió de un modo amenazador.

—Id a rogar al señor Presidente del Consejo que venga aquí en unión de la princesa Sinibaldi. Luego esperad mis órdenes. Y cuidado de no decir una sola palabra de eso a nadie.

Barbo saludó y se retiró a cumplir la orden recibida. César empezó a pasear por la estancia y se acercó a la ventana, apoyando la frente en el vidrio, en tanto que su mente resolvía mil pensamientos, hasta que se abrió la puerta para dar paso al Presidente y a la princesa.

En cuanto estuvieron solos el duque y la princesa, primero se volvió a la dama y observó la mortal palidez de su rostro y la agitación marcada de su pecho. Y juzgó agudamente que el miedo no tardaría en desatarle la lengua.

Le hizo una reverencia y, sonriendo con la mayor gracia y deferencia, le ofreció el sillón carmesí dorado. Ella se sentó en silencio, agradecida de poder reposar en él. Con un pañuelo de borde dorado se secó los labios, en tanto que sus sobresaltados ojos no abandonaban un momento el rostro del duque, como si la mirada de éste retuviera, fascinada, la suya propia.

En pie, y al lado de la mesa, César apoyó en ella las puntas de sus dedos y se inclinó ligeramente hacia la dama.

—Os he hecho llamar, Madonna —dijo en tono suave y cariñoso—, para daros la oportunidad de salvar el cuello de vuestro esposo de las manos de mi estrangulador.

Aquellas palabras, por sí mismas, eran una noticia aterradora, pero más lo parecieron aún por el tono suave con que fueron pronunciadas. Y no dejó de producir el efecto propuesto.

¡Oh, Dios mío! —exclamó la afligida mujer, llevándose ambas manos al pecho—. ¡Gesú! Ya me lo figuraba. Me lo había dicho el corazón.

—No os alarméis, Madonna. Os lo ruego. No hay motivo para ello —le aseguró,

con acariciadora voz—. El príncipe Sinibaldi está abajo, esperando mi buen placer. Pero el mío, princesa, ha de ser precisamente el vuestro. La vida de vuestro esposo está en vuestras manos. Lo dejo en ellas y vivirá o morirá, según vos misma decidáis.

Ella levantó los ojos para contemplar el bello rostro juvenil y los ojos color de avellana, que la miraban con tanta cordialidad, y retrocedió, asustada, ante él. No acababa de darse cuenta del significado de aquellas palabras ambiguas y de las maneras acariciadoras del duque. Éste, precisamente, se había propuesto causar aquel efecto. Quiso mostrarse ambiguo, para destrozarse la voluntad de ella, hasta que se manifestase tan flexible como el metal al rojo.

Vio que la pobre mujer se sonrojaba intensamente, mientras tenía los ojos fijos en los suyos.

—¡Señor! —jadeó—. No sé qué queréis decirme. Vos...

Se interrumpió y, de pronto, se envaró su cuerpo y su mirada se hizo dura y retadora. Y cuando volvió a hablar, su voz traicionó la emoción que la agitaba.

—El príncipe Sinibaldi es el enviado acreditado de la Serenísima. Su persona es sagrada. Herirlo equivaldría a herir a la República que representa, y la República no anda remisa en vengar sus heridas. No os atreveréis a tocarla.

—Ya lo he hecho —contestó él, sonriendo—. Recordaréis que, según os he dicho, está abajo prisionero, atado, y en espera de mi buen placer —y repitió su frase anterior—. Pero ya os he dicho, Madonna, que mi buen placer será el vuestro.

Ella se limitó a repetir la última frase.

—¡No os atreveréis! ¡No os atreveréis!

Desapareció la sonrisa del rostro de él, quien inclinó la cabeza y con acento ligeramente burlón, replicó:

—Puesto que estáis convencida de ello, os dejaré en esa feliz situación.

Y como si diera por terminada aquella inútil entrevista, se volvió y se dirigió hacia la puerta. Al verlo, la dama se quedó aterrada.

Púsose en pie, tambaleándose, con una mano sobre la mesa para sostenerse y la otra inmediata a su pecho.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Un momento! ¡Piedad!

—Tendré piedad —replicó él, volviéndose a medias, aunque ya con la mano en el pomo de la puerta— si queréis enseñarme a tenerla. Volvió lentamente a su lado y, con grave expresión añadió:

—Vuestro marido ha sido sorprendido en el acto de cometer una traición. Si no queréis que lo estrangulen esta noche y deseáis tenerlo de nuevo, vivo, entre vuestros brazos, habéis de rescatarlo del peligro que lo amenaza.



—¿Qué... qué queréis... de mí?

La miraba fijamente a los ojos; ella soportó aquella mirada y la devolvió en silencio. Por fin cerró los párpados, inclinó la cabeza y aumentó su palidez.

—¿Qué... qué queréis de mí? —preguntó con voz temblorosa y débil.

El duque estaba muy versado en el uso de la ambigüedad. Habíase valido de ella para infundir el mayor terror en su interlocutora, dándole a entender que le exigía el precio máximo. De este modo, cuando le expresara su verdadera intención, ella reaccionaría de su temor y en aquella reacción caería en la trampa. El gran sacrificio que pedía resultaría insignificante a los ojos de ella, al compararlo con el sacrificio que su ambigüedad le dio a entender.

De modo que cuando ella le hizo aquella débil y dolorida pregunta: «¿Qué queréis de mí?», él se apresuró a contestar rápidamente:

—Todo lo que sepáis de la conspiración en que él tomaba parte.

Ella lo miró, confusa, y luego hizo la pregunta que más perpleja la tenía.

—¿Me ofrecéis su vida... su vida y su libertad... a cambio de esa información...?

—Eso es lo que os ofrezco.

Ella se llevó la mano a la frente, tratando de penetrar el misterio de un ofrecimiento que al parecer contenía elementos de contradicción.

—Pero en tal caso... —empezó a decir, con voz trémula e interrumpiéndose por no hallar palabras con que precisar sus dudas.

—Si necesitáis más seguridades, Madonna, las tendréis —dijo él—. Tendréis la seguridad de mi juramento. Os juro por mi honor y por mi esperanza del Cielo, que ni

yo, directamente, ni por medio de otro, procurará perjudicar en lo más mínimo a Sinibaldi, siempre y cuando esté bien enterado de la traición que se preparaba para esta noche, pues de esta manera podré evitar la trampa que, según creo, habían preparado para mí.

Tales palabras resolvieron las dudas de la dama. Comprendió ya la razón de la conducta de César Borgia. Diose cuenta de que le ofrecía la vida de Sinibaldi a cambio de su propia seguridad. Sin embargo, aun entonces titubeó, pensando en su marido.

—Él podrá censurarme... —empezó a decir, con insegura voz.

—No hay necesidad de que lo sepa —contestó César, inclinándose hacia ella.

—¿Me dais vuestra palabra? —insistió la dama, cual si quisiera convencerse de que el asunto no tendría consecuencias desagradables para ella.

—Ya os la he dado, Madonna —contestó César Borgia, en tono amargo, porque, realmente, hizo aquella promesa de mala gana al darse cuenta de que ella no se contentaría con menos. Había hecho un trato que, por su gusto evitara, de haber hallado el medio. Le costaba mucho perdonar y no le agradaba en manera alguna la idea de que Sinibaldi saliera del trance sin ningún castigo. Pero también se había dado cuenta de que, de no obrar como lo hacía, carecería de los medios de parar el golpe que podrían asestarle en cualquier momento—. Os la he dado ya, Madonna —repitió—. Y estoy dispuesto a cumplirla.

—¿Queréis decir que ni siquiera daréis a entender que estáis enterado de todo? ¿Que solamente haréis uso de mis informes para procurar vuestra propia seguridad?

—Eso mismo es lo que me prepongo —le contestó él, esperando, confiado, que, en breve, se habría enterado de todo.

Por fin oyó la historia, la suma total de cuanto sabía la dama. La noche anterior Ranieri y el príncipe Sinibaldi permanecieron hablando hasta hora avanzada. Ya la dama había sentido sospechas de que su marido estaba conspirando con el amigo del caído Malatesta. Impulsada por estas sospechas y quizá recelosa al ver que Sinibaldi no le comunicaba aquel asunto, se dedicó a espiar y pudo enterarse de que conspiraban contra la vida de César Borgia.

—El señor Ranieri —dijo— hablaba de este banquete en el Palazzo Pubblico, diciendo que tal oportunidad sería excelente. El verdadero criminal es Ranieri, pues que tentó a mi marido, obligándole a intervenir en ese asunto.

—¡Oh, no hay duda! —contestó César, impaciente—. Poco importa ahora saber quién fue el tentador. De momento me interesa la historia.

—Ranieri sabía que luego iríais a dormir al castillo de Sigismondo y que se había formado el plan de organizar una comitiva que os acompañase a la luz de las antorchas. En algún punto del recorrido, que no puedo deciros, porque no llegué a enterarme, en algún punto del recorrido, repito, Ranieri dijo que estarían apostados ballesteros con objeto de mataros.

Hizo una pausa y César no manifestó la menor turbación al oír aquella noticia, de

modo que la dama continuó:

—Pero había una dificultad. Ranieri no la consideraba insuperable, mas, para estar doblemente seguro, quiso resolverla de una vez. Temía que si, por casualidad, estabais rodeado de guardias a caballo, los ballesteros no pudiesen alcanzaros a través de ellos. Los guardias a pie, en cambio, no ofrecerían el menor inconveniente, ya que los ballesteros podrían disparar contra vos, por encima de sus cabezas. Pero él creyó necesario asegurarse de que sólo os rodearían unos guardias a pie, de modo que entonces presentaseis un buen blanco. Para asegurarse de eso, se propuso seducir a uno de vuestros capitanes; creo que era ese Grazziani, que, según dijo el soldado, ha sido herido. Ranieri estaba persuadido de que ese Grazziani os mostraba muy poco afecto y que, por lo tanto, resultaría fácil ganarle para su empresa.

Valentinois sonrió, pensativo.

Ella lo miró y, al ver el centelleo de ojos, sintió nuevo terror. Púsose en pie, con objeto de recordarle su juramento, pero él dejó a un lado toda expresión de cólera y volvió a sonreír.

—Creo, Madonna, que sería mejor que salieseis de aquí. Estáis fatigadísima. Temo haberos tratado con pocas consideraciones.

—El príncipe os seguirá, —le prometió el duque, mientras la conducía a la puerta—. Primero, sin embargo, procuraremos hacer las paces con él y no dudo de que lo conseguiremos. Tranquilizaos, pues —añadió, observando que en el rostro de la dama aparecía nuevamente el pánico, ya que recordó cuál era la paz que César solía ofrecer a sus enemigos—. Será tratado por mí con todos los honores. Procuraré conquistar su amistad, alejándolo de esos traidores que lo han seducido.

—Así ha sido, en efecto —exclamó ella, agarrándose con avidez a aquella excusa que él mismo le ofrecía, generosamente, en beneficio del hombre que quiso asesinarlo. Estoy persuadida de que la idea no fue suya. Se ha visto arrastrado por los malos consejos de los demás.

—¿Cómo puedo dudarle, puesto que me lo aseguráis? —replicó él con tal sutil ironía, que a ella le pasó por alto. Luego hizo una reverencia y abrió la puerta.

Siguiendo a la dama hasta la gran sala, donde en el acto reinó el silencio y un centenar de ojos se dirigieron a ellos dos, el duque llamó con una seña al Presidente del Consejo, que andaba esperándolo. Confió a la princesa al cuidado de aquél, rogándole que la acompañara hasta su litera.

* * *

Luego César Borgia volvió a la mesa, a ocupar su sitio, y después de una ligera chanza y de una carcajada, invitó a que todos manifestaran su alegría, como si en su mente no hubiese ningún cuidado.

Vio que Capello lo observaba, receloso, y pudo imaginarse los temores que llenaban el corazón del Orador veneciano, como resultado de aquella larga entrevista

que terminó con la retirada de la princesa Sinibaldi. Messer Capello necesitaba ser distraído, según pensó irónicamente César Borgia, y cuando el Presidente hubo regresado de escoltar a la princesa hasta su litera, César levantó un dedo e hizo seña al veterano, cubierto de acero, que aguardaba de acuerdo con la orden recibida.

Barbo avanzó y en el acto cesaron las conversaciones y las risas, y se hizo un silencio expectante.

—Traed al príncipe Sinibaldi —ordenó César, produciendo con sus palabras una gran consternación en la sala.

Abriéronse las dobles puertas y Barbo entró nuevamente. Seguíanlo cuatro hombres de armas de la *condotta* de Grazziani, y entre ellos andaba el príncipe Sinibaldi, el enviado extraordinario de la Serenísima República. Mas su aspecto y su estado eran más bien los de un malhechor vulgar. Llevaba las muñecas todavía atadas a la espalda; carecía de gorro y de capa, su ropa estaba bastante desordenada, a consecuencia de sus luchas y mostrábase abatido y fosco.



—Desatadle las manos—mandó el duque

Aumentó el asombro de los reunidos y se oyó un prolongado rumor. Obedeciendo a una señal del duque, los guardias se apartaron un poco de su preso, dejándolo frente a frente de César.

—Desatadle las manos —mandó el duque.

Barbo se apresuró a cortar la cuerda que sujetaba al preso.

Dándose cuenta de que en él estaban fijas todas las miradas, el veneciano hizo acopio de valor y un esfuerzo por recobrar el ánimo, bastante debilitado. Echó la

cabeza hacia atrás y se irguió, mostrando su alta figura llena de dignidad y de desprecio, y fijó los ojos en el impasible rostro de César. De pronto, y sin haber recibido permiso para ello, prorrumpió en un torrente de palabras coléricas.

—¿Acaso se debe a vuestras órdenes, mi señor duque, que se hayan cometido todas esas indignidades en la persona inviolable de un enviado? —preguntó—. La Serenísima, cuyo representante tengo el honor de ser, no sufrirá con paciencia esta indignidad.

Al alcance del duque se hallaba una naranja, en la que se había inyectado esencia de rosa con objeto de emplearla como perfumador. La tomó con sus largos dedos y la olió delicadamente.

—Espero —dijo con aquella voz apacible, que podía hacer tan penetrante y suavemente siniestra— que os juzgue mal al creer que me amenazáis. No es muy prudente amenazarnos, Excelencia... ni siquiera para un enviado de la Serenísima.

Y sonrió el veneciano, pero de manera que Sinibaldi se asustó y perdió en el acto su magnífica arrogancia... como les había ocurrido a muchos otros atrevidos que se vieron cara a cara del joven duque de Valentinois.

Capello, en segundo término, se retorció las manos y con gran dificultad contuvo un gemido.

—Yo no amenazo, señor... —empezó a decir Sinibaldi.

—No sabéis cuánto me alegro de oírlo —contestó el duque.

—Protesto —terminó diciendo Sinibaldi—. Protesto contra el trato que he recibido. Esos soldados rufianes...

—¡Ah! —exclamó el duque, oliendo la naranja—. Vuestra protesta recibirá toda la atención debida. No me creáis un solo instante capaz de olvidar algo que os deba. Continuad, pues, os lo ruego. Oigamos, señor, vuestra versión de lo sucedido esta noche. Condescended en explicar el error de que habéis sido víctima, y os prometo que los torpes serán debidamente castigados. Y los castigaré con satisfacción tanto mayor, cuanto que nunca me han gustado las torpezas. Decíais que esos soldados rufianes... Pero os ruego que continuéis.

Mas Sinibaldi no continuó. En vez de eso, empezó su relación por el principio, de acuerdo con la versión que había preparado durante el largo rato que tuvo para eso. Y su relación fue habilísima, concebida con la mayor astucia, puesto que se basaba en cosas ciertas, como debe hacerse para que un relato sea convincente. En realidad, era casi la misma historia que podría haber referido Grazziani, en caso de estar allí para hablar, y como aquello era cierto, aunque no con respecto a Sinibaldi, podía sufrir comprobaciones y era capaz de convencer.

—Lo comprendo perfectamente; y, por esta causa, como deferencia especial y para demostraros mi estimación hacia vos y a la República que representáis, no os hago una pregunta que os sería difícil contestar. Olvidemos, pues, este incidente desdichado.

»Venid, señor, permitidme que ejerza de anfitrión con respecto a vos y procure

compensar los malos tratos que habéis recibido. No deis nunca al señor la culpa de la torpeza de sus lacayos. El Consejo, del que soy invitado, nos ha ofrecido una noble fiesta. Hay aquí un vino que parece un unguento salutífero para las almas heridas... Durante todo un verano toscano ha estado encerrado en sus frascos. También se ha de representar una comedia, que los desagradables sucesos de esta noche han aplazado. ¿Qué me decís, señor Presidente, de esos representantes que han venido de Mantua? Es preciso divertir al príncipe Sinibaldi, para que pueda olvidar las molestias que ha tenido que sufrir.

Pudo verse entonces al príncipe Sinibaldi asombrado hasta lo indecible y aliviado de su larga tensión, sin atreverse a creer que había salido ya de la horrible situación en que se hallaba y preguntándose, tal vez, si todo sería un sueño. Aceptó la silla que le ofrecieron al lado del duque, en tanto que uno de los lacayos, vestido de rojo y por orden del duque, le servía una copa de vino que se apresuró a beber. Pero mientras lo hacía, casi se le atragantó el líquido, por el temor que le causó el recuerdo de algunas historias de Capello, referentes a la habilidad de César en el uso de los venenos.

Pero cuando apresuradamente dejaba la copa sobre la mesa y casi derramaba su contenido, vio que el lacayo servía vino del mismo jarro al catavenenos que estaba a espaldas del duque, y aquel detalle lo tranquilizó.

Aparecieron los representantes y pronto la atención de todos los invitados estuvo concentrada en la acción de la comedia, más o menos lujuriosa, que representaron. Pero los pensamientos de Sinibaldi estaban muy lejos de allí. Pasaba revista a todo lo ocurrido y especialmente se fijaba en su situación actual y en los honores tributados por el duque, a guisa de compensación por las violencias que había debido sufrir. Era un hombre de temperamento sanguíneo y gradualmente su desconfianza se disipó ante la convicción, cada vez mayor, de que el duque se conducía así con respecto a él por el miedo que sentía de la poderosa República, cuyo representante era. Así, pues, se reanimó gradualmente, hasta el extremo de sentir cierto desprecio por aquel Valentinois de tan terrible reputación ; y aún tenía cierta esperanza de que Ranieri y los demás llevarían a cabo el propósito que habían concertado.

Mientras tanto, César, a su lado, estaba reclinado en su sillón con la barbilla en la mano y los ojos fijos en los cómicos, pero sin poner más atención en la comedia que el mismo Sinibaldi.

¿Sería Sinibaldi la mano de la República en aquel asunto?

Sin duda era así, puesto que Sinibaldi no podía tener ningún motivo personal para atentar contra su vida. Era, pues, evidente que el enviado de la República estaba apoyado por los recursos de ésta.

Pero aunque César Borgia comprendía perfectamente lo que debía hacer, no era tan evidente el medio de lograrlo. Debía escoger con el mayor cuidado su camino en aquel laberinto, para no extraviarse a su vez y perder allí la vida. En primer lugar, había comprometido su palabra de príncipe de que no inferiría el menor daño a Sinibaldi. Si le era posible, cumpliría la letra de tal promesa; en cuanto a su espíritu,

no era razonable esperar que lo respetase. En segundo lugar, había de hallar el modo de destruir a Sinibaldi, y al mismo tiempo, a sus confederados, para evitar que aún se manifestaran más activos en su deseo de vengarse. De no librarse también de ellos, su propio peligro subsistiría y si aquella misma noche no le disparaban un ballestazo, lo harían al día siguiente o algún tiempo más tarde. Y en tercer lugar, al castigar a aquella pandilla de criminales venecianos, debía hacerlo de manera que Venecia no tuviese ningún motivo de queja.

Cuando ya terminaba la comedia, se le ocurrió la solución. La máscara de concentración que hasta, entonces llevara, se relajó súbitamente y, de repente, centellearon sus ojos con expresión humorista. Se reclinó en su sillón y atendió al epílogo que pronunciaba entonces el director de la compañía. Y al terminar la representación, inició el aplauso desprendiendo del cinto una pesada bolsa, que arrojó a los cómicos para significarles su estimación por el trabajo realizado. Luego se volvió a Sinibaldi, para tratar con él de la comedia, de la que ninguno de los dos se había enterado gran cosa. Se rió y bromeó con el veneciano, como si fuese su igual, y lo abrumó de atenciones, cosa en la cual ningún hombre de su época habría sido capaz de aventajar al duque.

* * *

Llegó, por fin, la medianoche, hora para la cual se había dispuesto la procesión a la luz de las antorchas, que partiría del Palazzo Pubblico, para escoltar al duque a su regreso a la famosa Rocca de Sigismondo Malatesta, donde se alojaba. Valentinois se puso en pie para dar la señal de marcha y, en el acto, un regimiento de lacayos y de pajes lo rodeó para acompañarlo. Sinibaldi se volvió a él y le hizo una profunda reverencia, con objeto de despedirse para ir al encuentro de su esposa, cuya retirada del banquete tuvo por causa, según le habían informado, su propia aventura. Pero César no quiso separarse todavía de él.

—Venid, excelencia —continuó diciendo el duque—. Me acompañaréis a caballo a la Ciudadela y allí convendremos nuestro próximo encuentro, y quieran los dioses que sea pronto. Messer Capello también nos acompañará. No admito ninguna negativa. La consideraría como expresión de que todavía estáis resentido por lo que os ha ocurrido, sin culpa mía y con gran mortificación por mi parte. Venid, príncipe. Nos están esperando. Messer Capello nos sigue.

Mientras hablaba así pasó su brazo, esbelto y fuerte como si fuese de acero, por otro de Sinibaldi, y de este modo los dos salieron del comedor y atravesaron las filas de cortesanos reunidos para aclamar al duque. Parecía que César deseara hacer compartir aquel honor a Sinibaldi y Capello, que los seguía pisándoles casi los tacones, reventaba de orgullo y de satisfacción al ver como Valentinois rendía homenaje a la Serenísima República de un modo tan señalado, en la persona de su enviado extraordinario.

Así llegaron al patio, alumbrado por la luz rojiza de cien antorchas llameantes, que teñían de color anaranjado las viejas paredes amarillentas del Palazzo. Allí había gran confusión y ruido de lacayos en torno de los jinetes que se disponían a montar a caballo y aún más en torno de las damas que subían a sus literas.

Allí fue donde César y Sinibaldi vieron como se aproximaban dos de los pajes del duque, vestidos de bermellón, que llevaban su capa y su gorro.

Aquella capa, que estaba hecha con la piel de un tigre, muy adornada de oro y forrada de satén amarillo, era tan visible como rara y costosa. Fue un regalo enviado a César Borgia desde Turquía, por el sultán Bayaceto, y el duque empezó a usarla a principio de aquel invierno, no sólo por su afición a las prendas esplendorosas, sino también por lo mucho que le abrigaba.

Mientras el paje le ofrecía aquella magnífica capa, el duque se volvió repentinamente a Sinibaldi, que estaba a su lado.

—¿No tenéis capa, señor? —exclamó muy apurado—. Estáis sin abrigo, a pesar de que la noche es muy fría.

—Un lacayo me proporcionará algún abrigo, Magnífico —contestó el veneciano, volviéndose para transmitir su deseo a Capello.

—Esperad —dijo César, tomando la hermosa piel de tigre de manos de su paje—. Puesto que no sólo en mis nuevos dominios, sino también a causa de vuestra lealtad hacia mí perdisteis vuestra capa, permitidme que la reemplace por ésta y, al mismo tiempo, os ofrezca una prueba indigna de la estimación que tengo por vuestra excelencia y por la Serenísima República que representáis.

Sinibaldi dio un paso atrás y uno de los pajes dijo luego que en su rostro se advirtió una expresión de súbito miedo. Dirigió una profunda mirada a los ojos sonrientes del duque y quizá vio allí una leve huella de la burla que creyó advertir en sus palabras suaves...

Al observar aquella sonrisa, levemente significativa, de César, y mientras ponderaba el tono en que habló el duque, como si sólo pensara en el noble regalo que se le hacía, comprendió rápidamente la situación.

El duque no se dejó engañar ni un instante por aquella historia especiosa. El duque sabía la verdad; la exagerada cordialidad que él, como un tonto, atribuyó un momento al miedo que le inspiraba Venecia, todo aquello no fue más que un fingimiento, una burla, como el gato juega con el ratón antes de destruirlo.

Así lo comprendió ahora y vio que había caído en una trampa, y que había sido engañado con tal astucia y sutileza que le era imposible pronunciar una sola palabra para defender su vida. En efecto, ¿qué podía decir sin hacerse traición y sin revelar la verdad, para dar a entender que el hecho de llevar aquella capa lo pondría en peligro mortal? ¿Cómo podría declinar aquel honor?

En su desesperación, tuvo un momento la idea de rechazar el regalo. Pero recordó que los regalos de los príncipes como el duque de Valentinois y de Romagna no pueden ser rehusados por los embajadores extraordinarios, sin inferir una afrenta al

dador, y que no solamente se les ofende desde el punto de vista personal, sino también por parte del Estado que representan.

Cualquiera que fuese el lado hacia el cual se volviese, no encontraba ninguna salida. Y el duque estaba ante él, sonriendo y ofreciéndole a capa que, para Sinibaldi, equivalía a la muerte.

Y por si eso no hubiera sido bastante, el inefable Capello estaba contentísimo y se frotaba las manos, al notar aquella suprema humillación del duque, que, de este modo, demostraba su debido respeto por la Serenísima República.

—Es un noble regalo, alteza —decía contentísimo—. Un noble regalo y digno de la munificencia de vuestra potencia. —Luego, con cierta malicia, y para que el duque se diese cuenta de que había advertido sus motivos ulteriores, añadió—: Y el honor que ahora recibe el príncipe Sinibaldi será reconocido por la Serenísima como honor tributado a ella misma.

—Mi deseo es honrarlos a ambos en la medida exacta de sus merecimientos —contestó César riéndose, de modo que Sinibaldi, cuyos sentidos estaban hiperestesiados por el miedo, pudo darse cuenta de la siniestra significación de aquellas cordiales palabras.

Tembló en lo más profundo de su corazón, maldiciendo a Capello por tonto. Luego, comprendiendo que no tenía más remedio que resignarse, quiso hacerlo con buena cara. Halló valor en la esperanza. Díjose que, después de lo ocurrido aquella noche, era muy probable que los conspiradores se abstuvieran de actuar, aplazando la cosa para otra ocasión más oportuna. En tal caso no ocurriría nada desagradable y César quedaría confundido.

En adelante, el príncipe se dejó arrastrar por los acontecimientos como el nadador que ha observado la imposibilidad de luchar contra la corriente cesa de hacerlo y se abandona a ella, esperando que lo llevará sano y salvo a la orilla. El príncipe montó también el espléndido caballo berberisco, de arreos de terciopelo y plata, y que el duque le regaló asimismo como prueba de su aprecio.

La espléndida comitiva echó a andar por las calles de la población aún llenas de gente, porque el pueblo de Rimini esperaba el espectáculo de la comitiva a la luz de las antorchas, para acompañar al duque a la Rocca de Sigismondo. Y para complacer al pueblo, la cabalgata iba al paso, flanqueada a cada lado por una fila de lacayos que empuñaban antorchas.



—¡Duca! ¡Duca! ¡Valentino!—gritaban

Acogieronlos las aclamaciones de la gente, sonoras y sinceras, porque la conquista de Rimini por parte de César Borgia daba al pueblo la promesa de verse libre del yugo cruel con que lo oprimiera el tirano Pandolfaccio Malatesta. Conocían la justicia y la liberalidad de su gobierno y lo saludaban como libertador.

—¡Duca! ¡Duca! ¡Valentino! —gritaban.

De este modo la procesión atravesó la ancha plaza del Palazzo Pubblico y se metió en una estrecha calle para ir a desembocar en la calle principal que iba del Este al Oeste y que atravesaba casi en línea recta la población desde el puente de Augusto hasta la Porta Romana.

En la esquina de la Via della Rocca tales eran los clamores de los curiosos, que nadie oyó la vibración repetida de la cuerda de una ballesta. En realidad la primera noticia que el duque tuvo de que acababa de ocurrir lo que esperaba fue notar que el jinete cubierto con la piel de tigre cayó de repente sobre el cuello de su caballo.

En el acto los lacayos acudieron a sostener la brida y la inmóvil figura del jinete. César lo siguió y también lo hizo Capello. Y, de pronto, entre la multitud, se originó un silencio causado por el pasmo, al notar que, a pesar de los esfuerzos de los lacayos, el hombre a quien habían tomado por César Borgia caía de lado y en brazos de aquellos servidores, con una flecha que le atravesaba la cabeza.

Aquel momento de silencioso pánico fue sucedido por un grito horrible, un quejido que, en sí mismo, expresaba el miedo público de la horrible venganza que podría caer sobre la población.

—¡El duque ha muerto!

Entonces, en respuesta a aquel grito, y gracias a una magia inexplicable, o, por lo menos, así se lo pareció al pueblo, vieron montado a caballo al mismo duque, con la cabeza al descubierto, coronada por su cabello de color leonado, que resplandecía a la luz de las antorchas, y mientras tanto su voz dominaba la confusión general, exclamando:

—¡Eso ha sido un asesinato! ¿Quién ha cometido este crimen? —Luego apuntó con un brazo a una casa que había hacia su derecha.

—¡Ahí! —gritó a sus alabarderos, que habían acudido a él, a través de la multitud—. ¡Ahí dentro! —gritó—. ¡Meteos ahí y, por vuestra vida, procurad que no se os escape ni uno solo! Han asesinado al enviado de Venecia y, quienes quiera que sean, lo pagarán con su vida.

En un momento, la casa fue rodeada por los hombres de armas de César. La puerta se hundió ante los feroces golpes de las alabardas y los soldados entraron para prender a los asesinos, en tanto que César continuaba su camino hacia la plaza que había ante la ciudadela, seguido en ruidoso desorden por los cortesanos, los lacayos y el pueblo.

Ante la ciudadela, César soltó las riendas y sus alabarderos hicieron un claro. Luego, sosteniendo horizontalmente las picas, formaron una barrera contra la marea humana. Otros hombres de armas, que descendieron entonces por la calle, atravesaron la multitud, abriéndose paso por entre ella como si fuese un barco entre las olas. Aquellos hombres de armas, armados de picas, llevaban cinco presos, a quienes encontraron en aquella casa desde la cual salió la muerte para el príncipe Sinibaldi.

Los cautivos fueron arrastrados hacia adelante, entre las furiosas execraciones del pueblo, y llevados al espacio libre que los alabarderos habían hecho. De este modo fueron conducidos ante el duque, que los esperaba para hacer una justicia rápida. A su lado, y montado en su mula, atontado, pálido y flácido, se hallaba Messer Capello, retenido por César como único representante de Venecia y a fin de que fuese testigo del asunto hasta su final.

El Orador estaba anonadado. Y hemos de dudar de si se había enterado de la verdad hasta que miró los rostros de aquellos cinco desdichados a quienes los hombres de armas hicieron avanzar hasta la temible presencia del duque. Entonces, según creo, comprendió que Sinibaldi había sido tomado por el duque, y recibió en su traidor cerebro la flecha destinada a Valentinois. Pero en cuanto hubo comprendido eso, surgió en su ánimo una sospecha evidente. ¿Acaso el duque se había propuesto eso mismo? ¿Sería posible que César Borgia hubiese hecho, de su arte, todo lo posible para que ocurriese aquel error? ¿Cedió, quizá, con tal fin, su capa de piel de tigre a Sinibaldi, le puso el gorro ducal y le obligó a montar su propio caballo?

Messer Capello empezaba a convencerse de eso y, naturalmente, se despertó su irritación al notar cómo el duque se había burlado de ellos invirtiendo la situación contra Sinibaldi. Pero aún le faltaba burlar a la Serenísima y ésta sabría muy bien

vengar la muerte de su enviado. Larga sería la cuenta que presentase la República.

Impulsado por la rabia, Messer Capello se volvió en redondo y a punto de proferir amenazas. Levantaba ya el brazo para darles mayor énfasis, pero antes de que pudiese hablar, César lo agarró por la muñeca y, reteniéndolo con la mayor fuerza exclamó:

—¡Mirad! ¡Mirad, Messer Capello! Mirad a los presos. Ahí está el señor Ranieri, huésped del príncipe y que se hacía pasar por su amigo. ¡Parece imposible que Ranieri haya sido capaz de tal cosa! Y esos otros dos también aseguraban profesar grande amistad al pobre Sinibaldi.

Capello miró, según le indicara el duque y, al mismo tiempo, sintió un extraño asombro.

—Mirad ahora esos otros dos —insistió el duque con voz colérica—. Ambos llevan la librea del príncipe; son sus familiares, sus criados, en quienes, sin duda, confiaba. Con toda seguridad esos patricios asesinos les han pagado su traición. ¡A qué profundidades de villanía puede descender el hombre!

Capello miraba al duque y casi empezaba a creerlo sincero, tanto era el fervor con que hablara. Pero aunque era tonto, no se dejó engañar entonces, ni el duque, por su parte, lo intentó. César quería que supiese la verdad aunque sin decírsela.

El Orador vio, por fin, claro. Y entonces ya no se atrevió a pronunciar las palabras que había tenido en los labios, porque con ellas habría hecho culpable al muerto Sinibaldi y él mismo se vería expuesto a la cólera de los Diez, de Venecia. Vio con la mayor claridad que proclamar el hecho de que Sinibaldi había sido asesinado, confundiéndolo con César, habría equivalido a proclamar que Sinibaldi, y, probablemente, la Serenísima también, habían planeado el asesinato, pues todos los presos eran amigos y criados del príncipe.

Capello, al mirar los ojos del duque, comprendió, por fin, que éste se burlaba de él. Ardía en cólera, pero en obsequio a sí mismo vióse obligado a disimularla.

Pero esto no fue todo, sino que se vio obligado a apurar hasta las heces la copa venenosa que le dio César y a fingir que se había dejado engañar. Tuvo que dar a entender que en aquel asunto no veía más de lo que César quiso manifestar al mundo en general. Y fingió, también, estar persuadido de que Sinibaldi había sido villanamente asesinado por sus amigos y criados, y no ocuparse más del asunto.

Tragándose la rabia lo mejor que pudo, inclinó la cabeza y con voz que pudieran oír todos los que estaban cerca, exclamó:

—Señor, apelo a vos, pidiendo justicia contra esos asesinos, en nombre de Venecia.

FIN de «El veneciano».



EL
de Luis
oro

por François Coopée

François Coppée

Cuando Luciano de Hem vio su último billete de cien francos arrastrado por el rastrillo del banquero, y cuando se levantó de la mesa de ruleta, donde acababa de perder los restos de su pequeña fortuna, reunidos por él para aquella suprema batalla, sintió una especie de vértigo, y creyó que iba a caer.

Con la cabeza turbada y las piernas vacilantes, fue a arrojarse sobre el ancho banco de cuero que rodeaba la mesa de juego. Durante algunos minutos miró vagamente el garito clandestino en que había dilapidado los mejores años de su juventud, reconoció las estragadas cabezas de los jugadores, crudamente iluminadas por las tres grandes lámparas de pantalla, escuchó el ligero roce del oro sobre el tapete, pensó que estaba arruinado, perdido, recordó que tenía en su casa, en un cajón de la cómoda, las pistolas de ordenanza que su padre, el general de Hem, simple capitán entonces, había usado tan bien en el ataque de Zatcha, y luego, rendido de fatiga, se durmió con sueño profundo.

Cuando se despertó con la boca amarga, vio con una mirada, dirigida al reloj, que había dormido apenas media hora, y sintió imperiosa necesidad de respirar el aire de la noche. Los minuterios señalaban las doce menos cuarto. Mientras se levantaba estirando los brazos, Luciano recordó que era víspera de Navidad, y por un juego irónico de la memoria vióse de repente tal como era en la primera infancia, y poniendo, antes de acostarse, los zapatos en la chimenea.

En aquel momento, el viejo Dronski, columna del garito, el polaco clásico, de gabán raído, adornado con alamares y bellotas, se acercó a Luciano y murmuró algunas palabras entre su sucia barba gris:

—Tenga usted la bondad de prestarme una moneda de cinco francos, caballero. Hace ya dos días que no me muevo de aquí, y en esos dos días no ha salido el diez y siete... Búrlese usted de mí, si le parece, pero daría un ojo de la cara si dentro de un momento, al dar las doce, no sale ese número.

Luciano de Hem se encogió de hombros; no tenía en el bolsillo ni con qué pagar ese impuesto que los frequentadores del club llamaban «los diez sueldos del polaco».

Pasó a la antesala, se puso el sombrero y el abrigo y bajó la escalera con agilidad febril.

Durante las cuatro horas que pasara encerrado en el garito, la nieve había caído con abundancia, y la calle, una calle del centro de París, bastante estrecha, y edificada con altas casas, estaba completamente blanca. En el cielo tranquilo, de un azul negro, titilaban las frías estrellas.

El jugador desplumado se estremeció bajo las pieles, y echó a andar, revolviendo en su espíritu ideas de desesperación, y pensando más que nunca en la caja de pistolas que lo aguardaba en el cajón de la cómoda; pero, después de haber andado algunos pasos, se detuvo ante un espectáculo desconsolador.

En un banco de piedra colocado, según se usaba antiguamente, a la puerta

monumental de un palacio, una niña de seis a siete años, cubierta apenas con un vestido negro hecho jirones, estaba sentada en medio de la nieve. Se había dormido allí, a pesar del frío cruel, en una actitud espantosa de fatiga y de aniquilamiento, y su pobre cabecita, y su hombro delicado, aparecían desplomados sobre un ángulo de la pared, y descansaban en la helada piedra. Uno de los zapatos con que iba calzada la niña se había salido del pie, y yacía lúgubrementemente ante ella.

Con ademán automático, Luciano echó mano al bolsillo ; pero recordó que un momento antes no había encontrado ni una moneda olvidada de veinte sueldos, y que no había podido dar propina al mozo del club. Sin embargo, impulsado por un instintivo sentimiento de compasión, acercóse a la niña, e iba quizá a llevársela en brazos y darle asilo por aquella noche, cuando, dentro del zapatito caído en la nieve, vio que brillaba algo.

Se inclinó: era un luis de oro.

Una persona caritativa, una mujer sin duda, había pasado por allí, había visto, en aquella Nochebuena, el zapatito delante de la criatura dormida, y recordando la conmovedora leyenda, había puesto en él, con mano discreta, una limosna magnífica para que la pequeña abandonada siguiese creyendo en los regalos del Niño Jesús, y conservara, a pesar de su desgracia, un poco de confianza y un poco de esperanza en la bondad de la Providencia.

¡Un luis! Aquello era muchos días de tranquilidad y de riqueza para la mendiga, y Luciano estaba a punto de despertarla para decírselo, cuando oyó a su oído, como en una alucinación, una voz, la del polaco, que murmuraba estas palabras:

—Hace dos días que no me muevo de aquí, y en esos dos días no ha salido el diez y siete... Daría un ojo de la cara si dentro de un momento, al dar las doce, no sale ese número.

Entonces aquel joven de veintitrés años, que descendía de una raza de gentes honradas, que llevaba un soberbio nombre militar y que jamás había faltado al honor, concibió una espantosa idea; asaltóle un deseo loco, histérico, monstruoso. Con una mirada se aseguró de que estaba completamente solo en la calle desierta, y doblando la rodilla, adelantando con precaución la mano temblorosa, robó el luis de oro del zapato caído.

Luego, corriendo a más no poder, volvió a la casa de juego, trepó la escalera de cuatro en cuatro, abrió de un puñetazo la mampara de la sala maldita, y entró en el momento preciso en que el reloj daba la primera campanada de medianoche, tiró la moneda de oro sobre el tapete verde, y gritó:

—¡En pleno al diez y siete!

El diez y siete ganó.

De un manotón Luciano empujó los treinta y seis luses a la colorada.

La colorada ganó.

Dejó los setenta y dos luses en el mismo color. La colorada volvió a salir.

Volvió a hacer el paroli ^[21] dos, tres veces, siempre con la misma suerte. Ya tenía

delante un montón de oro y de billetes, y se puso a sembrar el tapete como un loco. La docena, la columna, el número, todas las combinaciones le salían bien. Aquello era una suerte inaudita, sobrenatural. Hubiérase dicho que la pequeña bolilla de marfil, saltando en las casillas de la ruleta, estaba magnetizada, fascinada por los ojos de aquel jugador, y que le obedecía.

Había recuperado, en una docena de golpes, los pocos billetes de mil francos, su último recurso, que perdiera al principio de la velada.

Y ya, apuntando de a dos, de a trescientos francos, servido por su suerte fantástica, iba a ganar muy pronto, y con creces, el capital hereditario que había malgastado en pocos años. Estaba a punto de reconstituir su fortuna.

Con el apresuramiento de ponerse a jugar, no se había quitado el pesado abrigo; había llenado sus grandes bolsillos de fajos de billetes de Banco y de monedas de oro, y no sabiendo ya dónde amontonar su ganancia, iba llenando de papeles los bolsillos interiores y exteriores de la levita, del chaleco y del pantalón, la cigarrera, el pañuelo, todo cuanto podía servir de recipiente.



¡Seguía ganando como un furioso, como un ebrio!

¡Y seguía jugando, y seguía ganando como un furioso, como un ebrio! ¡Y arrojaba puñados de luses sobre el tablero, al azar, con un ademán de certidumbre y de desdén!...

Pero tenía algo como un hierro candente en el corazón, sólo pensaba en la pequeña mendiga, dormida en la nieve, en la niña a quien había robado.

¡Todavía está en el mismo sitio! ¡Seguramente debe estar todavía!... ¡Enseguida, sí, en cuanto dé la una... lo juro! ¡Saldré de aquí... iré a tomarla, dormida, en brazos, la llevaré a casa, la acostaré en mi cama!... ¡Y la educaré... y la dotaré, la querré como si fuera mi hija... la cuidaré, siempre, siempre!

* * *

Pero el reloj dio la una, y el cuarto, y la media, y los tres cuartos... y Luciano seguía sentado a la mesa infernal.

Por fin, un minuto antes de las dos, el director de la partida se levantó bruscamente y dijo con voz lenta:

—¡Caballeros! Ha saltado la banca... Basta por hoy.

Luciano, de un brinco se puso en pie. Apartando brutalmente a los jugadores que lo rodeaban mirándolo con envidiosa admiración, salió desalado, se precipitó por las escaleras, y corrió hacia el banco de piedra. De lejos, a la luz de un mechero de gas, descubrió la criatura.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. Todavía está allí.

Se acercó a ella y le tomó la mano.

—¡Oh, qué frío tiene! ¡Pobre chicuela!

La tomó por debajo de los brazos y la levantó para llevársela. La cabeza de la niña cayó hacia atrás, sin que se despertara.

—¡Cómo se duerme a esta edad!

La estrechó contra su pecho para calentarla, y asaltado por vaga inquietud, trató, para arrancarla de aquel pesado sueño, de besarla en los ojos, como hiciera antes con sus prendas más queridas.

Pero vio con terror que los párpados de la niña estaban entreabiertos, y dejaban ver a medias las pupilas, vidriosas, apagadas, inmóviles.

Con el cerebro atravesado por una horrible sospecha, Luciano puso la boca junto a la de la criatura... no salía de ella hálito alguno.

Mientras, con el luis de oro que había robado a aquella mendiga, Luciano ganaba al juego una fortuna, la niña sin asilo había muerto... ¡muerto de frío!

* * *

Con la garganta apretada por la angustia más espantosa, Luciano quiso lanzar un grito... Y con el esfuerzo que hizo despertó en el banco del club, en el que se había dormido poco antes de las doce, y donde el mozo del garito, yéndose el último, a eso de las cinco de la mañana, lo había dejado tranquilo, por bondad hacia el desplumado...

* * *

Una brumosa aurora de diciembre hacía palidecer los vidrios de las ventanas. Luciano salió, empañó su reloj, tomó un baño, almorzó y se fue a la oficina de reclutamiento a firmar un enganche voluntario en el primer regimiento de cazadores de África.

Luciano de Hem es hoy teniente; sólo tiene su sueldo para vivir, pero se las campanea con él, porque; es un oficial muy ordenado, y jamás toca un naipe.

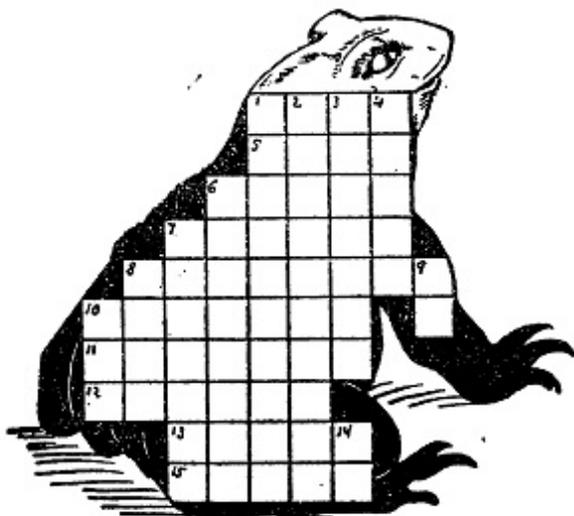
Hasta, según parece, halla medio de hacer economías, porque el otro día, en Argel, uno de sus camaradas, que le seguía a pocos pasos de distancia, en la montuosa calle de la Kasbah, vio que daba limosna a una chicuela dormida bajo un portal, y tuvo la indiscreción de mirar lo que Luciano había dado a la pobre.

El curioso se quedó muy sorprendido de la generosidad del pobre teniente.

Luciano de Hem había dejado un luis de oro en la mano de la niña.

FIN de «El luis de oro».

CRUCIGRAMA
Núm. 10
por M. CALVO



HORIZONTALES: 1. Atacado. Planas.—2. rema. Tropel.—3. Ase. Sola. Enojo.—4. Caso. Resaca. Prelado.—5. Toesa. Oleo. Ton.—6. Er. Asaz. Caro.—7. Res. Clan. Lar.—8. Amor. Ir. Alo. Ro.—9. Alon. Ioduro.—10. Apuros. Seda.—11. Rt. Ada. Al. Nada.—12. Ore. dio. Sir.—13. Cono. Tris. Ve.—14. Epo. Aria. Colín.—15. Dejasen. Borona.—16. Olorón. Boletos.

VERTICALES: 1. Artera. Procedo.—2. Teo. Ropa. Ar.—3. Aca. Nudo. Aso.—4. Da. Ali. Ra. Tren.—5. Orín.—6. Plan. Osadia.—7. Prez. Ad. Lis. Bo.—8. Leo. Plus. Col.—9. Al. Oren. Sore.—10. Natal. das. Lot.—11. Adorar. Adivino.—12. Sonoras. Arenas.

SOLUCIÓN AL NÚM. 9

HORIZONTALES: 1. Trabajar la tierra.—5. Vigila.—6. (Al revés.) Estafar.—7. Planta solanácea.—8. Esforzado.—10. Con una A al final compañero.—11. Sin juicio.—12. Del verbo salir.—13. (Al revés.) Insecto hemíptero.—15. Insulsas.

VERTICALES: 1. Euardecidas.—2. Imitadora.—3. Adornada.—4. (Al revés.) Asignar.—6. Resurgido.—7. Signos musicales.—7. Canal de la bomba de desagüe.—9. Percibí.—10.—Apócope de casa.—14. Campeón.



RICHARD AUSTIN FREEMAN, (Marylebone, Inglaterra, 11-4-1862 – Gravesend, Inglaterra, 28-9-1943) fue escritor de historias detectivescas, principalmente protagonizadas por el médico forense e investigador Dr. Thorndyke.

Publicó su primer libro sobre John Thomdyke en 1907 (*La huella roja*); a partir de esa fecha, marcó un hito en la historia de la literatura policial. Tanto en ésta como en las posteriores, Freeman demostró una gran erudición médico-legal.

Sin embargo, no sólo en ese aspecto radica su mérito. En realidad abrió paso a un nuevo tipo de novela detectivesca que, según más de un crítico, es «la única innovación formal dentro del género policial que se ha hecho desde Poe». A ese nuevo tipo de narración detectivesca, Freeman lo llamó «historias invertidas».

Publicó, entre otras, *La piscina dorada* (1905), *Los casos de John Thomdyke* (1909), *El ojo de Osiris* (1911), *El caso de Oscar Brodski* (1912), *El testigo mudo* (1914), *The Great Portrait Mystery* (1918), *El archivo del doctor Thomdyke* (1923), *El enigma de las cerraduras* (1925) y *Thomdyke interviene* (1933).

Notas

[1] *Locum tenens* (en latín: «teniendo un lugar», o, «tenedor de una posición») es el estado de una persona que está sustituyendo a la persona debidamente elegida para ese cargo. Un médico que tiene que estar ausente de sus deberes puede tener un *locum tenens* disponible para cuidar a sus pacientes. <<

[2] Niara: Niara o almiar. Pajar al descubierto, con un palo largo en el centro, alrededor del cual se va apretando la mies, la paja o el heno. <<

[3] Gannet: En inglés significa alcatraz (en el texto buba). <<

[4] *tête à tête*: Conversación que mantienen dos personas frente a frente y en privado, sin que intervenga otra persona, generalmente para tratar un tema importante o confidencial. <<

[5] arrurruz: Fécula de la raíz de una planta de la India, que se utiliza para espesar potajes y salsas, y preparar budines y papillas. <<

[6] grano: Medida farmacéutica que equivale a cinco centigramos. <<

[7] mufla: Horno pequeño para alfarería. <<

[8] *Kindergarten*: Jardín de infancia, guardería. <<

[9] *guilloché*: Es una técnica decorativa de grabado en la cual un patrón de diseño repetitivo y complejo es grabado mecánicamente en un material subyacente con gran precisión y detalle. <<

[10] copela: Vaso de forma de cono truncado, hecho con cenizas de huesos calcinados, donde se ensayan y purifican los minerales de oro o plata. <<

[11] *coroner*: Juez de instrucción. <<

[12] *bonne bouchée*: Buen bocado. <<

[13] epítome: Resumen de una obra extensa en el que se exponen las ideas o las nociones fundamentales del tema que trata ésta. <<

[14] *Ars longa vita brevis*: Es una cita de Hipócrates que significa «El arte (la ciencia) es duradero pero la vida es breve». Esta expresión se emplea para indicar que cualquier tarea importante requiere mucho esfuerzo y dedicación; pero la vida de quien la emprende es corta. <<

[15] *ipse dixit*: «Él mismo lo dijo». Afirmación hecha pero no probada. Se acepta únicamente bajo la autoridad de alguien que se sabe que lo ha afirmado. <<

[16] *prima facie*: A primera vista. Se agrega en el discurso antes de una opinión o comentario para aclarar implícitamente que no se quiere arriesgar una conclusión definitiva. <<

[17] ocho libras, menos una onza: Aproximadamente 3,6 kgs. <<

[18] bluff: Engaño, desilusión, fanfarronada. <<

[19] *nunc dimittis*: También llamado El cántico de Simeón, es un cántico del Evangelio de Lucas, así llamado por sus primeras palabras traducidas al latín, que significan «Ahora dejas». <<

[20] *Condotta*: En la Italia renacentista, compañía de mercenarios al mando de un *condottiero*. <<

[21] Hacer el *paroli*: El sistema Paroli es una estrategia de juego que consiste en ir aumentando la cantidad de nuestras apuestas a medida que vamos ganando, mientras que, cuando perdemos, volvemos a la apuesta inicial. <<